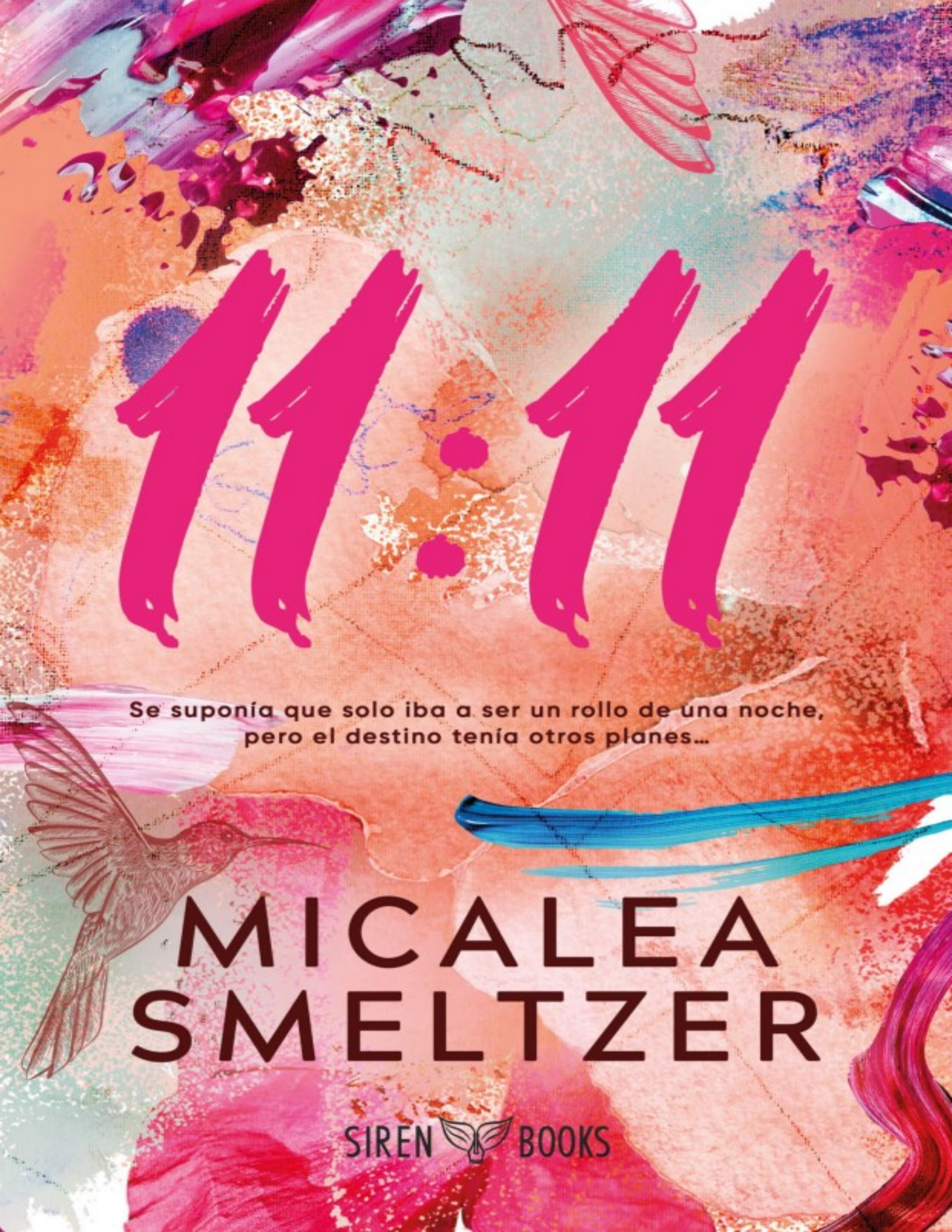
11:11

Se suponía que solo iba a ser un rollo de una noche,
pero el destino tenía otros planes...



MICALEA SMELTZER

SIREN BOOKS

11:11

Traducción de
Leire García-Pascual Cuartango

MICALEA SMELTZER



Primera edición: febrero 2026
© 2024 *Eleven Eleven* by Micalea Smeltzer
© de la traducción: Leire García-Pascual Cuartango, 2026
© de la corrección de estilo: Patricia Rouco
© de la corrección ortotipográfica: Ligia Boga
© diseño de cubierta: Emily Wittig
© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2026
info@sirenbooks.es
https://sirenbooks.es/

ISBN: 979-13-87864-24-8
Thema: FRD

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos; www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para aquellas a las que les gusta un hombre con gafas.
De nada.

Aviso de contenido:
Mención de aborto y problemas de fertilidad, abuso físico y emocional

PARTE UNO



1

Relajo el agarre sobre el volante y mis nudillos blanquecinos recobran poco a poco su característico tono rosado cuando dejo atrás el cartel de Parkerville, Maine. Quizás atravesar el país con un camión de mudanza no fue la decisión más inteligente que he tomado en mi vida, sobre todo teniendo en cuenta que odio conducir y que nunca me había puesto al volante de nada más grande que un sedán.

Contratar a una empresa de mudanza y volar hasta aquí habría sido lo más fácil, pero quería hacer esto sola, y necesitaba que este viaje por carretera me ayudase a aclarar las ideas.

Dejé todo lo que conocía en California, pero, tras mi divorcio, no podía quedarme allí ni un minuto más. Aquel lugar había dejado de ser mi hogar. Y, por encima de todo, necesitaba cambiar mi vida por completo.

La antigua yo jamás habría dejado su trabajo y nunca habría comprado un edificio que no hubiese visto antes en un sitio que ni siquiera había pisado.

Sí, así es. No compré una casa, sino un edificio entero.

¿Pero la nueva yo? Bueno, está desesperada por salir de la jaula en la que se metió ella solita hace mucho tiempo.

Quiero nuevas aventuras. Quiero hacer cosas que jamás pude hacer porque me casé cuando aún era muy joven y me dediqué en cuerpo y alma a sacarme el título de Derecho, y después me volqué por completo en mi trabajo.

Todo ese esfuerzo… y mira a dónde me ha llevado: infeliz y, encima, divorciada.

Respiro entrecortadamente y bajo la mirada hacia las luces verdes que iluminan el reloj del salpicadero.

Las once y once.

Cierro los ojos y pido un deseo.

«Deseo haber tomado la decisión correcta al mudarme».

Vuelvo a centrar la mirada en la carretera con rapidez y echo un vistazo a mi alrededor.

A lo mejor es un poco cursi eso de pedirle un deseo a unos simples números, o a una estrella fugaz, pero pienso aferrarme a cualquier resquicio de suerte que el universo me mande.

Mientras recorro las calles desconocidas del pequeño pueblo, le agradezco en silencio al universo que sea casi medianoche. No hay ni un alma cuando por fin aparco frente al viejo edificio de ladrillo. Tengo pensado renovar la planta baja para convertirla en un estudio de arte y vivir en el piso de arriba. En cuanto encontré este lugar y vi el potencial que tenía, comprar una casa careció de sentido.

Me recuesto sobre el volante mientras me fijo en cada uno de los detalles que componen la fachada. Cuando lo compré, sabía que necesitaría mucho trabajo, pero saberlo y verlo con mis propios ojos son dos cosas completamente distintas.

Vuelvo a agradecer en silencio haber llegado tan tarde cuando intento aparcar el camión de mudanzas frente al edificio. Si hubiese alguien paseando por la calle a estas horas, siendo testigo de lo mal que se me da, viéndome retroceder y avanzar de nuevo, girar el volante y vuelta a empezar, lo más probable es que me pusiese más nerviosa de lo que ya estoy.

Tardo unos buenos quince minutos en aparcar el camión más o menos en su sitio. Con suerte, lo he aparcado lo bastante bien como para que no me pongan una multa en mi primer día aquí. Lo último que me apetece en este momento es presentarme en el pueblo infringiendo la ley. Claro que, teniendo en cuenta la suerte que estoy teniendo últimamente, tampoco sería una locura.

Una vez que he aparcado el camión, le mando un mensaje a mi hermana pequeña, Izzy, para avisarla de que ya he llegado.

Casi al momento, mi teléfono móvil comienza a vibrarme en la mano. Acepto la videollamada de FaceTime deslizando el dedo por la pantalla, plenamente consciente de que debo de tener un aspecto horrible. Llevo casi una semana viviendo de hotel en hotel. Desde mi antigua casa hasta aquí hay unas cincuenta horas en coche, así que

decidí hacer el viaje a mi ritmo. Además, conducir el camión de la mudanza durante mucho tiempo no le sentaba nada bien a mi ansiedad.

El rostro de Izzy se ilumina en la pantalla, con su pelo recogido en un moño perfecto. Su maquillaje también está impecable; se ha pintado los labios de un rojo sangre intenso. Está sumida en la penumbra, pero por lo que puedo entrever justo detrás de ella, parece estar en un reservado de algún restaurante.

—¿Has salido a cenar?

Para ella son pasadas las ocho de la tarde.

Se encoge de hombros, lo que hace que su camiseta con los hombros al descubierto se le baje un poco más.

—Es para un vídeo.

Izzy empezó a grabar videoblogs cuando tenía dieciséis años y consiguió un montón de seguidores en su canal en muy poco tiempo. Ahora, con veinticinco, se ha labrado todo un imperio, valiéndose tan solo de su nombre y su forma de ser.

—No tenías por qué llamarme —le digo, a la vez que trato de contener un bostezo.

Me muero de ganas por meterme en la cama, salvo por un pequeño problema: mi cama está metida en la parte de atrás del camión, así que me va a tocar esperar un poco más. Por suerte, se me ocurrió comprarme un saco de dormir antes de emprender el viaje hasta aquí.

—Enciende la luz o algo, payasa. Que ni siquiera puedo verte la cara —me regaña en broma, y deja caer la cabeza en el puño.

—Ah, voy.

Enciendo la luz que tengo encima de la cabeza.

—Échate un poco de crema para las ojeras esta noche, que pareces una vampira, y no una muy guapa que digamos. —Me guiña un ojo.

—Ja, ja. —Suelto una risa falsa y me froto los ojos, pero no puedo evitar que una pequeña sonrisa se dibuje en mi rostro—. Eso es justo lo que pretendía.

Mi hermana se acerca un poco más a la pantalla.

—En realidad, más bien pareces Robert Pattinson en *Batman*.

Observo mi imagen en la pequeña ventanita de la videollamada y hago una mueca. No lo dice de broma.

—Se me había olvidado que me había maquillado.

—¿No me digas? —Suelta una risita divertida. Se echa a un lado, casi saliéndose de la pantalla, y le da un mordisco a algo que no alcanzo a ver—. No te olvides de desmaquillarte. Es importante cuidarse la piel. Acuérdate de lo que te dije: primero te limpias la cara con un limpiador en aceite y luego ya con el gel.

Tomo el vaso metálico del posavasos y me lo llevo a los labios, solo para darme cuenta un segundo después de que está vacío. Estupendo.

—Ya, ya, lo sé. —En realidad, se me había olvidado. Tengo demasiado en lo que pensar como para acordarme del orden en el que debo usar todos los productos que Izzy me ha obligado a comprar—. Será mejor que cuelgue para meter algunas cosas dentro. Mañana te llamo.

—Vale. Solo quería verte. Te echo de menos.

Frunce el ceño, y me fijo en cómo se le anegan los ojos en lágrimas. Izzy vive en Los Ángeles, así que, incluso antes de que me mudase, ya vivíamos a varias horas de distancia, pero ahora estamos cada una en una punta del país.

—Yo también te echo de menos. En cuanto me instale y abra el estudio, deberías pasarte por aquí a visitarme. Incluso podrías grabar un vídeo.

Por mucho que odie que me graben, admito que esa publicidad me vendría de perlas.

Me fijo en cómo mi hermana juguetea nerviosa con la cadena de oro que le rodea el cuello, luchando por contener una sonrisa.

—Pero si nunca quieres salir en mis vídeos.

Me encojo de hombros.

—Eso era antes.

Antes, cuando era abogada, estaba casada y no me preocupaba la posibilidad de no llegar a fin de mes.

Me observa con la cabeza ladeada y una mirada cargada de simpatía.

Se me revuelve el estómago al ver cómo me mira. No quiero darle pena. *Yo* no quiero darme pena a mí misma. Ya he llorado lo suficiente por mi matrimonio fracasado. Pero eso se acabó. Chase ahora forma parte de mi pasado. Mi familia no entiende por qué necesito mudarme tan lejos de ellos, pero empezar de cero, hacer borrón y cuenta nueva en un lugar donde nadie me conoce, es justo lo que necesito para poder recuperarme.

—Claro —responde tras un rato—. Eso me encantaría. Avísame cuando estés lista.

—Te quiero, Izzy-Tizzy.

Pone los ojos en blanco al oírme llamarla así y me saca la lengua.

—Yo te quiero más, Via-Mia. Mándame un mensaje en cuanto estés instalada para saber que no te ha asesinado alguno de esos pueblerinos con un hacha y te ha dado de comer a sus cerdos.

Suelto una carcajada divertida.

—Esa es una imagen demasiado concreta, y admito que has conseguido asustarme un poco, así que gracias por eso.

—De nada. Adiós.

Alza un par de dedos formando la señal de la paz y después cuelga la llamada.

El silencio se apodera de la cabina del camión. Un duro recordatorio de que, de ahora en adelante, estoy sola.

Tardo un buen rato en armarme del valor necesario para bajarme del camión. Tengo las piernas agarrotadas y la vejiga me está matando. Llevo con ganas de ir al baño desde hace media hora, pero me negué a parar cuando me empezaron a entrar las ganas.

—Las llaves deberían estar por aquí —murmuro mientras me dirijo hacia la entrada del edificio.

La agente inmobiliaria me dijo que las dejaría bajo la maceta en forma de gnomo. Pensé que lo decía de broma hasta que me mandó una foto. Al principio no me podía creer que de verdad fuese a dejar las llaves del edificio debajo de una maceta, pero después me di cuenta de que en los pueblos las cosas funcionan de otra manera. Eso, y que se rio de mí cuando le pregunté si alguien podría usarlas para colarse en el edificio.

Ahora que estoy de pie frente a la fachada en ruinas, comprendo por qué se rio cuando se lo pregunté. Sí que vi varias fotos del edificio antes de comprarlo, pero ahora que estoy aquí estoy segura de que quienquiera que las hiciese les puso un filtro o algo. Bajo el brillo de las farolas antiguas, da la sensación de que el edificio de ladrillo se va a derrumbar si de repente aparece un lobo y se pone a soplar demasiado fuerte. Y yo también, qué ironía.

Allí, junto a la puerta, está la maceta en forma de gnomo, tal y como me prometió. La levanto y saco el llavero de su escondite. Hay dos llaves: una para la entrada de la tienda y otra para el piso de la segunda planta.

Me quedo mirándolas fijamente y pensando por un momento: «¿qué cojones está pasando?».

No me puedo creer que esté haciendo esto.

Cierro los dedos alrededor de las llaves con tanta fuerza que los bordes estriados se me clavan en la palma de la mano. Me hago daño, aunque no duele tanto como mi corazón roto. Supongo que tiene sentido. Empezar de cero duele un poco. Crecer también duele.

Con las llaves en la mano, decido, aquí y ahora, aceptar ese dolor.

Cuando siento que me he quitado un peso de encima, voy hacia la entrada principal y me adentro en el interior del edificio.

Pero, al echar un vistazo a mi alrededor, al escenario de mi nueva vida, se me encoge el corazón.

—Oh, mierda.

2

A la luz del día es incluso peor.

Me llevo las manos a la cintura y observo el espacio, sintiéndome absolutamente impotente. La ansiedad me forma un nudo en el pecho al ver todo el polvo, la suciedad y la mugre que voy a tener que fregar a conciencia. Voy a necesitar un EPI para limpiar todo esto. En serio. Lo más probable es que este sitio esté lleno de bichos y roedores. Es el sueño de cualquier acumulador compulsivo. Todo el lugar está lleno a rebosar de montones de periódicos, pilas de cachivaches sin sentido y muebles rotos.

Lo único positivo de todo esto es que el piso está mucho mejor. Hasta donde he podido ver, al menos la última persona que lo ocupó sabía cómo mantener limpio el lugar. Necesitará algunos arreglillos, claro está, pero eso no es nada en comparación con lo que me va a tocar hacer en la planta baja.

Claro que aquí la única culpable soy yo. La agente inmobiliaria me advirtió de que este sitio iba a necesitar unos cuantos arreglillos. Quizás podría haber explicado mejor a qué se refería con eso, pero tal vez yo también podría habérselo preguntado. Sinceramente, me daba miedo que, si lo pensaba demasiado, me acabase echando atrás. Y me negaba a ser una cobarde.

Saco el teléfono del bolsillo trasero de mis vaqueros y abro la aplicación de notas para empezar a hacer una lista de todo de lo que voy a tener que ocuparme.

En primer lugar: traer un contenedor, y cuanto antes. Lo siguiente: llamar a un contratista que ponga todo esto en orden. También voy a tener que buscar dónde está la tienda de menaje más cercana y comprar nuevos electrodomésticos. El frigorífico y la cocina del apartamento son auténticas reliquias de los años ochenta.

Y, si hay algo que me encante hacer aparte de pintar, es cocinar, así que es imperativo que compre unos de este siglo.

Satisfecha con mi lista, vuelvo a guardarme el teléfono en el bolsillo y decido ignorar el desastre entre el que tengo que abrirme paso. Ahora mismo, lo que necesito es desayunar y, como no tengo comida en la nevera, espero que haya alguna cafetería o restaurante lo bastante cerca como para ir andando.

En cuanto salgo, ya a la luz del día, echo un vistazo a mi alrededor. Parece que mi tienda se encuentra en pleno centro del casco antiguo y, a través de los huecos que se forman entre los edificios de enfrente, puedo vislumbrar el mar. La atmósfera es idílica. La mayoría de los edificios de ladrillo están bastante bien conservados, al contrario del que he comprado yo, y aunque el pueblo es bastante pequeño, está lleno de vida. Los transeúntes se saludan al cruzarse los unos con los otros, todos con una sonrisa en la cara. Muchas de las tiendas tienen las puertas abiertas de par en par, y la floristería de la esquina exhibe preciosos ramos de flores en la entrada.

Esbozo una sonrisa mientras recorro la calle, convencida de que aquí es justo donde debo estar. Esta pequeña comunidad no tiene nada que ver con la de San Francisco.

Más adelante, veo un letrero que reza «Norma's Diner», con enormes letras amarillas, colgado justo en el lateral de uno de los edificios.

Como si lo hubiesen invocado, mi estómago hace acto de presencia, rugiendo con fuerza.

Cuando abro la puerta del local, la campanita que hay colgada justo encima tintinea con suavidad, avisando de mi llegada.

Y justo en ese mismo instante, los ojos de todos los clientes se posan en mí.

Me quedo helada bajo las miradas curiosas, con el corazón en la garganta. A juzgar por el montón de ojos que me observan sin parpadear, una podría pensar que vengo de un planeta alienígena, pero cuando bajo la mirada hacia mi cuerpo para comprobarlo no encuentro nada que me haga destacar por encima de los demás, tan solo mis vaqueros y mi jersey negro de cuello alto.

—¿Puedo ayudarte en algo? —me pregunta la mujer de pelo cano y recogido que está de pie detrás del mostrador—. Pareces perdida, querida.

—No. —Niego con la cabeza antes de ponerme a sudar profusamente bajo el escrutinio de los demás clientes—. No me he perdido. Solo quería desayunar.

Me pongo a juguetear con las manos, nerviosa, tratando de mantenerlas lo más quietas posible.

La mujer me observa atentamente por un momento, en completo silencio.

—Muy bien —repone al final—. Siéntate donde quieras. Ahora voy a tomarte nota.

Me abro paso a través de las mesas ocupadas y me deslizo en el interior de un reservado que hay justo al fondo, en una esquina. Tan pronto poso el trasero en el asiento de cuero rasgado, la gente retoma sus conversaciones. No me había percatado del silencio que se había apoderado del comedor hasta ahora.

Bajo ligeramente la cabeza, dejando que el pelo me caiga por la cara a modo de escudo, porque, aunque ahora la cafetería esté llena del murmullo vibrante de las conversaciones de los clientes, todavía puedo notar unas cuantas miradas clavadas en mí.

Jamás había experimentado una sensación así, esa en la que eres plenamente consciente de que te están mirando atentamente, porque hasta este momento solo había vivido en ciudades grandes, donde a nadie le parece extraño no conocer a todo el mundo.

La mujer con la que he hablado hace un momento se me acerca, con la carta en la mano, dando golpecitos a la hoja plastificada con sus largas uñas acrílicas rojas.

—No eres de por aquí.

No es una pregunta, sino una afirmación, pero aun así le respondo.

—No, acabo de mudarme.

Juro que en ese mismo instante todo el mundo contiene el aliento.

—¿Te acabas de mudar aquí? —Me mira de arriba abajo. No me está juzgando, al menos no tengo la sensación de que lo esté

haciendo. Me observa con la cabeza ladeada y las cejas enarcadas, lo que le da un aspecto más bien sorprendido—. ¿A Parkerville?

Con cuidado, acepto la carta que me tiende y me la llevo al pecho como si fuese un escudo.

—Sí. He comprado el edificio al final de la calle. Antes era una tienda de segunda mano.

—Ah, sí. —Asiente—. Escuché que se había vendido.

A nuestro alrededor se alzan los murmullos de los clientes, que parecen estar de acuerdo con lo que acaba de decir la mujer y está claro que están bastante pendientes de nuestra conversación. Dejo caer los hombros al percatarme de la atención que me están prestando.

—Lo que no sabía era que la había comprado alguien de fuera. —Se lleva una mano a la cintura—. ¿Qué te ha traído a Parkerville?

Carraspeo con fuerza y opto por decir la verdad. Los pueblos pequeños son bastante conocidos por sus habitantes cotillas, ¿no? Así que estoy segura de que al final lo acabarían descubriendo. Será mejor que sea yo quien se lo cuente.

—Me acabo de divorciar y necesitaba un cambio de aires.

—¿Y cómo conociste este sitio?

Suspiro con fuerza, resignada, porque no me va a quedar más que soportar este interrogatorio. Si no lo hago, quizás nunca me den de comer. Está claro que esta mujer no tiene ninguna prisa por tomarme nota.

—Muchas búsquedas en Google. Estaba buscando un cambio, un lugar completamente distinto, y me encanta el mar. Así que este me pareció el destino ideal.

—Mmm. —Le da unos suaves golpecitos a la mesa de madera con sus largas uñas rojas—. ¿No estarás pensando en arreglar ese sitio para después venderlo a una compañía, verdad? ¿O a una empresa de apartamentos de lujo? Si es así, te diré algo: no queremos que este pueblo se llene de turistas. Nos gustan las cosas tal y como son ahora.

Se me revuelve el estómago ante la acusación.

—No, eso no es en absoluto lo que tengo pensado. —Está siendo bastante borde, así que lo último que me apetece hacer en

este momento es hablarle sobre mis planes, pero opto por seguir como hasta ahora: ser completamente sincera. He tenido que tratar con mucha gente a lo largo de mi vida como para saber qué es lo que puedo hacer para inclinar la balanza en mi favor—. Voy a convertir la planta baja en un estudio de arte, un lugar donde la gente pueda venir a pintar y dibujar, esa clase de cosas, y viviré en el piso que hay justo encima.

La mujer se queda mirándome fijamente durante un minuto más antes de esbozar lentamente una sonrisa.

—En ese caso, bienvenida a Parkerville. Yo soy Dolores. ¿Qué te apetece beber?

Apoyo los brazos sobre la mesa y suspiro con fuerza, agotada, pero agradecida de que el interrogatorio haya acabado. Es justo por esta clase de enfrentamientos por los que decidí dejar de ser abogada. Puede que se me dé muy bien exponer mi caso y ganar, pero eso no significa que me guste hacerlo.

—Me encantaría tomar un café con leche y azúcar, para empezar.

—Ahora mismo te lo traigo.

Le da otro golpecito suave a la mesa y se gira hacia el mostrador en busca de mi café. Al verla marchar, los comensales reanudan sus conversaciones.

Acabo de decidir que también voy a pedir la tortilla de verduras cuando Dolores regresa con mi bebida y, en cuanto le digo mi comanda, le echo un poco más de leche y azúcar al café para que esté tal y como me gusta. El primer sorbo que doy me recorre la garganta como si fuese el mismismo néctar de los dioses. Cierro los ojos y me deleito en el sabor del café de verdad; el brebaje asqueroso de las gasolineras con el que he estado subsistiendo hasta ahora no le llega ni a la suela de los zapatos. Me aferro a la taza con ambas manos y dejo que su calor me reconforte.

Es extraño pensar que ahora este es mi hogar. Este es el principio de mi nueva vida. El mayor riesgo que he asumido jamás. He dejado atrás un trabajo que me pagaba un sueldo increíble, así como a mi familia y amigos, y todo por un futuro lleno de incertidumbre.

Y, sin embargo, siento que he tomado la decisión correcta.
Aquí es justo donde debo estar.
Al menos, por ahora.

3

Cubierta en sudor, salgo del local con la quinta bolsa de basura del día. Tengo que luchar para poder levantarla y lanzarla al interior del contenedor que me han traído esta mañana. Llevo aquí una semana y ni siquiera he conseguido abrirme camino entre el desastre que reina en lo que será mi estudio de arte. No tiene sentido llamar a ningún contratista para pedir un presupuesto cuando el espacio está tan lleno de mierda que es imposible ver el suelo o gran parte de las paredes. Podría haber contratado a alguien para que se encargase de la limpieza, pero estoy intentando estirar mis ahorros todo lo que pueda. Ya me va a costar un dineral renovar este lugar, por eso he decidido encargarme personalmente de todo lo que pueda hacer yo solita y ahorrar para los proyectos más grandes.

Me quito los guantes de trabajo, muevo los dedos lentamente para devolverlos a la vida y me aparto el pelo de la frente húmeda. Me dejo caer sobre la acera, sentándome junto al contenedor, y me tomo un momento para llenar los pulmones de aire fresco. El olor que impregna el interior del edificio me ha provocado más de una arcada.

Echo el peso de mi cuerpo a un lado para sacar mi teléfono del bolsillo trasero de los vaqueros y no me sorprende no encontrarme ninguna notificación. Izzy es la única persona de mi antigua vida que se ha molestado en ponerse en contacto conmigo desde que me marché de California.

Incluso mi propia madre ha optado por ignorarme. ¿Por qué? Porque adoraba a Chase. Para ella, todo lo que ocurrió fue culpa *mía*. No le di lo que quería; por eso se tuvo que ir a buscarlo a otra parte.

«Deberías haberte esforzado más. Arréglalo».

Lo habría hecho si hubiese podido, pero las pruebas de embarazo negativas se fueron amontonando con el paso del tiempo y mi cuerpo me falló, nos falló a los dos.

No podía quedarme embarazada; por eso fue a buscar a otra mujer que sí pudiese.

Su secretaria.

Qué típico, joder.

Me eché a reír cuando me lo confesó, soltando un montón de carcajadas entrecortadas e histéricas. Si no me hubiese reído, estaba segura de que me habría echado a llorar. Ella no solo podía darle el hijo que tanto quería, sino que además solo tenía veinticinco años.

No debería haber estado tan ciega. Al fin y al cabo, Chase es un hombre. Pero habíamos estado muchísimo tiempo juntos. Era mi *mejor amigo*. Y entonces fue él y lo lanzó todo por la borda. Llevaba meses siéndome infiel, y yo había estado tan sumida en el duelo por no poder quedarme embarazada y en mi trabajo, que no paraba de acumularse, que no me había dado cuenta.

Abro la aplicación de mensajes con el pulgar y accedo a la conversación con mi madre. Ha leído el mensaje que le mandé la mañana después de llegar aquí. Tan solo era para decirle que todo había ido bien, que había llegado sana y salva, pero ni siquiera me respondió con un emoticono del pulgar hacia arriba.

Estaba segura de que se le acabaría pasando. Aunque, a estas alturas de la vida, no tenía muy claro si me importaba. Llevaba demasiado tiempo poniendo la felicidad de mis padres por encima de la mía. Me había hecho abogada solo por ellos. A mí nunca me había interesado el derecho, pero me habían empujado a estudiar una carrera universitaria. Y yo les había hecho caso porque quería que estuviesen orgullosos de mí. No me malinterpretes: sí que me gustaba el derecho de familia, pero no me apasionaba.

Me levanto, me vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo y me pongo los guantes de nuevo. Después de respirar hondo, echo los hombros hacia atrás y regreso a la zona de peligro.

Quizás mi madre tenga razón al estar enfadada conmigo. Todo esto *es* una locura. No tengo ni idea de qué estoy haciendo: dirigiendo un negocio, enseñando pintura. Siempre he tenido una

vena artística; la pintura ha sido mi lugar seguro desde que era pequeña. Mi sueño era estudiar Bellas Artes, pero no paraban de decirme que tenía que elegir una carrera mucho más práctica. Cuando decidí dejar mi trabajo, la idea de volver a mis raíces artísticas se asentó en mi pecho y no pude librarme de ella. Puede que fuese una locura, pero sentía que era lo que tenía que hacer.

Cojo una bolsa de basura vacía, la sacudo para abrirla y recojo un trozo de papel de cocina rasgado y lleno de mugre. Al levantarlo, un ratón sale corriendo de debajo y pasa a toda velocidad junto a mi pie. El grito que surge de mis labios resulta cómicamente agudo.

Ya había visto los excrementos de roedor. Sabía que lo más probable era que me encontrase con al menos uno vivo, pero saberlo y verlo son dos cosas muy distintas.

El corazón me late desbocado en el pecho.

«Llamar a control de plagas». Lo añado a mi lista mental para poder apuntarlo después en mi lista real.

Suspiro con fuerza, echo la cabeza hacia atrás y observo atentamente las vigas de madera que cruzan el techo. Este lugar tiene una estructura maravillosa. Tiene muchísimo potencial. Merece la pena. Eso es justo lo que llevo días repitiéndome.

Al final, todo este trabajo valdrá la pena.

—¿Has hecho todo eso tú sola?

Mi hermana observa la estancia boquiabierta desde la pantalla de mi teléfono mientras recorro el piso, enfocándolo todo con la cámara.

—Eh… en parte.

La veo arquear una ceja al tiempo que le doy un par de golpecitos a la pantalla para cambiar de cámara.

—¿Qué quieres decir con «en parte»?

Coloco el teléfono contra el bote de azúcar que tengo sobre la encimera y tomo mi taza de café. Cierro los ojos y me obligo a relajarme al darle un generoso sorbo a la bebida.

—Un par de vecinos vieron que estaba teniendo problemas para ocuparme de todo sola y se acercaron a echarme una mano.

Izzy suelta una carcajada amarga y coge en brazos a la bola de pelo que tiene por perro. Es un bichón maltés llamado Wonton.

—Eso en Los Ángeles no ocurriría jamás. Es más probable que te atraquen antes de que alguien se ofrezca a echarte una mano.

—Ya, por desgracia.

Le doy otro sorbo a mi café, el mismo que me he hecho con mi máquina Nespresso, una reliquia de mi antigua vida.

—El sitio es bastante mono —sigue—. ¿Qué tienes pensado hacer?

Echo un vistazo por encima del hombro, hacia la pared lisa que tengo justo detrás.

—Estaba pensando en empapelar la pared con un papel colorido. Pero a este sitio le hace falta una buena mano de pintura y unos suelos nuevos urgentemente.

El piso está en mucho mejor estado que el estudio de la planta inferior, pero aun así necesita muchas más reformas de las que había pensado. El baño hay que reformarlo entero. La presión del agua es una mierda y la cadena tan solo funciona la mitad de las veces. Estoy bastante segura de que los azulejos, que en un principio me parecieron de un diseño estrafalario, en realidad están llenos de moho. Lo más probable es que esté viviendo en una casa que es un peligro para la salud.

Así que no solo tengo que pedir un presupuesto para que me arreglen la planta baja, sino que también he decidido que tengo que empezar a reformar la segunda planta cuanto antes, en vez de esperar. Tengo pensado quedarme aquí bastante tiempo, así que debería poder vivir en este piso. Y, si en el futuro decido alquilarlo, no podré hacerlo si se encuentra en este estado.

—Seguro que te queda precioso cuando acabes la reforma. —O está intentando ser positiva por mí, o de verdad le ve potencial a este sitio—. Ya me dirás cuándo puedo ir a hacerte una visita.

Suelto una carcajada amarga.

—Para eso todavía falta mucho.

Tengo una lista de tareas interminable.

—Siempre puedo quedarme en un hotel.

—Por aquí no hay hoteles. —Al menos, no la clase de hoteles a los que ella está acostumbrada—. Tan solo hay un motel que parece sacado de una película de terror y un hostal. Nada más.

—Oh, así que un hostal, ¿eh? —Aplaude con las patitas de Wonton—. Seguro que es adorable. A lo mejor podría incluso grabar un videoblog allí.

—¿En serio crees que a tus seguidores les podría interesar este sitio? Parkerville no es un destino demasiado turístico que digamos.

A mí me parece un lugar precioso e idílico, pero eso no quiere decir que los demás vayan a opinar lo mismo.

Encoge un solo hombro.

—De todo se puede sacar contenido. Y te aseguro que yo puedo convertir cualquier lugar en un destino turístico de revista. Aunque eso ya lo sabes. Pero dejemos de hablar de mí. ¿Tienes pensado hacer algo divertido este fin de semana?

Suelto una carcajada amarga.

—¿Algo divertido? Izzy, llevo sin hacer algo divertido desde antes de casarme.

Wonton no deja de revolverse entre sus brazos, por lo que lo deposita en el suelo con cuidado y se acerca un poco más a la pantalla de su teléfono.

—Pues eso se acabó. Es viernes. Sal a dar una vuelta por ahí. Haz alguna locura.

—¿Alguna locura? —Me acerco al fregadero con mi taza de café vacía y la lavo—. ¿Como qué?

—Yo qué sé. Ve a un bar. Enróllate con algún desconocido buenorro. Sal ahí fuera, Via. Vive un poco. Te lo mereces.

Sí que había pensado en salir esta noche, aunque sabía que me acabaría echando atrás. No conozco a nadie en el pueblo y solo pensar en repetir la experiencia de mi primer día en la cafetería hace que me entren los calores, y no en el buen sentido. Pero hay una ciudad un poco más grande a unos veinte minutos en coche. Podría acercarme.

El corazón se me acelera un poco al pensar en salir por ahí. Mi vida en Parkerville ha sido bastante solitaria hasta ahora.

—A lo mejor lo hago.

Izzy esboza una sonrisa casi cegadora.

—Nada de «a lo mejor». Vas a salir. Todavía tienes ese vestido verde, ¿no? ¿Sabes a cuál me refiero?

Pues claro que lo sé. Me lo compré con ella. Lo hice con la idea de ponérmelo en mi aniversario. Solo que, para cuando llegó el día, Chase y yo ya estábamos separados.

—Todavía lo tengo —admito, agachando la cabeza.

Fue muy caro, así que quizás debería haberlo devuelto, pero es precioso. Por un momento pensé en devolverlo, pero, al final, no tuve valor para desprenderme de él. Todavía no he tenido ocasión de ponérmelo, pero me merezco llevar ese vestido. Y que le den al imbécil de Chase.

—Genial. —Izzy esboza una sonrisa y la veo frotarse las manos como si fuese la villana de una película cutre de superhéroes—. Póntelo. Te hace unas tetas increíbles.

—¡Izzy!

Suelto una sonora carcajada.

—¿Qué? Es la verdad. Si no fueses mi hermana, te aseguro que te entraría a saco si te viese con ese vestido puesto.

Escondo mi rostro entre las manos y contengo otra carcajada.

Sé que solo está diciéndolo para hacerme sentir mejor. Chase se encargó de acabar con cualquier resquicio de confianza que pudiese quedarme. A veces, en mis peores momentos, todavía escucho su voz en mi cabeza diciéndome que ya no me encontraba atractiva.

—No seas gallina, Via. Lo digo en serio.

—Vale —accedo, antes de recogerme los largos mechones negros en una coleta alta con una goma y apretarla—. Saldré.

Mi hermana se pone a hacer un baile de la felicidad y después señala la cámara.

—Lo sabré si no lo haces. Te estaré rastreando a través de Buscar mi iPhone.

—Muy bien, acosadora.

—Sal a divertirte, Via. Es lo único que te pido. Te lo mereces.

A divertirme… Ya no estoy segura de saber cómo hacer eso.

4

Casi no reconozco mi reflejo en el espejo. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me molesté en peinarme o en maquillarme como es debido.

Me pellizco con suavidad las mejillas para asegurarme de que la mujer que me devuelve la mirada desde el espejo soy yo y no otra.

Me saco una foto y se la mando a Izzy.

Ni siquiera han pasado diez segundos cuando recibo su respuesta. Esta mujer siempre tiene el teléfono pegado a la mano.

IZZY
¡Estás buenísima! ¡Cásate conmigo! <carita enamorada>
El vestido es un 10/10, pero tú también.

Gracias.

IZZY
¿¿A dónde vas a ir??

A un bar llamado Monday's.

Busco la ubicación en Google Maps y se la mando antes de que me la pida.

IZZY
Si luego te vas con un chico a su casa, mándame un mensaje con la ubicación. Por si es un asesino.

De ninguna manera voy a irme a casa de nadie.

IZZY
NO.
Tienes que hacerlo.
Echa un buen polvo.
Te lo suplico.

¿Le estás suplicando a tu hermana que eche un buen polvo? Mira que eres rara.

Un segundo más tarde, mi teléfono comienza a sonar con una llamada entrante. Niego con la cabeza, pero respondo. La pongo en altavoz y coloco el móvil sobre la encimera para poder comprobar en el espejo que me he pintado bien los labios. La iluminación del baño es una mierda y me da miedo haberme salido.

—Sabes perfectamente lo que quería decir —se queja Izzy. Wonton ladra de fondo como si estuviese de acuerdo con ella—. Estás soltera de nuevo. Tu vagina necesita una limpieza espiritual después de ese cabrón.

—¿Una limpieza espiritual? —Echo la cabeza hacia atrás y suelto una carcajada entrecortada—. ¿Estás insinuando que tengo que limpiarme la vagina con agua bendita?

—*Sí.* Estuviste con Chase durante ¿cuánto tiempo? ¿Ocho años? Ya va siendo hora de que dejes que alguien se ponga debajo, encima o detrás de ti.

—Se siente raro. —Noto cómo se me forma un nudo en la boca del estómago y veo cómo mi reflejo frunce el ceño—. Llevo mucho tiempo sin salir a ligar.

Me muerdo el labio para tratar de tragarme las palabras que tengo en la punta de la lengua. Jamás pensé que tendría que volver a hacer algo así. Aunque supongo que el mensaje queda claro.

—Escucha —continúa—, puede que no encuentres a ningún tío mono en ese sitio. No sé cómo funcionan los pueblos pequeños. Las películas románticas hacen que parezca que siempre hay un tío buenorro esperándote a la vuelta de la esquina, pero no creo que eso sea cierto. —Suelta una carcajada, divertida—. Lo único que

quiero decir es que, *si* te encuentras con un tío mono y *si* resulta que tenéis química, deberías dejarte llevar. A lo mejor acaba siendo tan solo un rollo de una noche, o acabas teniendo una cita con él, o simplemente acaba siendo un tío con el que te tomas una cerveza y ya. Pero suéltate un poco.

Trago con fuerza para deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta.

—Lo sé.

—¿Ah, sí?

Suspiro y vuelvo a guardar el maquillaje en el bolso.

—Lo sé, pero no es tan fácil. Tal y como acabas de decir, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve con alguien que no fuese Chase. No estoy acostumbrada a eso de los rollos casuales, no como tú.

Mi hermana suelta otra carcajada divertida.

—Tengo la sensación de que debería sentirme ofendida, pero no lo estoy. No te entretengo más. Pásatelo bien. Haz lo que haría yo.

Me río.

—Ese consejo es peligroso.

—Lo sé. Te quiero, hermanita.

—Yo también te quiero. —Cuelgo la llamada y me aferro al borde de porcelana del lavabo. Ahora estoy sola con mi reflejo—. Solo es un bar. Comida y bebida. Puedes hacerlo.

Antes de que pueda echarme atrás, me guardo la fina cartera en el sujetador y, con el teléfono en la mano, bajo por las escaleras. Una vez fuera, me subo a mi nuevo Nissan Altima. Vendí mi Mercedes antes de marcharme de San Francisco y usé el dinero para pagar el Nissan a tocateja. El Mercedes estaba prácticamente nuevo, y quizás debería habérmelo quedado, pero me entraron ganas de deshacerme de él una vez que comprendí lo que era realmente: un regalo que Chase me había hecho solo porque se sentía mal por haberme puesto los cuernos, aunque en aquel momento todavía no lo sabía.

Subo el volumen de la música al máximo mientras conduzco hacia el bar, tan solo para silenciar mis pensamientos. Si me

acobardo y me echo atrás ahora, Izzy se subirá en el siguiente vuelo rumbo a Maine para venir a echarme la bronca en persona.

Ni siquiera me acuerdo de cuándo fue la última vez que estuve en un bar. ¿Cuando todavía estaba en la universidad, quizás?

Y ahora, aquí estoy, de vuelta en la casilla de salida. Soltera y confundida. Ni siquiera tengo idea de quién se supone que soy o qué es lo que quiero. Desde que me divorcié, lo único en lo que he podido pensar ha sido en largarme cuanto antes de California. Y lo hice. Ahora estoy aquí. Pero, aparte de trabajar en la reforma del estudio, no sé qué es lo que me depara el futuro.

En ningún momento se me ha pasado por la cabeza la idea de empezar a salir con alguien. No porque le siga siendo leal a Chase por algún extraño motivo —porque, sinceramente, que le jodan—, sino porque no estoy segura de qué es lo que quiero. *Creo* que me gustaría volver a enamorarme algún día, pero, por ahora, lo mejor será que esté soltera durante una temporada.

Claro que eso no significa que no pueda salir por ahí a divertirme un poco. Estoy muy verde en el arte de ligar, así que, ¿por qué no practicar para mejorar mis habilidades?

No bromeaba cuando le dije a Izzy que no tenía ni idea de cómo funcionaba eso de los rollos casuales, pero tengo ganas de intentarlo.

Han pasado seis meses desde la última vez que me acosté con alguien y, antes de eso, tampoco es que follase demasiado. Chase y yo siempre habíamos tenido una buena vida sexual… hasta que dejamos de tenerla. Yo pensaba que solo estábamos pasando por un pequeño período de sequía. Creía que estábamos tan ocupados con nuestros respectivos trabajos, y con la vida en general, que la atracción física que sentíamos el uno por el otro se había enfriado de manera temporal.

Pero me equivocaba. La atracción física había desaparecido por completo, por el simple motivo de que él le estaba dedicando todas sus atenciones a otra persona.

«Le estás dando demasiadas vueltas al tema. Vete a ese bar, siéntate en un taburete y pide una copa. Lo que pase después da igual».

Aspiro y trato de armarme de valor.

Puedo hacerlo.

El aparcamiento del bar está lleno. Doy un par de vueltas, pero termino aparcando en una pequeña zona de césped. Rezo en silencio para que no me pongan una multa por haber aparcado aquí, mientras cojo mi teléfono del portavasos, salgo del coche y me adentro en el bar.

En cuanto abro la puerta, el olor amargo de la cerveza me golpea en la cara, junto con las conversaciones estridentes que se entremezclan con la música rock.

El interior está cubierto prácticamente por completo de madera —desde el suelo hasta las paredes e incluso la propia barra—, con botellines de cerveza vacíos colgando del techo a modo de decoración. Interesante. Las luces redondas, repartidas por todo el espacio, desprenden un resplandor dorado y anaranjado que proyecta sendas sombras por todo el local. Le da un aire casi íntimo, a pesar de lo abarrotado que está.

Supongo que fui un poco ingenua al pensar que un bar en Maine no estaría lleno. Está claro que llevo mucho tiempo sin salir.

Me acerco a la larga barra en forma de U en busca de un taburete vacío. El único que veo se encuentra en uno de los rincones más oscuros del bar, cerca del final, a la derecha, pero me sirve. Ahí puedo esconderme entre las sombras y observar a la gente.

Tomo asiento y tironeo del bajo de mi vestido. No estoy acostumbrada a llevar nada tan revelador.

En cuestión de segundos, un camarero se acerca a mí.

Se recuesta sobre la barra, con las mangas de su camiseta negra rodeando sus bíceps, musculosos y tatuados, como una segunda piel. Es bastante guapo, con el pelo negro peinado hacia atrás y una buena barba. Sus ojos también son oscuros, de un tono marrón cálido.

—Hola —alza la voz para hacerse oír por encima de la música—. Soy Jesse. ¿Qué te pongo?

—Ah… eh… —Ni siquiera había pensado qué se suponía que iba a pedir cuando llegase este momento. No soy una experta en cerveza. A Chase y a mí nos iba mucho más el vino, y pasábamos

muchos fines de semana yendo a la bodega que había cerca de nuestra casa—. ¿Qué me recomiendas?

Eso le hace esbozar una pequeña sonrisa traviesa.

—¿Confías en mí?

—Ahora mismo, creo que no me queda otra —admito, arrugando ligeramente la nariz.

Alza un dedo junto a su rostro y coge un vaso de plástico.

—Espera aquí.

Se da la vuelta y se acerca al grifo de cerveza con un andar seductor, y después vuelve con una pequeña muestra.

Vacilante, agarro el vaso que me tiende y me lo llevo a los labios.

—Mmm —murmuro—. Está buena. —Tiene un ligero toque cítrico—. Tomaré una de estas.

Golpea la barra de madera brillante con los nudillos.

—Marchando, ¿…?

Me observa con una ceja enarcada.

Me quedo mirándolo fijamente, parpadeando de vez en cuando, confundida.

Ah. Mi nombre. Dios, sí que estoy verde.

—Via.

—Via —pronuncia mi nombre como si lo estuviese saboreando, y una sonrisa le tironea de las comisuras de los labios—. Nunca lo había oído.

—A mi madre le gustaba el nombre de Olivia —suelto, haciéndome oír por encima del sonido de la batería—, pero quería algo un poco más único.

—Me gusta.

Esboza una sonrisa de oreja a oreja y le brilla la mirada cuando me recorre de arriba abajo. Sus ojos se clavan momentáneamente en mis pechos. Es mono, más que mono, en realidad. Sería un buen candidato para ayudarme con mi plan de esta noche: salir un poco de mi zona de confort e irme a casa con un desconocido. Aunque, por su fanfarronería y lo fácil que le sale coquetear, me pregunto si quizás esto es algo que suele hacer. No tendría nada de malo si fuese así, pero la mera idea me intimida.

Lo veo alejarse hacia el otro lado de la barra de nuevo y, cuando regresa, desliza un vaso lleno de cerveza frente a mí.

—¿Qué más te pongo? ¿Te apetece algo de comer?

—¿Tienes una carta?

Asiente y saca una de detrás de la barra.

—Llámame cuando sepas lo que quieres pedir. —Me guiña un ojo y se aleja para atender a los demás clientes.

Mi teléfono vibra sobre la barra antes de que pueda echarle un vistazo a la carta. Con un suspiro, niego con la cabeza al ver cómo se ilumina el nombre de mi hermana en la pantalla.

IZZY
¿Algún posible candidato?
¿Debería pedirte por Amazon una caja de condones? ¿Allí también tienen la opción de que te llegue en el mismo día?

Suspiro y le respondo.

A lo mejor. El camarero es bastante guapo, pero parece demasiado confiado.

IZZY
No le des muchas vueltas.
Voy a pedir algo de comer. Déjame en paz.

IZZY
Vale, vale.

Dejo mi teléfono boca abajo sobre la barra para no sentirme tentada a leer sus mensajes al momento si me sigue escribiendo, y le echo un vistazo a la carta. No me apetece nada demasiado grasiento, porque no quiero que se me revuelva aún más el estómago —ya lo tengo bastante revuelto por los nervios—, pero tampoco quiero ser de esa clase de chicas que se sientan en la barra de un bar a comerse una ensalada.

En cuanto veo a Jesse cerca, le hago un gesto para que se acerque.

Viene de inmediato hacia mí y se recuesta sobre la barra, dedicándome la misma sonrisa coqueta de antes.

Espero notar las mariposas en el estómago o que se me acelere el corazón. Pero no. Cero. Nada de nada.

Al menos lo estoy intentando. Eso es lo que cuenta, ¿no?

—¿Me pones el sándwich de pollo a la plancha con mayonesa a un lado?

—Marchando. —Me quita la carta de las manos y la vuelve a guardar tras la barra—. Vas a tener que esperar un rato, eso sí. La cocina está hasta arriba ahora mismo.

Hago un gesto con la mano.

—No importa.

Con otra sonrisa, se da la vuelta y se encamina hacia el ordenador para meter mi pedido en el sistema.

Desde el otro lado del bar, un coro de vítores se abre paso a través de la música. Me vuelvo hacia allí con los ojos entrecerrados, para ver qué es lo que está causando tanto revuelo. Tan solo tardo un momento en descubrirlo. Unos diez chicos jóvenes, que deben de rondar los veintipocos, están sentados alrededor de una mesa, disfrutando de una buena noche de fiesta. El chico que se encuentra en uno de los extremos, claramente el centro de atención, alza un vaso de chupito y se lo lleva a los labios mientras sus amigos lo animan. Lleva el pelo oscuro despeinado, como si se hubiera pasado los dedos por él. Unas gafas de pasta negra reposan sobre el puente de su nariz y tiene la mandíbula marcada, cubierta por la barba de unos pocos días.

Es guapísimo, pero, sobre todo, magnético. Tiene algo que me atrae y que no me suelta. A lo mejor es su sonrisa torcida o la forma en la que disfruta de ser el centro de atención. Sea lo que sea, en cuanto mis ojos se posan en él, es como si me hubiese robado el aire de los pulmones.

Se bebe el chupito y sus amigos lo vitorean incluso con más ganas que antes. En cuanto deja caer el vaso sobre la mesa y alza los brazos sobre su cabeza, uno de sus amigos se acerca a él a toda

prisa, con una sonrisa bobalicona en la cara y otro vaso de chupito lleno, que le tiende sin vacilar. El hombre del momento echa la cabeza hacia atrás y suelta una sonora carcajada. Cuando se vuelve hacia su amigo para coger el vaso, nuestras miradas se encuentran.

De golpe, es como si alguien me hubiese vuelto a insuflar aire en los pulmones. Respiro hondo con avidez, como si me hubiesen arrastrado bajo el agua y por fin consiguiese volver a la superficie. Me quedo atrapada en su mirada, incapaz de romper el contacto visual. Él tampoco lo aparta y, a medida que pasan los segundos, noto cómo se me calientan las mejillas, con una mezcla de incomodidad y deseo.

Su amigo le pasa un brazo por los hombros, lo que hace que el chico misterioso vuelva en sí y nuestra conexión se rompa. Por fin, aparta la mirada. En cuanto lo hace, vuelvo en mí y bajo los ojos hacia la barra.

Joder.

He sentido más en esos cinco segundos que en mucho, *mucho* tiempo.

Me siento acalorada y se me ha quedado la boca seca. Me llevo la cerveza a los labios, le doy un buen trago y llamo a Jesse con un gesto de la mano. Le pido un vaso de agua y me obligo a no volver a mirar al chico de los chupitos.

Claro que el único problema es que mis ojos no están por la labor de hacerle caso a mi cerebro. La siguiente vez que miro en su dirección, lleva puesta una diadema en la que pone «Feliz cumpleaños» y está riéndose con sus amigos y sacudiendo la cabeza.

No puedo oír de qué están hablando, pero sí puedo leerle los labios al chico que está más cerca de él cuando le dice: «Ya conoces las normas».

De repente, el chico apuesto con el pelo oscuro y despeinado me mira de nuevo. Esboza una sonrisa socarrona que deja al descubierto un hoyuelo precioso en su mejilla derecha y después me señala.

Sus amigos se giran para mirarme.

Cuando me guiña un ojo, me derrito hasta convertirme en un charco a los pies del taburete.

«Dios mío. ¿Estoy teniendo mi momento de protagonista de película romántica?».

Tengo ganas de coger el teléfono y mandarle un mensaje a Izzy para contárselo todo, pero me contengo. De todos modos, esto es una locura. Puede que el bar esté a oscuras, pero está claro que a ese chico le saco unos cuantos años.

Puede que sea mono, pero no podría enrollarme con él. ¿Verdad?

No, pues claro que no.

Estoy comportándome como una idiota. Lo más probable es que ni siquiera me estuviese mirando a mí. Estoy tan oxidada en todo esto de ligar que estoy viendo cosas donde no las hay.

Jesse aparece de repente y deja un vaso de agua sobre la barra, justo delante de mí, y después señala mi cerveza, que está prácticamente entera todavía.

—¿No te gusta?

—Ah, no, está muy buena. Es que no me gusta mucho el alcohol. Y tardo bastante en beberme una sola copa, eso es todo.

Le sonrío un poco más coqueta que de costumbre.

Entonces desliza una pajita sobre la barra y la deja junto a mi vaso.

—Ah, entendido. Voy a ir a ver si ya tienen tu comida. No debería tardar mucho más.

—Gracias.

Le quito la funda de papel a la pajita y la meto en el vaso de agua. En cuestión de segundos, me bebo la mitad y, para cuando lo vuelvo a dejar sobre la barra, me siento mucho más tranquila que antes.

Estoy tan centrada en hidratarme que me sorprendo cuando oigo cómo el taburete que tengo justo al lado se desliza con un chirrido por el suelo y alguien se deja caer encima.

—Hola.

No sé *cómo*, pero sé que es él.

Lentamente, para evitar que me dé un latigazo cervical, me vuelvo hacia la izquierda y observo a mi nuevo acompañante. La sonrisa que me dedica no es arrogante en absoluto. No me está mirando como si estuviese seguro de que puede llevarme a la cama si se lo propusiese. De hecho, la forma en la que las comisuras de sus labios se alzan, una un poco más que la otra, me resulta incluso adorable, casi tímida. Las gafas se le bajan por el puente de la nariz cuando se acerca un poco más a la barra y, como si estuviese acostumbrado a ello, lo veo alzar el dedo índice para subírselas. Sus ojos son de un precioso tono esmeralda, con motas doradas, y tiene unas pestañas oscuras y ridículamente largas. ¿Por qué los hombres siempre se quedan con las mejores pestañas?

Ni siquiera puedo enfadarme por ello. Este chico es guapísimo, así que se merece tener unas pestañas preciosas. Se parece más a un modelo que debería estar viviendo en Los Ángeles que a un chico de un pueblo pequeño, en medio de la nada, en Maine.

Se echa hacia delante y apoya las manos sobre la barra. Su piel pálida está cubierta por vello oscuro, que no hace nada para disimular sus brazos llenos de venas marcadas. Dios, su cuerpo entero es una obra de arte. Es como esos hombres por los que babeaban los escultores del Renacimiento.

Recorro sus brazos hacia arriba, subiendo la mirada por sus hombros hasta su rostro y, cuando llego hasta ahí, me fijo en que me está sonriendo de oreja a oreja. Mierda. Me lo he estado comiendo con la mirada desde que se ha sentado a mi lado como una rarita muerta de hambre.

—Hola —respondo por fin, con las mejillas ruborizadas.

—¿Estabas con la cabeza en otra parte?

—Sí. —Me aferro a la excusa como a un salvavidas—. Lo siento mucho. Hay veces que se me va la cabeza. No estoy acostumbrada a esta clase de ambientes.

Al menos eso es cierto.

—Te preguntaría si puedo invitarte a otra copa, pero… —Señala mi cerveza casi llena con un gesto de la cabeza.

—¿Tienes edad para pedir alcohol? —suelto de repente, como una estúpida.

«Pues claro que tiene edad para pedir alcohol, Via. Lo acabas de ver tomándose unos chupitos con sus amigos».

Señala la ridícula diadema de «Feliz cumpleaños» que lleva en la cabeza.

—Desde hoy, sí.

—Demuéstramelo. —La voz me sale mucho más tímida de lo que pretendía.

El chico esboza una sonrisa radiante, lo que consigue que el hoyuelo de antes vuelva a hacer acto de presencia, y saca una cartera de cuero desgastada del bolsillo de sus vaqueros para mostrarme su carnet de conducir.

—Compruébalo tú misma. —Lo desliza sobre la barra y le da un golpecito con los dedos—. No tengo nada que esconder.

—Reid Astor Crawford —leo en voz alta—. Fecha de nacimiento… hoy. Veintiún años. —Tengo que tragar con fuerza para decir eso último.

No lo decía de broma.

Veintiuno.

Yo cumplí treinta y dos hace un mes.

Por lo que le saco once años.

Qué ironía. Ese es mi número de la suerte.

—¿Contenta?

Me observa con una ceja enarcada, divertido.

Le devuelvo su carnet y alzo la cabeza, orgullosa.

—Supongo.

Eso solo consigue que su sonrisa se ensanche.

—¿Cómo te llamas? Creo que es justo que me digas tu nombre ahora que ya sabes el mío.

Me observa con la cabeza ladeada, a la espera de mi respuesta.

Carraspeo con fuerza.

—Via. Me llamo Via.

—Y dime, si no puedo invitarte a una copa, Via, ¿te puedo invitar a cenar?

Intento contener una sonrisa.

—¿No debería ser yo la que se ofreciese a invitarte a cenar, teniendo en cuenta que eres tú el que cumple años?

Dios, me muero de ganas por mandarle un mensaje a mi hermana. Tengo que pedirle consejo para asegurarme de que lo estoy haciendo bien.

¿Estoy coqueteando con él? Creo que sí. Al menos, eso espero.

—No me importaría pagarte la cena esta noche, pero en realidad me refería a si podemos concretar una fecha y una hora para tener una cita de verdad. ¿Qué te parece?

—Me parece que… estás siendo muy directo. —Es impresionante, porque no se está andando con chiquitas, y eso no me lo esperaba en absoluto—. ¿Todos los chicos de tu edad sois así?

Tironea del cuello de su camiseta, lo que deja al descubierto un poco de la piel desnuda que se esconde debajo.

—¿Así, cómo?

—Tan seguros de vosotros mismos.

Se encoge de hombros.

—No tengo nada que perder si no te interesa, *pero* —alarga esa última palabra y vuelve a esbozar esa sonrisa adorable que hace que un montón de mariposas echen a volar en mi estómago— sí que tengo algo que ganar si es que sí.

Ah, esto se le da muy, *muy* bien; le sale solo, literalmente.

—Vale, digamos que te digo que sí a lo de tener una cita contigo. ¿Qué se supone que haríamos?

Me observa de arriba abajo con una ceja enarcada.

—¿Por qué no me dices que sí y lo descubres tú misma?

Me acerco un poco más a él y, en cuanto lo hago, el aroma de su colonia me golpea de lleno. Huele a limpio, con un toque amaderado, como un cálido día de verano. ¿Cómo es posible que alguien huela tan bien después de haberse tomado unos cuantos chupitos en un bar tan abarrotado como este?

—En realidad, no tengo intención de tener ninguna cita con nadie —admito.

Me muerdo el labio inferior. Su mirada baja lentamente hacia el gesto, y su lengua se desliza ligeramente sobre sus labios para humedecerlos.

—¿Y qué es lo que buscas exactamente?

—No lo sé. Divertirme un poco, supongo.

Con una sonora carcajada, deja caer un poco la barbilla y niega con la cabeza.

—Al menos eres sincera.

Entonces me doy cuenta de que ya me han traído la comida. Jesse está al otro lado de la barra, por lo que debe de haberla dejado hace un buen rato. Cojo una de las patatas fritas y me pongo a mordisquearla, confirmando que siguen calientes.

—Tú eres el que tiene un tatuaje que pone «temporal».

Le doy un suave golpecito en el interior del antebrazo, donde tiene la palabra escrita con tinta negra, con una tipografía parecida a la de una máquina de escribir.

Eso le hace soltar una sonora carcajada.

—Temporal, sí, pero no por lo que estás pensando.

Me llevo otra patata a la boca.

—Explícamelo entonces.

Recorre la palabra con los dedos. Es pequeña. Y, ahora que la observo de cerca, me sorprendo de haberme siquiera fijado en ella.

«Vale. La he visto en una de las múltiples ocasiones en las que he devorado esos brazos llenos de venas marcadas con los ojos».

—Quería tatuarme algo que me recordase que la vida, todo esto —barre a nuestro alrededor con un brazo—, es temporal. Quiero disfrutar de cada día al máximo. —Carraspea para aclararse la garganta—. Mi madre murió cuando era pequeño. Supongo que se podría decir que su muerte me afectó bastante.

Se me encoge el corazón al imaginármelo y no puedo evitar colocar una mano sobre las suyas.

Abre los ojos de par en par y desliza la mirada hacia los míos al notar mi caricia.

—Lo siento mucho. Sé que suena demasiado cliché, pero lo digo en serio.

—Gracias. —Gira la mano, colocando la palma hacia arriba, y entrelaza nuestros dedos. De nuevo, qué *bien* se le da todo esto—. Ahora, háblame de ti. Cuéntame algo que no sea muy feliz.

Ni siquiera tengo que pensármelo y, por extraño que parezca, me interesa ver cómo reacciona.

—Me he divorciado hace poco.

Suelta un suspiro y niega con la cabeza.

—Tu ex debe de ser un auténtico idiota.

Una extraña oleada cálida me recorre por dentro. Ni siquiera se ha inmutado y tampoco está buscando una excusa para alejarse de mí.

—¿Por qué lo dices?

—Porque eres jodidamente preciosa y es increíble hablar contigo. Si yo tuviese a una mujer como tú a mi lado, jamás la dejaría marchar.

La mirada que me dedica está cargada de deseo y algo más, algo mucho más intenso que me hace juntar las piernas con fuerza.

—Tengo treinta y dos años —suelto.

Se lleva la mano libre al pecho, justo sobre el corazón.

—Menos mal, los dos somos mayores de edad.

Se me escapa una risa sorprendida.

—¿No te importa? ¿Que yo sea mayor que tú?

—No. —Ni siquiera duda—. ¿Te importa a ti que yo sea más joven?

Trago saliva con fuerza, lo observo con atención y me pierdo por un momento en esos impresionantes ojos verdes. Sacudo la cabeza para salir de mi estupor y bajo la mirada.

—Sí.

Vuelve a esbozar una sonrisa.

—Bien.

—¿Bien? —repito—. ¿Cómo puede parecerte bien?

—Porque eso significa que estás pensando en hacer cosas nada decentes conmigo. —Se acerca un poco más a mí, hasta que puedo notar el calor que irradia su cuerpo—. ¿Me equivoco?

No respondo, pero eso es respuesta suficiente.

Sin inmutarse, se vuelve a sentar un poco más erguido en su taburete, sin soltarme la mano.

—¿Sigues teniendo hambre?

Niego con la cabeza.

—No.

Se levanta, soltándome por fin, saca un par de billetes de su cartera y los deja sobre la barra.

—¿Qué… qué estás haciendo?

De repente, tengo un nudo en la garganta. Paso la mirada de los billetes a él alternativamente.

—Vente conmigo a mi casa. —Me sonríe—. Tú misma has dicho que solo querías divertirte.

Se me acelera el corazón, que late a un ritmo desenfrenado y me aporrea con fuerza las costillas. Eso es justo para lo que he salido esta noche, pero en cuanto le oigo proponer la posibilidad de una noche de diversión sin compromisos, me entran los miedos. En parte porque, en realidad, no pensaba encontrar a nadie con quien mereciese la pena enrollarme y, sobre todo, porque lo último que esperaba era que un chico al que le saco más de diez años me ofreciese echar un polvo sin compromisos. Un chico que, he de admitir, me ha puesto mucho más cachonda de lo que mi marido consiguió ponerme durante nuestro último año juntos.

—¿Qué pasa con tus amigos?

Sé que me estoy aferrando a un clavo ardiendo, buscando una excusa para alejarme de él.

Se vuelve hacia la mesa donde sus amigos y él estaban celebrando su cumpleaños antes de que se acercase a mí.

—¿Qué amigos?

Echo la cabeza hacia atrás para echar un vistazo a su espalda y, efectivamente, han desaparecido. Abro la boca para decir algo y, al ver que no se me ocurre otra excusa, vuelvo a cerrarla.

—Vamos, Via, ¿qué me dices? —Se inclina hacia mí y me pega los labios a la oreja—. No le des tantas vueltas. De todas formas, todo es temporal. Tú. Yo. Las estrellas del firmamento. Todos somos tan solo un simple parpadeo. Arriésgate. Te aseguro que mereceré la pena.

Su sinceridad me roba el aliento. Temblorosa, me pongo de pie y me doy cuenta de que es más alto que yo. Debe de medir al menos un metro noventa. Con mi metro ochenta, suelo ser más alta que casi todas las mujeres, y Chase tan solo me sacaba unos centímetros de nada. Así que esta sensación, la de sentirme bajita, consciente de que este chico podría envolverme por completo con su cuerpo, es nueva para mí.

Solo eso consigue que una extraña corriente eléctrica me recorra de la cabeza a los pies, infundiéndome valor. Una sola palabra reverbera con fuerza en el interior de mi cabeza.

Una palabra.

Cuatro letras.

—Vale.

5

Una vez fuera del bar, me remuevo en mi sitio, nerviosa. ¿Deberíamos ir en mi coche o en el suyo, o cada uno en el nuestro? Si vamos cada uno en el nuestro, ¿me echaré atrás y acabaré volviendo a casa?

Como si se hubiese dado cuenta de que estoy entrando en pánico, Reid me recorre el brazo con la mano hasta llegar a mi muñeca y me da un suave apretón.

—He aparcado por aquí.

Señala con un gesto de la cabeza un Mustang negro restaurado. No estoy demasiado puesta en coches clásicos ni en sus años de fabricación, pero lo más probable es que este lo fabricasen en los sesenta, quizás en los setenta.

—Vaya, ese Mustang es precioso.

Baja la mirada hacia mí, con las cejas enarcadas.

—¿Sabes de coches?

Lo desbloquea y me abre la puerta del copiloto.

—En realidad, no, así que no te emociones.

El interior del coche huele a una mezcla de Reid con un toque mentolado, sin duda gracias al paquete de chicles de menta que tiene en el posavasos.

Suelta una risa cálida. Coloca una mano sobre el techo del coche y se inclina hacia mí.

—Con eso me vale. ¿Sabes qué empresa fabrica los Mustang?

Lo observo con una ceja enarcada.

—Ford.

—Joder. —Suelta un gruñido grave y hambriento que logra que una oleada de deseo me recorra de la cabeza a los pies—. Creo que me he enamorado.

Cierra la puerta del coche y lo rodea. Cuando se acomoda en el asiento del conductor, le coloco una mano en el muslo con suavidad.

—Espera. —Bajo mi mano puedo notar su pierna, cálida y firme. El calor que irradia su cuerpo consigue caldearme por dentro—. Debería conducir yo. Tú has bebido mucho más. Por Dios, debes de estar borracho. Esto es una muy mala idea. No puedo… no puedo aprovecharme de ti si estás borracho.

El pánico hace que se me hiele la sangre.

Esta ha sido una idea pésima. Voy a matar a mi hermana por haberlo sugerido.

Me abalanzo sobre el tirador de la puerta, pero me agarra de la mano para detenerme.

Me mira de arriba abajo, con la mirada ardiente.

—¿Es que quieres… que te deje llevar el volante?

Mi corazón se salta un latido y lo observo boquiabierta, sorprendida. Y después me echo a reír.

—Se te da bien. Muy, muy bien.

Reid suelta una suave risa.

—Me alegro de que te estés divirtiendo. No estoy borracho, por cierto.

—Pero te he visto…

—Solo me he tomado un chupito. Eso es todo. —Arranca el coche y el motor ronronea al cobrar vida—. Mi madre… fue por culpa de un conductor borracho. Lo último que quiero hacer para celebrar mi cumpleaños es emborracharme hasta no poder recordar nada.

—¿No estás borracho? ¿Estás seguro?

Se humedece los labios con la lengua sin dejar de mirarme. Su expresión está cargada de honestidad y deseo.

—Ni un poquito, totalmente sobrio.

Noto cómo se me encoge el corazón mientras lo miro.

—¿En serio vamos a hacerlo?

Su mirada refulge divertida.

—¿A hacer el qué? ¿Ir a mi casa a jugar al Candy Land? ¿Qué pensabas que íbamos a hacer?

Reposa el antebrazo sobre el volante y se gira hacia mí para mirarme; un mechón castaño le cae por la frente con el gesto. Me

entran ganas de alargar la mano hacia él y apartárselo de la cara, pero estoy tan nerviosa que no puedo hacer nada.

—Puedes irte si quieres, Via. Te prometo que no te guardaré rencor por ello.

De alguna manera, sé que no lo hará, pero, a pesar de estar nerviosa, también sé que me arrepentiré si me bajo ahora de este coche.

—No quiero irme.

Una sonrisa se desliza lentamente por su rostro, haciendo que ese precioso hoyuelo en su mejilla derecha me salude de nuevo.

—Genial.

Me quedo helada en medio del piso de Reid, conteniendo una carcajada.

—Dios mío, sí que tienes el Candy Land.

El tablero del juego está extendido sobre una sencilla mesita de centro de madera.

Lo oigo cerrar la puerta y lanzar las llaves sobre la encimera de la cocina. Su piso está recogido y es mucho más acogedor que el mío. No encaja con la idea que tenía de cómo debía ser la casa de un chico de su edad.

Se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros y se balancea sobre los talones, como si de repente le diese vergüenza verme allí, en su espacio.

—Sí, mi sobrina ha estado aquí por la tarde. He tenido que cuidar de ella.

—Eso es muy dulce de tu parte.

Sin sacar las manos de los bolsillos, se encoge de hombros, subiendo y bajando sus brazos musculosos.

—Es una buena niña.

Estamos a un metro y medio de distancia. La situación no es incómoda de por sí, pero puedo notar cierta tensión subyacente. Y a medida que pasan los segundos, el ambiente se va cargando lentamente.

Me pongo nerviosa al ver que no hace nada para acabar con esta tensión. Me está mirando fijamente, ahí quieto, paciente, como si estuviese esperando a que fuese yo quien diese el primer paso. Me gusta que no me esté empujando a hacer nada ni arrastrándome directamente a la cama. Eso es probablemente lo que la mayoría de los chicos de su edad harían. ¿Por qué es Reid tan distinto a los demás? ¿Por la forma en la que se crio? ¿O es que él es así?

Doy un paso hacia él. Y después otro. Respiro hondo y me armo de valor para cerrar por completo la distancia que nos separa, hasta que estoy de pie frente a él, pero sin tocarlo.

—Hola. —Le sonrío.

Sus comisuras se elevan lentamente.

—¿Qué estás haciendo, Via?

—No lo tengo muy claro.

—Mmm… —murmura. Lentamente, alza la mano con el dedo índice extendido hacia mi rostro y me acaricia la mejilla. Cuando se aparta, me lo enseña—. Una pestaña. Pide un deseo.

Cientos de mariposas alzan el vuelo en mi estómago al oír su petición, y tengo que contenerme para no esbozar una sonrisa.

—No. —Niego con la cabeza—. Tú eres el cumpleañero.

—Muy bien.

Frunce los labios un par de veces, como si se lo estuviese pensando seriamente, y después cierra los ojos y sopla la pestaña. Cuando vuelve a abrirlos, su mirada se clava con intensidad en mi rostro, con el deseo ardiendo en sus ojos y robándome el aliento. Una mirada que hace que me pregunte qué es lo que habrá pedido. Quiero preguntárselo, pero eso haría que su deseo no se cumpliese.

—Ya he pedido un deseo —susurra—. ¿Y ahora qué?

Respiro entrecortadamente y me tiembla la mano cuando la alzo hacia su cuello para aferrarme a él. Tiene la piel suave, cálida. Los mechones cortos que le crecen en la nuca me hacen cosquillas en la mano. Dios, es tan alto. Me pongo de puntillas y me acerco un poco más. Antes de que nuestros labios se rocen, sus manos descienden rápidamente hasta mi cintura para ayudarme a mantener el equilibrio.

«Chase ya no será el único hombre al que habré besado».

Eso es lo último que se me pasa por la cabeza antes de que mis labios se estrellen contra los suyos.

Creía que me sentiría incómoda al besar a alguien nuevo después de ocho años, pero no es así. Su boca sabe a menta, como el chicle que se ha comido de camino aquí. No se hace con el control de la situación, pero sí que me corresponde.

El gruñido grave que sube por su garganta hace que se me endurezcan los pezones. Abro la boca y él profundiza el beso, con su lengua acariciando lentamente la mía. De repente, me encuentro tirando de él y pegándolo más a mi cuerpo, aferrándome a la suave tela de algodón de su camiseta como si fuese lo único que me mantiene a flote.

Reid esboza una sonrisa contra mis labios y desliza las manos por mis caderas, bajando hasta colocarlas justo debajo de mi trasero, y después me levanta como si no pesase nada. Le rodeo la cintura con las piernas por instinto y el vestido se me sube con el movimiento, dejando mi trasero al descubierto y el tanga negro que llevo puesto al aire. Aunque tampoco es como si pudiese verlo. Al menos, no todavía.

Se da la vuelta y me coloca sobre la encimera. Me gusta este cambio de posición; estamos casi a la misma altura. Sus manos se deslizan por mis muslos, ahora desnudos porque el vestido se me ha subido hasta la cintura, pero se asegura de que sus pulgares no se acerquen demasiado, sin empujarme a hacer nada. Me acaricia con suavidad, formando pequeños y lentos círculos sobre mi piel sensible mientras me besa con deleite, como si tuviésemos todo el tiempo del mundo.

El recuerdo de Chase me asalta de nuevo. Este beso no tiene nada que ver con ninguno de los que compartí con él durante nuestro último año juntos. Durante meses, cada vez que me besaba sentía que lo hacía solo porque tenía que hacerlo, no porque lo desease o lo necesitase.

Reid, en cambio, me besa como si fuese el elixir más delicioso que hubiese probado en un cálido día de verano, uno del que necesitase más y más. Hasta ahora, no me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos esto: sentirme así, querida, deseada…

—Nunca he hecho esto antes —admito en un jadeo.

Se aparta de mí de golpe, con una sonrisa divertida en los labios.

—¿Acostarte con alguien?

—No. —Noto cómo se me sonrojan las mejillas y le doy un manotazo juguetón en el brazo—. Nunca… me he acostado con un desconocido. Nunca he tenido un rollo de una noche, o como quieras llamarlo.

No me había dado cuenta de que había bajado la mirada hasta que, de repente, noto cómo me toma con suavidad de la barbilla, alzándome la cabeza para obligarme a mirarle a los ojos.

—Yo tampoco.

Mi corazón se salta un latido.

—¿De verdad?

Se inclina de nuevo hacia mí y me besa el cuello.

—Sí. Pero cuando te vi al otro lado del bar, supe que me arrepentiría el resto de mi vida si no me acercaba a hablar contigo.

Lo aparto de un suave empujón, con el corazón más acelerado que cuando sus labios estaban sobre los míos.

—¿Por qué?

Sé que no debería hacer esta clase de preguntas. Se supone que solo somos dos adultos que van a pasar una noche de diversión juntos, y aquí estoy, preguntándole. Pero, en vez de optar por esquivarlas y desestimarlas para pasar a la parte en la que nos desnudamos, Reid satisface mi curiosidad.

—Porque estabas sentada en la barra con la mirada triste. —Me acaricia la mandíbula con el pulgar—. Y quería ser el motivo por el que dejases de sentirte así.

Abrumada por la sinceridad de su expresión y por la profundidad de su respuesta, me quedo mirando fijamente sus ojos verdes.

—¿Solo por eso?

Esboza una mueca burlona y me da un suave apretón en el muslo.

—Y porque este vestido te hace unas tetas de puta madre. —El gruñido que se le escapa es grave y gutural. Cierra los ojos y respira

por la nariz antes de soltarlo lentamente—. Lo siento. —Abre los ojos de nuevo—. Tenía que decirlo. —La sonrisa inocente que me dedica me provoca mariposas—. Ahora, dime. —Se inclina hacia mí y me acaricia el cuello con la nariz—. ¿Qué pensaste cuando me viste?

Aprieto los labios con fuerza cuando noto cómo me vuelvo a sonrojar.

—Dímelo —insiste—. Sé sincera, Via. ¿Me quieres solo por mi cuerpo?

Echo la cabeza hacia atrás y me río.

Se queda mirándome con la boca entreabierta, como si estuviese cautivado.

—Lo primero que pensé —digo, levantando un dedo y meneándolo delante de su cara— fue que eras guapísimo.

Estoy segura de que ese hoyuelo suyo, el mismo que me saluda cuando sonríe, va a ser mi perdición, y me fijo en cómo le brilla la mirada detrás del cristal de sus gafas.

—Sabía que me querías solo por mi cuerpo. ¿Qué fue lo segundo que pensaste?

—Me asombró la forma en la que parecías sentirte cómodo siendo el centro de atención. No sé si te habrás dado cuenta, pero… —Me muerdo el labio, conteniendo lo que estaba a punto de decir.

Alza la mano izquierda hacia mi rostro, acunando mi mejilla, y me recorre los labios con el pulgar.

—¿Te importaría terminar ese «pero…», ángel?

Respiro entrecortadamente y deslizo las manos por debajo de su camiseta. Tiene el abdomen plano, duro y definido de tal forma que es imposible que se deba tan solo a las horas que pasa en el gimnasio. Reid se estremece ante mi contacto y deja caer la frente contra la mía.

—Yo no era la única que no podía dejar de mirarte.

Se aparta ligeramente de mí y me dedica una mirada ardiente.

Un latido.

Dos.

—Pero yo solo tenía ojos para ti.

Y, tras soltar esa confesión, estampa sus labios sobre los míos.

Este beso es distinto al anterior. Mucho más hambriento, desesperado, como si algo en su interior se hubiese desatado.

Gimo cuando cierra una mano alrededor de mi cuello, obligándome a echar la cabeza hacia atrás. Su otra mano se desliza por mi espalda, encontrando la cremallera del vestido y bajándola de un tirón. El sonido que produce al descender resulta casi indecente. Es la promesa de lo que está por venir, pero también un recordatorio de que estoy a punto de desnudarme ante un hombre que no es mi marido.

Deposita un beso dulce junto a mi oreja.

—¿Esto te parece bien?

—Sí.

Me echo hacia atrás y levanto los brazos. Reid acepta la invitación y agarra el dobladillo de mi vestido para deslizarlo sobre mi abdomen y mis pechos hasta quitármelo, y lanzarlo sobre el suelo embaldosado. Me quedo mirando la prenda fijamente por un momento, un charco de tela verde en medio de las baldosas grises, y de repente me invade el deseo de plasmar ese contraste en un cuadro. Se me vienen a la cabeza cientos de ideas de combinaciones de color que podría usar para recrear ese mismo tono de verde.

Solo el gruñido grave que surge de entre los labios de Reid logra traerme de vuelta a la realidad.

Ah. Estoy sentada delante de él, totalmente desnuda, salvo por un simple tanga. Por un momento, me invade la necesidad de cubrirme con las manos.

Pero esta desaparece rápidamente en cuanto me fijo en Reid.

Sus ojos me devoran de la cabeza a los pies, y lo veo tragar saliva con fuerza.

—Déjame verte bien. —Su voz suena grave y rasposa, cargada de deseo, y veo cómo baja la mano hacia su polla endurecida y se toca por encima de la tela de los vaqueros, mordiéndose el labio inferior mientras me contempla descaradamente. Envalentonada por el deseo puro en su expresión, me recuesto sobre los codos, dándole una mejor vista—. *Joder.*

—Tócame.

Su mirada arde de deseo. Se lleva una mano a la espalda y se quita la camiseta de un tirón. La forma en la que sus abdominales se contraen cuando se quita la prenda me parece un tipo especial de tortura. Y recordaré este momento durante mucho tiempo.

Me devora con la mirada, deleitándose en cada centímetro expuesto de mi piel, y un gruñido grave le sube por la garganta. Mete los dedos en mi ropa interior y tira de ella con delicadeza, bajándomela por las piernas para después lanzarla hacia el creciente montón de ropa que hemos ido descartando.

—Túmbate. —Es una orden tajante y cargada de deseo.

Me trago el nudo de nervios que me sube por la garganta y le obedezco, estremeciéndome al sentir mi piel caliente en contacto con la fría encimera.

Jadeo cuando me agarra de las piernas y tira de mí hacia el borde.

—*Reid.*

El chillido de sorpresa se transforma rápidamente en un gemido cuando me separa los muslos y se desliza entre mis piernas. Su boca se encuentra con mi centro y los músculos de mi abdomen se contraen. Me estremezco. No sé qué era exactamente lo que pensaba que iba a hacer; quizás creía que querría pasar directamente a la parte del sexo, pero esta es una grata sorpresa. Una que mi cuerpo ansía.

Dios, llevo mucho tiempo deseando que me adoren de este modo.

Su lengua me explora con maestría, con una pericia que jamás había experimentado. Suelta pequeños gruñidos de placer de vez en cuando, lo que hace que una oleada de deseo me recorra de la cabeza a los pies.

No recuerdo cuándo fue la última vez que estuve tan excitada. Quizás debería entristecerme por ello, pero en este momento, con Reid, lo último que me siento es triste.

A sus veintiún años, Reid tiene mucha más destreza con la lengua de lo que debería ser posible.

—Joder —grito mientras muevo los brazos en busca de algo a lo que aferrarme.

Acabo agarrándome a su pelo y restriego las caderas contra su rostro. Reid suelta un gruñido como respuesta y su lengua se centra en mi clítoris. Sin detenerse, alza la vista hacia mí, clavándola en mi rostro. Noto cómo todo mi cuerpo se ruboriza, no porque me avergüence, sino por la pasión desmesurada con la que me observa, como si fuese algo que debiese adorarse, no poseerse.

—No tienes ni idea de lo bien que sabes, Via, de verdad. —Todo mi cuerpo zumba ante el cumplido. Me sobresalto cuando sus dedos se unen a la fiesta, deslizándose entre mis pliegues—. Estás empapada. Todo esto solo por mí. —Aparta los dedos y me los acerca a los labios—. Chupa.

Es una petición obscena. La idea de probar mi sabor me resulta… extraña.

—Ahora no te hagas la tímida conmigo —me anima—. No cuando mi lengua ha estado saboreando tu dulce coño hace unos segundos.

Con el corazón acelerado, abro la boca y le chupo los dedos, tal y como me ha pedido.

—Buena chica —gruñe, antes de morderse el labio inferior para contener una sonrisa victoriosa.

Entonces vuelve a bajar la cabeza. Me lame y me chupa, llevándome hasta el límite demasiado rápido. Hace que parezca tan fácil… Hasta este momento, los orgasmos siempre me habían eludido; siempre había tenido que esforzarme mucho para llegar hasta los pocos que he experimentado y tan solo los he disfrutado muy de vez en cuando.

Se aferra a mis muslos con fuerza, manteniéndome abierta para él incluso cuando la intensidad de sus movimientos me empuja a cerrarlos. Puede que mañana tenga las piernas llenas de moratones, pero no me importa, porque me servirán como recordatorio de esta noche.

—Estoy a punto —jadeo—. No pares.

Responde con un murmullo y me sigue lamiendo sin parar, demostrándome que se le da excepcionalmente bien escuchar y llevarme hasta la gloriosa cima. Me aferro a su pelo con más fuerza y tironeo de sus mechones, arqueando la espalda sobre la encimera

cuando me corro. Una oleada de placer me recorre entera, apoderándose de mí. Me dejo llevar por ella, perdida por completo en su intensidad.

Si es capaz de hacer eso solo con su boca, no me puedo ni imaginar qué otras cosas será capaz de hacer.

Tengo el cuerpo lánguido, con los brazos y las piernas débiles, cuando me levanta de la encimera y me abraza con fuerza. Todavía temblorosa, me enredo a su alrededor y le apoyo la cabeza en el hombro.

—Eso ha sido…

Me da un beso dulce en la mejilla.

—Lo sé.

Me lleva a su habitación y me tumba en la cama. Las sábanas suaves me acarician la espalda y huelen a detergente. Sin dejar de mirarme, pega la lengua al interior de su mejilla y se quita el cinturón con una sola mano.

Lo observo boquiabierta, totalmente hipnotizada.

¿Cómo narices ha hecho eso y por qué me parece tan increíblemente atractivo?

—¿Tienes otro tatuaje? —suelto en cuanto veo los trazos de tinta oscura que sobresalen por encima de la cinturilla de sus vaqueros.

Reid baja la vista hacia donde estoy mirando y se desabrocha el botón de los vaqueros en el proceso.

—Ah, sí.

—¿Qué es?

Enarca las cejas.

—¿No prefieres verlo?

—Ah. —Me sonrojo y cruzo las piernas—. Claro.

Con una sonrisa socarrona, Reid se baja la cremallera. En cuanto se quita los vaqueros, se toca por encima de la tela negra de sus calzoncillos, observándome con deseo. Un pequeño rastro de vello le baja desde el ombligo hasta desaparecer debajo de su ropa interior. Y todavía no puedo ver el tatuaje del todo.

—Aún no puedo verlo —me quejo.

Él esboza una sonrisa.

—Siéntate. Bájamelos y míralo tú misma.

Obediente, me siento sobre la cama sin ponerme nerviosa, para mi sorpresa. Aunque es prácticamente un desconocido, no puedo negar que con Reid me siento cómoda y segura de mí misma.

Le bajo los calzoncillos por un costado para dejar al descubierto el tatuaje. Es un intrincado diseño de un colibrí, esbozado con impresionante detalle. Con un dedo, recorro los trazos del diseño.

—¿Qué inspiró este de aquí?

—Mi madre, de nuevo —se ríe, frotándose la nuca—. Eran sus favoritos.

—Es precioso.

Lo digo en serio; es uno de los tatuajes más bonitos que he visto nunca.

—Lo dibujé yo.

Mi corazón se salta un latido.

—¿En serio?

Cerniéndose sobre mí, Reid asiente y se vuelve a subir las gafas.

—¿Te gusta dibujar?

—Sí. —Traga con fuerza—. Es algo que siempre me ha gustado.

—Eso es algo que tenemos en común.

Sus labios esbozan una sonrisa lenta y segura.

—Tengo la sensación de que tenemos mucho más en común que solo eso.

Estoy a punto de decirle que yo no estoy tan segura, sobre todo teniendo en cuenta nuestra diferencia de edad, pero, antes de que pueda hacerlo, me agarra de la barbilla y me obliga a echar la cabeza hacia atrás para besarme. Se toma su tiempo, deslizando su lengua de forma lánguida contra la mía, a pesar de la insistente presencia de su miembro endurecido entre nosotros.

Alentada por su reacción, le agarro la polla por encima de la tela de la ropa interior. Contengo el aliento y casi me ahogo con mi propia lengua al notar su tamaño. La tiene grande y gruesa, más de lo que estoy acostumbrada. Le bajo los calzoncillos para liberar la punta y le paso el pulgar sobre la suave cabeza y la abertura, extendiendo el líquido preseminal por encima.

Reid rompe el beso, se yergue y observa atentamente lo que le hago, fijando la mirada en donde mi pulgar se desliza sobre su polla. Un escalofrío le recorre la espalda.

—Joder, ángel.

Echa las caderas hacia delante por instinto, desesperado por algo más, y cierra lentamente los ojos.

Me siento orgullosa de mí misma. Apenas lo estoy tocando y, sin embargo, está claro que mi contacto le afecta.

Le bajo del todo la ropa interior, liberando su miembro por completo, y lo observo boquiabierta, avergonzada por mi reacción.

Sabía que la tenía grande, lo he *notado*, pero en cuanto su polla se balancea frente a mí, no sé qué demonios se supone que tengo que hacer con ese monstruo.

—La tienes demasiado grande —chillo.

Reid echa la cabeza hacia atrás y se ríe mientras se toca.

—Dios, Via, tú sí que sabes cómo elogiar a un hombre.

Lo miro boquiabierta.

—No lo he dicho como un cumplido. La tienes gigante.

Se muerde el labio inferior, conteniendo otra risa, y me acuna la mejilla con dulzura.

—Te prometo que iré con cuidado.

Una oleada de valor desconocida me sobrecoge, lo que me hace apretar los labios con fuerza y mirarlo a través de las pestañas.

—¿Y si no quiero que lo tengas?

—Via —pronuncia mi nombre en un gruñido grave y delicioso que reverbera en mi interior y me pone la piel de gallina.

Sin alejarse de mí ni un ápice, alarga la mano hacia el cajón superior de su mesilla de noche y saca un condón.

Extragrande, pues claro.

Rasga el envoltorio, pero extiendo la mano antes de que pueda sacarlo.

—¿Puedo?

Reid me observa con una ceja enarcada, pero me da el paquete abierto.

Me tiemblan ligeramente los dedos cuando saco el preservativo.

Una vez que hagamos esto, ya no habrá vuelta atrás. Voy a seguir adelante con mi vida y *deseo* esto. Y quiero hacerlo con Reid. A la mierda la diferencia de edad.

Sin pensármelo dos veces, deslizo el condón por su considerable longitud.

Él se echa hacia delante, con su cuerpo cerniéndose sobre mí y obligándome a tumbarme sobre la cama. Sus labios vuelven a encontrarse con los míos y sonríe contra mi boca.

—Me encanta besarte.

—Mmm —murmuro mientras le acaricio la mejilla, cubierta de barba incipiente con el pulgar—. ¿De veras?

Me acaricia la nariz con la suya y me obliga a echar la cabeza hacia atrás hasta que mi cuello queda expuesto. Deja un reguero de besos por mi piel, bajando lentamente hasta mis pechos.

Sigo esperando que llegue el momento en el que se deje llevar, en el que pase directamente al sexo propiamente dicho, pero Reid no deja de sorprenderme por lo dulce que está siendo conmigo, como si estuviese venerando mi cuerpo de forma lenta y suave. En vez de concentrarse solo en su propio placer, parece que se excita incluso más complaciéndome a mí.

—Sí —jadea, y me recorre el pezón con la lengua.

Por mucho que aprecie que esté siendo tan paciente y devoto conmigo, estoy *muy cerca* de ponerme a suplicarle que me folle hasta dejarme sin sentido. Si su objetivo era excitarme y hacerme suplicar, le ha salido de lujo.

Pasa a mi otro pecho y le dedica las mismas atenciones que al primero. Cuando me revuelvo con impaciencia bajo su cuerpo, él se ríe y su aliento me acaricia la piel sensible.

—Relájate. —Me presiona suavemente el pubis, empujando mis caderas hacia abajo para pegarlas al colchón—. Es mi cumpleaños y quiero disfrutar del postre.

¿Quién soy yo para discutir esa lógica?

Me deja un reguero de besos sobre el pecho y el torso, para después subir de nuevo hacia la piel sensible de mi cuello.

—Dios, Via —gruñe, con su aliento haciéndome cosquillas en la piel—. Todavía no he sentido lo que es tener mi polla en tu coño y

ya me estás volviendo loco.

—Por favor —le suplico, recorriendo su espalda desnuda con la mano y deteniéndome solo cuando llego a su nuca—. Quiero…

Reid murmura contra mi piel, acariciándome la mejilla con la nariz.

—¿Qué es lo que quieres?

Me muerdo el labio inferior y cierro los ojos, armándome de valor para ser completamente sincera.

—Quiero que me folles. —Mi voz suena apenas audible, no más alta que un susurro. No estoy acostumbrada a pedir tan directamente lo que quiero.

—Joder. —Se aleja de mí y me mira fijamente—. Cuando me lo pides tan dulcemente es difícil decirte que no.

Agarra un cojín y me pide en silencio que levante las caderas. Cuando me tiene colocada como él quiere, acerca la punta de su polla hacia mi coño. Jadeo cuando noto cómo pega su miembro duro a mi entrada, con una presión insistente, lo que me hace apoyar una mano en su abdomen. No sé si le estoy pidiendo en silencio que espere un momento o que lo haga de una vez.

Reid no se aparta, pero tampoco continúa.

—¿Estás bien?

—Sí —jadeo—. Solo… ten cuidado. No te estaba intentando halagar cuando he dicho que la tienes muy grande. Esto… no estoy acostumbrada a ese tamaño.

Eso le hace esbozar una sonrisa satisfecha y masculina, y me besa la comisura de los labios.

—Te prometo que tendré cuidado. Tú marcas el ritmo.

—Vale.

Se introduce lentamente en mi interior, centímetro a centímetro, hasta que está completamente dentro. No soy virgen, eso está claro, pero aun así mi cuerpo tarda un momento en ajustarse al tamaño y grosor de su miembro. Cuando vi a Reid esta noche, pensé que era mono, como el vecino de al lado de las películas románticas. Jamás habría imaginado que escondía esta anaconda dentro de sus pantalones.

Apoya las manos a ambos lados de mi cabeza para sostenerse encima de mí. Su mirada baja rápidamente hacia el punto donde nuestros cuerpos se unen y murmura una maldición grave.

—Joder, míranos, ángel. Fíjate en la forma en la que tu coño se aferra a mi polla. Es como si estuviese justo donde debo estar. —Me da un beso largo y lento—. Avísame cuando estés lista. Dime qué es lo que necesitas que haga.

Asiento y me humedezco los labios.

—Puedes moverte.

Reid cierra los ojos y deja caer la cabeza.

—Gracias a Dios.

Lentamente, sale de mi interior, aunque solo para hundirse de nuevo un segundo después. El movimiento me enciende por dentro.

Se aferra a mis caderas y me guía para que mi cuerpo se encuentre con el suyo a medio camino con cada embestida. Me muerdo el labio inferior para no gemir.

Acabo de conocer a este hombre y ya me he vuelto adicta. Es como una droga y de repente no sé si voy a poder vivir sin él.

Me agarra de los pechos, pellizcándome los pezones con la suficiente presión como para hacer que una corriente placentera me recorra entera.

—¿Reid? —jadeo su nombre, sin aliento.

Los tendones de su cuello se tensan.

—¿Sí?

—Sujétame las manos contra la cama y fóllame con ganas.

Me sonrojo ante mi petición, pero, joder, tengo treinta y dos años. Ya va siendo hora de pedir lo que quiero.

Esboza una sonrisa ladeada y hace exactamente lo que le pido, agarrándome las manos con fuerza sobre la cabeza. Gimo por la sensación que me produce ese ligero cambio de posición. De esta forma, su pubis queda en contacto directo con mi clítoris.

En cuanto encuentra el ritmo, me folla con más ganas, más rápido, llevándome a toda prisa hacia el orgasmo. Doblo los dedos y, como si pudiese leerme el pensamiento, sonríe y afianza el agarre en mis manos, entrelazando nuestros dedos.

—Ya casi estoy. —Lo aprieto más fuerte—. Oh, Dios. Justo ahí. Ya…

Todo mi cuerpo se estremece y se sacude con el orgasmo que me recorre de la cabeza a los pies. Es tan intenso que se me ponen los ojos en blanco mientras grito de placer.

Su boca reclama la mía de nuevo, silenciándome. Por un momento me he olvidado de que no somos las únicas personas en este mundo. Y está claro que Reid debe de tener vecinos.

Me sigue follando mientras las réplicas del orgasmo me recorren, preparándome a toda prisa para el siguiente. Le clavo las uñas en las manos, completamente perdida en el éxtasis, pero él no me suelta. Estoy a punto de sucumbir a otro orgasmo cuando sale de mi interior y me suelta.

Jadeo, desconsolada, pero no me da tiempo a protestar antes de que me coloque a cuatro patas sobre el colchón y tire de mis caderas hacia arriba para dejarme con el culo en pompa.

—¿Te parece bien esto?

—Sí, *por Dios*.

Me aferro a sus sábanas en busca de algo a lo que agarrarme para intentar no perderme a mí misma. Esta nueva postura es justo lo que necesitaba y mucho más.

Grito de placer y sorpresa cuando me da un azote. Como respuesta, mi coño se humedece aún más. Reid suelta un gruñido aprobatorio y lo vuelve a hacer, dándome en la otra nalga. Cuando me estremezco a su alrededor, me agarra el culo con sus enormes manos y lo aprieta. Me retuerzo contra él. En esta postura lo puedo sentir muy adentro. Es imposible que mañana no me despierte dolorida por esto, pero me da igual.

—Joder, ángel. Eres tan jodidamente perfecta.

Me agarra de las caderas y baja el ritmo. Me dejo caer sobre los antebrazos y gimo con fuerza al sentir cómo sus pelotas me golpean el clítoris.

—Sí, sí, *sí*. Reid, voy…

Y entonces me corro de nuevo. Este orgasmo es tan fuerte que todo mi cuerpo se estremece y pierdo por completo el control de mis brazos y de mis piernas.

Reid me rodea la cintura con un brazo y me sostiene contra él mientras las oleadas de placer me recorren entera.

Joder.

No sé si es que esto se le da genial o si es que la química que hay entre nosotros es increíble. Sea lo que sea, jamás me había corrido tantas veces durante una sola sesión de sexo. La resistencia de Reid es surrealista. Lo más probable es que mañana me tenga que pasar todo el día poniéndome hielo a mi pobre coño. Aunque tampoco es que me importe. Habrá merecido la pena.

Cuando casi me he recuperado del todo, Reid sale de mi interior y me pide que me tumbe de costado. Le obedezco sin rechistar, porque tengo el cerebro hecho papilla y mi cuerpo está más que dispuesto a hacer lo que él me pida. Se tumba a mi espalda y me pega a su pecho. Me levanta la pierna derecha y la coloca sobre la suya, dejándome expuesta para él. Pero, en vez de hundirse en mi interior, me rodea con un brazo y me frota el clítoris con los dedos.

Gimo con fuerza ante su contacto por lo sensible que estoy, lo que le hace detenerse.

—¿Quieres que pare?

—No —suelto, echando la cabeza atrás—. No, por favor, no pares.

Asiente una sola vez y vuelve a acariciarme ese punto sensible, trazando pequeños círculos sobre él. Cuando se detiene de nuevo, maúllo a modo de protesta, pero entonces noto cómo vuelve a introducir su polla en mi interior.

Las sábanas de su cama están hechas un desastre por mi culpa, por estar agarrándome y tirando de ellas, porque, joder, me siento tan llena. Mi cuerpo no sabe cómo adaptarse todavía a su tamaño, pero no me importa.

Esta vez me folla más lento y con más dulzura, meciendo sus caderas contra las mías. Su brazo izquierdo me rodea y me agarra un pecho.

—Reid —jadeo, prácticamente suplicando.

Aunque no estoy segura de qué es lo que le estoy pidiendo.

Echo la cabeza hacia atrás y me fijo en la forma en la que el pelo le cae por la frente, en cómo tiene los labios entreabiertos de

placer.

Él también me observa mientras suelta un gemido grave.

—Estás buenísima. —Desciende hacia mí y atrapa mis labios en un beso cegador—. Casi llego. ¿Tú?

Asiento, porque estoy sin aire y no puedo hablar.

—Ah, joder. —Su mano derecha se tensa alrededor de mi cintura—. Es increíble la sensación de estar hundido en tu interior. Yo… —gruñe, tratando de contenerse.

—Ya casi estoy —le animo.

Desliza la mano desde mi cadera hasta mi clítoris de nuevo. Un círculo y después otro, y entonces llego al orgasmo y todo mi cuerpo se rinde. Cuando sale de mi interior, se me escapa un gemido al volver a sentirme vacía.

Observo, con la vista ligeramente nublada, cómo se levanta y se quita el condón. Se agarra la polla y se la masajea con fuerza, sin dejar de mirarme, con los ojos cargados de deseo.

—Quiero correrme en tu cara —me confiesa, con voz ronca.

—Yo… —Me pilla desprevenida. Esas palabras obscenas no encajan en absoluto con la apariencia dulce e inocente de Reid. Nunca he hecho algo así. Sí que he dejado que se me corriesen en los pechos o en el vientre, pero no en la cara. Aun así, asiento enérgicamente, excitada—. Sí.

Me observa con los ojos como platos y boquiabierto, pero un segundo después lo veo apretar los dientes con determinación.

Me bajo de la cama y me arrodillo frente a él. Es una posición de lo más vulnerable y sumisa, sobre todo con alguien a quien he conocido hace tan solo unas horas.

—Joder, Via. No tienes ni idea de lo buena que estás. Dios, mírate. —Se masturba más rápido—. Ya casi estoy —me avisa, dándome la oportunidad de retractarme.

Echo la cabeza hacia atrás y saco la lengua. Reid aprieta los dientes, cierra los ojos y gime mientras los chorros espesos de su semen me empapan la cara. No estoy segura de cómo me siento al respecto, pero sé que tampoco me disgusta. La forma en la que me mira después, cuando estoy cubierta por los restos de su orgasmo, es *sexy* de cojones.

Me ayuda a ponerme de pie, con la mirada ardiente de deseo, me toma en brazos y me echa por encima de su hombro.

—Es hora de ducharse —declara, justo después de darme un azote en el culo.

Entonces se encamina hacia el baño y me deja con cuidado bajo el chorro de agua caliente. Y una vez que nos hemos lavado bien el uno al otro, se arrodilla sobre el plato de ducha y me vuelve a devorar.

6

—Uf…

Me duele todo el cuerpo, como si hubiese estado entrenando.

«¿Qué me he hecho?».

La pregunta va seguida de una avalancha de recuerdos de lo que ocurrió anoche.

Jadeante, abro los ojos y me fijo en lo que me rodea.

Esta no es mi cama.

Esta no es mi habitación.

Y, desde luego, este no es mi piso.

La luz del sol entra a raudales por las cortinas entreabiertas. Me vuelvo hacia la mesilla de noche en busca de un reloj, pero no encuentro nada. Mi acompañante no está por ninguna parte, aunque me llegan ruidos que provienen del otro lado del piso a través de la puerta cerrada del dormitorio.

Cuando sacudo la cabeza para librarme de la neblina del sueño, lo primero en lo que me fijo es en el deje suave de la voz de Frank Sinatra. Me sorprendo al darme cuenta. ¿Este chico de veintiún años escucha a Frank Sinatra?

Todo mi cuerpo protesta cuando me bajo de la cama. No tenía pensado quedarme a dormir, pero después de la ducha y de otro orgasmo alucinante, Reid me llevó a la cama y me suplicó que me quedase. Cuando me abrazó con su enorme cuerpo, fui incapaz de marcharme. Por muy bueno que fuese el sexo, el mero hecho de quedarme dormida en sus brazos cerró unas cuantas viejas heridas que llevaban mucho tiempo abiertas.

Ahora que me enfrento a las consecuencias de mis actos a plena luz del día, desearía haber insistido en que me llevase de vuelta al bar para buscar mi coche.

«Eres adulta; él es adulto. El sexo consensuado no tiene nada de malo».

Aun así, nunca he hecho este tipo de cosas. No debería sentir que he hecho algo malo, pero lo hago, y no puedo alterar mágicamente mi cerebro para pensar de forma distinta.

Normalmente no soy de las que rebuscan entre las cosas ajenas, pero como no veo mi ropa por ninguna parte —porque la dejamos tirada anoche en la cocina—, rebusco a toda prisa entre los cajones de la cómoda de Reid. En el primer cajón encuentro una camiseta que, por suerte, me cae hasta los muslos.

Me acerco de puntillas al baño en *suite* de Reid para que no sepa que estoy despierta.

Cuando observo mi reflejo en el espejo, tengo que llevarme una mano a la boca para contener el grito aterrado que me sube por la garganta.

Tengo un aspecto *horrible.*

Mi pelo está tan enredado que parece un nido de palomas. ¿Y los labios? Los tengo tan hinchados y rojos que parecen el doble de grandes que de costumbre. Tengo el cuello enrojecido y lleno de raspones por su barba incipiente y…

Por el amor de Dios, tengo un maldito chupetón, como si fuese una adolescente descontrolada presa de un incontenible deseo sexual.

Izzy se sentiría orgullosa de mí si me viese.

Le doy las gracias al cielo en un susurro cuando encuentro un cepillo junto al lavabo. Con cuidado, me lo paso por el pelo, desenredando los mechones rebeldes, deshaciendo nudo tras nudo con cada pasada. Tardo un buen rato en desenredarlos todos, pero, cuando termino, tengo un aspecto muchísimo mejor. También tiene la pasta de dientes junto al lavabo, así que me echo un poco en el dedo y me lavo los dientes lo mejor que puedo.

Remoloneo un poco más allí dentro, tratando de evitar lo inevitable, pero mi vejiga grita pidiendo auxilio y sé que, en cuanto tire de la cadena, sabrá que estoy despierta.

Incapaz de aguantar mucho más, hago mis necesidades. Después, me lavo las manos y observo mi reflejo en el espejo.

—Deja de ser tan gallina.

Paso las manos por la camiseta de Reid para estirarla y suspiro con fuerza. Solo entonces, después de silbar y apagar la luz del baño, salgo de la habitación.

En cuanto abro la puerta del dormitorio, el aroma salado y grasiento del beicon me golpea de lleno. El estómago me ruge con fuerza al olerlo. Por suerte, el vinilo que se reproduce en el salón enmascara el sonido.

El piso es bastante pequeño, por lo que, en apenas unos pasos, estoy en medio del salón, observando a Reid. Está de pie junto a la cocina, de espaldas a mí, y sus músculos se contraen mientras le da la vuelta al beicon en la sartén. Unos pantalones cortos sueltos cuelgan de sus esbeltas caderas.

—¿Estás preparando el desayuno?

Se gira hacia mí, con una sonrisa fácil en la cara.

—Sí, yo, eh… he pensado que tendrías hambre después de lo de anoche. —Sus mejillas se sonrojan. A la luz del día, Reid parece mucho más tímido—. Quiero decir… yo por lo menos tengo hambre. Casi he terminado de preparar el beicon, y ya tengo los huevos listos para echarlos en la sartén y hacer un revuelto.

Una sensación incómoda se apodera de mí y no puedo evitar tironear del dobladillo de su camiseta. Al percatarse del gesto, Reid baja la mirada por mi cuerpo, deteniéndose en mis piernas desnudas, y su mirada se carga de deseo.

—No tenías por qué prepararme el desayuno.

—Tampoco es para tanto.

Me muerdo el labio inferior.

—Debería volver ya a casa.

Reid me observa por un momento, con una expresión a caballo entre el ceño fruncido y una sonrisa.

—No tienes por qué huir de mí.

Bajo la mirada hacia mis pies. El pintauñas está picado y se me ha saltado ya por completo en unos cuantos dedos. No me acuerdo de cuándo fue la última vez que fui a hacerme la pedicura. Pero da igual cuánto tiempo haya pasado, lo que está claro es que el pintauñas está luchando por su vida a estas alturas.

—No estoy huyendo.

«¿En serio?».

—¿Estás segura?

Me observa con una ceja enarcada antes de volverse de nuevo hacia la cocina y ponerse a darle vueltas a los trozos crujientes de beicon en la sartén.

Suspiro y muevo las manos nerviosa, luchando conmigo misma. Al final, me doy cuenta de que no tengo cómo librarme de esta.

—Me encantaría desayunar —digo.

No es que Reid esté tratando de retenerme aquí, pero tengo que comportarme como una adulta de una vez. Él lo está llevando con mucha más madurez que yo.

—¿Dónde está mi ropa?

Me echa un vistazo por encima del hombro y señala la mesita de centro. Anoche, el tablero y las piezas del Candy Land estaban esparcidos encima. Ahora solo está mi ropa bien doblada.

—La he lavado.

Confundida, me vuelvo hacia él como un resorte, tan rápido que casi consigo que me dé un latigazo cervical.

—¿Me has lavado la ropa?

—Eso he dicho. —Se ríe, aunque su risa acaba convirtiéndose en una tos, como si supiese que no me gustaría que se riesen de mí en este momento—. De todos modos, tenía que poner la lavadora esta mañana. Tampoco es para tanto.

Mi rollo de una noche me ha lavado la ropa. ¿Qué cojones?

—Gracias.

Cruzo la habitación de puntillas y lo primero que cojo es mi tanga. Sin más preámbulos, me lo pongo. Cuando echo un vistazo por encima del hombro, me encuentro a Reid observándome, con la boca abierta y casi con la lengua fuera.

De momento, me voy a dejar puesta su camiseta. No me apetece nada tener que contorsionarme para volver a ponerme ese vestido.

—¿Te echo una mano?

Apila el beicon en un plato y asiente; luego, señala el pan de molde que hay sobre la mesa con un gesto de la cabeza.

—¿Te importa meter un par de rebanadas en la tostadora?

—Marchando.

Trabajamos mano a mano en su pequeña cocina. Cuando termina la última canción y el brazo del reproductor se levanta, Reid va corriendo a darle la vuelta al vinilo.

—No me puedo creer que tengas un tocadiscos.

—El sonido del vinilo es inmejorable. Es mejor que cualquier otro y sé que llevo razón. —Se sube las gafas por la nariz.

—¿Cómo te aficionaste a ello?

Apoyo la cadera contra la encimera y lo observo mientras revuelve los huevos. Me fijo en las venas marcadas de sus brazos, que parecen sacados de una buena película porno.

—¿A escuchar la música en vinilo? —Me echa un vistazo mientras revuelve el contenido de la sartén con la espátula—. Últimamente han ganado bastante popularidad, pero yo me enamoré de su sonido gracias a mis abuelos. Tienen una enorme colección. Mi abuelo le compra a mi abuela un álbum nuevo cada Navidad.

—Eso es muy bonito.

Chase y yo nunca coleccionamos nada que pudiese tener un valor sentimental para los dos.

Me quedo mirando fijamente su colección y me pregunto qué pasaría si yo hiciese algo parecido en mi casa. Me encanta la música, y la idea de ponerme a pintar con un vinilo sonando de fondo me parece todo un sueño.

Las tostadas saltan, sorprendiéndome. Salgo de mi ensoñación y me acerco a la nevera para coger la mantequilla. En cuanto Reid me indica dónde están los cubiertos, echo un poco de mantequilla sobre las tostadas y las corto en diagonal.

Mi estómago vuelve a rugir. Y esta vez estoy lo bastante cerca de Reid como para saber que lo ha oído.

Se ríe.

—Parece que alguien tiene hambre, y eso que estabas tratando de huir de mí hace nada.

—Cállate —replico en tono juguetón mientras le doy un golpecito con la cadera.

En cuanto emplata la comida, nos sentamos a desayunar juntos.

Estoy desayunando con mi rollo de una noche. Pero, hasta donde yo sé, la mayoría de los rollos de una noche no suelen acabar así.

Reid me desconcierta. Tiene veintiún años, pero es increíblemente maduro. Sobre todo para ser hombre. Todo el mundo sabe que las mujeres maduran mucho antes.

El silencio se apodera de la estancia. No es un silencio incómodo, pero sí me pone un poco nerviosa. Ahora nos conocemos de una forma muy íntima y, sin embargo, no sabemos prácticamente nada el uno del otro más allá de lo que disfrutamos en la cama.

—¿Eres de por aquí? —me pregunta, lo que me hace estremecer.

Suelto una carcajada.

—No, soy de California, nacida y criada allí. Pero me mudé hace poco a Parkerville.

Me observa con los ojos abiertos como platos.

—No me digas. Yo crecí allí. Mi padre sigue viviendo en el pueblo.

Esbozo una sonrisa sin apartar la mirada de mi plato.

—El mundo es un pañuelo.

—Lo es. Tienes que ir a probar los dónuts de la señora Kathy. Son increíbles.

—Lo haré. ¿Cuál debería probar primero?

Le da un mordisco a una tira de beicon y se pone a masticarla con la cabeza ladeada, como si estuviese pensándose la respuesta seriamente.

—Todos están riquísimos. El de matcha es uno de los favoritos, pero me encantan los sabores más clásicos. Un dónut glaseado nunca es mala opción. Y el de tarta de queso con arándanos también está increíble.

Junta los labios con fuerza, como si solo pensar en ellos le hiciese salivar.

—El de tarta de queso con arándanos seguro que está riquísimo.

Les doy vueltas a mis huevos en el plato con el tenedor, intentando no devorarlo todo en cuestión de segundos. Cuando

tengo hambre, suelo engullir la comida, literalmente.

—Es inigualable. Tienes que probarlo.

Tengo la sensación de estar viviendo en una realidad alternativa. Estoy sentada a la mesa con este chico, hablando de dónuts como si nada, cuando lo que debería estar haciendo es largarme de aquí cagando leches.

Terminamos de desayunar y Reid lava nuestros platos mientras yo me encargo de secarlos. Se comporta como si no pasase nada, como si no le importase tener a una desconocida invadiendo su espacio.

Cuando acabamos y guardamos los platos en su sitio, se recuesta contra la encimera y se cruza de brazos.

—¿Te apetece tomar un café? Tengo una Keurig.

La manera en la que dice «tengo una Keurig» hace que tenga que apretar los labios con fuerza para contener una risa.

—Reid —pronuncio su nombre alargando las letras, divertida—. ¿Por qué tengo la sensación de que no quieres que me marche?

Traga con fuerza y se mete las manos en los bolsillos.

—Porque no quiero.

Me da un vuelco al corazón al oír su respuesta, tan sincera y sencilla.

—¿Por qué?

Suspira con fuerza y su pecho se estremece.

—Porque tengo la sensación de que, cuando lo hagas, no te volveré a ver, y no quiero eso.

«¿Qué?».

Me cuesta comprender lo que acaba de confesar.

—Y también tengo la sensación de que, si te pido que me des tu número, me dirás que no —añade.

Noto cómo me sonrojo.

—Tienes razón. —No tiene sentido negarlo—. Te diría que no. Eh… esto… —nos señalo a los dos— no es algo que haga normalmente.

Se recoloca las gafas.

—¿Hablar con tíos en sus cocinas? —Le tiemblan los labios antes de esbozar una sonrisa divertida.

—Sabes que no es a eso a lo que me refiero —murmuro.

De repente, se me vienen a la cabeza recuerdos de anoche y tengo que bajar la mirada al suelo, dejando que el pelo me oculte el rostro sonrojado. Dios, voy a acordarme de esta noche hasta que sea vieja y tenga el pelo canoso.

—Lo sé. —Su tono se suaviza. Se acerca a mí y me agarra de los codos antes de agacharse para mirarme a los ojos—. Yo tampoco suelo hacer esta clase de cosas.

Suspiro entrecortadamente y lucho contra las ganas que tengo de apartar la mirada.

—Vale.

Frunce el ceño. Está claro que esa no era la respuesta que esperaba.

Quiero creerle. Parece sincero, pero es imposible que un tío de la edad de Reid, con *ese* talento en la cama, no folle casi todos los días. Y me parece bien. Bueno, en parte. No es como si fuese a volver a verlo. Esto no será más que un recuerdo lejano algún día.

—Vale —repite, alejando su cálida piel de la mía—. Te llevo a por tu coche, entonces. Si es lo que quieres.

Asiento ligeramente.

No es lo que quiero, pero ¿qué otra opción me queda? Mi tiempo con Reid tiene que acabarse en algún momento, así que lo mejor será que me quite la tirita de golpe y acabe con esto de una vez.

Pero ¿por qué me resulta tan difícil? No lo conozco de nada. Ni siquiera sé cuál es su comida o su color favorito y, sin embargo, cuando me vaya, me sentiré como si estuviese abandonando una parte de mí misma al dejarle.

Es una auténtica locura.

Siempre he sido una persona que se rige solo por la lógica y con la cabeza en su sitio. Por Dios, si soy abogada… *era* abogada. Pero lo que está ocurriendo ahora no tiene ningún sentido.

Reid me rodea y agarra las llaves de la encimera.

—Muy bien, ángel. Te llevo a por tu coche.

Agacho la cabeza y aparto la mirada.

—Gracias.

Me acerco a donde está mi ropa y la recojo antes de encaminarme hacia el baño para cambiarme. No me gusta nada tener que volver a ponerme el vestido. Me queda ridículo a la luz del día, pero ¿qué otra opción tengo?

En cuanto me visto, me doy un momento para recobrar el aliento y abro la puerta.

Reid me está esperando en la cocina, tecleando algo en su teléfono.

—¿Lista? —me pregunta.

Me observa de arriba abajo, con los ojos cargados de deseo, aunque los aparta rápidamente, como si no quisiese que le pillase devorándome con la mirada, pero ya es tarde. Mi corazón se salta un latido y noto cómo me sonrojo. Cada una de nuestras interacciones, fuese intencionada o no, ha conseguido subirme la autoestima.

—Sí, lista.

Ninguno de los dos dice absolutamente nada en el camino de vuelta al bar, y tampoco hago nada por alejarme cuando alarga la mano hacia mí para entrelazar nuestros dedos y llevar nuestras manos unidas hacia la palanca de cambios. Porque me apetece tanto tocarle como a él.

Cuando llegamos al bar, se me encoge el corazón.

Se acabó. Esto es un adiós.

Aparca junto a mi coche. Es el único que queda en todo el aparcamiento. Qué ironía, sobre todo teniendo en cuenta que el lugar estaba abarrotado anoche.

El motor retumba de fondo y los dos nos quedamos allí sentados, en silencio, como si nos diese miedo hablar.

Trago con fuerza y desenredo mi mano de la suya. Siento como si una ráfaga de viento helado me recorriese la piel cuando pierdo su cálido contacto.

Reid suspira y se pasa la mano por los mechones revueltos.

—Tengo que irme —le digo en un susurro.

Odio tener que decirlo, pero tengo que hacerlo. Me estoy comportando como una tonta.

Él asiente y se aclara la garganta.

—Vale.

Aun así, ninguno de los dos se mueve. Al final, él es el primero en hacerlo. Abre la puerta del tirón y yo lo sigo, aunque lucho con la manilla porque no sé cómo funciona. Pero, antes de que consiga descubrirlo, ahí está él, abriéndome la puerta.

La tristeza que nos embarga es intensa. Es la misma sensación que se tiene al visitar un sitio nuevo y enamorarse de cada uno de sus rincones, aunque sabes que el viaje se acabará en algún momento y lo más probable es que no puedas volver en un futuro.

Me quedo de pie frente a él y suelto un suspiro entrecortado.

—Adiós, Reid.

Traga con fuerza, observándome en silencio. Doy un paso a un lado para acercarme a mi coche, pero entonces posa las manos sobre mis mejillas y me pega al capó de su coche. Se me escapa un gemido antes de que pueda contenerlo, pero se ve interrumpido abruptamente cuando sus labios se estampan sobre los míos. Me devora por completo con ese beso arrollador, que hace que una corriente eléctrica me recorra hasta los dedos de los pies.

Por el amor de Dios.

Con un último beso dulce en la punta de la nariz, me suelta.

—Adiós, Via —dice con voz ronca.

Con las piernas temblorosas, me acerco a mi coche y me deslizo en el asiento del conductor. Jugueteo con el botón para encenderlo y, después del segundo intento, el motor cobra vida.

Intento ignorar al chico alto que me observa alejarme desde la distancia, pero sin éxito. Incapaz de resistirme, miro una última vez a través del retrovisor. Reid se lleva dos dedos a la frente y después los aleja en un saludo, como si se hubiese dado cuenta de que lo estoy mirando.

Mientras salgo del aparcamiento, le echo un vistazo al reloj del salpicadero.

Las once y once.

Joder.

7

No pretendía contarle a Izzy todos los detalles de mi noche con Reid, pero cuando me llama por FaceTime esa misma tarde, se lo suelto todo antes de poder morderme la lengua. Es casi como si no pudiese hablar lo bastante rápido.

—Espera, espera, espera —me pide, levantando las manos—. No te estoy entendiendo. —Se pellizca el ceño—. ¿Que has hecho *qué*?

La miro a través de los dedos. A mitad de la explicación, me he llevado las manos a la cara para protegerme de su escrutinio.

—No pienso repetirlo todo.

—Pues creo que deberías.

—No. —Mi tono suena tan autoritario como avergonzado—. No debería haberte contado nada, para empezar.

—Uf. —Echa la cabeza hacia atrás—. Anda, no seas así, Via. No estaba segura de que fueses a hacerlo, pero mírate. No solo te fuiste con un tío a su casa, sino que encima te fuiste con un tío buenorro más joven que tú, que…

—Shh —le pido, con las mejillas sonrojadas.

No soy ninguna mojigata; al menos, no creo que lo sea, pero no quería hablarle de Reid a nadie. Quería que fuese mi secreto, uno al que pudiese recurrir y recordar con cariño en el futuro.

Veo cómo deja caer los hombros.

—Muy bien, no seguiré hablando del tema. —No añade ningún «de momento», pero queda implícito—. Ahora que te han echado un buen polvo, ¿qué tienes pensado hacer hoy?

—¡Izzy!

Mi hermana suelta una risita y se echa el pelo a la espalda.

—Lo siento, tenía que decirlo. Pero, ahora en serio, ¿qué planes tienes para hoy?

Suspiro y echo un vistazo a mi alrededor.

—Puede que vaya a la ferretería a comprar pintura para el piso.

—Uuh, ¿de qué color lo vas a pintar?

—Todavía no lo sé. Probablemente debería acercarme a buscar unas cuantas muestras para ir probando.

—Buena idea. —Asiente y se aplica un brillo de labios. Usa la cámara interior de su teléfono a modo de espejo mientras desliza la sustancia pegajosa y brillante por los labios—. Te puedo mandar algunas fotos de Pinterest para que te sirvan de inspiración.

—No hace falta. —A saber qué podría mandarme. Lo más probable es que fuesen estancias con las paredes pintadas de un blanco impoluto o de colores neón. Con ella nunca hay término medio—. Sé que estás muy ocupada.

Entre tener que subir contenido a redes, grabar y editar, siempre está liada con algo.

Me hace un gesto con la mano.

—Para ti nunca estoy ocupada. Aunque será mejor que te deje. Tengo cita para hacerme las uñas.

—Vale, te quiero, chao.

—¡Yo también te quiero!

Cuando el piso se vuelve a quedar en silencio, el peso de la soledad se asienta sobre mis hombros. Me gusta estar sola, pero existe una enorme diferencia entre pasar tiempo a solas después de haber estado rodeada de gente durante mucho tiempo y sentirse sola.

En realidad no había planeado ir a la ferretería, pero *sí* que necesito pintar las paredes de este sitio para hacerlo mío, sobre todo teniendo en cuenta que voy a vivir aquí durante mucho tiempo.

Me hago una coleta para quitarme el pelo todavía húmedo de la cara y me echo un vistazo en el espejo del baño. Está claro que en otras ocasiones he tenido mejor aspecto, pero esta vez los vaqueros rotos y la camiseta de manga larga tendrán que bastar porque no tengo ganas de cambiarme.

Si Reid estuviese aquí ahora, lo más probable es que esbozase una sonrisa socarrona al ver cómo me ha dejado.

Cojo las llaves de mi coche de la encimera y bajo a la calle.

También puedo ir a tomarme un café, aprovechando que he salido. Quizás incluso un dónut.

La ferretería está a solo unos kilómetros de distancia. Esa es una de las ventajas de los pueblos pequeños, supongo. Estoy acostumbrada a quedarme atrapada en un atasco durante horas, así que tener que recorrer apenas unos pocos kilómetros para llegar a algún lado me parece un lujo.

Con el bolso cruzado sobre mi pecho, me adentro en la tienda. La puerta produce un alegre tintineo cuando entro, y el cajero me dedica una sonrisa amable.

—Hola. —Baja el periódico que estaba leyendo. Es bajito, con el pelo cano y fino—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Solo he venido a echar un vistazo a las pinturas.

—Están al fondo. —Señala—. No tiene pérdida.

Esbozo una sonrisa y asiento con la cabeza antes de encaminarme hacia donde me ha indicado, con las suelas de mis zapatillas resonando con fuerza al deslizarse sobre el suelo de linóleo.

La zona de pintura es bastante pequeña, pero tendrá que servir. Tomo unos cuantos muestrarios y los comparo. Mientras tanto, el teléfono no deja de vibrarme en el bolsillo. Lo más probable es que Izzy me esté mandando las fotos que me había prometido para que saque inspiración para mi piso. Decido ignorarla. Aunque agradezco la intención, quiero que mi casa sea un reflejo de mí misma.

Con las muestras en la mano —bueno, en la cesta, porque he cogido unas cuantas—, voy hacia la caja.

El hombre que está detrás del mostrador me dedica una sonrisa mientras las va sacando de la cesta.

—Parece que alguien va a pasarse un buen rato pintando.

—No te haces una idea.

Me río. Al final, me voy a pasar toda la vida pintando gracias a mi estudio de arte.

—¿Vas a renovar tu casa?

Mete una de las muestras en una bolsa de papel y, después, otra.

—Algo así. Acabo de mudarme aquí. Estoy renovando un edificio y el piso que hay en la segunda planta.

—Ah. —Me observa con los ojos abiertos como platos—. Ese es un proyecto bastante grande.

—No te haces una idea.

—¿Ya has conseguido a un contratista para que te ayude con la reforma?

—Todavía no. —Me recoloco el bolso para que la correa no se me clave en el hombro—. No llevo aquí lo suficiente como para haberme puesto en contacto con ninguno.

Sonríe y escanea otra muestra más.

—Te puedo dar algunas recomendaciones, si quieres.

—Sí, claro.

Lo digo en serio; me vendrían bastante bien.

—Ahora mismo te apunto sus nombres y sus números de teléfono. Por aquí nos conocemos todos. —Señala el datáfono para indicarme que ya está listo para que pague—. La mayoría de los contratistas del pueblo vienen a comprar sus suministros aquí, así que los conozco bastante bien.

—Yo no vengo de un pueblo pequeño. —Meto mi código PIN—. Pero me estoy empezando a dar cuenta de que me encanta el aire de comunidad que se respira aquí.

Algo de lo que me di cuenta incluso durante mi primer encontronazo con la gente del pueblo en la cafetería.

—Es un pueblo increíble. Lleno de buena gente. Siempre nos cuidamos los unos a los otros. Soy Gary. —Me tiende una mano.

Se la tomo con delicadeza.

—Via.

—Encantado de conocerte, Via.

Le dedico una sonrisa.

—Lo mismo digo.

En cuanto me mete el *ticket* en la bolsa, me la tiende. Y entonces alza un dedo al aire.

—Déjame que te apunte esos números.

Doy un paso atrás y observo atentamente la pared. Está atardeciendo, así que la luz no es la mejor. Aunque, claro, el color que elija me va a tener que gustar sea la hora del día que sea, así que lo mejor sería valorarlos con todo tipo de luz.

De momento, la muestra verde oliva es la que más me gusta, pero no quiero casarme con ningún color todavía.

Ja. «Casarme». Menuda mierda ha resultado ser eso del matrimonio.

Suelto una carcajada amarga y seca y, después, un gruñido. Está claro que estoy demasiado cansada si me estoy riendo de mis propios pensamientos patéticos.

Cuando bostezo por segunda vez en tan solo unos minutos, decido que lo mejor será dejarlo por hoy, aunque supongo que puedo prepararme algo rápido para cenar antes de meterme en la cama, teniendo en cuenta que no he comido nada desde el desayuno que me preparó Reid. Tenía tantas ganas de probar todas las muestras de pintura en la pared cuando he salido de la tienda que ni siquiera me he molestado en pasarme a comprar unos dónuts.

Mi nevera está prácticamente vacía, así que va a tocar cenar pizza.

El tipo que contesta al teléfono cuando llamo para pedir apunta mi pedido a toda prisa y me responde con un «en una media hora la tienes allí» muy poco entusiasta antes de colgar.

Me he duchado esta mañana, pero me las he apañado para llenarme de pintura, así que me doy una ducha rápida antes de que me traigan la cena.

El cansancio que pugnaba por apoderarse de mí hace un momento consigue sobrecogerme por completo para cuando termino de ducharme. Aunque es todo un hito que esté tan cansada, sobre todo teniendo en cuenta que el agua parecía incapaz de salir a una temperatura constante, pasando de ardiente a helada a intervalos, sorprendiéndome cada vez y sacándome de mi estupor.

Justo cuando me estoy poniendo una sudadera, llaman a la puerta.

Saco algo de efectivo de la cartera y le entrego al repartidor lo suficiente para pagar la pizza y que se le quede algo de propina por haberme traído esta maravilla de queso y verduras. No puedo dejar de salivar en cuanto la huelo y el estómago me ruge con fuerza.

Me como la pizza sentada en el sofá, viendo vídeos antiguos en mi teléfono como si fuese uno de esos niños de hoy en día, siempre pegados a sus iPads, y todo porque todavía no he enchufado el televisor.

Tampoco tengo internet.

Mañana me encargaré de todo eso y llamaré a los contratistas que Gary me ha recomendado. Este va a ser un proyecto bastante largo, así que, cuanto antes empiece, antes podré poner el estudio en funcionamiento.

8

Los dos primeros contratistas a los que llamo me dan unos presupuestos desorbitados. Ambos son demasiado caros y ninguno está dispuesto siquiera a enseñarme fotos de sus proyectos anteriores, lo que no me inspira ninguna confianza en sus habilidades.

Estoy empezando a pensar que Gary me ha engañado cuando llega el tercer y último contratista que me recomendó, subido en una camioneta roja con unas cuantas escalerillas atadas al techo.

Le pido al cielo que este tipo no sea un capullo y que sepa al menos un mínimo sobre reformas.

A estas alturas tengo las esperanzas por los suelos, pero salgo de la tienda con una sonrisa de oreja a oreja para recibirlo mientras él se baja de la camioneta y se acerca a la entrada.

—Hola, tú debes ser la señora James.

—La misma. —Asiento—. Aunque puedes llamarme Via.

—Derrick. —Se aparta unos cuantos mechones rebeldes de la cara e inspecciona la fachada del edificio—. Admito que me sorprendió cuando me enteré de que habían vendido este sitio. —Me dedica una sonrisa y las comisuras de los ojos se le arrugan ligeramente con el gesto. Es un hombre bastante apuesto, con el pelo oscuro surcado de canas. Lo más probable es que me saque unos diez años. Por algún motivo, me resulta vagamente familiar, aunque no sé por qué—. Siempre le vi mucho potencial. ¿Deberíamos entrar y hablar de lo que tienes en mente? Jessica me comentó que querías convertirlo en un estudio de arte.

Jessica fue la mujer con la que hablé cuando llamé para programar una visita y solicitar un presupuesto.

—Sí, quiero convertirlo en un estudio de arte, un lugar donde la gente pueda venir a relajarse pintando o a tomar clases si les

apetece aprender.

—¿Entonces eres artista?

Me observa con una ceja enarcada, como si estuviese impresionado.

—Supongo que sí.

Eso le hace soltar una suave risa.

—¿Supones? ¿Qué quieres decir con eso?

Se cruza de brazos y no puedo evitar fijarme en lo en forma que está. Supongo que, al tener un trabajo como el suyo, tan físico, es algo bastante normal. Aunque los otros contratistas que se han pasado antes tenían una buena barriga cervecera. Parecían más bien la clase de hombres que delegan el trabajo en los demás que de los que se ensucian las manos.

—Siempre me ha gustado el arte y se me da bastante bien, o eso creo. —Arrugo la nariz—. Siempre he querido ser artista, pero me convencieron de que tenía que escoger una carrera más práctica. Por eso acabé estudiando Derecho. Y fui abogada hasta que… —Me encojo de hombros, sin querer terminar la frase. No tiene sentido que le cuente a un desconocido todos los sórdidos detalles de mi miserable vida.

Él suelta un silbido.

—Es un gran cambio.

—No te haces una idea —murmuro.

Con una sonrisa, abro la puerta de la tienda y lo invito a entrar.

El último hombre chasqueó la lengua en cuanto vio el estado del lugar y murmuró una retahíla de comentarios sobre la cantidad de trabajo que habría que hacer para dejarlo a punto. Derrick, en cambio, recorre el lugar fijándose en cada mínimo detalle, tomando nota de su estado en completo silencio.

Se queda callado durante unos buenos diez minutos antes de volverse de nuevo hacia mí.

—Más allá de lo básico: pintar, instalar iluminación nueva y esa clase de cosas… ¿Qué es lo que tienes pensado?

Me meto las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros antes de observar el espacio por enésima vez, imaginándome a la

perfección cómo será en un futuro, cuando lo haya reformado tal y como quiero.

—Me encantaría poner el suelo de hormigón claro. De todos modos va a acabar lleno de pintura, así que no quiero nada del otro mundo. Allí quiero poner una serie de expositores empotrados con iluminación por encima para poder exponer las obras de los alumnos. Ah, y al fondo… —Lo agarro del antebrazo emocionada, y tiro de él para que me siga, pero lo suelto de inmediato en cuanto me doy cuenta de lo que acabo de hacer—. Al fondo —repito—, quiero poner estanterías para los materiales. Un rincón para las manualidades para los niños allí y… —Respiro hondo y suelto una carcajada—. Lo siento, me he dejado llevar.

Me recojo el pelo en un moño en la nuca para hacer algo con las manos.

Él se pone a tamborilear con el lápiz sobre el papel en el que ha estado tomando notas todo este rato.

—Sigue. —Esboza una sonrisa—. Que estés tan entusiasmada con este proyecto hace que yo también me entusiasme por el potencial que puede tener.

—Muy bien. —Continúo recorriendo el espacio y él me sigue—. Ahí quiero poner un mostrador con la caja registradora. Y aquí atrás habrá más espacio para guardar los lienzos y todo tipo de materiales.

No puedo borrarme la sonrisa estúpida de la cara. Mudarme aquí, cambiar por completo mi vida de esta forma, no fue una decisión que tomase a la ligera, pero no puedo negar que hablar del futuro y del potencial de este sitio me hace feliz. Esto es justo lo que estaba destinada a hacer desde el principio.

Derrick me escucha atentamente, haciendo algún que otro comentario de vez en cuando. Me preocupa el precio que puedan tener algunas de sus grandes ideas, pero al menos parece interesado en mi proyecto.

Después de mostrarle también el piso de la planta de arriba y comentarle todo lo que hay que hacer, lo acompaño hasta su camioneta.

—Te enviaré un presupuesto en una semana. Tienes mi número por si me necesitas o se te ocurre alguna otra idea que no me hayas comentado hoy. —Abre la puerta del copiloto y lanza el cuaderno y el lápiz al asiento. Después se gira para mirarme de nuevo—. Este sitio… va a darnos mucho trabajo. No voy a tratar de engañarte diciéndote lo contrario, pero tiene potencial. Mucho.

Noto cómo se me hincha el pecho de orgullo y me invade una sensación cálida.

—Yo también lo creo. Por eso lo compré. Gracias por venir a echarle un vistazo.

Esboza una sonrisa torcida y entrañable.

—No hay problema. Hablamos pronto, Via.

Se encamina hacia la parte delantera de su camioneta y se sube al asiento del conductor. Cuando se marcha, me quedo donde estoy, plantada en la acera, viéndolo alejarse. Después me doy la vuelta y regreso a mi piso.

Cojo el mono manchado de pintura del baño, donde lo había dejado colgado, y me lo pongo para ponerme manos a la obra con la que he decidido que será la pared central del salón. La pinto de un verde oliva con pequeñas florecillas blancas, tan pequeñas que voy a tardar una semana en terminarlas todas, pero sé que al final valdrá la pena. Quería un diseño lo bastante intrincado como para que pareciese papel pintado, pero sin tener que lidiar con el trabajo de ponerlo. De esta forma, siempre puedo pintar por encima si cambio de opinión. Además, este es justo el proyecto que necesito en este momento para distraerme.

Me pongo a pintar olvidándome de todo y, cuando me quiero dar cuenta, ya es la hora de la cena.

Le echo un vistazo al reloj y suelto una maldición mientras guardo todos los materiales y las pinturas rápidamente. Técnicamente no tengo prisa. Esta noche solo estoy yo, pero quiero salir a cenar a un restaurante del que he oído hablar que está en una ciudad cercana. Nunca solía salir a cenar sola, así que he añadido ese punto a la lista de cosas que quiero cambiar. Necesito aprender a estar cómoda sola. Existe cierto nivel de soledad que solo se siente cuando metes toda tu vida en cajas y te alejas de todo

lo que te es familiar. Y es justo por esa soledad por lo que he decidido salir y hacer cosas nuevas.

Una vez duchada y oliendo a mi gel de vainilla favorito, me pongo a buscar la ropa que me voy a poner. Cuando estoy rebuscando en el armario, me quedo helada al ver el vestido verde. El mismo que en un principio me compré para Chase, pero que ahora solo me trae recuerdos de Reid.

Me muerdo el labio inferior al recordar lo que sentí al tener sus manos recorriéndome entera.

«Para. Tienes que dejar de pensar en él», me reprocho en silencio.

Pero es más fácil decirlo que hacerlo. Porque decir que Reid me causó muy buena impresión sería quedarme muy corta.

Aparto el vestido y saco mis vaqueros favoritos —esos que he usado tantas veces que ya están increíblemente suaves y se me pegan perfectamente a las curvas— del estrecho estante. Después me pongo a rebuscar entre las posibles camisetas y acabo decidiéndome por una blanca de tirantes y un jersey de color beige.

Me visto a toda prisa y salgo de casa antes de poder echarme atrás. Aunque me haya prometido a mí misma que iba a intentar sentirme más cómoda pasando tiempo sola, mi cerebro todavía no se ha acostumbrado a la idea y me siento un poco incómoda.

El restaurante se encuentra a media hora de Parkerville, así que me pongo un audiolibro para que me ayude a pasar el rato y para no tener que pensar en nada que no debería.

Aunque la distracción no me dura mucho. A mitad de camino, una notificación se ilumina en la pantalla del salpicadero y hace que se me encoja dolorosamente el corazón.

Es un mensaje de Chase.

¿Qué cojones? Llevamos sin hablar ni comunicarnos de cualquier otro modo desde que firmamos los papeles del divorcio. No teníamos nada que decir. Por horrible que suene, nuestra relación se acabó con un corte limpio. No tengo nada que me conecte a él de ninguna forma, ya no, y desde luego tampoco tengo nada qué hablar con él.

Odio sentirme tentada a aparcar a un lado de la carretera para leer su mensaje. Sea lo que sea que me tenga que decir no debería importarme. Y no me importa, pero, joder, ya lo dice el refrán: la curiosidad mató al gato.

Me aferro al volante con todas mis fuerzas y me centro en la carretera que tengo por delante y en mi audiolibro. No permitiré que mi exmarido me distraiga.

Aparco cerca de la entrada del restaurante y me prometo a mí misma que no voy a abrir el mensaje de Chase. Así que, con la cabeza bien alta, entro al local y le digo a la camarera que quiero una mesa para uno en la terraza trasera.

Mientras le echo un vistazo a la carta, me llama la atención más de un entrante. Decido que voy a tener que volver para probarlos todos. La terraza está sorprendentemente cálida gracias a los calefactores exteriores que han colocado por todas partes; ni siquiera la brisa del mar me pone la piel de gallina.

Le doy un sorbito a la copa de vino que he pedido cuando la camarera se ha acercado para presentarse y observo el tranquilo vaivén de las olas. Cuando vivía en San Francisco no pasé mucho tiempo junto al mar. A Chase no le gustaba y, como los dos estábamos tan ocupados con nuestros trabajos, cuando teníamos algo de tiempo libre preferíamos pasarlo juntos. Ahora lo pienso y siento que todo fue en vano. Ya lo he superado, pero eso no significa que su traición no me siga doliendo. Estoy trabajando en ello, poco a poco. Con el tiempo estoy segura de que, al igual que lo que sentía por él, su traición también dejará de doler.

Cuando me traen mi plato de pasta a la marinera, me pongo a comer de inmediato y disfruto de mi tiempo a solas y de la cena.

Consigo olvidarme del mensaje de texto hasta que, más tarde, me meto en la cama.

Una vez bajo las sábanas, tomo el teléfono para poner el despertador y la notificación sigue ahí, como si se estuviese riendo de mí. Así que respiro hondo y la abro.

CHASE

Te echo de menos.

Cierro los ojos con fuerza y salgo de la aplicación.

No pienso responderle. No se lo merece y que le den por pensar que estaba haciendo bien al mandarme ese estúpido mensaje.

Fue *él* quien arruinó lo nuestro.

Fue *él* quien dejó embarazada a su secretaria.

Por lo tanto, es *él* quien merece regodearse en la miseria que *él* mismo se ha buscado.

9

—¡No te creo! —chilla Izzy, llevándose una mano a la boca con tanto ímpetu que asusta al pobre Wonton sentado en su regazo. Al momento, se aparta del teléfono, desaparece de mi pantalla y empieza a disculparse profusamente con el perro. Cuando regresa, niega con la cabeza y aprieta los labios como una madre decepcionada—. No me puedo creer que haya tenido el valor de escribirte, y encima para decirte que te echa de menos.

¿Es raro que sus palabras me hagan sentir mejor? Ella está mucho más furiosa que yo.

—Es un hombre. Así son todos. Una panda de valientes imbéciles de pacotilla.

—Pienso ir a su casa a cortarle los cojones.

Suelto una carcajada divertida mientras coloco mi nueva vajilla en los armarios. Si el ruido que producen los vasos de cristal al entrechocarse le molesta, Izzy no dice nada.

—No tienes por qué.

—Lo sé, pero uf… No me puedo creer que haya sido capaz de hacer algo así. Menudo gilipollas. Quiero cantarle las cuarenta.

—¿Por qué me habrá escrito eso? —Me aparto un mechón de la cara y suspiro—. ¿Es que las cosas no le están yendo bien con ella?

No quiero ni pronunciar su nombre. Chase y ella son igual de culpables. Ella sabía desde el principio que estaba casado. *Me conocía*. Por Dios, debió de pensar que era una ingenua en las pocas ocasiones en las que me presenté en su oficina para comer con Chase. Debió de sentirse superorgullosa al verme aparecer allí, sabiendo lo que estaban haciendo.

Izzy agarra el teléfono y entra en su cocina.

—Quizás —responde mientras llena un vaso de agua, por lo que escucho—. Se habrá dado cuenta ahora de que eres un partidazo.

Sabe que te tuvo y ahora tiene que conformarse con el ridículo premio de consolación.

Su respuesta me hace reír. Es agradable poder reírme de esta mierda de situación.

—Lo digo en serio —continúa—. Acabo de leer la publicación de un blog sobre el tema. El artículo hablaba de cómo los hombres pueden tener un ochenta por ciento de lo que siempre han deseado encontrar en una pareja y, sin embargo, se van a buscar el otro veinte restante en otra persona. En el proceso, acaban perdiendo el ochenta por ciento que ya tenían, pero no se dan cuenta de ello hasta que ya es demasiado tarde y solo les queda el veinte por ciento restante. El veinte. —Alza dos dedos frente a la cámara—. Lo que quiero decir es que los hombres son idiotas.

Suelto una carcajada.

—En eso tienes razón.

—No le vas a responder, ¿verdad?

Suelto un resoplido burlón.

—Pues claro que no.

—Muy bien. No se lo merece.

—Lo sé.

Dios, tengo mucha suerte de tenerla de mi parte. Ella acabó tan dolida y se sintió tan traicionada como yo cuando la verdad salió a la luz. Creo que en parte fue porque nos veía como un ejemplo a seguir y soñaba con encontrar algún día una relación como la nuestra.

—Entonces… —empieza, sentándose en la mesa de su cocina—, ¿vas a llamar al guaperas del bar?

Me sonrojo al oírla mencionar a Reid.

—No me dio su número, ¿te acuerdas?

—Siempre puedes buscarlo en redes.

Me quedo mirándola fijamente.

—No me voy a poner modo FBI para encontrar a un rollo de una noche.

—¿Por qué no? Yo lo hago constantemente. —Me saca la lengua cuando me quedo boquiabierta mirándola, horrorizada—. No me

mires así. Los tíos pueden ser unos auténticos psicópatas. Solo hago lo que se supone que debo hacer.

Me dejo caer en el sofá, sentándome con las piernas dobladas debajo de mí.

—La gente ya no liga como antes. Y mi cerebro parece no terminar de comprenderlo del todo.

—El panorama ahora es una auténtica mierda. —Le da un sorbo a su vaso de agua—. Dios, eso ha sonado horrible, sobre todo si lo que pretendo es animarte a que salgas ahí fuera y te enrolles con alguien, pero es la verdad, es duro. —Hace una mueca.

Se me encoge el corazón al oírla hablar así. Mi hermana se merece lo mejor. Se merece encontrar a un hombre que la ame por quien es y no por lo que pueda conseguir saliendo con ella. Desde que empezó a ganar seguidores en redes, un montón de hombres y mujeres se le han acercado con la única intención de conseguir algo a cambio. Tiene que ser una mierda eso de no saber nunca si alguien se te acerca por quien eres o porque quiere algo de ti.

—Encontrarás a alguien que te merezca.

Nuestras miradas se encuentran a través de la pantalla.

—Y tú también.

Agacho la cabeza. La idea de salir en serio con alguien, de volver a casarme, me resulta agotadora. Ni siquiera quiero pensar en eso.

—Tienes que llamar a mamá —me dice, cambiando de tema—. Te echa de menos.

Me muerdo el labio inferior.

La quiero por recordármelo. Vale que mis padres fueron de lo más estrictos con nosotras cuando éramos pequeñas, y puede que también tuviesen la culpa de que me alejase de lo que de verdad me apasiona, pero son buena gente. Sin embargo, últimamente no sé cómo hablar con ellos. Les rompí el corazón cuando metí toda mi vida en cajas y me mudé al otro lado del país. No porque me mudase de por sí, sino porque al hacerlo dejé atrás mi carrera y la vida que había construido allí.

—Lo haré.

—Hoy. —El tono que usa es uno que mi hermana pequeña pocas veces utiliza conmigo. Sabe que tiene que añadir eso porque, si no, lo seguiré posponiendo eternamente.

Esconder la cabeza bajo una piedra metafórica y fingir que el resto del mundo no existe está bien. A veces incluso necesito hacerlo para tomarme un descanso mental, pero el problema es que las cosas que he estado posponiendo se han ido acumulando y no puedo seguir dejando que se amontonen.

—La llamaré en cuanto colguemos.

—Muy bien. ¡Adiós, te quiero!

—Espe…

La pantalla se queda en negro.

«Será…».

IZZY
LLÁMALA.

Me pellizco el puente de la nariz.

Le he prometido que lo haría, así que busco el contacto de mi madre y le doy a llamar antes de que pueda echarme atrás. Llamé a mis padres cuando llegué al pueblo, pero no he vuelto a hablar con ellos desde entonces porque soy una hija de mierda. Y sí, ellos también podrían haberme llamado, pero con ellos las cosas no funcionan así.

Mi madre contesta al segundo tono.

—Ay, Via, qué alegría que me llames.

—Hola, mamá. —Me levanto del sofá y voy a buscar el plumero para ponerme a hacer algo mientras hablamos—. ¿Qué haces?

—No mucho. Ahora mismo estoy montando un puzle. Tu padre ha salido a jugar al golf.

—Dile que le mando saludos y que lo echo de menos.

—Lo haré. ¿Qué tal te está tratando Massachusetts?

Aprieto los labios con fuerza, dividida entre si echarme a reír o ponerme a gritar.

—Es Maine, mamá. Estoy viviendo en Maine.

—Maine, Massachusetts, Montana, Mississippi… todos esos estados que empiezan por M me parecen iguales. En fin, ¿qué tal te está tratando Maine?

—Genial, me encanta este sitio. —Me resulta imposible que no se me note lo feliz que estoy en la voz. Me he enamorado de Parkerville, de Maine en general—. Es precioso. Papá y tú podríais venir a hacerme una visita.

—O también podrías volver tú.

Suspiro.

Sabía que este momento llegaría.

—Sí, claro, iré a visitaros, pero podríais venir a verme. Hay un montón de restaurantes y de tiendas preciosas por aquí. A papá y a ti os encantará. Hay un hostal monísimo en…

El suspiro que suelta resuena en el interior de mi oído.

—Es una idea muy bonita, cariño, pero con nuestra edad no creo que vayamos a poder cruzar el país para ir a verte.

¿Con su edad? Tienen sesenta años y están en excelente forma. Esto no tiene nada que ver con su edad. No quieren venir ni formar parte de la vida que me estoy labrando aquí. Están convencidos de que todo esto es solo temporal y no sé cómo hacerles entender que no tomé la decisión de mudarme a Maine a la ligera.

—Si alguna vez cambiáis de opinión, ya sabéis dónde estoy.

Me estremezco cuando oigo esas palabras salir de mis labios. Qué patética.

—¿Cuándo crees que vas a poder venir a hacernos una visita?

«¿En serio?».

Por un momento, me quedo callada, tratando de pensar con claridad y calma.

—Mamá —digo, midiendo mis palabras—. Me acabo de mudar.

No ha pasado ni un mes desde que me fui.

—Sí, ya, pero pensarás volver para pasar las fiestas aquí con nosotros, ¿no? Podrías quedarte aquí desde Acción de Gracias hasta Navidad, o incluso hasta Año Nuevo.

Se me cae el corazón a los pies.

Sé que lo hace con buena intención. No lo dice con un motivo oculto. Aun así, me duele, porque que me haga justamente esa

pregunta me deja claro que cada vez que le he hablado sobre mis planes de futuro no me estaba escuchando.

—Para ese entonces estaré inmersa en las reformas de este sitio y, en cuanto empiecen, no podré marcharme de aquí hasta que acaben.

La oigo chasquear la lengua.

—Claro —repone, aunque suena como si ya hubiese desconectado de la conversación—. Pues entonces a lo mejor podemos verte en Navidad.

—Sí —suspiro—. A lo mejor.

—Te dejo, que seguro estás liada.

Se me hunden los hombros y asiento con la cabeza, aunque no puede verme.

—Muy bien. Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero.

Cuando cuelga, me quedo mirando fijamente la pantalla de mi teléfono en completo silencio. Ojalá pudiese decir que no me duele que se haya negado tan rotundamente a venir a verme a Maine, pero duele. Quiero demostrarle que mi vida aquí tiene el mismo sentido que la que me labré en San Francisco, o incluso más, porque en esta mando solo yo. Pero no puedo obligarlos a venir a verme, al igual que ellos tampoco pueden obligarme a volver.

Le mando un mensaje rápido a Izzy para hacerle saber que ya he cumplido con mis deberes como hija y he hablado con mamá, pero decido no contarle que la conversación ha sido un auténtico desastre. No tiene por qué verse involucrada en esto. Si se lo contase solo conseguiría hacerla sentirse mal por haberme presionado a llamarla en primer lugar. Pero ella tampoco puede controlar a nuestros padres.

No merece la pena molestarse por algo así. Aprendí hace mucho tiempo que es más fácil dejar que la decepción te entre por una oreja y te salga por la otra que regodearse en ella. El año pasado —y, en general, a lo largo de mi vida— perdí mucho tiempo compadeciéndome de mí misma. Pero eso se acabó. La nueva y mejorada Via va a dejar que la negatividad le resbale.

10

A pesar de lo pequeño que es el pueblo, cada vez que salgo a explorar encuentro algo nuevo. Hay una pequeña librería escondida en una esquina, un poco alejada de la calle principal. Lo que me hace detenerme es un letrero colgado justo encima de la entrada. Es un recorte de un montón de libros, pintado con colores vibrantes. Me adentro en el callejón para ver si está abierta.

La puerta rechina con fuerza cuando la abro. Está claro que las bisagras necesitan un buen engrasado. Contengo el aliento nada más entrar. Cada superficie disponible está llena de montones y montones de libros. Son sobre todo ejemplares antiguos, con las páginas amarillentas. Inhalo el familiar aroma del papel y me adentro un poco más en el interior, cerrando la puerta a mi espalda. La tienda es bastante estrecha, pero profunda.

—¿Hola?

Un estruendo que proviene de un pasillo solitario a mi izquierda rompe el silencio.

—¡Hola! —La respuesta resuena con fuerza y la voz parece agitada—. ¡Oye, tú, ven aquí!

Echo un vistazo a mi alrededor, confundida, sin saber si me lo dice a mí. Cuando un enorme gato atigrado pasa corriendo junto a mí con un ratón muerto en la boca, obtengo mi respuesta.

El chillido que surge de mis labios es increíblemente vergonzoso. Pero es incluso más vergonzoso lo rápido que me subo al mostrador donde está la antigua caja registradora. El gato se gira hacia mí y se queda parado justo a mis pies, meciendo su cola de un lado a otro y observándome atentamente con sus enormes ojos verdes.

—Ni se te ocurra —le advierto, con un deje histérico en la voz.

Puede que me eche a llorar como se le ocurra subirse aquí.

Justo en ese instante, una mujer aparece corriendo y toma al gato en brazos.

—Malo, Tremaine. ¿Qué te he dicho sobre matar ratones? Estás intentando hacerle honor a tu nombre, ¿verdad? —Con un suspiro, abre la puerta y lo echa de la tienda—. Fuera de aquí.

Me quedo donde estoy, helada, a cuatro patas sobre el mostrador.

—Uf. —Se estremece—. Ojalá dejase de hacer eso. Supongo que es culpa mía por haberle puesto el nombre, en honor a la madrastra malvada de *Cenicienta*. Ya puedes bajarte de ahí. —Me señala con el dedo.

—¿Suele hacerlo muy a menudo?

El corazón comienza a latirme de nuevo a un ritmo normal cuando me bajo. Si le molesta que haya usado el mostrador como vía de escape, no dice nada.

Suspira con fuerza y se aparta el flequillo rubio.

—Todos los días.

Hago una mueca.

—Qué horror.

—Por desgracia. Aunque ya me he acostumbrado. —Me observa con los ojos entrecerrados por un momento y después chasquea los dedos—. Eres la señora que se acaba de mudar aquí, ¿verdad? ¿Olivia?

Me estremezco al oírla llamarme «señora». Dios, me hace sentir mucho más vieja de lo que soy.

—Via —la corrijo—. Y sí, soy la nueva.

—Bueno, pues bienvenida a Whit's Books. Soy Ella, no Whit. Whit es mi abuelo. —Me tiende la mano.

La tomo y le doy un suave apretón.

—Encantada de conocerte.

—¿Qué libro estás buscando? ¿Alguno en específico?

Se balancea de un lado a otro detrás del mostrador, como si estuviese bailando.

—En realidad no. Ni siquiera sabía que había una librería por aquí.

—Ya, estamos bastante escondidos.

—¿Tenéis…? —Echo un vistazo a mi alrededor, observando atentamente la selección de libros. La mayoría son bélicos o políticos —. ¿Tenéis alguna novela romántica?

Ella suelta una carcajada divertida.

—Al abuelo Whit no le gustan los libros de romántica. Dice que los carga el diablo. Pero a la abuela Mabel… —Enarca una ceja y me invita a seguirla doblando un dedo.

Obedientemente, la sigo hasta un armario que está cerrado con un candado.

Saca una llave y, después de quitar el candado, abre el armario de par en par para dejar al descubierto una selección de novelas románticas.

—Le encantan. Échales un vistazo.

Retrocede y me deja espacio para que pueda examinar las estanterías. La selección es bastante pequeña, pero hay algunas novedades que reconozco.

—Si te interesa —comenta a mi espalda—, también tenemos una especie de club de lectura.

Le echo un vistazo por encima del hombro.

—¿Una especie de club de lectura?

Suelta una carcajada y se coloca un mechón rebelde tras la oreja. Lleva un corte recto y por encima de los hombros, con flequillo, que le sienta bastante bien.

—Sí que *leemos*, pero a veces se nos olvida la parte de hablar sobre libros. Y nuestras reuniones suelen acabar convirtiéndose en una buena sesión de cotilleo.

—¿Ah, sí? —Tengo en la punta de la lengua decir que no me interesa unirme a su club de lectura. Pero, pensándolo bien, quizás eso sea justo lo que necesito para hacer nuevos contactos en el pueblo e incluso amigos—. Suena bastante divertido.

—Genial. Voy a buscarte una tarjeta.

Desaparece en la trastienda, dejándome a solas con el armario lleno de novelas románticas. Elijo unas que tienen buena pinta y después regreso a la caja, donde ella ya me está esperando.

Sonríe de oreja a oreja al verme abrazar los ejemplares contra el pecho.

—Genial, veo que has encontrado unos cuantos. Aquí tienes la tarjeta que te he dicho. —Me tiende una tarjeta de visita en la que pone «Club de lectura para mujeres de Parkerville (no se permiten hombres)». Debajo del nombre hay una dirección y un número de teléfono—. Siempre nos reunimos en casa de Lucy —me explica—. Está soltera y tiene una casa bastante grande en la que cabemos todas.

—¿Cuántas sois en el club?

Dejo los libros que he seleccionado en el mostrador para que pueda cobrármelos.

—No te sabría decir el número exacto, pero normalmente nos reunimos entre seis y diez mujeres. Aunque la cifra va variando cada semana.

—¿Semana? —repito.

¿Los clubs de lectura no suelen ser mensuales? Reunirse todas las semanas me parece un poco excesivo.

—Sí —responde entre risitas—. Como te he dicho, normalmente nos reunimos más bien para cotillear. Nos da la excusa perfecta para alejarnos un rato de nuestros maridos y de nuestras vidas ajetreadas y pasar un rato de chicas. Y siempre llevamos buena comida y vino.

—Ah. —Me guardo la tarjeta—. Parece divertido.

Pero, claro, a lo mejor solo me parece divertido porque no tengo ninguna amiga aquí.

—Hemos quedado en reunirnos este sábado, por si te apetece unirte.

—¿De qué libro vais a hablar? —Formulo la pregunta trazando unas comillas en el aire al decir «libro»—. No me apetece no enterarme de absolutamente nada de lo que habléis.

—En realidad, lo tienes justo aquí. —Le da un suave golpecito al libro que corona mi montón y, con una sonrisa, toma una bolsa de papel marrón con el nombre de la tienda. Una vez que ha escaneado cada uno de los libros y los ha metido en la bolsa, acepta los billetes que le tiendo—. Espero que te pases por allí, de veras.

Me da el cambio.

—Lo intentaré.

No tengo ningún motivo para no ir. Lo único que podría hacer que no fuese es mi propia inseguridad. Antes no me costaba tanto hacer amigos, pero desde que perdí a todos los que tenía tras el divorcio, me siento más vulnerable que nunca en ese aspecto. Al fin y al cabo, no fui yo la que se cargó nuestro matrimonio. Pero, al final, Chase siempre era el centro de la fiesta, no yo.

—Genial, se lo diré a las chicas. Me ha encantado conocerte, Via. Aunque… ojalá no hubiésemos tenido ese pequeño incidente con Tremaine. —Hace una mueca—. Espero que la próxima vez que nos veamos vaya mucho mejor.

Suelto una sonora carcajada y tomo la bolsa.

—Ha sido un primer encuentro interesante, eso seguro. Nos vemos.

En cuanto salgo por la puerta, ahogo un grito al notar la lluvia helada que me cae encima. ¿Cómo es posible que se haya puesto a llover? Con los hombros encorvados, salgo corriendo del callejón y me interno en la calle principal, encaminándome a toda prisa hacia mi piso. Los dientes me castañean con fuerza cada vez que mis pies golpean el pavimento. Al menos me he puesto las deportivas antes de salir.

Demasiado perdida en mi propio mundo, sin pensar en otra cosa que no sea en llegar a casa cuanto antes, no veo la gigantesca barricada que se interpone en mi camino —dicha barricada en realidad es una persona— hasta que ya es demasiado tarde. Me choco con él y casi me caigo de bruces al suelo, pero una mano enorme me agarra con fuerza del brazo antes de que pueda comerme el asfalto.

—¡Eh! ¿Estás bien?

Parpadeo con fuerza al oír esa voz que me resulta tan familiar. Por un momento, estoy convencida de que es Reid, pero el tono es demasiado grave. Cuando el hombre alza la cabeza puedo verle la cara. Derrick me observa atentamente desde debajo del enorme ala de la capucha de su chubasquero; al menos uno de los dos ha salido de casa preparado para este chaparrón.

—Estoy bien —resoplo, sin aliento.

El corazón me late a toda velocidad y mi cerebro todavía no ha asimilado cómo es posible que no me haya comido el asfalto.

Me suelta y señala su camioneta con la cabeza.

—Sube.

Por un momento me siento tentada a decirle que no. Mi piso no está *tan* lejos y, de todos modos, ya estoy empapada. Pero no tengo fuerzas para rechazar su oferta. Así que después de respirar hondo, asiento.

Derrick abre la puerta del copiloto para que entre y después sale corriendo hacia el asiento del conductor. Con un solo gesto, se quita la capucha y se sube al coche. Mete la llave en el contacto y pone la calefacción al máximo.

Me estremezco y bajo la mirada hacia mis libros. Por suerte, durante mi alocada carrera, me he pegado la bolsa al pecho con tanta fuerza que no les ha caído ni una sola gota de agua.

Derrick me observa con una sonrisa divertida en la cara.

—Tenía que asegurarme de que los libros llegaban sanos y salvos —me defiendo, antes de colocar la bolsa a mis pies—. Está claro —añado, antes de señalarme de arriba abajo— que no he comprobado el tiempo antes de salir.

Nota mental: comprobar la puta aplicación del tiempo siempre que salga de casa.

Derrick suelta una carcajada divertida y niega con la cabeza. Tiene el pelo ligeramente húmedo, como si no se hubiese subido la capucha a tiempo.

—El tiempo en Parkerville cambia en cuestión de segundos. —Chasquea los dedos para enfatizar su razonamiento—. Existe una vieja leyenda marinera sobre este sitio.

Echa un vistazo por encima del hombro antes de salir a la carretera.

—¿Y bien? —le animo—. ¿Me la vas a contar?

Se frota la mandíbula.

—La leyenda dice que, no hace mucho tiempo, hubo un pescador que le prometió a su esposa que jamás volvería a la mar, pero…

—Déjame que lo adivine: no cumplió su promesa.

Me dedica una sonrisa que hace que las comisuras de sus ojos se arruguen ligeramente.

—Pues claro que no, y su esposa era descendiente de sirenas. Sabes lo que son las sirenas, ¿verdad? —Asiento, así que continúa—. La leyenda dice que la esposa maldijo este pueblo, haciendo que el tiempo fuese imposible de predecir para que su marido no volviese a dejarla.

Enarco una ceja.

—¿Eso es todo?

—Eh, bueno, la leyenda termina con él marchándose de todos modos. Y mientras estaba en alta mar, una tormenta destruyó su barco y nunca regresó a casa. Desde entonces, le pertenece al mar, porque amaba al océano más que a su esposa.

—Es una leyenda…

—¿Deprimente? —comenta, antes de aparcar junto a mi edificio.

—Iba a decir bastante increíble. Las mujeres son muy poderosas.

Su risa llena la camioneta.

—Supongo que en parte tienes razón.

—Gracias por traerme a casa.

La lluvia ya está amainando, pero agradezco no haber tenido que volver corriendo.

—No hay de qué.

Agarro el tirador de la puerta, pero, antes de que pueda bajarme, le oigo carraspear con fuerza y me giro para mirarlo.

—Siento mucho no haberte mandado un presupuesto todavía. He estado liado con un asunto personal. Familiar, ¿sabes? —Hace una mueca—. Sé que puede parecer una excusa de mierda, pero es la verdad.

—No te preocupes. Mándamelo cuando puedas.

Me dedica una pequeña sonrisa con los labios cerrados.

—Gracias por comprenderlo.

Al otro lado del parabrisas, las nubes oscuras se separan y los rayos del sol se abren paso formando un arcoíris.

—Mira eso —murmura—. Te he dicho que aquí el tiempo cambia muy rápido.

«Al igual que la vida», pero no hago ese comentario en voz alta. Mi cinismo no tiene por qué salir a relucir en este momento.

—Gracias otra vez.

Con una sonrisa agradecida, me bajo de su camioneta.

—Nos vemos, Via. —Se despide de mí con un leve asentimiento.

Se marcha mientras yo comienzo a subir las escaleras que llevan a mi piso. Una vez dentro, me pongo unos pantalones de chándal cómodos y saco el libro del club de lectura de esta semana de la bolsa para perderme en el mundo de otra persona durante un rato.

11

Aparco frente a la adorable casa blanca de dos plantas y lucho contra los nervios que me revuelven el estómago. Conocer a gente nueva nunca me supuso ningún problema, pero ahora, con la vida mucho más lenta y sencilla que llevo en Parkerville, siento pánico. Sigo sintiéndome como una extraña en este sitio, como si el tufo de California me siguiese allá donde fuese. Es una idea estúpida, pero a veces la lógica no consigue tomar el control de nuestras emociones.

—Deja de ser una cobarde de mierda —me digo en un murmullo—. Solo es un grupo de mujeres. Nada más.

Respiro hondo y después suelto todo el aire lentamente mientras me bajo del coche. Con mi bolsa de tela colgada del hombro, me estiro la camiseta y me armo de valor.

Veo cómo la cortina de la ventana que hay junto a la puerta se mueve y me tiembla el ojo izquierdo por las ganas que tengo de ver cuánta gente me está observando atentamente desde detrás de esa tela. En cambio, alzo la barbilla con orgullo y sigo caminando. Pongo la que espero que sea una expresión agradable, no demasiado sonriente, pero tampoco demasiado seria.

Alzo el puño y llamo a la puerta.

Al momento, oigo un «está abierto» que proviene del interior.

Me tomo un segundo para entrar en pánico y relajarme antes de volver a serenarme.

¿Tener que hablar ante un tribunal para defender un caso? Pan comido. Pero si me dejas en medio de un pueblo pequeño y me sueltas en un club de lectura o de cotilleos entro en pánico.

—Hola —saludo al grupo de mujeres con el que me encuentro —. Soy Via, acabo de mudarme aquí y Ella me habló de vuestro club de lectura.

Echo un vistazo a mi alrededor en busca del rostro familiar de la librera. Las mujeres que me devuelven la mirada son de distintas edades, desde los veinte hasta los ochenta años. Se me forma un nudo en el estómago al no ver a Ella por ninguna parte.

Pero antes de que pueda darme la vuelta y salir corriendo de allí, se asoma desde lo que supongo que es la cocina.

—¡Via!

El alivio me invade al oír su alegre saludo.

—Justo les estaba hablando a las chicas de ti. —Se seca las manos con un paño de cocina y se lo echa al hombro antes de acercarse a mí. Sin vacilar, me envuelve en un sorprendente abrazo —. Acabo de meter las galletas en el horno, y tenemos unas cuantas bandejas de embutido en la cocina por si te apetece picotear algo. Déjame que te presente a todo el mundo. —Me da la mano y me arrastra hacia la sala en la que están sentadas el resto de las mujeres—. Esta es Lucy. —Señala a una mujer con el pelo oscuro y las raíces canas—. Esta es su casa y es tan amable de dejarnos ocuparla para nuestras reuniones. Después tenemos a Cassandra, Susan, Anna, Jessica, Tammy y, por último, esa que está en el rincón haciéndose la dormida es Glenda. Pero que no te engañe, la vieja víbora lo oye todo.

—Te he oído. Seré vieja, pero no estoy sorda. —La anciana entreabre un ojo y me escruta.

Ella me da un suave codazo.

—¿Qué te he dicho? Ahora, ven conmigo. Vamos a que comas algo. Y a que te sirvas una copa de vino. —Tira de mí en dirección a la cocina, lo que hace que se me enganche la punta del zapato en la alfombra. Por suerte, recobro el equilibrio antes de caerme de bruces delante de todas—. Me alegro mucho de que al final hayas decidido venir.

Todavía queda por ver si he hecho bien o no.

—Guau. —La cantidad de comida que han colocado sobre la isla es impresionante. Hay bandejas llenas de quesos, galletas saladas, crudités y fruta repartidas por toda la encimera—. Sí que vais a por todas en estas reuniones.

Toma el paño que se había echado al hombro y lo deja sobre la encimera.

—¿Qué puedo decir? Nos encanta el buen vino y la comida.

—Y los buenos libros —añade Lucy a mi espalda.

—¡Y el buen sexo! —grita alguien desde la sala, alguien que suena sospechosamente como Glenda.

Se me escapa una carcajada y Ella me sonríe.

La facilidad con la que interactúan las unas con las otras me resulta de lo más refrescante.

—No dejes que te asusten. —Lucy me tiende un plato—. Por favor, sírvete lo que quieras. Y si no te gusta el vino, también tenemos cerveza y refrescos en la nevera.

—Con el vino me vale —le aseguro, y le enseño mi bolsa de tela. Justo en la parte delantera pone en negrita: «Leer. Vino. Repetir».

Con un grito ahogado, agarra mi bolsa por ambos lados.

—Dios mío. Esta bolsa es perfecta. Tenemos que comprárnosla todas.

Ella también le echa un vistazo.

—Desde luego. ¿Dónde la has comprado?

Me pongo un par de galletitas saladas y unos trozos de queso en mi plato.

—En Etsy. Esa web es un peligro para mí. Hay demasiadas cosas monas.

—Eso es cierto. —Lucy toma una galleta salada y empieza a mordisquear una esquina—. Me puedo pasar horas metida allí perdiendo el tiempo.

—¡Volved aquí, pedazo de cotillas! —nos llama Glenda—. No puedo subirle más el volumen a mi audífono y sabéis que quiero enterarme de todo.

Ella suspira divertida y niega con la cabeza.

—Al menos lo admite.

Lleno mi plato y volvemos al salón las tres juntas.

—A las galletas ya les falta poco —comenta Ella mientras se sienta en una otomana.

Señala una silla y me invita a tomar asiento. Lucy se une a las demás en el sofá.

—¿Deberíamos empezar ya a hablar del libro?

Glenda suelta un gruñido.

—Yo prefiero que nuestra nueva integrante nos cuente qué la ha traído al pueblo.

Todas las miradas se posan de repente en mí. Se me hunden los hombros y me encojo en la silla todo lo que puedo mientras me limpio las migas que me han dejado las galletitas saladas en los labios. Como era de esperar, han decidido empezar a interrogarme justo cuando tengo la boca llena.

«Vamos, Via. Tú querías formar parte de esta comunidad».

Toda la gente con la que me he cruzado hasta ahora me ha preguntado qué es lo que me ha traído hasta aquí, así que debería haberme esperado este interrogatorio. Aquí no tengo la misma privacidad que en mi vida anterior.

—Me divorcié —respondo, y no añado nada más.

Glenda me observa con los ojos entrecerrados.

—¿Te engañó? Los hombres son unos mierdas. Es mejor quedarse solo con los ficticios. Esos son geniales. —Sostiene el libro del que se supone que deberíamos estar hablando en alto y lo sacude.

Mi intención era ser escueta con mi respuesta.

—En realidad, sí, me engañó. —Sorprendentemente, esas palabras ya no me duelen tanto como antes.

Las mujeres muestran su indignación y chasquean la lengua antes de decirme que soy demasiado buena para él, incluso aunque nunca lo hayan conocido.

—¿Con quién? —pregunta Lucy, llevándose su copa de vino a los labios.

Hago una mueca al recordar lo cliché que es esta situación.

—Con su secretaria.

Todas sueltan un grito ahogado.

—¡No te creo! —exclama Ella—. Menudo capullo.

Glenda niega con la cabeza.

—Hombres.

Me paso la siguiente hora contándoles cada detalle de mi vida. Nunca me he considerado alguien que hable demasiado de sí misma con gente a quien acaba de conocer, pero me resulta demasiado sencillo hablar con ellas. En algún momento, mientras todavía estoy relatándoles mi historia, me siento en el suelo, con las manos sobre la mesita de centro, mientras Jessica me hace la manicura semipermanente solo porque, y en palabras suyas, me merezco que me mimen. Lleva un pequeño salón de uñas en su casa y, teniendo en cuenta lo bien que se le da, acaba de ganarse una nueva clienta.

Para cuando termino de contarles mi historia, ya tengo las uñas hechas, pintadas con un tono verde oliva con pequeños destellos dorados, y ya es hora de volver a casa.

Aunque estaba hecha un manojo de nervios al principio de la velada, salgo de allí como una nueva yo. Les digo que volveré para la reunión de la semana que viene y acepto ir a comer con Ella dentro de unos días. Y así, en un abrir y cerrar de ojos, me doy cuenta de que he encontrado mi sitio.

12

Estoy empezando a disfrutar de mi tiempo a solas. Aunque sigue habiendo momentos en los que me siento sola, en general no es tan horrible como pensaba que sería.

Recorro los pasillos de la tienda de arte más cercana que he podido encontrar. He tardado casi una hora en llegar, y tampoco es que me guste demasiado la selección que tienen. Pero siento un cosquilleo en las puntas de los dedos y la necesidad de pintar un cuadro para sacarme una imagen de la cabeza: la de mi vestido verde en el suelo de la cocina de Reid.

No debería estar pensando en Reid, y mucho menos pintar algo que vaya a recordarme a él todos los días, pero tengo que hacerlo. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que tuve tantas ganas de pintar algo.

Tomo uno de los lienzos de la estantería. He descartado los últimos dos y, con solo echarle un vistazo a este, sé que no voy a encontrar nada con la calidad que ando buscando aquí. Así que tendré que conformarme. Con un suspiro, vuelvo a dejar el lienzo en su sitio, tomo el más grande que encuentro y lo meto en el carro.

La selección de pinturas es un poco mejor que la de lienzos, pero tampoco es especialmente buena. No quiero comprar muchas, porque tengo pensado pedir por internet materiales de mejor calidad dentro de poco, así que tan solo tomo los colores necesarios para llevar a cabo mi idea.

En cuanto tengo los pinceles, voy hacia la caja. No quiero dejarme llevar y acabar comprando más de lo que necesito. Coloco todo sobre el mostrador y me aseguro de dedicarle una sonrisa amable a la cajera. Ella está demasiado ocupada mascando su chicle y mirando fijamente la pantalla de su teléfono como para darse

cuenta o corresponderme con otra sonrisa, así que se limita a escanear mi compra en silencio.

En cuanto he pagado, dejo todos los materiales en el asiento trasero de mi coche. Me siento tras el volante y respiro hondo, sintiéndome extrañamente melancólica. De vez en cuando me asalta esta sensación, pero he aprendido a seguir adelante a pesar de ello.

Dejar los materiales en el asiento trasero es lo que la ha desencadenado, estoy segura. Ver el espacio vacío al abrir la puerta me ha hecho pensar en que faltaba algo: una sillita para niños. Años. Me pasé *años* tratando de quedarme embarazada. Dejo caer la cabeza contra el asiento y cierro los ojos con fuerza.

En cuanto lo hago, me asalta un recuerdo: la primera prueba de embarazo negativa. Pero continúa y siento la misma decepción que sentí entonces, aunque en aquel momento no le di mucha importancia, y las palabras de Chase resuenan en mi cabeza: «Normalmente hay que intentarlo varias veces».

Así que eso hicimos: lo volvimos a intentar.

Y lo intentamos de nuevo.

Y otra vez.

Sufrí dos abortos espontáneos por el camino. Decir que estaba devastada cuando ocurrieron sería quedarme muy corta. Siempre me asaltan los recuerdos de esos bebés que nunca fueron cuando se acercan las fechas de los que deberían haber sido sus cumpleaños, y también en los aniversarios de los días en que los perdí. Me pregunto cómo habrían sido, en qué se habrían convertido si mi cuerpo no me hubiese traicionado.

Sé que no fue culpa mía, no fue mi culpa no haber sido capaz de quedarme embarazada ni haber sufrido ambos abortos, pero eso no hace que sea más fácil. Es imposible prepararse para la rabia que sientes cuando tu cuerpo te traiciona de esa manera, cuando se niega a poner de su parte para que experimentes lo que se supone que todas las mujeres deberían poder experimentar.

Cuando descubrí la infidelidad de Chase, lloré desconsolada en nuestra cama, convencida de que todo había sido culpa mía porque era incapaz de darnos un hijo. Izzy me ayudó a tranquilizarme y me recordó que el único culpable era el propio Chase. Pero por aquel

entonces yo no pensaba con claridad. Estaba llorando la pérdida de mi matrimonio y de mi futuro, como si fuesen entes tangibles y reales.

Tras otro minuto, siento que el corazón me pesa un poco menos y que las lágrimas que me habían anegado los ojos comienzan a desaparecer, así que arranco el coche y vuelvo a casa. No tiene sentido vivir en el pasado.

Aparco en un callejón detrás de mi edificio y me peleo con el enorme lienzo para sacarlo del coche. Puede que incluso gruña al hacerlo, pero, por suerte, no hay nadie alrededor.

Justo cuando acabo de cruzar el umbral de mi piso, la bolsa de plástico se me rompe. Los tubos de pintura y los pinceles acaban desparramados por todas partes, y algunos incluso ruedan hasta debajo del sofá. Con un gruñido frustrado, me pongo de cuclillas y echo un vistazo debajo, preparándome mentalmente para lo que sea que pueda haber también escondido ahí abajo. Por suerte, lo único que encuentro son un par de pelusas, no un ratón o —*puaj*— una cucaracha.

Lo recojo todo y lo dejo sobre la mesita de centro; después, me dirijo hacia mi habitación para cambiarme de ropa. Lo que llevo puesto no tiene nada de elegante, pero me gusta demasiado el jersey azul palo que me he puesto esta mañana como para mancharlo.

Ya con el mono de pintura, pongo música y me acomodo frente al lienzo. Por un momento me quedo observándolo en completo silencio. Sintiéndolo. Después echo unos cuantos colores sobre un plato de cartón y me pongo manos a la obra, pintando la base del lienzo con un tono marrón anaranjado.

Cuando empiezo a añadir las distintas formas y sombras que componen el suelo embaldosado de la cocina de Reid, mi cerebro rememora algunos de los recuerdos que tengo de esa noche.

Quería olvidarme de lo que ocurrió, de él, para siempre. Pero resulta que Reid es inolvidable.

Con cada pincelada puedo notar sus manos sobre mi piel desnuda, como una caricia fantasma.

Mientras mezclo los distintos colores sobre el plato de cartón, recuerdo lo que sentí al tener sus labios pegados a los míos, cómo me besó, como si quisiese que significase algo.

Pensaba que sería muy fácil olvidarme de él. Al fin y al cabo, solo fue un rollo de una noche. Nada más. Pero Reid se me ha quedado grabado en la piel, y no solo por el sexo alucinante, sino también por la genuina dulzura con la que me trató.

Con el fondo listo, dejo el lienzo a un lado para que se seque antes de seguir añadiendo los detalles, como mi vestido sobre el suelo. Cuando termine, la gente no debería poder adivinar qué representa exactamente, pero yo lo sabré. Y, si tengo suerte, cuando lo termine mi cerebro dejará esa imagen a un lado para tratar de pensar en ideas más creativas que no tengan nada que ver con Reid.

Me lavo las manos y, en cuanto consigo quitarme toda la pintura de la piel, voy hacia la nevera y rebusco en su interior para ver qué me hago para cenar. Todo lo que se me ocurre me parece demasiado esfuerzo para una sola persona, así que al final me decanto por cocer un plato de pasta en forma de lazos. Cuando termino de prepararla, le añado un poco de mantequilla y queso parmesano.

Desde que me divorcié, he descubierto que no me gusta nada tener que comer sola. Chase y yo no cenábamos siempre juntos, pero normalmente sí. Noto cómo se me forma un nudo en el estómago al pensar en pasarme el resto de mi vida cenando sola.

Mi teléfono comienza a sonar cuando todavía me queda medio plato de pasta.

—Hola, Izzy —la saludo, después de poner la llamada en altavoz.

—Hola —me responde, y oigo el sonido de los intermitentes de su coche de fondo—. Iba de camino al gimnasio y se me ha ocurrido que podía llamarte para ver qué tal te va. ¿Qué haces?

—Cenar. —Pincho un lazo y alzo el tenedor—. Pero he estado pintando antes.

—¿Pintando tu piso o…?

Se me escapa una carcajada.

—Estaba pintando un cuadro.

—¿Para venderlo?

Arrugo la nariz.

—No tengo el talento suficiente como para vender mis obras.

«¿Pero sí que crees que tienes el talento suficiente como para enseñar a los demás?».

Noto cómo se me hunden los hombros.

No, tampoco lo tengo…

Lo único que quiero es abrir un lugar donde la gente de cualquier edad pueda ir a pintar, a dibujar o a esculpir —lo que prefieran— y a divertirse haciéndolo. Yo solo estaré ahí para apoyarlos, aconsejarlos y dirigir las clases, pero lo que de verdad pretendo es apoyar a los artistas que acudan a mí, sin importar en qué punto del camino se encuentren, no decirles lo que está bien o mal.

Cuando oigo a Izzy soltar un suspiro exasperado, sé que también debe de estar poniendo los ojos en blanco.

—Via, tienes talento más que suficiente.

—Nunca has visto mis cuadros —le recuerdo.

No he pintado mucho en los últimos años y, en las pocas ocasiones en las que lo he hecho, todas mis obras se quedaron relegadas a mi cuaderno de dibujo.

—Todo lo que haces se te da increíblemente bien. Así que estoy segura de que esto también. Mándame una foto.

—Todavía no lo he acabado —murmuro con la boca llena de pasta.

La antigua Via jamás habría hablado con la boca llena, pero a la nueva Via le importa una mierda. Resulta refrescante.

Izzy vuelve a suspirar.

—Bueno, pues mándame una foto cuando lo acabes.

—Claro.

—Mamá ha hablado hoy de ti.

Me quedo helada y se me forma un nudo en el estómago.

—¿En serio? ¿Qué ha dicho?

—Lo de siempre —suspira, aunque su voz queda casi ahogada por el sonido de un claxon de fondo.

—Eso no suena nada bien.

—Solo está preocupada por ti —repone, a la defensiva.

Siempre tengo cuidado con lo que digo cuando hablo con ella de nuestros padres. A ella la criaron de una manera completamente distinta. Yo era, *soy* la mayor. Conmigo fueron más estrictos. Además, se pasaron años intentando volver a concebir después de tenerme a mí. Izzy fue su pequeño milagro, así que todo lo que ella haga o diga siempre estará bien, por eso siempre se ha salido con la suya.

—Lo sé —respondo—. Sé que está molesta porque me he mudado, pero no voy a cambiar de opinión de la noche a la mañana ni voy a volver.

—Dice que no quieres venir de visita.

—Yo no he dicho eso. —Aunque estoy segura de que se dio cuenta de que no estaba del todo por la labor—. Pero acabo de mudarme. Necesito algo de tiempo para instalarme y las renovaciones me van a llevar bastante tiempo, van a ser un grano en el culo. Así que no puedo subirme a un avión así como así y volver a California siempre que mamá me diga que cree que debo hacerlo. Ahora mi vida está aquí.

Suspiro con pesar y pincho otro lazo con más fuerza de la necesaria.

—Lo entiendo —repone Izzy.

«¿En serio?».

—¿Pero no podrías darle esperanzas o algo así?

Se me encoge el corazón y tengo que apretar los labios con fuerza.

—No voy a mentirle.

Además, mi madre no me echa de menos, en realidad no. *Ojalá*. Entonces estaría más por la labor de considerar seriamente la idea de ir a visitarla más pronto que tarde. Pero a mi madre lo único que le importa es el control. Da igual que lleve siendo una adulta perfectamente funcional desde hace más de una década. No aprueba las decisiones que he tomado: dejar mi trabajo, divorciarme, mudarme… nada. Cree que, si vuelvo, cuando esté bajo su techo podrá convencerme de que recupere mi antigua vida, como quien se pone unos vaqueros viejos y ajados que en el pasado le

encantaban. Salvo que en mi caso aborrezco esos vaqueros. Ya no los quiero. No me quedan bien. No me gusta el corte. Me quedan… *mal*.

Ahora me doy cuenta de que ya antes me quedaban mal, desde hace mucho tiempo, incluso aunque yo creía que me sentaban como un guante. Mi familia y amigos también me dijeron que me quedaban bien, así que acabé convenciéndome a mí misma de que me encantaban.

Oigo cómo Izzy le da golpecitos al volante con las uñas.

—Sé que mamá y tú tenéis una relación… especial.

Eso es quedarse corta. Las cosas podrían ser mucho peor, claro, pero la relación que tengo con mis padres es de todo menos idílica.

—Pero te quiere —añade.

Me quedo mirando fijamente la pasta que me queda en el plato. He perdido el apetito.

—Sé que me quiere.

Pero…

El «pero» es lo que Izzy no entiende, lo que mamá no entiende.

Izzy, como siempre, no lo sabe todo. Me he pasado toda mi vida queriendo protegerla, y por eso le ocultado los detalles más horribles. No tiene ni idea de lo de mi infertilidad, tampoco lo saben mis padres, y tampoco le he contado que nuestra madre me echó la culpa *a mí* de que Chase me hubiese sido infiel. Ni que me dijo que debería haberme esforzado más porque estaba claro que no le estaba dando lo que quería. Ni que me echó la bronca por no haber luchado por mi matrimonio, como si yo no tuviese el corazón roto después de que mi marido me hubiese traicionado.

—¿Me has oído?

—¿Eh? —Sacudo la cabeza para centrarme—. No, lo siento.

—Tengo que colgar ya, pero… quizás podrías probar a llamarla para *hablar* con ella. Dile cómo te sientes en realidad.

«¿Es que cree que no lo he intentado ya? ¿Año tras año?».

—Sí, claro, lo haré —respondo en cambio—. Pásatelo bien en el gimnasio. Te quiero.

—Yo también te quiero. Adiós.

Cuando cuelga, dejo mi teléfono a un lado.

Acabo tirando a la basura la pasta que me queda; después, me doy una ducha y me meto en la cama, haciendo todo lo posible por no rememorar una y otra vez la conversación.

13

Casi me atraganto con el café de por la mañana cuando leo el correo electrónico que me ha mandado Derrick y abro el archivo con el presupuesto. Creía que estaba preparada. Los presupuestos que me dieron los otros contratistas eran incluso más altos, pero la cifra que me observa desde la pantalla hace que se me acelere el corazón.

Claro que esto era inevitable. Estoy preparada para ello. Lo que ocurre es que estoy siendo una cobarde.

Vuelvo a leer el correo y me fijo en los detalles sobre el trabajo que habrá que hacer. Me ha resumido punto por punto el coste aproximado de los materiales y la mano de obra, y me ha dado un calendario detallado para cada cosa. Seis meses, eso si todo va bien y no hay imprevistos. Nueve si se encuentran con algo inesperado. Podría ser peor, supongo. En menos de un año podría tener este lugar abierto y en pleno funcionamiento.

Suspiro con pesar, soltando todo el aire, y me recojo el pelo en una coleta alta. Después, antes de que pueda pensármelo dos veces, escribo una respuesta aceptando el presupuesto y le doy a enviar.

Con un sonido, el correo desaparece.

Entonces me pongo a recorrer mi piso de arriba abajo. Me muerdo el labio inferior y valoro seriamente la idea de enviarle otro correo en el que ponga «era broma» y mandar todo al traste.

El cuadro a medio terminar que dejé en un rincón me llama la atención, obligándome a detenerme por un momento y a respirar hondo.

«Creo que me merezco un dulce».

Al final, eso es lo único que me permito decidir hoy. Tomo mi bolso y salgo. Es mejor que quedarme aquí en completo silencio y volverme loca. Si voy a gastarme esa cantidad de dinero de una

sentada, me merezco al menos un chute de azúcar y quizás abrir una botella de vino después.

Todavía no he probado los dónuts que Reid me recomendó. He estado evitando la tienda de dónuts porque tenía el miedo ridículo de que, cuando los probase, perdería lo último que me mantenía unida a él. Puede que sea la idea más patética que he tenido nunca.

Solo fue un rollo de una noche. Uno que tengo que superar de una vez por todas.

La única explicación razonable para que siga tan pillada por él es que no se me dé muy bien eso de los rollos de una noche. Pensar eso me hace sentirme un poco mejor conmigo misma.

Paro primero en el supermercado para comprar una botella de vino. La botella más cara vale veinte dólares, que casualmente entra dentro de mi presupuesto, ya que casi todos mis ahorros se van a ir para pagar las renovaciones. No sé por qué estoy tan asustada. Sabía qué esperar cuando compré ese edificio.

Mientras pago la botella de vino, la cajera me dedica una mirada de reojo. Supongo que comprar una botella de vino a las nueve de la mañana es un poco raro. Y probablemente tenga tan mal aspecto como me siento.

—Gracias —le digo, esbozando una sonrisa radiante cuando tomo la bolsa de papel que me tiende.

—Ajá —repone, y suena a que me está juzgando.

No es hasta que salgo por la puerta que me doy cuenta de que ahora voy a tener que ir con la botella de vino a la tienda de dónuts. Es casi mediodía, por lo que la gente va a pensar que soy una alcohólica. Ojalá lo dijese de broma, pero todos los días me entero de algún nuevo cotilleo de Parkerville. Todavía no le pongo cara a todos los nombres, pero al final estoy segura de que me acabaré enterando de quién es quién.

Podría volver a casa para dejar la botella primero, pero, si lo hago, probablemente me acabe convenciendo de quedarme allí, y tengo muchas ganas de comerme un dónut. Necesito azúcar en vena, y rápido.

Hago de tripas corazón y voy hacia la tienda de dónuts que se encuentra a la vuelta de la esquina.

El corazón me late a toda velocidad cuando la veo, como si creyese que Reid va a estar allí esperándome. Es una estupidez la forma en la que mi cuerpo reacciona al pensar en él. Creo que me gustó demasiado la noche que pasamos juntos.

Si fuese sincera con Izzy y le confesase lo mucho que sigo pensando en esa noche, lo más probable es que me dijese que me he vuelto loca, pero después me diría que lo mejor para superarlo es volver a hacerlo, aunque con otra persona. Y si creyese que eso fuese a funcionar, quizás lo consideraría. Pero creo que voy a ser incapaz de olvidar a Reid.

Por suerte, no hay nadie en la tienda de dónuts de la señora Kathy, excepto la propia señora Kathy. Espero que eso signifique que la gente no va a empezar a cotillear sobre la botella de vino que llevo en brazos.

Le pido media docena de dónuts, la mitad glaseados y la otra mitad de tarta de queso con arándanos. El aroma que desprenden me atormenta de vuelta a casa.

Cierro la puerta del piso a mi espalda y coloco la compra sobre la encimera. Cuando abro la caja no puedo evitar frotarme las manos como un pequeño diablillo codicioso. El dónut de tarta de queso con arándanos me está llamando a gritos.

Cierro los ojos y me esfuerzo por saborear bien cada uno de los sabores cuando le doy un mordisco. Creo que nunca había probado un dónut tan bueno. Reid tenía razón.

Después de darle otro bocado, lo dejo en el plato y tomo uno glaseado. En cuanto el sabor azucarado entra en contacto con mi lengua, levanto las manos sobre la cabeza, exasperada. Joder, está buenísimo. Puede que estos dónuts se vuelvan mi nueva, aunque peligrosa, adicción. Ya puedo imaginármelo: yo yendo todas las mañanas a la pastelería solo para comprar este manjar de los dioses.

Mi teléfono comienza a sonar y no me sorprende ver que es mi hermana llamando por FaceTime. Últimamente me llama todos los días; ni cuando vivía en San Francisco hablábamos tan a menudo. Durante años hablábamos, como mucho, una vez cada semana o cada dos. Por irónico que pueda parecer, la distancia nos ha unido

mucho más. El miedo a perder el contacto es peor cuando estamos cada una en una punta del país.

—Hola.

Coloco el teléfono contra un jarrón y saco una banqueta para sentarme.

Ya he dejado atrás lo frustrada que me sentí por la llamada que me hizo a principios de semana. Sé que tenía buena intención al decirme lo que me dijo.

—¿Qué tienes en la cara? —Es lo primero que me dice.

—¿Mi cara?

—En la boca.

—Ah. —Me limpio las migas de los labios—. Estaba probando los dónuts de una de las pastelerías del pueblo. Están buenísimos.

—Uf, ahora mismo me comería un buen dónut. ¿Cómo te atreves a ponerme la miel en los labios?

Me río y le doy otro mordisco, no para echárselo en cara, sino porque no me puedo resistir.

—Siempre podrías venir a visitarme —canturreo.

Cuando sugirió la idea de venir a hacerme una visita poco después de que me mudase, no me hizo mucha gracia. No porque no quisiese verla, sino porque mi piso estaba hecho un desastre. Todavía tengo mucho trabajo que hacer, pero ya me he instalado y he tenido la oportunidad de enamorarme del lugar, por eso ahora me encantaría que viniese a visitarme.

—Ooh —trina, frotándose las manos como si fuese la supervillana de una película infantil—. ¿Te apetece que vaya a verte?

—Desde luego. —Aparto la caja de dónuts para no comérmelos todos de una sentada. Probablemente no sirva de nada, pero me merezco al menos un aplauso por intentarlo, ¿no?—. Creo que te gustaría mucho este sitio. A lo mejor no te apetece quedarte a dormir en mi sofá, pero siempre puedes quedarte en el hostal.

Esboza una media sonrisa.

—Le echaré un vistazo a mi agenda, pero probablemente pueda pasarme a hacerte una visita pronto. ¿A lo mejor para Halloween?

Se me acelera el corazón ante la perspectiva de poder verla en tan solo unas semanas. No diré que tengo morriña, pero desde

luego encajo perfectamente en la categoría de las personas que echan de menos su hogar. No echo de menos California, pero ¿a mi hermana? A ella sí la echo mucho de menos.

Murmuro un asentimiento, haciendo como si yo también tuviese una agenda a la que echarle un vistazo, y esbozo una sonrisa al oírla reír.

—Yo estoy libre cuando tú lo estés —le digo.

Suelta un gritito alegre y agudo.

—Me muero de ganas.

En cuanto colgamos le doy un último mordisco al dónut, después cierro la caja y la escondo. Y con esconderla quiero decir que la guardo en el rincón más alejado de la encimera y finjo que no voy a ir a buscarla para darle otro bocado dentro de un rato.

Mi cuadro a medio terminar me atormenta desde el rincón. Creo que, inconscientemente, he estado posponiendo el momento de pintar los detalles finales, esos que harán que esté claro —al menos para mí— que lo que estoy pintando es un vestido sobre un suelo de baldosas. Pero *quiero* verlo terminado y, para hacerlo, tengo que coger otra vez el pincel y acabarlo.

Me pongo el mono manchado de pintura. Me lo compré hace años para un viaje que hice. Chase, por supuesto, me preguntó por qué lo había comprado, porque, en su opinión, era bastante aburrido. Ahora, cubierto de todo tipo de colores, es de todo menos «aburrido», pero lo que para mí es un lienzo con un montón de potencial, para él lo más probable es que sea algo que debería estar en la basura.

«Deja de pensar en él. Déjalo en el pasado».

Pero es difícil, sobre todo porque Chase formó buena parte de mi pasado.

Me siento en el suelo frente al lienzo y tomo todos los materiales que necesito. Estoy conforme con cómo está quedando, con cada trazo. Es absurdo que me haya instalado aquí y que haya planeado abrir un estudio de arte cuando llevo años ignorando mi vena artística, pero por eso lo hago. Quiero que la gente como yo, gente a la que le han repetido toda su vida que su arte no es lo bastante bueno o que deberían escoger un camino más práctico,

tenga un espacio en el que liberar toda su creatividad. El arte no tiene que ser perfecto. Creo que no existe ningún artista en el mundo que esté completamente satisfecho con sus obras.

Una vez tengo mezclados todos los colores, me pongo manos a la obra con esos detalles finales que he sido demasiado cobarde como para añadir hasta ahora. Todavía no sé qué es lo que voy a hacer con este cuadro. Es demasiado personal como para venderlo, pero demasiado *algo* como para colgarlo en mi pared. O quizás debería dejar mis miedos a un lado y colgarlo. Al final, da igual. Solo yo sé lo que representa de todos modos.

Abro la aplicación de música de mi teléfono y reproduzco una lista de jazz suave. Después, no tardo nada en sumergirme en mi propio mundo. Me centro tan solo en representar cada detalle que recuerdo y, para cuando me alejo del lienzo, una vez acabado el cuadro, ya han pasado unas cuantas horas.

Me limpio la cara con el dorso de la mano, probablemente manchándomela de gris, y admiro lo que he creado.

No es perfecto. No es *ni de lejos* una obra maestra. Pero es mío. Y, en cierto modo, también de Reid, aunque él nunca lo sabrá.

No puedo evitar pensar en él —en qué estará haciendo, en si él también tendrá ganas de comer dónuts después de nuestra conversación—, pero respiro hondo y alejo su imagen de mi cabeza. Lo que esté haciendo Reid no me incumbe. Seguramente él ya se habrá olvidado de mí.

14

Me apoyo en el lateral de mi coche y busco a mi hermana. Sería difícil no verla en un aeropuerto tan pequeño. Estoy nerviosa y con un nudo en la garganta. Nada de esto parece real; que esté a punto de aparecer por esa puerta, y probablemente no asuma que está ocurriendo de verdad hasta que pueda abrazarla y achucharla tan fuerte que lo más seguro es que desee no haber venido.

Las puertas vuelven a abrirse y, de nuevo, como respuesta, mis pies se deslizan inquietos sobre la acera.

Pero es en vano. No es ella.

Vuelvo a leer su mensaje.

Hace quince minutos

IZZY

Ya he aterrizado. Te veo pronto, Via-Mia.

Espero, cada vez más inquieta a cada minuto que pasa, pero, por fin, sale por las puertas del aeropuerto como si viniese directamente de Los Ángeles, aunque supongo que así es. Se ha recogido el pelo oscuro en un moño perfecto y alto, y va vestida de negro de pies a cabeza. Lleva unas botas de tacón y el maquillaje impecable.

—¡Via!

Viene corriendo hacia a mí. Detrás de ella, su maleta rebota con tanta fuerza que me estremezco, esperando que no lleve nada frágil dentro.

Su perfume me envuelve de inmediato, un aroma afrutado y fresco que me recuerda a la playa y a los cálidos días de verano.

—No me puedo creer que estés aquí.

Se me escapa una lágrima traicionera.

—¡Yo tampoco! —Su voz suena demasiado aguda—. Aquí hace frío. Debería haberme traído el abrigo.

Abro la boca para echarle la bronca, pero antes de que pueda decir nada me da un suave golpecito en la frente y sonríe.

—No te preocupes, lo llevo en la maleta. Perdona por haber tardado tanto, pero he tenido que responder a una llamada.

—¿Todo bien? —Abro el maletero y le cojo la maleta. Cuando la levanto, casi me caigo por el peso—. Por Dios, Izzy, ¿qué llevas aquí dentro? ¿Un muerto?

Se ríe y hace un gesto con las manos en el aire.

—No seas ridícula. —Al final tenemos que subir la maleta entre las dos—. Y sí, todo bien. Mi agente me ha llamado para hablar de un nuevo acuerdo con una marca. Podría ser algo bastante grande. —Se muerde el labio inferior y su mirada refulge de nervios y emoción—. Es para ser la cara de una marca de maquillaje. No te puedo decir cuál. He tenido que firmar un acuerdo de confidencialidad solo para poder ponerme en contacto con ellos. —Pone los ojos en blanco como si pensase que es ridículo que sean tan exagerados.

—Izzy. —Tiro de ella para darle otro abrazo—. Eso es genial. *Increíble.* Estoy muy orgullosa de ti. Tenemos que celebrarlo.

No sé exactamente *cómo* se supone que vamos a poder celebrarlo, ya que por aquí no hay nada de lo que hay en Los Ángeles, ni siquiera parecido, pero seguro que se me ocurre algo.

—¿Sí? —me pregunta, casi con timidez.

—Pues claro. Con una buena cena, ¿quizás?

Ella arruga la nariz.

—¿Y qué te parece algo más… no sé, característico de la zona? ¿Auténtico? ¿Algo que no se parezca en nada a lo que pueda encontrar en Los Ángeles?

Observo a mi hermana anonadada. Jamás me habría esperado un comentario como ese viniendo de ella. Le *encanta* Los Ángeles.

En cuanto nos montamos en el coche con la calefacción a tope —porque Izzy no deja de temblar—, me devano los sesos tratando de pensar en algo. Tardo un momento, pero se me ocurre una idea.

—Creo que lo tengo. ¿Estás dispuesta a mancharte un poco?

Me responde con una sonrisa de oreja a oreja.

—Siempre.

—¡Me encanta este sitio! —dice Izzy mientras abre una pata de cangrejo.

Al oír el sonido que produce, se le abren los ojos como platos y lo observa con una mirada de locura y absolutamente encantada.

No había tenido la oportunidad de venir a probar el restaurante de marisco del muelle hasta ahora, pero lleva en mi lista de sitios que visitar desde el primer día. Es un restaurante único, pequeño y discreto. Las paredes y el techo están hechos de madera oscura y todo el local huele al adobo de Old Bay y a cerveza rancia, mezclado con unas cuantas décadas de mugre. Pero a Izzy no parece importarle en absoluto. Estamos sentadas en una mesa larga y compartida, cubierta con un mantel blanco de plástico y repleta de montones de patas de cangrejo y gambas.

Izzy se pone a hablar con el hombre que está sentado a su lado, que tiene el pelo largo, barba y las manos del mismo tamaño que los platos. El parecido que tiene con la descripción que hace J.K. Rowling de Hagrid en *Harry Potter* resulta sorprendente. Es como si lo hubiesen sacado directamente de los libros.

Mi hermana se ajusta el babero de plástico y me sonríe de oreja a oreja desde el otro lado de la mesa.

—Esta es la mejor cena del mundo.

Se me encoge el corazón de puro cariño.

—Me alegro de que te guste.

—¿De que me guste? —se burla mientras moja el cangrejo en la salsa de mantequilla con limón que hemos pedido para compartir—. Me *encanta.*

Se mete una cantidad impresionante de comida en el cuerpo para ser tan delgada.

Yo no soy capaz de seguirle el ritmo y, para cuando terminamos de cenar, me siento como si fuese Violet Beauregarde en *Charlie y la fábrica de chocolate* después de comerse el chicle y convertirse en un arándano gigante.

—Me duele el estómago.

—¿En serio?

Izzy me observa con la cabeza ladeada mientras se reaplica el brillo de labios al tiempo que cruzamos el aparcamiento. Bueno, se podría decir que ella es la única que está caminando; yo más bien voy arrastrando los pies porque siento como si hubiese engordado diez kilos. Creo que toda esa mantequilla me ha pasado factura.

—Yo me encuentro perfectamente.

También tiene el mismo aspecto de siempre, fresca como una rosa.

¿Así es la vida? ¿Llegas a los treinta y de repente tu cuerpo es incapaz de soportar el abuso al que lo has sometido toda tu vida? ¿Por esto caigo siempre rendida después de una mísera copa de vino por las noches?

Por Dios. Ahora no es el momento de tener una crisis existencial. Tengo que llevar a Izzy al hostal y después ya tendré tiempo de tenerla.

Pulso el botón del mando para abrir el coche y los faros se encienden, iluminando el aparcamiento oscuro.

—Me muero de ganas por ver tu piso.

Entra en el coche y se pone el cinturón, ignorando mis gruñidos mientras tomo asiento detrás del volante.

Quizás debería haber probado un SUV antes de optar por comprar otro sedán, porque el subir y bajar de un coche tan bajo no es precisamente fácil que digamos. Voy a tener que apuntarme a yoga si quiero seguir haciéndolo.

—Confía en mí. —Me pongo el cinturón—. No es para tanto.

—Pero es *tuyo*.

La forma en la que lo dice me hace sonreír. Tiene razón. Es mío, solo mío. Lo compré yo y me encargado yo sola de convertirlo en un hogar.

—Todavía no te lo he preguntado… —Se pasa las manos por su pelo perfectamente peinado—. Pero ¿Chase te volvió a escribir?

Salgo del aparcamiento hacia la carretera.

—No.

Y gracias a Dios. No quiero tener que hablar con él.

Su mensaje era increíblemente ridículo. «Te echo de menos». Como si no hubiese hecho nada malo. Me *engañó*. Dejó embarazada a otra mujer. Y, hasta donde yo sé, sigue con ella. Para mí, eso es imperdonable, pero él es tan egoísta que le da igual.

Al principio no me di cuenta de eso, de lo egoísta que era, pero después de que toda mi vida estallase en mil pedazos, empecé a ver cosas de las que no me había percatado antes. Al principio me cabreé conmigo misma por no haberme fijado en las señales, pero supongo que el dicho es cierto: los árboles no me dejaban ver el bosque.

—No pasa nada si sigues triste. Lo sabes, ¿no?

Contengo una carcajada amarga.

—Créeme, ese capítulo ya está cerrado. Lo he superado. Más bien, me he resignado. —Me vuelvo hacia mi hermana y me la encuentro observándome con compasión—. Me merezco algo mejor.

—Pues claro que sí. Y hablando de algo mejor… —Baja el volumen de la radio—. Sigo enfadada contigo por no haberle pedido a ese tío su número.

Me agarro más fuerte al volante.

—Tiene veintiún años.

—¿Y? —Golpea el suelo del coche con el pie como si estuviese enfadada de verdad.

Se me escapa otra carcajada.

—¿Es que necesitas otra razón?

—A mí no me parece ningún problema. No tienes por qué tener nada serio con él. Solo sal ahí fuera, echa un buen polvo con un tío más joven que tú de vez en cuando y ya está.

Resoplo con fuerza. Sé por qué está diciendo esto y lo entiendo, pero yo no soy así. Tener un rollo de una noche con alguien ya era salir de mi zona de confort. No estoy segura de poder hacerlo otra vez, ni siquiera si me vuelvo a encontrar con Reid.

—Agradezco que te preocupes tanto por mi vida sexual…

—No, no es verdad —se ríe.

—Pero yo soy más de relaciones serias.

—Pues entonces, ten una cita con alguien —canturrea—. Ese será tu próximo reto. Mientras esté aquí, quiero que tengas una cita.

—Mueve un dedo frente a mis ojos—. Yo me encargaré de crearte un perfil en una aplicación de citas.

—Por Dios. Ni siquiera bromees con eso. —Me estremezco solo de pensarlo—. De ninguna manera voy a dejar que me crees un perfil en una aplicación de citas.

—Vale, pero ¿me prometes al menos que tendrás una cita con alguien? Tiene que haber algún soltero por aquí. ¿Algún pescador cañón, quizás? ¿O un granjero *sexy* o dos?

Suelto una risa burlona y le lanzo una mirada escéptica.

—Todavía no he accedido.

—Pero tampoco te has negado. Así que me lo tomaré como un tal vez.

Me pellizco el puente de la nariz y cambio de carril para tomar la carretera que me llevará hasta el hostal. Por las fotos que he visto en internet, parece un lugar idílico, con mucha tierra y animales pastando a su alrededor: caballos, pozos y unas vistas increíbles al faro que hay a lo lejos.

Izzy guarda silencio mientras observa con atención la carretera bordeada por árboles de todos los colores.

—Esto va a quedar increíble en mi videoblog —murmura mientras se da golpecitos en el labio inferior. Probablemente esté pensando en todas las tomas que va a grabar y en los ángulos que va a usar—. ¿Tenemos planes para mañana?

—Nada importante.

—Via —pronuncia mi nombre en un suspiro—. *Tú* eres importante.

Me río.

—Lo que quería decir es que podemos tomárnoslo con calma porque has tenido un viaje muy largo. Sé que quieres ver cómo va la tienda, pero te lo advierto: está… hecha un desastre. —Y eso es quedarse corto—. Sobre todo porque han empezado con las reformas esta semana.

El hostal aparece en el horizonte justo cuando tomo una curva, pero mi hermana está demasiado ocupada observándome como para fijarse.

—Eso me da igual. Esta es tu casa ahora, hermanita. Cuando me vaya y me llames para ponerme al día, quiero tener un recuerdo en el que basarme para imaginarme todo lo que has hecho o a dónde has ido.

Con un gruñido, aparco frente a la enorme casa.

—Uf. No me hagas llorar. No me gusta.

Se inclina hacia mí y me pasa un brazo por los hombros.

—Como tu hermana pequeña, es mi trabajo hacerte llorar de vez en cuando. Te veo mañana por la mañana, ¿vale? Te quiero.

Me da un sonoro beso en la mejilla, dejándome la marca de su brillo de labios.

Por suerte, nos ahorramos tener que sacar su equipaje del maletero porque justo un chico joven sale del hostal y se acerca a mi coche. Abro el maletero y después me quedo sentada en el coche un rato, el suficiente para ver a Izzy subir por las escaleras y despedirse de mí con un gesto de la mano.

Mi hermana está en Parkerville. Por algún motivo, que esté aquí me resulta tranquilizador, aunque sea plenamente consciente de que me va a meter en toda clase de líos.

15

Izzy me agarra con fuerza de la muñeca y tira de mí por el pasillo con tanta fuerza que me tambaleo y tengo que apoyar la mano libre en la pared para no caerme.

—¿Qué cojones, Izzy?

Me suelta y, al momento, la sangre vuelve a circular por mi mano.

—¿Por qué no me dijiste que tu contratista estaba buenísimo?

—¿Quién? —le pregunto, como una idiota, mientras me froto el brazo. Sí que tiene fuerza la tía—. ¿Derrick?

—Sí, Derrick —susurra, tan bajo que casi no la oigo por encima de la cacofonía de los martillos y el resto de las herramientas—. Es guapísimo, está en forma, tiene una sonrisa preciosa y dirige su propio negocio. —Hace como si estuviese marcando los puntos de una lista en el aire—. Es perfecto.

Parpadeo, confundida, porque no sé a dónde quiere ir a parar. En mi defensa, es demasiado temprano y todavía no he tomado café.

—¿Perfecto para qué?

Me da un golpe en la frente.

—Ay. —Me froto el punto donde me ha golpeado—. Eso ha dolido.

—«¿Perfecto para qué?» —me imita, poniendo un tono un poco más grave—. Para que le pidas una cita, tonta.

Prácticamente contengo un grito ahogado ante su sugerencia.

—No pienso pedirle una cita a mi contratista.

Se lleva las manos a la cintura y me fulmina con la mirada.

—¿Y por qué coño no? Antes te estaba comiendo con la mirada. Está claro que le gustas.

Señalo la zona donde están usando las herramientas eléctricas, cuyo ruido amenaza con darme un buen dolor de cabeza.

—Eh… porque es el contratista al que he llamado para que reforme mi edificio. Voy a tener que trabajar con él.

Izzy le resta importancia con un gesto de la mano.

—¿Y qué tiene de malo que tengáis una cita? Si va bien, puede que incluso podáis tener otra. Si sale mal, pues no pasa nada. Los dos sois adultos.

¿Cómo es que mi hermana hace que las cosas suenen mucho más fáciles de lo que realmente son?

—No.

—Oh, venga ya. Me prometiste que tendrías una cita con alguien mientras yo estuviese aquí. —Hace una mueca como si fuese una niñata petulante.

—Yo no te he prometido eso, y no pienso dejarme embaucar —respondo mientras levanto la cabeza y alzo la barbilla.

Su expresión malhumorada se transforma en una enorme sonrisa.

—¡Será divertido!

—¿Para quién?

—*¡Para ti!* —Se pone a dar saltitos en su sitio—. Se lo puedo preguntar yo a Derrick, si es lo que te preocupa.

Abro la boca para pedirle que se calle, pero una voz grave habla a mi espalda antes de que pueda decir nada.

—¿Preguntarme el qué?

Se me corta la respiración y los ojos amenazan con salírseme de sus órbitas.

«Ni se te ocurra», le digo a Izzy mentalmente, pero ¿desde cuándo hacen caso las hermanas pequeñas?

Me toma la mano y me obliga a darme la vuelta.

—Via me estaba diciendo que le encantaría pedirte una cita, pero es tímida.

Le doy un apretón en la mano con tanta fuerza que estoy segura de que cuando la suelte, voy a ver las marcas en forma de medialuna que le habrán dejado mis uñas al clavarse en su piel.

No me puedo creer que me esté haciendo esto.

Derrick me observa sorprendido.

—¿Oh?

Uf. Quiero desaparecer.

Noto cómo se me revuelve el estómago de la vergüenza.

—Estás soltero, ¿verdad? —sigue Izzy para romper el silencio—. Porque no le interesa cargarse ningún matrimonio.

Ahora mismo es justo cuando desearía que el suelo bajo mis pies se abriese y me tragase entera.

Derrick suelta una carcajada tensa y se pasa los dedos por el pelo surcado de canas.

—Sí, estoy soltero.

—*Genial*. —Izzy pronuncia la palabra alargando cada sílaba—. Ella también.

Dicho eso, prácticamente me empuja hacia él y huye como si fuese un pequeño trol. De repente, me arrepiento de haberla invitado a venir.

Tengo que contener un escalofrío, trago con fuerza para tratar de deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta y recobrar la compostura.

—Lo siento mucho. Mi hermana puede ser…

—He de admitir que llevo ya un tiempo pensando en pedirte salir, pero no quería parecer poco profesional.

—Espera. —Lo observo, boquiabierta—. ¿Qué?

Me repite lo que me acaba de decir con una sonrisa divertida.

—Si te ha presionado para que me pidas esa cita y no te apetece salir conmigo, no pasa nada. Te prometo que no me ofenderé.

—Qui-quiero decir, sí. Vale. —«¿Por qué se me da tan mal esto? Tranquilízate, Via. Somos adultos. Podemos tener una cita y seguir siendo profesionales si sale mal»—. Me encantaría. —Esta vez mi voz suena menos grave. Gracias a Dios.

—¿Estás libre esta noche?

—¿Esta noche? —repito. «¿Esta noche?»—. Sí, estoy libre.

Izzy y yo todavía no hemos hecho planes y, si lo rechazo ahora, lo más probable es que mi hermana me mate.

—¿Te recojo a las siete, entonces?

Respiro hondo y siento.

—Genial, a las siete.

Sonríe y le brillan los ojos.

No soy idiota. Me he dado cuenta de que le gusto. Izzy tiene razón, lo he pillado mirándome más de una vez. La pregunta es: ¿a mí también me gusta?

—Frótate los labios.

Izzy me sostiene la barbilla entre los dedos y me mira fijamente para asegurarse de que el maquillaje que se ha pasado la última hora haciéndome esté impecable.

Hago lo que me pide.

—¿Qué tal estoy?

Se echa hacia atrás y sonríe de oreja a oreja, claramente complacida con su trabajo. Y debería estarlo. Lleva maquillándonos a sus amigas y a mí desde que tenía doce años. Muchos de los vídeos que sube a su perfil son tutoriales de maquillaje.

—Dímelo tú. —Me agarra de los hombros y me anima a mirarme al espejo.

Contengo el aliento cuando contemplo mi reflejo. Suelo peinarme y maquillarme yo sola casi todos los días, pero por mis venas no corre ni una gota del talento de Izzy.

Tengo la piel brillante, pero de aspecto saludable, nada grasienta. El bronceador hace que parezca que he pasado mucho más tiempo bajo el sol del que he estado en realidad. El pelo me cae por la espalda en ondas suaves y me ha recogido unos cuantos mechones, dejándolos un poco sueltos, para apartármelos de la cara.

Vacilante, me llevo los dedos a la mejilla.

—Estoy…

—Buenísima. Estás buenísima. —Izzy se cruza de brazos y asiente cuando nuestras miradas se encuentran en el espejo—. Ahora solo necesitas un vestido, y creo que tengo uno perfecto.

Me agarra del brazo y tira de mí para que me levante de la silla y la siga. Su maleta está abierta sobre un banquito a los pies de la

cama cubierta con una colcha estrafalaria. Me ha convencido para que me prepare aquí para mi cita y así no tener que llevarse todo su maquillaje a mi piso.

Mientras rebusca en su maleta, contengo el aliento. Hay dos opciones posibles: o saca el conjunto perfecto para la ocasión o algo increíblemente escandaloso. Y las probabilidades están bastante igualadas.

Aliviada, la observo sacar un vestido de lana negro de manga larga y sostenerlo en alto, triunfal.

—¡Tachán! ¿Te gusta?

Acaricio la tela entre los dedos.

—Es perfecto.

Este vestido me quedará como un guante y me mantendrá calentita en vez de cortarme la respiración.

—También tengo una chaqueta que puede combinar muy bien. —Me tiende el vestido—. Y unos zapatos.

Entro al baño y me pongo el vestido con cuidado para no tocar el peinado ni el maquillaje. Izzy me mataría si arruinase su obra maestra.

La tela se me pega al cuerpo como una segunda piel. Me gusta cómo me queda, me hace sentir mucho más segura de mí misma.

Sé que el hecho de que Chase me fuese infiel no fue culpa mía. Lo sé desde hace mucho tiempo. Aun así, fue un golpe duro, sobre todo para mi autoestima. Empecé a cuestionármelo todo… ¿Es que no era lo bastante guapa? ¿Lo bastante inteligente? ¿Era mala en la cama?

Me culpé por las decisiones que *él* había tomado, y eso me consumió por completo. Tardé bastante tiempo en darme cuenta de lo que estaba haciendo y, cuando lo hice, fue como si por fin abriese los ojos.

Izzy llama a la puerta.

—¿Tanto tardas en ponerte un vestido?

Giro el pomo y la dejo entrar.

—¿Qué tal?

Doy una vuelta sobre mí misma y se me escapa una carcajada alegre y juvenil. Puede que ella me haya obligado a tener esta cita

con Derrick, pero aun así disfruto mucho de poder ponerme guapa y divertirme un rato con mi hermana. Además, Derrick es un buen hombre. Así que seguramente me lo pase genial esta noche.

Siempre que pueda hacer a un lado la preocupación que me invade cuando recuerdo que después de esto voy a tener que seguir trabajando con él.

Izzy junta las manos contra el pecho y apoya la barbilla encima.

—Estás preciosa.

Me ha sacado unas botas negras de terciopelo con tacón y, cuando me las pongo, ahoga un grito.

—Por Dios, casi se me olvida. ¡Las joyas!

Se acerca a la cómoda corriendo y se pone a rebuscar en el interior de su joyero de viaje. Después de un momento, regresa con un largo collar dorado y unos anillos.

No me siento del todo cómoda poniéndome los anillos. Nunca he sido una de esas personas a las que les gusta llevar joyas, así que, durante muchos años, las únicas que me puse fueron mi alianza y los pendientes que siempre llevo. Cuando me marché, dejé la alianza para que Chase la encontrase. Ya no la quería, y así fue como le mandé a la mierda por última vez.

Después de ayudarme a ponerme una chaqueta marrón de ante, Izzy retrocede un paso y me observa de arriba abajo.

—Dios, sí que soy buena —se elogia—. Puede que haya quien diga que el negro y el marrón no combinan, pero en mi opinión es una de las mejores de combinaciones de colores que puede haber.

Como sé que, si no me marcho ya, voy a llegar tarde, le doy un abrazo rápido.

—Puede que te odie por esto, pero gracias.

Se ríe y me devuelve el abrazo.

—Para eso están las hermanas.

En el aparcamiento, Izzy me observa mientras me subo al coche. Cuando enciendo el motor, la veo hacerme un gesto para pedirme que baje la ventanilla, así que eso es justo lo que hago.

—Llámame cuando llegues a casa. Quiero que me cuentes todos los detalles.

Sacudo la cabeza y me río por lo bajo.

—Pues claro que sí.

—Pásatelo bien.

Se da la vuelta y se adentra en el hostal prácticamente dando saltitos de alegría.

Dios, ojalá tuviese aunque solo fuese una gota de su espíritu alegre, pero las expectativas de nuestros padres con ella fueron completamente distintas a las que tenían conmigo. Me da igual ser consciente de que es la favorita, porque también es mi persona favorita en el mundo. Es capaz de iluminar una estancia con su presencia de una forma que nadie más sabe.

De camino a casa, pongo la música a todo volumen para tratar de ahogar mis pensamientos, aunque sin éxito.

Salir con otras personas después de divorciarte es algo normal, tanto si uno se lanza de inmediato a ello como si espera un poco más y, sin embargo, a mí me está costando un mundo hacerme a la idea. Aunque mi problema no tiene tanto que ver con salir con alguien, sino más bien con lo poco puesta que estoy en el tema de las citas. El mundo ha cambiado mucho desde que yo salía a ligar por ahí. No es que sea *vieja*, pero, joder, estoy empezando a sentirme una anciana.

En cuanto llego a casa, me sorprendo recorriendo de arriba abajo el pequeño salón, nerviosa. Me obligo a sentarme en el sofá, pero me tiemblan las piernas por los nervios que no logro contener.

«Solo es una cita. Relájate, Via».

Es más fácil decirlo que hacerlo.

Me vibra el teléfono en el bolsillo de la chaqueta que me ha prestado Izzy. Casi me caigo del sofá al intentar sacarlo.

Probablemente solo sea Derrick llamando para decirme que quiere cancelar nuestra cita. Y, antes de poder echarle un vistazo a la pantalla, me siento tanto aliviada como molesta ante ese pensamiento.

Pero mi debate interno no tiene ningún sentido porque, cuando por fin consigo sacarlo, es el nombre de mi hermana y su foto de contacto los que se iluminan en la pantalla.

IZZY

No estés nerviosa. ¡Tú solo pásatelo bien! ¡Te quiero!

Con una carcajada, niego con la cabeza. A veces juro que tenemos alguna especie de telepatía de hermanas.

Todo esto es culpa tuya, ¿recuerdas?

IZZY

¡Ya me darás las gracias después!

Justo cuando voy de camino a la cocina a buscar una botella de agua —porque necesito algo que hacer con las manos—, llaman a la puerta. Me acerco a toda prisa y rodeo el pomo con la mano, pero me obligo a respirar hondo y a esbozar una sonrisa antes de abrir.

La luz de las escaleras titila justo detrás de Derrick, distrayéndome por un momento. Me obligo a centrarme y me lo encuentro mirándome con una expresión afable y transparente. Tiene el pelo húmedo de haberse duchado hace poco, y se nota que también acaba de afeitarse. Inhalo el aroma amaderado de su colonia, cálido y sutil.

Me doy cuenta demasiado tarde de que me he quedado mirándolo fijamente como una idiota.

—Hola.

Me sonríe y me tiende un ramo de flores en el que no me había fijado.

—Son para ti.

Rosas. Qué bonito, aunque un poco predecible.

—Gracias. Son preciosas. —Las tomo y me las llevo a la nariz—. Entra mientras voy a buscar un jarrón.

También se va a ocupar de algunas de las reformas del piso, así que ya lo había visto. Aun así, me aseguré de dejarlo todo como los chorros del oro antes de ir al hostal a prepararme con Izzy.

Solo tardo un momento en encontrar un jarrón, llenarlo de agua y colocar las flores dentro. Cuando me vuelvo hacia él, me lo encuentro observándome con una sonrisa divertida en la cara.

Me sonrojo ante su mirada.

—¿Qué pasa?

—Estabas bailando.

Horrorizada, me llevo una mano al pecho.

—¿De verdad?

—Sí. —Su sonrisa se ensancha—. Y también estabas tarareando.

—Ay, Dios. —Me llevo las manos a la cara—. Qué vergüenza.

Suelta una carcajada y me frota los brazos, animándome a bajar las manos.

—Es adorable.

—Es que tengo esta estúpida cancioncilla metida en la cabeza.

—¿Qué canción es?

—No estoy segura. —Mi hermana lleva reproduciéndola en bucle todo el día—. Voy a tener que preguntarle a mi hermana. Era de electrónica, así que no es para nada la clase de música que suelo escuchar, pero admito que era pegadiza.

Me doy un suave golpecito en el bolsillo de la chaqueta para asegurarme de que llevo el teléfono encima y tomo mi bolso antes de encaminarme hacia la puerta. Derrick me sigue de cerca, con una mano suspendida sobre mi espalda sin llegar a tocarme, aunque lo bastante cerca como para poder sentir el calor que emana de su piel.

—¿Qué clase de música sueles escuchar?

—Me encanta Hozier. Es mi artista favorito.

Derrick frunce el ceño cuando llegamos al pie de las escaleras.

—Creo que nunca he oído nada suyo.

Le nombro algunas de sus canciones más populares, pero niega con la cabeza, una y otra vez.

—No, no me suena de nada.

—¿Ni siquiera la de «Take me to church»? —

Esto es una auténtica blasfemia. ¿Cómo es posible que este hombre no haya oído ninguna canción de Hozier? ¡Si es un genio!

—Eh… ¿es alguna especie de cantante religioso o algo así?

—Ah, no. —Levanto una mano en el aire, bromeando—. Esto no va a salir bien.

—Puedes ponerme alguna de sus canciones de camino a nuestro destino de esta noche. —Me abre la puerta del copiloto y, en cuanto estoy sentada cómodamente dentro de la camioneta, lo veo rodearla a la carrera. Cuando se monta, me tiende el cable auxiliar que tiene conectado a la radio del coche—. Dámelo todo.

Selecciono una lista con todas las canciones de Hozier. Si Derrick me va a dejar ser quien controle la música esta noche, pienso aprovecharlo.

Obviamente, empiezo con «Take me to church», segura de que la reconocerá en cuanto la oiga, pero no lo hace.

—No está mal. —Golpea el volante con los dedos al ritmo de la música—. ¿Qué más canciones tiene?

Le pongo mi favorita, «Movement». Derrick no parece odiarla, así que con eso se gana unos cuantos puntos a su favor, aunque tampoco parece especialmente entusiasmado.

A mitad de la canción, bajo un poco el volumen.

—¿Qué clase de música sueles escuchar tú?

Vacila y tironea del cuello de la camisa de franela que lleva debajo de la pesada chaqueta vaquera.

—*Country*, sobre todo.

Me río y busco en mi Spotify una lista de música *country*.

—Debería habérmelo esperado.

—¿Qué quieres decir con eso? —se ríe.

—No sé. Supongo que encajas con el prototipo de hombre que escucha música *country*. —Lo señalo con un gesto de la cabeza—. Por la camisa de franela, por ejemplo.

Parece Luke, el de *Las chicas Gilmore.*

Detiene la camioneta en un semáforo en rojo y baja la mirada por su cuerpo.

—¿En serio esto es lo que me ha delatado?

Me muerdo el labio inferior y me encojo de hombros.

—Los estereotipos existen por un buen motivo.

Cuando el semáforo se pone en verde, Derrick me guiña un ojo y se vuelve de nuevo hacia la carretera.

—Voy a echarle un buen vistazo a mi armario cuando vuelva a casa después de esto.

—¿A dónde vamos?

Sorprendentemente, me resulta de lo más sencillo hablar con Derrick. No siento que esté forzando nada ni tampoco me siento incómoda.

—Hay un restaurante italiano no muy lejos. No he ido nunca. Es bastante nuevo. Al menos, para lo que estamos acostumbrados por aquí.

Me dedica una sonrisa juguetona.

—¿Qué quiere decir eso de «bastante nuevo»?

—Que lleva abierto unos dos años, más o menos.

Me quedo mirándolo, boquiabierta.

—¿Y todavía no has ido?

Gira a la derecha en el siguiente cruce.

—Yo… suelo estar hasta arriba de trabajo y me olvido de todo lo demás, así que muchas veces no sé ni cuánto tiempo ha pasado.

—Te entiendo.

Durante el año pasado, quizás los dos últimos, he vivido en piloto automático. Ahora es cuando por fin siento que me estoy librando de él.

—Me dijiste que había pasado poco desde tu divorcio, ¿no?

Me estremezco.

—¿Desde que firmamos los papeles? Sí. Pero ha pasado más de un año desde que nos separamos. Supongo que será incluso más para él. —Sorprendentemente, logro que la amargura no me tiña la voz. Ya lo he superado, he seguido adelante con mi vida, pero eso no significa que el dolor haya desaparecido—. ¿Qué hay de ti?

Carraspea con fuerza, sin apartar la mirada de la carretera.

—Mi esposa murió.

Me quedo mirando fijamente su perfil, en busca de algún gesto que denote tristeza, pero parece relativamente tranquilo.

No existe ninguna respuesta correcta cuando alguien te confiesa algo así, por eso decido optar por lo básico.

—Lo siento.

—Fue hace mucho tiempo.

El restaurante aparece de repente en el horizonte, o al menos eso creo, y mis suposiciones se confirman en cuanto Derrick pone el

intermitente y entra en el aparcamiento.

—Fue un conductor borracho.

Se me encoge el corazón por este hombre.

—Eso es horrible…

De nuevo, no añado nada más.

—No pasa nada. —Y es cierto. Parece haber hecho las paces con ello—. Este pueblo es como mi familia. Fue su gente la que me ayudó a criar a mis hijos. Ahora los dos son adultos y tienen sus propias vidas.

—¿Cuántos hijos tienes?

—Dos. Un chico y una chica. Tienen veintiún y veinticinco años, respectivamente. También tengo una nieta.

Contengo el aliento y estoy a punto de soltar algo tan estúpido como: «¿Cuántos años tienes?», pero consigo morderme la lengua a tiempo antes de hacer el ridículo.

—Tenía dieciocho años cuando nació mi hija —sigue, como si me hubiese leído el pensamiento—. Tengo cuarenta y tres años.

Once años más mayor que yo. Ah. Interesante.

—¿Te importa?

—¿Tu edad o que tengas hijos? —En esta ocasión las palabras se me escapan antes de que pueda pensármelo dos veces.

Se ríe y se frota los muslos por encima de los vaqueros. Está nervioso, lo que me resulta bastante adorable.

—Ambas, supongo.

La sonrisa que me dedica es bastante tímida, pero en su mirada hay un brillo inquieto.

—No —respondo con sinceridad—. No me importa.

O eso creo. El objetivo de esta cita, al menos para mí, es probar a salir con alguien después del divorcio. Tampoco es como si hubiese accedido a tener una cita con él pensando que iba a salir una relación seria de aquí. Pero quizás Derrick…

Hago esa idea a un lado.

—Bien, genial. —La sonrisa que me dedica en esta ocasión es mucho más confiada—. Espera aquí —me pide, alzando un dedo.

Apaga el motor, saca las llaves del contacto y se baja de la camioneta con una facilidad que yo jamás seré capaz de replicar al

ser más bajita que él. Mientras rodea la camioneta, me desabrocho el cinturón y, cuando me abre la puerta, acepto la mano que me tiende.

Dentro del restaurante, la camarera nos lleva hasta una mesa junto a la ventana. En el exterior, el viento agita las hojas secas, formando un pequeño remolino. Debería estar prestándole atención solo a él, pero lo único que puedo hacer en este momento es darle vueltas y más vueltas al miedo que tengo de que esta cita signifique mucho más para él que para mí.

—Te gusta la comida italiana, ¿verdad? —La pregunta de Derrick me trae de vuelta al presente. Está sentado frente a mí, y me fijo en que tiene las mejillas ligeramente sonrosadas—. Debería habértelo preguntado antes. —Deja caer la cabeza como si estuviese avergonzado—. Por si todavía no lo habías adivinado, esto se me da fatal.

—Esto, ¿hablar?

Mi broma tiene justo el efecto que esperaba, porque me fijo en cómo relaja ligeramente los hombros.

—No suelo salir con nadie —repone mientras juguetea con el borde del menú—. Así que me falta un poco de práctica.

Sonrío; que él también esté nervioso me hace sentir un poco mejor.

—Puede que esto te sorprenda, pero yo tampoco —susurro, como si estuviésemos conspirando.

—Eso… —Dobla los dedos sobre la mesa—. Eso me hace sentir un poco mejor.

—¿Por qué no nos relajamos y disfrutamos de la cena? Sin presiones. Podemos tomarnos esta cita como práctica.

—¿Como práctica?

Se pasa los dedos por el pelo, pero los aparta de golpe y deja caer la mano a un lado, como si hubiesen sido sus nervios los que hubiesen actuado por él.

—Sí, por eso de que a los dos nos hace falta practicar un poco eso de cómo comportarnos en una cita.

Me observa con la cabeza ladeada y aprieta los labios con fuerza, como si estuviese considerando seriamente mi propuesta.

—Vale.

Salir con alguien nuevo nunca es fácil, y lanzarse así de cabeza después de un tiempo sin hacerlo puede resultar aterrador, al menos para mí.

Cuando nuestro camarero viene a tomarnos nota, pedimos una botella de vino para compartir y, después de que se marche, Derrick carraspea y se sienta un poco más erguido.

—Solo me tomaré una copa, porque luego tengo que conducir.

—Siempre podemos pedir un Uber para volver.

Le dedico una sonrisa, con la esperanza de tranquilizarlo un poco, y después tomo uno de los panecillos de la cesta que nos ha traído el camarero. Me he saltado la comida porque tenía el estómago cerrado por los nervios.

Derrick se ríe como si hubiese hecho el comentario más gracioso del mundo.

—¿Uber? ¿En Parkerville? No tenemos de eso por aquí.

—Ah. —Me llevo la mano a la boca mientras mastico—. No lo había pensado.

—¿De qué parte de California eres?

Me coloco un mechón rebelde tras la oreja, pero me lo reprocho mentalmente al momento porque no quiero estropear el peinado tan precioso que me ha hecho Izzy.

—De San Francisco.

El camarero regresa con nuestra botella de vino y la descorcha. Aguardo hasta que nos ha llenado las copas y se ha marchado para seguir hablando.

—Y sí, la vida aquí es completamente distinta.

—Pero ¿te está gustando?

Parece dudarlo. Quizás debería sentirme ofendida, pero sí que puse toda mi vida patas arriba al mudarme aquí, así que supongo que sus dudas están justificadas.

—Sí. —Tomo la copa de vino y me la llevo a los labios—. Ya estoy empezando a sentirme como en casa en este sitio. ¿Te parece raro? Este pueblo no tiene nada que ver con mi antiguo hogar.

Derrick niega con la cabeza y toma su vaso de agua.

—En absoluto. A veces hay lugares donde nuestras almas son mucho más felices, como si nos llamasen. ¿Habías venido alguna vez de visita? ¿Antes de que decidieses mudarte aquí?

—En realidad, no. —Mojo otro trozo de pan en el plato con aceite—. Encontré el pueblo por internet, mientras investigaba los mejores lugares para vivir en la Costa Este. Lo único que tenía claro era que quería vivir junto al mar, y este pueblo encajaba a la perfección con esa descripción. Quizás fue una locura, pero me arriesgué y compré el edificio sin haberlo visitado antes. Y después metí toda mi vida en cajas, las subí a un camión de mudanza y no miré atrás.

Derrick se inclina hacia delante, creando así una pequeña burbuja de intimidad en la que existimos solo los dos.

—¿Te importa si te pregunto por tu divorcio?

—No. —Me limpio los dedos con la servilleta que me he extendido sobre el regazo y suspiro con fuerza—. No me importa hablar del tema.

—¿Fue muy mal?

Hago una mueca.

—Amistoso no fue, desde luego, si es lo que quieres preguntar.

—¿Tú querías divorciarte o…?

Aprieto los labios con fuerza y me quedo pensando por un momento cómo explicárselo todo de la forma más sencilla posible.

—Yo fui la que inició el proceso de divorcio, sí, pero no, no quería divorciarme. Estaba… estaba bastante enamorada de él, o al menos creía que lo estaba. —Se me escapa una risa amarga, lo bastante fuerte como para hacer que algunos de los comensales que tenemos al lado se vuelvan a mirarme—. Me engañó con otra, y yo jamás iba a poder perdonarlo por ello, ni siquiera aunque me lo suplicase; algo que no hizo, por cierto. La gente que es capaz de hacerlo, de perdonar algo así, quiero decir, y seguir adelante con sus vidas como si nada hubiese pasado es mucho más fuertes que yo. Dejó embarazada a otra mujer y, bueno… —Me encojo de hombros —. Eso es todo.

Derrick junta las manos encima de la mesa y frunce el ceño.

—Lo siento.

—No tienes nada que sentir. Estoy mucho mejor sin él. Por fin puedo ser la persona que siempre quise ser. Por primera vez en mi vida estoy persiguiendo mis sueños en vez de ir tras los de otra persona. Es extraño, pero eso hace que todo haya merecido la pena.

Asiente con la cabeza.

—Lo entiendo. A veces tenemos que pasar por una situación horrible para apostar por nosotros mismos y arriesgarnos. Yo abrí mi negocio después de que mi mujer falleciese. Era algo que siempre había querido hacer. En ese momento me dio muchísimo miedo dar el salto y cambiar mi vida por completo, pero al final todo mereció la pena.

Le doy un sorbo lento a mi copa y vuelvo a dejarla sobre la mesa.

—¿Y te gusta lo que haces?

Se recuesta en su asiento y se pone a tamborilear los dedos sobre la mesa, distraído.

—Muchísimo. Aunque eso no significa que sea fácil. Tuvimos unos años bastante duros en los que estuvimos cortos de dinero, pero al final todo mereció la pena.

No estoy segura de que seamos compatibles románticamente hablando, pero lo que sí que sé es que podríamos ser buenos amigos, y eso ya es algo. Izzy se sentirá un tanto decepcionada cuando le cuente que no ha saltado ninguna chispa entre nosotros, pero, aunque me obligase a venir a esta cita, admito que me lo estoy pasando bien.

Derrick insiste en pagar la cuenta, y yo le doy las gracias una y otra vez por ello de camino a su camioneta.

—¿Qué clase de hombre sería si no pagase la cuenta de mi cita?

Me encojo de hombros, abrazándome el bolso al pecho. A mitad de camino, un trozo de grava se incrusta en la suela de mi zapato, así que me agacho para sacarlo, apoyándome en el brazo de Derrick para no caerme.

—No sé. Hoy en día mucha gente divide la cuenta. No quería que pensaras que esperaba que pagases tú todo.

En cuanto consigo sacarme el trozo de grava, le suelto el musculoso brazo. Y justo cuando me está abriendo la puerta del

coche, le suena el teléfono en el bolsillo.

Por un momento, duda, pero al final acaba sacándolo.

—Tengo que contestar.

Me siento en el asiento del copiloto y me estiro la falda.

—No te preocupes, contesta.

Asiente y esboza una sonrisa afable antes de cerrar la puerta y alejarse un poco para responder a la llamada. Mientras él está ocupado con eso, yo saco también mi teléfono, esperando encontrarme toda una retahíla de mensajes de Izzy, pero, sorprendentemente, solo tengo uno.

> **IZZY**
>
> Espero que te lo pases muy bien esta noche. Te lo mereces.

No le respondo. Si lo hiciese, estoy segura de que se pondría a preguntarme por los detalles de la cita, y ya le he prometido que le contaré todo lo que pase esta noche durante el desayuno de mañana.

Derrick cuelga y me fijo en que parece preocupado. Se pasa la mano por el pelo, frustrado, y prácticamente regresa al coche echando humo por las orejas.

Se sube con un gruñido.

—Siento muchísimo tener que hacerte esto, pero ¿te importa que pasemos por mi casa antes de que te lleve a la tuya? Nos pilla de camino, y tengo que ocuparme de algo cuanto antes.

Le tiemblan las manos, como si se muriese de ganas por ahorcar a alguien. Sin embargo, no me asusto. Porque me doy cuenta de que la ira y el miedo que parece estar sintiendo en este momento no tienen nada que ver conmigo.

—Claro que no. De verdad.

Ninguno de los dos dice nada durante los cinco minutos que tardamos en llegar a su casa. Es como si se pasase todo el trayecto conteniendo el aliento y solo lo soltase cuando aparca frente a la entrada de una casa como las que se pueden encontrar en el Cabo Cod y que es tan bonita que hace que se me encoja el corazón. Está

claro que es todo un hogar. Cada detalle tiene vida, y eso se puede entrever incluso en medio de una noche cerrada y oscura como esta.

Suelta una maldición y se queda mirando fijamente un coche rojo destartalado aparcado frente a la entrada. Tiene la pintura descascarillada y una capa de óxido cubre casi todo el capó.

—¿De quién…?

Pero antes de que pueda terminar la pregunta, Derrick se baja de la camioneta de un salto.

Teniendo en cuenta su comportamiento, sé que lo más sensato sería quedarme en la camioneta, pero me desabrocho el cinturón y me bajo de todos modos. El camino de ladrillo que conduce a la entrada de la casa está despejado, como si lo acabasen de limpiar.

Con las prisas, Derrick se ha dejado la puerta abierta, por lo que entro sin llamar. La entrada da directamente a una sala de estar. Hay un sofá de cuero frente a una televisión y una mesa de centro con piezas de un puzle a medio hacer desperdigadas. También hay una manta rosa de aspecto suave en el suelo junto a la mesa.

Una serie de gritos ahogados resuenan en el interior de la casa, entre ellos los de Derrick. Me vuelvo hacia la escalera, preguntándome si debería interferir o si mi presencia tan solo empeoraría las cosas.

Unos pasos a mi derecha hacen que me vuelva en esa dirección.

—¿Via?

La imagen que encuentro ante mí me roba el aliento.

«Reid. ¿Qué demonios está haciendo él aquí?».

—¿Reid?

Decir que estoy sorprendida se queda muy corto.

«¿Estaba su coche aparcado fuera?».

No me he fijado, pero claro, tampoco sé si habría sumado dos más dos ni aunque no hubiese tenido la mirada clavada en Derrick mientras entraba en la casa hecho una furia.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —me pregunta, como si fuese *yo* la que no debiese estar aquí.

—Es-estaba… ¿en una cita? —tartamudeo.

No logro comprender qué es lo que estoy viendo. Reid está aquí. De pie, frente a mí.

—¿En una cita? —Frunce el ceño y se sube las gafas—. ¿Y entonces por qué estás en casa de mi padre?

Se me revuelve el estómago y me quedo blanca como la cera.

—¿La casa de… tu padre?

«¿Por qué me ha salido la voz tan aguda y chillona?».

—Espera un momento. —Reid niega con la cabeza y se pasa una mano por la cara—. Mi padre también tenía una cita esta noche…

Me observa con los ojos entrecerrados y lo veo apretar la mandíbula con fuerza.

Yo también estoy empezando a encajar las piezas del rompecabezas, incluso aunque la escena que se está formando ante mí me horrorice.

—¿Has salido con mi padre?

Los gritos de la planta superior van en aumento, y los dos alzamos la mirada hacia el techo como si este fuese a transformarse en una cristalera que nos dejase ver lo que está ocurriendo ahí arriba.

Reid me agarra de la muñeca, haciendo que una corriente eléctrica me suba por el brazo, y tira de mí hacia la cocina. Cuando me suelta, lo veo abrir y cerrar la mano a un costado, como si él también hubiese sentido ese mismo chispazo.

—Sí —le respondo por fin—. Justo estábamos marchándonos del restaurante cuando lo llamaron y dijo que tenía que pasar por casa antes de llevarme a la mía.

Reid frunce sus labios perfectos en una mueca. No debería, lo sé, pero no puedo evitar recordar todo el placer que me provocó esa misma boca. Me abrazo con fuerza en un intento vano de mantenerme firme.

Esta es la clase de giro de los acontecimientos que nadie podría haberse visto venir.

Esboza una mueca dolorida y se frota la mandíbula, observándome como si se sintiese traicionado.

—¿Con *mi padre*, Via?

—No sabía que era tu padre —siseo—. ¿Cómo iba a saberlo?

Esos intrigantes ojos verdes que me llamaron la atención desde el primer momento en que los vi me observan ahora atentamente. Aunque, esta noche, el hoyuelo no hace acto de presencia.

Izzy no se lo va a creer cuando se lo cuente.

—¿De verdad no sabías que era mi padre?

—No —escupo, como si la palabra me supiese amarga—. ¿En serio crees que habría accedido a tener una cita con él si lo hubiese sabido?

Reid no aparta la mirada, mientras relaja y tensa la mandíbula una y otra vez.

—No, no lo creo. —Suspira con pesar—. Pero esto es una mierda.

—Sí. —Bajo la mirada hacia mis botas—. Lo es.

Me toma la barbilla con suavidad, lo que hace que una corriente eléctrica me recorra la espalda. Abre la boca, pero, antes de que pueda decir nada, un grito nos interrumpe y unos pasos retumban con fuerza al bajar corriendo las escaleras.

—Papá, para —suplica una mujer—. Es mi novio.

Reid y yo regresamos a toda prisa al salón y, un momento después, aparecen Derrick y otras dos personas a los pies de las escaleras. Derrick está despeinado y furioso. El tipo escuálido del que tira hacia la puerta tiene el pelo grasiento y enmarañado, pegado a la cabeza bajo un gorro negro. La mujer joven que los sigue tiene las mejillas surcadas de lágrimas.

—Es escoria, Layla, eso es lo que es. Te he dicho mil veces que no lo quiero en mi casa.

—El novio de mi hermana —me dice Reid en un susurro.

Derrick todavía no se ha dado cuenta de que yo también estoy aquí.

—Suéltame.

El tipo trata de zafarse del agarre de Derrick, aunque sin éxito.

—Salgo una noche, Layla. *Una* sola noche, ¿y haces esto?

Layla se vuelve hacia su hermano como un resorte y lo señala con el dedo.

—¿Lo has llamado tú?

Reid levanta las manos y enarca las cejas.

—No he sido yo. —Se acerca un poco más a mí y me susurra muy bajito, para que su hermana no pueda oírlo—: Pero solo porque Lili se me ha adelantado.

«¿Quién es Lili?».

—Si no has sido tú, ¿quién ha sido?

Recibe la respuesta a su pregunta un segundo más tarde, cuando una niñita de no más de cinco o seis años entra de puntillas en el salón y se abraza a la pierna de Reid.

—Yo he llamado al abuelo.

Layla parece estar a dos segundos de explotar, ya sea contra la niña pequeña —¿su hija?— o contra la situación en general.

Solo entonces Derrick se fija en mí. Cuando nuestras miradas se encuentran, lo veo contener el aliento y abrir los ojos como platos.

Trago con fuerza para deshacerme del nudo que se me ha formado en la garganta y me encojo ligeramente de hombros. Debería haberme quedado en el coche. Las cosas serían mucho más fáciles si lo hubiese hecho.

Con un suspiro, Derrick se vuelve hacia su hijo.

—¿Te importaría llevar a Via a su casa?

Reid se vuelve a mirarme como si estuviese tratando de adivinar si me parece bien o no.

Asiento levemente para hacerle saber que sí, porque parece que Derrick va a estar ocupado con esto un buen rato.

—Claro, no hay problema.

—Lo siento —me dice Derrick en un murmullo.

Le dedico una sonrisa tranquilizadora.

—No pasa nada.

Fuera, Reid me lleva hacia la calle, donde ha dejado aparcado su Mustang. Debería haberlo reconocido cuando hemos pasado antes a su lado.

Me abre la puerta del copiloto. Sin embargo, una vez sentada, no se aleja. Se queda ahí de pie, en la acera, aferrándose a la puerta, vacilante, como si quisiese decirme algo. Pero después de un momento niega con la cabeza, cierra la puerta y rodea el coche.

Mientras camina por la calle, lo veo mover los labios como si estuviese murmurando algo para sí mismo.

La puerta del conductor se abre con un ligero chirrido y Reid se sienta en el asiento de cuero con algo menos de gracia que la noche en que nos conocimos. Con la mano sujetando la llave y cerniéndose sobre el contacto, suspira con pesar.

Ninguno de los dos dice nada durante un buen rato. Reid sacude la cabeza y mete la llave en el contacto para arrancar el motor. Y entonces, por fin, se vuelve a mirarme.

Contengo el aliento y me quedo helada de repente, como si mi cuerpo se hubiese olvidado de cómo funcionar.

—Creía que no te volvería a ver. —Se le rompe la voz con una emoción sincera que me toma por sorpresa—. Pero lo he hecho. Y resulta que eres la cita de *mi* padre. Menuda puta mierda, ¿no?

Tengo un nudo en la garganta y me froto las manos contra los muslos por encima del material suave de mi vestido de lana.

—Sí, es una mierda.

No tiene sentido negarlo. Porque, lo supiese o no, lo cierto es que toda esta situación es una puta mierda.

Reid me observa atentamente, con la cabeza ladeada.

¿Es que puede ver el debate que está teniendo lugar en mi interior? ¿Puede notar que estoy a punto de tener un ataque de nervios?

La luz de la farola proyecta sombras sobre su rostro, añadiendo cierta intensidad a su expresión mientras me observa.

Dios, ojalá pudiese saber en qué está pensando.

Como si me hubiese leído el pensamiento, me lo dice a las claras.

—¿Está mal que me muera por besarte ahora mismo?

El corazón me da un vuelco y suelto lo primero que se me pasa por la cabeza.

—¿Por qué?

Lo veo apretar los labios, tratando de contener una sonrisa. Su hoyuelo me saluda por un segundo.

Joder, me muero de ganas por hacer lo que sea para volverlo a ver.

—Porque no he podido dejar de pensar en cómo sabes desde esa noche.

Parpadeo con fuerza, sorprendida y me quedo en completo silencio. Los tíos así no existen y, sin embargo, aquí está él, sentado a mi lado.

Nos quedamos mirándonos fijamente el uno al otro, congelados, esperando a que pase *algo*. Aunque no estoy segura de qué.

Uno de los dos se mueve. Puede que sea yo, no estoy segura. Lo único que sé es que de repente sus labios se estampan sobre los míos y suspiro de alivio, como si mi cuerpo llevase deseando volver a probarlos desde que nos despedimos.

La sensación de su boca sobre la mía es incluso mejor de lo que recordaba. Me besa con una desesperación imprudente que me hace sentir más deseada que nunca.

Enreda los dedos en mi pelo, sosteniéndome la cabeza mientras me devora. Abro la boca para él, y su lengua danza perezosamente con la mía, como si tuviésemos todo el tiempo del mundo y no nos estuviésemos enrollando en su coche como unos adolescentes. Su boca sabe a menta, como el chicle que se comió la noche en que nos conocimos, y agradezco haberme tomado el caramelo mentolado que ofrecían en el restaurante.

Reid me echa la cabeza hacia atrás para bajar los labios por mi cuello, dejando un reguero de besos a su paso. Me estremezco contra su cuerpo al notar cómo se me pone la piel de gallina allí donde me toca. Lo oigo reírse y su aliento me acaricia la piel.

Todo mi cuerpo cobra vida bajo su contacto, del mismo modo en que mi creatividad se enciende cuando tengo un pincel en la mano. Nunca me había excitado así de rápido. Se me endurecen los pezones, marcándose en la tela del vestido, como si estuviesen suplicándole que se fijase en ellos de una vez.

Reid regresa a mis labios y me vuelve a besar, esta vez un poco más lento. Más suave. Y la mano que hace un momento había estado enredada en mi pelo se desliza lentamente hacia mi nuca. Me masajea ese punto con dulzura, como si supiese que, aunque estoy disfrutando muchísimo de este beso, también tengo miedo.

Se suponía que no iba a volver a verlo.

Y mi cuerpo, como el traidor que es, no debería desearlo de este modo.

Pero aquí estamos, y no quiero que pare. La química que hay entre nosotros es lo más explosivo que he experimentado en mi vida. Me hace preguntarme si lo que sentía por mi ex era real.

Reid se aparta de mí lentamente, sin soltarme, y los dos respiramos de forma superficial, tratando de recobrar el aliento. Tengo la cabeza embotada, como si no pudiese sumar dos más dos, y mucho menos hablar.

—¿Dónde vives?

Parpadeo con fuerza, tratando de librarme de las telarañas que se han apoderado de mi cerebro.

—¿Qué?

Sonríe y ese maldito hoyuelo vuelve a hacer acto de presencia, haciéndome suspirar.

—Tengo que llevarte a casa.

—Ah. —Me humedezco los labios para tratar de volver al presente, pero me resulta bastante complicado con su mano todavía en la nuca. Su contacto me pone la piel de gallina—. Claro.

En cuanto le digo la dirección, me suelta y mete primera.

—¿Cómo has acabado teniendo una cita con mi padre?

De repente está mucho más tranquilo que antes, como si ya no le importase en absoluto cómo nos hemos reencontrado, como si no fuese lo más horrible que me ha pasado nunca.

—Por mi hermana. —Eso es lo único que consigo decir al principio, aunque me doy cuenta rápidamente de que en realidad no explica nada, así que junto las manos sobre mi regazo, me siento un poco más erguida y me armo de valor—. Ha venido de visita, y la empresa de tu padre se está encargando de renovar mi tienda y mi piso. Fue ella quien orquestó todo esto.

Asiente, con los labios apretados.

—Entiendo.

«¿En serio? Porque yo todavía estoy tratando de asimilar este giro de los acontecimientos».

Me quedo mirando por la ventana las casas junto a las que pasamos. Me resulta mucho más sencillo centrarme en eso que en mi realidad. Estoy sentada junto a mi rollo de una noche, el mismo hombre del que salí huyendo, segura de que no volvería a verlo.

Soy una cobarde. Lo sé.

A mi lado, Reid carraspea con fuerza, pero no soy capaz de mirarlo. Aprieto las manos contra las rodillas con todas mis fuerzas para intentar contener los temblores que las recorren y evito mirarlo para tratar de ocultar las lágrimas que me anegan los ojos. Me siento tan abrumada que estoy a tan solo un par de segundos de echarme a llorar.

Así no es como esperaba que acabase mi noche. La culpa es de Izzy.

«Malditas hermanas pequeñas metomentodo».

—Deja de comerte la cabeza.

Me vuelvo como un resorte hacia él, como la niña de *El exorcista*.

—*No* me estoy comiendo la cabeza.

Me observa con una ceja enarcada antes de volver la vista a la carretera.

—Ya, claro que no. —Su voz rezuma sarcasmo.

—¿Cómo es posible que te estés tomando todo esto tan bien?

«Genial, ahora parezco una loca».

Suelta una risa seca y amarga y se frota la mandíbula con la mano izquierda mientras que con la derecha sujeta con firmeza el volante.

—No creía que diese esa sensación.

Respiro hondo y cierro los ojos para tranquilizarme.

—Lo siento. Yo… —Aparto las manos de las rodillas y doblo los dedos para tratar de destensarlos—. Es que no sé cómo actuar.

Normalmente suelo ser la que guarda la calma ante cualquier situación estresante. Pero, cuando se trata de Reid, soy incapaz. Quizás porque, al tenerlo cerca, mi cuerpo reacciona de una forma tan visceral que me es imposible formular una ristra de pensamientos normales o coherentes.

—Estamos ante una situación bastante inusual —asiente—. Pero no me gusta que te estés atacando tanto por ello. Los dos somos adultos que sabían perfectamente lo que hacían. No tenemos por qué hacer de esto un problema si no queremos que lo sea.

Cierro los ojos de nuevo, respiro hondo por la nariz y suelto el aire por la boca.

¿Cómo es posible que él, con veintiún años, sea el más sensato de los dos? Hace que todo esto parezca muy sencillo. Y quizás para él lo sea, pero yo nunca hago este tipo de cosas. No me acuesto con desconocidos y, desde luego, tampoco salgo después con sus padres.

Salvo que eso es justo lo que he hecho.

Aunque no lo sabía.

En un abrir y cerrar de ojos, su Mustang se detiene frente a mi edificio. Durante nuestro primer encuentro me resistí a darle más información sobre mí, y ahora me ha salido el tiro por la culata.

Apaga el motor y se desabrocha el cinturón.

—¿Qué haces? —le pregunto, tan rápido que acabo entremezclando las palabras.

Se humedece los labios. Sé que no lo ha hecho para tentarme, pero, por Dios, mi cuerpo todavía no parece haberse enterado. Al menos, a juzgar por la forma en la que mis muslos se aprietan.

—Voy a acompañarte a la puerta… —vacila, dedicándome una mirada de deseo. Lo hiciese de forma intencionada o no, está claro que esa mirada ha conseguido despertar una oleada cálida en mi interior—. Como un caballero.

Al oírle decir eso, se me vienen a la mente los recuerdos de todas las cosas poco caballerosas que me hizo. Sí, la miradita que me ha lanzado ha sido totalmente intencionada.

Lo observo con los ojos entrecerrados, lanzándole una advertencia silenciosa para que pare lo que quiera que esté haciendo. De esto no puede salir *nada.*

Una sonrisa radiante se dibuja en su rostro, y sus ojos verdes refulgen llenos de diversión. Tengo que morderme el labio inferior para contener un gemido.

Joder, este tío es demasiado *sexy* para su propio bien. Se parece a una versión un poco más desgarbada de Matt Rife con gafas. Y parece que esa es justo mi kriptonita.

Levanta las manos con fingida inocencia y aprieta los labios para contener una sonrisa socarrona. De todos modos, es inútil, esa

sonrisa pícara hace que mi centro se humedezca al instante.

—Yo… no estoy segura de que eso sea buena idea.

Da igual lo mucho que me repita que no va a pasar nada entre nosotros, parece que mi cuerpo todavía no lo ha aceptado.

Jamás comprenderé cómo es posible que su sonrisa se ensanche incluso más.

—¿Te da miedo no ser capaz de resistirte a mis encantos?

«Será…».

Alzo la barbilla, orgullosa. Sé que es un gesto altivo, pero en este momento me da igual.

—Me puedo resistir perfectamente a tus encantos.

La manera en la que enarca una ceja parece decir: «Eso ya lo veremos».

Cuando se baja del coche, me pongo a toquetear el cierre del cinturón para tratar de desabrocharlo antes de que pueda abrirme la puerta. Pero es en vano. Reid es mucho más rápido que yo y, para cuando por fin lo consigo, prácticamente me bajo del coche cayéndome de morros.

—Eh, eh. —Reid me estabiliza agarrándome con dulzura del brazo antes de que pueda comerme la acera—. ¿Te encuentras bien?

—*Estoy bien* —saboreo las palabras y las escupo entre dientes.

No debería estar enfadada. No es culpa suya que me resulte irresistible.

Reid sacude los dedos, animándome.

—Dame la mano, Via. No muerdo.

Resignada, obedezco. Pero solo porque tiene un coche muy bajo y no tengo ganas de seguir haciendo el ridículo. Me ayuda a bajarme y, una vez estoy de pie, no me suelta. Trato de zafarme de su agarre, pero él solo lo aprieta en respuesta.

—Reid —le aviso.

—Via. —Su lengua saborea cada letra de mi nombre, deleitándose.

Estamos de pie en la acera, iluminados solo por el brillo de una farola, mirándonos fijamente el uno al otro.

Aparto la vista la primera, resignada, y tiro de él hacia la escalera que lleva a mi piso. Se detiene justo a los pies de los

peldaños desvencijados.

—Estas hay que cambiarlas.

—Lo sé. Están en la lista, junto con lo de poner una nueva instalación eléctrica y unos suelos nuevos.

Suelto un fuerte suspiro. Me abrumo solo de pensarlo. Puede que anoche me fuese a dormir llorando después de pasarme un buen rato dándole vueltas a todo lo que había que hacer.

—¿Has comprado todo el edificio?

—Sí. Tengo pensado abrir un estudio de arte en la planta baja y vivir en la de arriba. —Le doy un golpecito a la puerta de mi piso cuando llegamos—. Aunque también tengo que reformarlo.

—Así que un estudio de arte, ¿eh?

Se muerde con fuerza el labio inferior, lo que solo consigue que mi mente regrese de nuevo al beso que hemos compartido en su coche.

Quiero besarle.

No debería.

No lo haré.

Pero quiero hacerlo, y eso es lo que más miedo me da.

—Cierto, a ti también te gustaba pintar.

—Ajá.

Asiente, con una ceja enarcada, pensativo. Pero, un momento después, se ríe y sacude la cabeza.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Lo observo con los ojos entrecerrados, con ganas de pedirle que me explique qué ocurre antes de que mi cabeza se ponga a dar vueltas y a imaginarse toda clase de escenarios.

Me da un suave apretón en la mano, recordándome que todavía no me ha soltado. Me había olvidado. Y por eso me da tanto miedo lo cómoda que me siento con él.

—Yo… eh… trabajo con mi padre a tiempo parcial. Aunque también trabajo como mecánico. Pero, a lo que iba —se pasa la mano libre por el pelo—, cuando has dicho que quieres convertir esto en un estudio de arte, me he acordado. Tengo que empezar a trabajar en este proyecto el lunes.

Me da un vuelco al corazón y, al momento, me empiezan a sudar las manos.

¿Reid y su padre? ¿Aquí? ¿Juntos?

—No.

De ninguna manera voy a poder lidiar con Derrick *y* Reid a la vez.

Con uno he tenido una cita.

Al otro me lo he tirado.

Padre e hijo.

Por Dios.

En este momento me gustaría que la tierra se abriese y me tragase para librarme de este sufrimiento.

La situación no hace más que empeorar.

—¿Via? —Pronuncia mi nombre de esa forma que me hace pensar que no es la primera vez que me llama.

—¿Sí? —Tengo la voz temblorosa y el pánico me ha formado un nudo en la garganta, amenazando con ahogarme.

Reid se acerca un poco más a mí y me acuna el rostro entre sus manos.

—*Respira*. —Lo veo respirar hondo, animándome a imitarlo—. Eso es, ángel. Respira, por mí. —En cuanto mi respiración se tranquiliza, me dedica una pequeña sonrisa—. Buena chica.

—¿T-t-tú vas a trabajar aquí?

Asiente como respuesta.

Suelto todo el aire que había estado conteniendo de golpe, al tiempo que los ojos se me anegan en lágrimas.

—Por Dios.

¿Es que el universo me está gastando una broma? Tengo la impresión de que es así. Todo esto tiene que ser una cruel broma cósmica.

Bajo la cabeza y lucho contra las lágrimas. Me invade la repentina necesidad de ponerme a caminar para relajarme, pero no puedo irme a ninguna parte. El espacio que hay en el rellano superior de las escaleras es demasiado pequeño y, al estar los dos frente a la puerta, estoy atrapada.

—No me puedo creer que esté pasando esto.

Reid me agarra la barbilla con firmeza, pero con dulzura.

—No te asustes. Por favor. Odio verte así.

Cierro las manos en puños a los costados.

—Lo estoy intentando.

Y fracasando estrepitosamente.

—No voy a decirle nada a mi padre, si es lo que te preocupa. No me gusta nada eso de ir contando por ahí mis hazañas sexuales.

—No… —Niego con la cabeza, y los rizos que Izzy me ha hecho antes con tanto mimo comienzan a caerse—. No pensaba que fueses a hacerlo.

¿O sí lo pensé?

No.

Lo que ocurre es que no sé cómo lidiar con todo esto.

—Todo irá bien —me dice con dulzura—. Entra, date una ducha y métete en la cama.

Me tiemblan los labios por las ganas que tengo de sonreír. No debería gustarme que me diga lo que tengo que hacer, pero, joder, *me gusta*.

—Esto no tiene por qué ser para tanto. —Se inclina hacia mí y me da un beso suave justo debajo de la oreja—. Buenas noches, Via. —Se aparta, pero de repente suelta un «ah» y se vuelve a inclinar hacia mí, acercando sus labios a mi oído—. Te prometo que puedo follarte mucho mejor que mi padre.

Lo observo con los ojos desorbitados y se me cierra la garganta. Asombrada por su descaro, solo puedo quedarme allí, helada, observándolo bajar por las escaleras. Cuando llega a los pies de estas, se da la vuelta para mirarme de nuevo y me guiña un ojo.

«Será…».

PARTE DOS



16

VIA

Después de un intento fallido de colarme en el hostal sin ser vista —ya estaba cerrado a esas horas de la noche— y de varias llamadas a Izzy sin respuesta, volví a casa y me dejé caer boca abajo en la cama. Ni siquiera me molesté en cambiarme de ropa o en desmaquillarme.

Así de agotada estaba después de lo que ocurrió anoche.

Abro los ojos lentamente. Se me han quedado pegados por la cantidad de máscara y pegamento de pestañas que me eché. Algo me hace cosquillas en la mejilla y suelto un gritito antes de golpearme la cara solo para descubrir poco después que el culpable era una pestaña falsa que se me había caído durmiendo.

Uf.

Ruedo hasta quedar tumbada de espaldas sobre el colchón. Me siento como si tuviese resaca, aunque solo me tomé una copa de vino con la cena.

La cena.

La cita.

Con Derrick.

Que es el *padre* de Reid.

Suelto un gruñido y me llevo las manos a la cara. Tardo unos buenos cinco minutos en prepararme mentalmente para levantarme de la cama y arrastrarme hasta la ducha que tan desesperadamente necesito.

Normalmente no suelo darme duchas largas, pero esta vez me paso cuarenta minutos metida bajo el chorro, frotándome y enjabonándome todo el cuerpo hasta tres veces. Cuando salgo, me

peino los mechones húmedos, dejando que el agua que chorrea se acumule a mis pies sobre el suelo embaldosado, e ignoro descaradamente el persistente zumbido de mi teléfono.

Estoy segura de que será mi hermana. La misma hermana que no estaba cuando la necesitaba anoche. Lo más probable es que el millón de llamadas perdidas mías con las que se habrá despertado esta mañana la hayan preocupado, pero puede esperar un poco más, al menos hasta que me haya adecentado.

Después de echarme crema hidratante y maquillarme como de costumbre, no muy recargada, me pongo unos vaqueros y un jersey negro. Y solo entonces compruebo mi teléfono.

La única que me ha llamado es Izzy, tal y como sospechaba, aunque también tengo un mensaje de Derrick en el que se disculpa por lo de anoche.

Hago una mueca al leerlo.

No hacía falta que se disculpase por nada. Sobre todo cuando sé el aspecto que tiene el pene de su hijo. Cuando… da igual.

«Por Dios, me odio».

Me preparo para el interrogatorio que me espera y llamo a Izzy.

No me sorprende en absoluto que conteste al primer tono.

—Por Dios, Via-Mia, ya era hora. Me he despertado con mil llamadas perdidas tuyas y ¿vas tú y desapareces así como así? ¿Necesitas que vaya a pagarte la fianza para sacarte de la cárcel o algo así?

—No exactamente.

Me pongo a recorrer mi dormitorio de arriba abajo, sintiendo cómo se me revuelve el estómago. Todos los nervios de los que pensaba haberme librado me invaden de nuevo.

—¿Qué pasa entonces?

Enredo un mechón medio húmedo con el dedo y respiro profundamente para tratar de calmar los nervios.

—Preferiría contártelo en persona.

—Vale, pues ven a buscarme. Podemos ir a desayunar a la cafetería esa tan mona que hay en la calle principal. Me muero de hambre.

—¿Es que no sirven el desayuno en el hostal?

Resopla y el sonido reverbera a través de la línea.

—Sí, pero quería desayunar con mi hermanita, sobre todo después de despertarme con un montón de llamadas perdidas tuyas. Pensaba que alguien se había muerto.

—Lo siento mucho. —Y de veras lo siento. Anoche ni siquiera pensé en lo que podría imaginarse cuando se despertase con tantas llamadas perdidas y mensajes míos desesperados—. Podemos ir a comprar el desayuno a la cafetería y desayunar tranquilas en mi casa.

—¿Por qué?

—Porque… —empiezo, alargando la palabra— este pueblo está lleno de viejas cotillas de todas las edades, y no pienso contarte nada en un sitio en el que pueda haber tanta gente escuchándonos.

Se queda callada por un momento y después estalla a carcajadas.

—¿De verdad fue tan mal la cita? ¿De eso se trata?

Suspiro y me dejo caer a los pies de la cama.

—Lo sabrás cuando te lo cuente, Izzy. Te recojo en diez minutos.

Mi hermana se queda mirándome boquiabierta, con el tenedor a medio camino de la boca. El trozo de tortita que había pinchado se acaba cayendo de vuelta al envase para llevar con un ruido sordo.

—Vas a tener que repetirme eso.

Se ha acabado poniendo de rodillas al otro lado de la mesita de centro cuando he llegado a la parte en la que Reid apareció en el salón de Derrick, y ha estado incorporándose lentamente desde entonces.

Casi me ahogo con el sorbo de zumo de naranja que acabo de tomar.

—Ay, por favor, no me hagas repetirlo.

La mueca que le dedico no se debe a que el zumo esté amargo.

—Es que… es imposible que te haya oído bien.

Aprieto los labios hasta formar una fina línea y apoyo un codo sobre la mesa.

—Sí que me has oído bien. Créeme.

—¿Me estás diciendo que el chico con el que te acostaste es el *hijo* de Derrick?

Respiro hondo, tratando de mantener la poca calma que me queda. Una pena que ese pozo ya se haya quedado más que seco hace tiempo. Después suelto todo el aire que he estado conteniendo lentamente. ¿Lo estoy haciendo para no tener que responder? Desde luego.

—Sí.

—Vaya. —Se deja caer hacia atrás, sentándose sobre su trasero, y cruza las piernas bajo la mesa. No sé por qué hemos optado por desayunar en el salón, sentadas en el suelo, en vez de en la isleta de la cocina—. Tengo mucha información que procesar.

—¿Y cómo crees que me siento yo?

Me obligo a darle un mordisco a mi sándwich de huevo y, por suerte, no se me revuelve el estómago al tragar.

—No es lo peor que podría haber ocurrido. No tenías forma de saberlo, así que no tienes por qué sentirte culpable. Aunque haya sido un giro un tanto extraño. —Se encoge de hombros como si fuese así de sencillo—. Vaya —murmura—, supongo que sí es verdad eso de que es un pueblo pequeño.

Suelto un gruñido frustrado y me limpio la boca con una servilleta.

—Esto es un desastre.

Decir que esto es un desastre es quedarme corta, pero no se me ocurre otra forma de definir este embrollo de magnitudes épicas en el que me he metido. Lo más estúpido, lo que no me atrevo a confesarle a mi hermana, es que me pregunto si el universo no me estará castigando. Por fin me he arriesgado a hacer algo por mí misma, por primera vez en mi vida he salido de mi zona de confort al acostarme con Reid, y ahora tengo que enfrentarme a las consecuencias de mis actos.

—Podría ser mucho peor. —Izzy encoje el hombro de forma elegante—. A ver… —Se mete un trozo de tortita en la boca y empieza a hablar con la boca llena, pero al final alza un dedo y

mastica. En cuanto traga, continúa—: Podrías habértelos tirado a los dos.

En mi afán por taparle la boca, casi tiro la comida de la mesa. Estamos solas, así que no hay nadie que pueda oírnos, pero aun así siento el impulso de meterle esas palabras a la fuerza en la boca y hacer que desaparezcan.

—Ni se te ocurra bromear con este tema.

Dejo caer la mano y me siento de nuevo soltando un gemido.

«Uf, ahora sí que he perdido el apetito».

—¿Por qué? Podría haber pasado.

—Pero no pasó, y ni siquiera tenía pensado besar a Derrick después de nuestra cita, así que acostarme con él desde luego no era una opción.

Izzy enarca una ceja oscura.

—Hermanita, el sexo siempre es una opción.

Me masajeo la frente y le pido al universo no acabar con una migraña.

—En fin, cambiando de tema… —Pincha otro trozo de tortita—. Tenemos que ir a comprar caramelos.

—¿Caramelos? ¿Por qué?

Se me queda mirando fijamente, horrorizada, con los ojos abiertos como platos y la boca entreabierta, y se aferra a la servilleta como si se muriese de ganas por lanzármela a la cara.

—Via, no puedes estar hablando en serio.

—¿Qué? —le pregunto mientras fulmino con la mirada al sándwich que tantas ganas tenía de comerme, pero que ahora no puedo gracias a mi hermana pequeña y su asombrosa habilidad de robarme el apetito.

—Mañana es Halloween.

Ah.

—Lo sé.

Me observa con la mandíbula desencajada.

—¿Lo sabes y te da igual? ¡Tenemos que ir a comprar caramelos para los niños que vengan a pedir!

Joder. Hoy voy a acabar con una migraña, seguro.

—Nadie va a venir a pedir caramelos aquí. —Señalo la puerta para dejar claro lo que quiero decir—. Tienen que internarse en un callejón de aspecto más que cuestionable y subir unas escaleras desvencijadas para llegar.

Izzy frunce el ceño y deja el tenedor a un lado.

—Deberíamos arreglar esa zona mientras esté aquí. Poner un trozo de césped artificial y una mesita y unas sillas o algo así. —Chasquea los dedos—. Y ya está. Podríamos dejarlo monísimo. Pero me estoy yendo por las ramas. —Suspira con pesar—. En la plaza del pueblo se va a celebrar una fiesta de Halloween. Empieza a las cinco. Lo he visto en un cartel que han colgado en el supermercado, y ponía que había que llevar caramelos.

Ladeo la cabeza y la observo con los ojos entrecerrados.

—¿Cuándo has ido tú al supermercado?

—Esta mañana. He aprovechado para explorar el pueblo mientras *alguien* dormía a pierna suelta.

Alzo la cabeza, orgullosa.

—Estaba intentando dormir para olvidarme del trauma.

Mi hermana se ríe y se echa el pelo a la espalda.

—Y mamá y papá piensan que yo soy la exagerada. Vamos a ir a esa fiesta de Halloween, te guste o no.

Está prácticamente todo el pueblo reunido en la plaza para celebrar Halloween. En esta época del año anochece muy pronto, así que, aunque la fiesta acaba de empezar, el sol ya se está poniendo por el horizonte para cuando entramos en el centro cívico. Nos abrimos paso entre la multitud de gente con un montón de bolsas llenas de chocolatinas, cortesía de Izzy, hasta una de las mesas llenas de golosinas.

No estoy segura de cómo lo ha hecho, quizás gracias a la magia de Amazon Prime, pero nos ha conseguido disfraces en un santiamén. El suyo es un vestido de flecos como de los años veinte con una diadema, sencillo, pero muy mono. A mí, en cambio, me ha comprado lo que me *parece* que es un disfraz de Caperucita Roja

sexy. Me he tenido que poner unas medias debajo del vestido y un broche en el escote para que no se me saliesen las tetas.

—¡Hola!

—¿Quién es esa? —me pregunta Izzy, observando a la mujer que nos ha saludado y que se nos está acercando con los ojos entrecerrados.

El disfraz de Lady Tremaine que lleva es increíble; está tan currado que tiene hasta al gato en brazos. Me llevo una mano a la boca para contener la risa.

—Ella —le digo a mi hermana, tirando de ella hacia mi amiga—. Trabaja en la librería del pueblo. Es quien me invitó a unirme al club de lectura.

Llegamos hasta Ella en un santiamén y las presento a toda prisa. No me sorprende en absoluto que se hagan amigas al momento. En cuestión de minutos, Ella ya está insistiéndole a Izzy para que se una a nosotras en una reunión del club de lectura antes de que se marche.

—Puedes pedirle prestado a tu hermana el libro que estamos leyendo. Lo más probable es que ya se lo haya ventilado. —«Culpable»—. Así que róbaselo.

—Suena divertido. Me encantaría grabarlo para mi canal. ¿Crees que a las demás les importará?

Ella se encoge de hombros.

—Lo dudo, pero te aviso: es imposible controlar lo que salga de la boca de Glenda.

—Voy a ir a por algo de beber —le susurro a mi hermana antes de alejarme de ellas.

Saludo a unas cuantas personas con las que me cruzo de camino a la mesa de las bebidas. Con cada día que paso en Parkerville, conozco a más y más gente.

Cuando por fin llego al puesto que lo han colocado pegado a la pared del fondo, tomo uno de los dónuts que han dejado, y que seguro ha preparado la señora Kathy, y le doy un mordisco a esa delicia de arándanos; aunque esta noche lo han llamado «el nido de arañándanos», en honor a la fiesta.

Les echo un vistazo a todas las opciones de bebida disponibles y al final opto por un vaso decorado con pegatinas de fantasmas y una lata de Dr. Pepper.

Casi se me cae el vaso de las manos cuando una voz ronca y masculina me susurra al oído.

—Tomaré lo mismo que tú.

No tengo ni que verlo para saber que es Reid.

—¿Quieres un refresco?

Alargo la mano para tomar otro vaso de cartón, pero la dejo cerniéndose encima.

—Eso no es lo que quería decir, ángel.

Me limpia el labio inferior con el pulgar, arrancándome un jadeo, y cuando lo aparta lo tiene manchado de glaseado de arándanos. Se lo lleva a la boca y lo lame, dejando al descubierto unos colmillos de vampiro bastante realistas. La estampa hace que me flaqueen las rodillas.

—¿Q-qué estás haciendo? —tartamudeo, antes de echar un vistazo a nuestro alrededor para asegurarme de que nadie nos ha visto.

Sorprendentemente, nadie nos está prestando atención. Todo el mundo está mirando a los niños que están jugando a algo de lo más ruidoso en un puesto cercano.

—Quería probarlo —repone, al tiempo que se llena un vaso de cartón con refresco de naranja.

Hace una mueca al darle el primer sorbo. Supongo que el sabor del glaseado de arándanos no le pega nada al refresco de naranja.

Echo otro vistazo a nuestro alrededor.

—¿Ha venido tu padre?

Incluso aunque fuese disfrazado, estoy segura de que reconocería a Derrick.

—Nop. —Enfatiza la «p» al decirlo y se acerca un poco más a mí, lo suficiente como para notar el calor que irradia.

—¿Qué haces tú aquí? Esto es para niños.

—He venido con mi hermana y mi sobrina. ¿Qué haces tú aquí? —replica.

Me fijo en cómo su mirada baja lentamente hacia el broche que mantiene sujeto el escote de mi disfraz para minimizar la cantidad de piel a la vista.

—Mi hermana me ha obligado a venir.

—¿Es que tiene cinco años?

Suspiro, porque sé perfectamente a dónde quiere ir a parar con eso.

—Súmale veinte.

Suelta una carcajada.

—Vía, pensaba que esto era para niños.

Me agarra de la muñeca y una corriente eléctrica me sube por el brazo. ¿Puede notar la forma en la que se me ha acelerado el pulso?

—Quiero enseñarte algo.

—¿Enseñarme algo? —pregunto, confusa.

—Ajá. —No me debería gustar la forma en la que me está mirando, joder—. Sígueme.

Tira de mi muñeca, alejándome de la mesa y de mi Dr. Pepper.

«Uf, y de mi dónut. Descansa en paz, nido de arañándanos. Te echaré de menos».

Me lleva hasta una puerta cerrada que se encuentra justo fuera del salón y echa un vistazo por encima del hombro, y después otro, antes de abrirla y deslizarse por el pasillo que se abre al otro lado dando grandes zancadas.

Casi tengo que echar a correr para seguirlo.

Respiro hondo, dispuesta a quejarme por lo rápido que va y por lo fuerte que está tirando de mí, pero vuelvo a soltar el aire en cuanto se detiene de golpe delante de otra puerta cerrada. La abre y me arrastra a su interior.

—¿Esto es lo que querías…?

Pero no llego a terminar de formular la pregunta porque, de repente, estampa sus labios sobre los míos.

El beso me toma por sorpresa, pero vaya si respondo rápido. Mis dedos se aferran a los mechones de su pelo como si tuviesen vida propia. Está duro, apelmazado por la gomina, pero eso no me detiene.

Me muerde ligeramente el labio inferior y abro la boca como respuesta. Suelto un gemido cuando su lengua se desliza lentamente sobre la mía, provocándole uno ronco que retumba en su pecho.

Me rodea el cuello con una mano, pegándome el pulgar a la barbilla, y me obliga a echar la cabeza atrás, profundizando el beso de tal forma que hace que me flaqueen las rodillas.

Pero es como si también estuviese preparado para eso.

Me toma en brazos con facilidad, y yo le rodeo la cintura con las piernas. Su erección se presiona contra mí, persistente y exigente, incitándome a mover las caderas como si tuviesen mente propia.

Ha conseguido despertar un profundo deseo en mi interior. No pienso en nuestras edades ni en su padre. En lo único en lo que puedo pensar es en lo mucho que me gustaría volver a sentirlo dentro de mí.

Quizás a mi cerebro le esté costando ser racional en este momento porque me ha tomado por sorpresa. Ni siquiera esperaba verlo hoy.

Me muerde el cuello y las puntas de sus colmillos falsos se me clavan en la suave piel.

—Llevo queriendo follarte desde la otra noche —me confiesa, con voz grave. Sus labios se ciernen sobre los míos por un momento —. Darte unos buenos azotes hasta dejarte ese culo rojo por haber tenido una cita con mi padre.

—No-no lo sabía.

Se me escapa un pequeño grito de placer cuando pega su gruesa erección a mi centro. No sé qué narices me pasa, pero en este momento daría lo que fuera por que nuestra ropa desapareciese por arte de magia.

—Lo supieses o no, quiero marcarte para que siempre recuerdes a qué Crawford le perteneces.

Me tiemblan los labios bajo su beso.

«¿Por qué eso me ha parecido tan *sexy*?».

—¿Te gustaría que lo hiciera, Via?

Me lame los labios, del mismo modo que la noche que follamos.

Asiento, lo que le hace reír.

—Usa las palabras, ángel.

La Via inteligente lo habría apartado de un empujón en este mismo instante, se habría marchado de… dondequiera que estemos y habría seguido con su vida como si nada de esto hubiese pasado.

Pero la Via estúpida quiere que la follen, y duro.

A pesar de que siga un tanto conmocionada por todo el fiasco con Reid y Derrick, soy incapaz de negar que existe una poderosa química entre nosotros.

—S-sí.

Me baja las manos hacia las caderas, trazando círculos perezosos con los pulgares sobre la tela de mi vestido barato.

—¿Quieres que te folle?

Vuelvo a asentir, y gimo como un animal cuando desliza una mano por debajo de mi vestido. A estas alturas, lo único que nos separa son las medias y mi fina ropa interior.

Se queda ahí, quieto, dándome otra oportunidad de negarme si no estoy segura de esto. Se lo agradezco, pero es innecesario.

A veces ser estúpida puede ser muy, muy divertido.

—Fóllame, Reid. —Lo llamo por su nombre para que le quede claro que tengo tantas ganas de hacerlo como él.

¿Me arrepentiré de esto? Probablemente.

No porque no quiera hacerlo, sino porque *no debería* querer volver a acostarme con Reid. Lo estoy haciendo por puro egoísmo, y es una sensación que me resulta muy extraña. Durante años, siempre he puesto a los demás por delante: a mis padres, a mi hermana, a mis amigos, a *Chase*, y mira a dónde me ha llevado eso.

Ahora estoy empezando a aprender que está bien ponerme a mí primero de vez en cuando. Y si eso significa dejar que el hijo de veintiún años de mi contratista me folle hasta que me olvide de mi nombre, que así sea.

—Joder, menos mal —gruñe, antes de volver a dejarme en el suelo.

Se aleja un paso y se saca una navaja del bolsillo. Antes de que pueda preguntarle qué va a hacer, se arrodilla frente a mí y me separa las piernas con delicadeza. Estamos a oscuras, lo suficiente como para que la vista todavía no se me haya acostumbrado, pero esboza una sonrisa tan radiante que me cuesta pasarla por alto,

justo antes de agarrarme las medias a la altura de mi entrepierna y partirlas por la mitad.

Pero no se detiene ahí.

Mi ropa interior también le estorba, así que se apresura a cortarme las bragas.

—Podrías habérmelas quitado —protesto, con voz débil, molesta —. No era necesario.

Me vuelve a sonreír en la oscuridad.

—Pero así es más divertido.

Me da un beso en el coño, que ahora está totalmente expuesto ante él, besándome la piel sensible como si fuese mi boca.

Cuando se levanta, el sonido de la cremallera de sus vaqueros al bajarse resuena en medio de la silenciosa estancia. Se masturba. Su cuerpo sigue siendo todo un conjunto de sombras, pero me resulta imposible no distinguir sus movimientos bruscos ni escuchar el sonido que produce su mano al acariciar su polla. Lo oigo subir y bajar la mano por su longitud, y eso despierta una oleada de calor líquido en mi coño.

Gimo ante el recuerdo de lo mucho que disfruté al sentir cómo su polla gruesa se deslizaba en mi interior.

Lo oigo abrir un preservativo, y el sonido casi me hace estremecer.

—¿Te has traído un condón?

Sé que debería alegrarme de que lleve protección encima y no enfadarme por ello, pero por algún motivo que no alcanzo a comprender me pongo celosa por culpa de una chica fantasma misteriosa por la que pueda llevar condones encima.

—Solo uno. —Me da un beso en los labios—. Y solo porque te vi la otra noche.

Mi corazón se salta un latido.

—¿Es que esperabas que esta noche acabase así?

Me levanta en brazos y, de nuevo, mis piernas saben perfectamente lo que tienen que hacer. Cuando le rodeo la cintura, alinea su miembro cubierto de látex en mi entrada.

—No —admite, posicionándose *justo ahí*, tentándome con su proximidad, pero sin saber cuándo va a introducir su polla en mi

interior—. Pero sí que tenía esperanzas de que ocurriese.

Me penetra con fuerza. La repentina intrusión me hace gritar, más de sorpresa que de dolor. Tengo el coño empapado. Llevo mojada desde el mismo instante en el que he oído su voz junto a la mesa de las bebidas.

—No tienes ni idea de lo mucho que me gusta estar dentro de ti, ángel. Tu coño me aprieta justo como me gusta.

Mis paredes internas se estremecen alrededor de su miembro. Dios, todo mi cuerpo tiembla. Me aferro a sus hombros para mantener el equilibrio y rezo por que no me suelte.

Se ríe, y las vibraciones de su risa me recorren de arriba abajo, haciéndome poner los ojos en blanco de placer.

—No voy a soltarte.

«Ups. ¿Lo he dicho en voz alta?».

Echo la cabeza hacia atrás, pegándola contra la pared, mientras una oleada de placer me recorre entera.

No me puedo creer que esté haciendo esto. Mi hermana está al final del pasillo, junto con la mitad de los habitantes de mi nuevo pueblo. Pero me da igual, y puede que eso sea lo más maravilloso que me haya ocurrido jamás. A lo largo de toda mi vida, siempre me he preocupado demasiado por los demás y no lo suficiente por mí misma.

Reid tira de mi escote para liberarme los pechos, lo que hace que el broche se me suelte y acabe en el suelo. Dudo que vaya a poder encontrarlo después.

—Joder, tienes unas tetas perfectas —dice prácticamente gruñendo. Me rodea un pezón erecto con la boca, y lo lame y lo succiona, sin dejar de embestirme—. Ojalá pudiese verte completamente desnuda ahora mismo —murmura, con voz grave—. Seguro que estás sonrojada por todas partes.

Ajusta su agarre, profundizando el ángulo en el que me penetra en el proceso. Y eso es lo único que me hace falta para llegar al orgasmo.

Cierro los ojos con fuerza y Reid ahoga mis gritos atrapando mis labios en un beso cegador. El orgasmo no parece acabarse nunca, y cuando lo hace, siento cómo todo mi cuerpo se relaja de golpe.

—No tan rápido. —Me pega a la pared para poder agarrarme las manos y sujetármelas sobre la cabeza—. Todavía no he acabado contigo.

Gimo ante esa promesa diabólica.

Nuestros dedos se entrelazan, con nuestros cuerpos totalmente pegados, y, a pesar de lo exhausta que me siento, le sigo el ritmo, embestida a embestida. Me muerdo el labio inferior para contener un grito de placer cuando siento que me acerco a otro orgasmo. No sé de qué demonios está hecha su polla, pero debe de estar llena de magia orgásmica o algo así, porque mi cuerpo nunca había reaccionado de este modo al sexo.

—¿Sientes cómo te follo? —Sus labios me acarician la oreja, haciéndome cosquillas—. ¿Lo mucho que lo disfrutas? ¿Cómo tu coño está hecho para mí? Pienso arruinarte para los demás hombres, Via, del mismo modo en el que me has arruinado tú a mí para las demás. Ningún otro hombre te va a hacer sentir tanto placer. No como yo.

Quiero protestar, rebatírselo, pero no puedo hablar. Y, sinceramente, empiezo a pensar que podría tener razón.

Se mueve para agarrarme ambas muñecas con una mano y baja la otra por mi cuerpo hasta que encuentra mi clítoris. Frota el pulgar sobre ese sensible manojo de nervios y, aunque estemos a oscuras, sé que en este momento está esbozando una sonrisa socarrona.

—Ah, joder —maldigo, justo antes de llegar al orgasmo.

Me dejo caer contra su cuerpo al tiempo que me suelta las manos, pero Reid se apresura para aferrarse a mis caderas. Me embiste duro y rápido. Y, por imposible que pueda parecer, noto cómo me acerco a un tercer orgasmo.

Acabo corriéndome de nuevo y él me sigue justo después, gritando mi nombre contra la piel húmeda de mi cuello.

Nos quedamos así un buen rato antes de que me deje en el suelo y nos pongamos a recolocarnos la ropa. Para él es un proceso mucho más sencillo, sobre todo porque yo tengo que volver a meterme los pechos dentro del vestido y él no para de bajármelo de nuevo para masajeármelos o agarrarlos. Me pasa los pulgares por

los pezones sensibles y, cuando gimo como respuesta, me dedica una sonrisa engreída.

—Reid —le suplico—. Tengo que vestirme.

—A mí me gustas más desnuda. —Se inclina hacia mí y me da un beso en la mejilla—. Me encanta que vayas a salir ahí fuera con el coño al descubierto.

Desliza los dedos por la raja que me ha hecho en las medias y en la ropa interior.

—Uf, no me lo recuerdes. —Le empujo los hombros, pero no se aparta—. Voy a tener que volver a casa.

—Mmm —murmura, besándome el cuello—. ¿Te duele el coño?

—*No* —le miento.

—¿Te vas a arrepentir de lo que hemos hecho? —Su tono se ha vuelto mucho más serio y, por lo que puedo entrever en medio de la oscuridad, su expresión también se ha endurecido.

—No… —Bajo la mirada hacia el suelo—. No lo sé.

Me obliga a alzar la vista tomándome con delicadeza de la barbilla y deposita un dulce beso en mis labios.

—Espero que no.

Retrocede un paso y me deja recolocarme el vestido. Es imposible que vaya a poder encontrar el broche en lo que ahora me doy cuenta de que es un armario muy bien ordenado.

Trato de peinarme con los dedos y acabo gimiendo, frustrada.

Joder. Está hecho un nido de pájaros.

—Déjame echarte una mano.

Estoy a punto de protestar, pero me gira con delicadeza y me pasa esos largos y sensuales dedos por el pelo para desenredármelo. Al final, me lo recoge en la nuca y lo asegura con una goma del pelo. En cuanto acaba, me da un azote juguetón.

—¿Sueles llevar gomas del pelo encima?

Reid se encoge de hombros y me abre la puerta. Tengo que parpadear con fuerza para acostumbrarme a la repentina iluminación. Por suerte, al igual que antes, no hay nadie por esta zona.

Cuando salimos, cierra la puerta a nuestra espalda.

En el pasillo, Reid alza una mano y tira de una goma del pelo que lleva en la muñeca.

—Tengo una hermana y una sobrina. Con el tiempo he aprendido a ir siempre preparado para cualquier cosa. —Su expresión se dulcifica y entonces alarga la mano hacia mí, recorriéndome la mejilla con el dedo, como si fuese incapaz de no tocarme—. ¿Me das tu número?

El corazón me da un vuelco ante su pregunta.

Mi expresión debe de dejar en evidencia que me ha tomado por sorpresa, porque se ríe.

—¿Por qué?

—Para llamarte. O escribirte. O lo que sea. —Me dedica una sonrisa torcida y adorable que hace que su hoyuelo salga a saludarme—. Pero solo si quieres.

«¿Quiero?».

Aparto la mirada y me pongo a retorcer las manos, nerviosa. No debería darle mi número. Esa primera noche me aseguré de que no pudiese ponerse en contacto conmigo por algo, pero a estas alturas me parece inútil. Ya sabe dónde vivo. Va a estar *trabajando* en mi edificio el lunes.

Me humedezco los labios y asiento.

Sin perder ni un segundo, saca su teléfono y me lo tiende. Si se da cuenta de la forma en la que me tiemblan los dedos al teclear mi número, no dice nada al respecto.

Cuando se lo devuelvo, me manda un mensaje rápido.

—Ahora tú también tienes el mío.

Odio la forma en la que mi corazón parece acelerarse ante la idea de tener el número de Reid.

¿Qué narices me pasa? Me estoy comportando como una adolescente enamoradiza cuando el tío por el que está colada se fija en ella.

Su mano se cierne sobre mi cintura, guiándome de nuevo hacia la puerta que da al salón. La calidez de su contacto desaparece un segundo después de que la abra.

—Te veré pronto, Via.

Con esa promesa ronca, se encamina hacia la derecha, dejándome sola para buscar a mi hermana entre la multitud. Por suerte, no tardo mucho en encontrarla. En cuanto recorro el salón con la mirada, la veo corriendo hacia mí.

—Aquí estás. —Me observa con el ceño fruncido, preocupada—. Te he estado buscando por todas partes. Has dicho que ibas a por algo de beber y has desaparecido.

—Lo-lo siento —tartamudeo—. He ido a buscar el baño y me he perdido. Este sitio es enorme.

La mentira me parece lo bastante creíble. Pero Izzy me observa con los ojos entrecerrados, como si no me estuviese creyendo.

—¿Te encuentras bien? Estás sonrojada.

Me aferro a la excusa que acaba de darme sin darse cuenta.

—En realidad, estoy un poco mareada. Creo que hoy no he comido lo suficiente y me está pasando factura.

La culpa me reconcome por dentro cuando me mira preocupada. Odio tener que mentir a mi hermana, pero todavía no estoy lista para contarle lo que ha ocurrido con Reid.

—Muy bien. —Entrelaza un brazo con el mío, como si creyese que necesito apoyarme en algo—. Pues vámonos. Podemos pillar algo para cenar de camino a casa.

Dejo que me guíe fuera del centro cívico y hasta donde hemos aparcado.

Estoy segura de que en algún momento le contaré lo que ha pasado en realidad, pero… todavía no. Me gusta que sea un secreto entre Reid y yo, como si fuese algo nuestro y de nadie más.

17

REID

Suena el despertador y me saca de la mejor puta noche de sueño que he tenido desde hace semanas.

Via.

¿Soy un pringado porque lo primero en lo que pienso al despertarme sea en ella?

Desde luego.

Suelto un gruñido y golpeo el despertador con la mano para silenciarlo. Después arrastro mi lamentable trasero fuera de la cama.

Normalmente odio los lunes. Son el peor día de la semana, en mi opinión. Pero puede que este lunes sea el mejor que he tenido en mucho tiempo.

Y todo gracias a una mujer preciosa.

Aunque no es que vaya a poder estar con ella de la forma en la que me gustaría mientras estoy trabajando. No solo porque sería muy poco profesional, sino porque además estoy seguro de que me daría una patada en las pelotas si lo hiciese. Ella sabe tan bien como yo que existe una química increíble entre nosotros, pero, aunque me muero de ganas por lanzarme de cabeza a ver a dónde nos lleva, ella necesita tiempo.

Y puedo respetarlo.

Todavía me sigue sorprendiendo. ¿Cuántas probabilidades había de que la obra en la que tenía que empezar hoy fuese la suya? ¿De que tuviese una cita con mi padre? ¿De todo lo demás?

Cuando la vi allí de pie, en medio del salón de la casa de mi infancia, pensé que me estaba dando un ictus o que estaba soñando. Estaba segurísimo de que no podía ser real.

Pero vaya si lo era.

No tenía pensado acostarme con ella la noche de Halloween. Sinceramente, me sorprendió que accediese. Pero, joder, vaya si no me alegro de que lo hiciese.

¿Y lo mejor que saqué de esa noche?

¿Esto que hay entre nosotros? No es unilateral.

Abro la ducha y meo mientras espero a que salga el agua caliente. Sé que ducharme ahora no tiene mucho sentido, sobre todo teniendo en cuenta que para la hora de la comida voy a estar cubierto de serrín y sudor, pero necesito darme una buena ducha para despertarme del todo.

Contengo un bostezo y me deslizo bajo el chorro.

—Ah, joder.

Mierda, todavía sale fría. Debería haberlo comprobado antes de meterme. Parece que voy a tener que hablar con mi casero *otra vez*. Si no sale el agua helada, sale hirviendo y, sino, no sale, a secas. En general el edificio está en bastante buen estado, así que no tiene mucho sentido que el piso tenga tantos problemas. Sobre todo con lo que pago todos los meses.

Hasta hace poco, seguía viviendo en casa de mi padre, pero llegó un punto en el que ya no pude soportarlo más. No por tener que vivir con él. El problema era mi hermana.

La quiero, y siempre hemos tenido una relación bastante buena. En parte porque no nos quedó otra. Durante mucho tiempo solo estuvimos los tres: papá, Layla y yo. Cuando Layla y yo éramos pequeños, nos llamábamos los tres mosqueteros.

Pero todo cambió cuando conoció a Brandon.

Es un alcohólico y drogadicto de mierda que la trata como si fuese basura.

Llevan en una relación intermitente desde el instituto. Si tan solo hubiesen roto definitivamente cuando Layla se quedó embarazada de Lilibet… Su concepción —evidentemente no planeada— ocurrió durante una de sus innumerables rupturas. Sin embargo, Layla todavía no ha admitido quién es el padre de Lili. Ella lo sabe, por supuesto, se lo veo en los ojos, pero se niega a decirnos

quién es. No sé si es porque quiere proteger al imbécil de lo que podamos hacerle nosotros o porque quiere protegerlo de Brandon.

No es hasta que estoy terminando de ducharme cuando el agua empieza a salir caliente.

Me lo imaginaba.

No tardo mucho en prepararme. Me pongo unos pantalones cargo, una camiseta de manga larga con el cuello en pico y una sudadera negra que tiene el logo de la empresa de mi padre impreso en la espalda. Cuando me estoy poniendo las botas, le echo un vistazo rápido a mi teléfono y se me pasa por la cabeza la idea de mandarle un mensaje a Via.

Nunca me había comportado así.

No es solo por el sexo, aunque esa parte también es increíble. Es porque quiero saber más sobre ella. Quiero conocerla mejor, de verdad, pero ella no parece estar por la labor. Le da miedo nuestra diferencia de edad, y lo entiendo, pero no creo que sea solo por eso.

—No seas tan gallina —murmuro antes de desconectar el teléfono del cargador.

Le mando un mensaje rápido.

¿Te apetece que te lleve un café?

En cuanto le doy a enviar, me estremezco.

¿En serio eso es lo mejor que se me ha ocurrido? «¿Te apetece que te lleve un café?». Soy un maldito pringado.

Me paso los dedos por el pelo y me pongo a recorrer mi habitación de un lado a otro mientras espero a que me responda. Cuando llego hasta la pared, me giro y solo entonces me doy cuenta de la hora que es.

Mierda. Es demasiado temprano. Puede que todavía no se haya ni despertado.

Sin embargo, un momento después la pantalla de mi teléfono se ilumina con un mensaje nuevo.

VIA

¿No crees que sería un poco raro que me trajeses un

café? La gente no tiene ni idea de lo nuestro, creen que casi no nos conocemos.

Suspiro con pesar y señalo a mi reflejo en el espejo agrietado que tengo apoyado contra la pared del dormitorio.

—Eres un maldito idiota.

Cierto.

VIA

¿Por qué tengo la sensación de que estás nervioso?

«¿Soy sincero o le resto importancia?».

Sin darme tiempo para pensarlo demasiado, le escribo una respuesta rápida y le doy a enviar.

Porque lo estoy.

VIA

Pues no lo estés. Sáltate el desayuno. Voy a comprar dónuts para todos.

Eres increíble.

VIA

Eso no paras de repetirme.

Intercambiamos unos cuantos mensajes más como si nada y después voy a la cocina a prepararme un café. Gracias a Via, me ahorro la parte de prepararme algo parecido a un desayuno.

Mientras espero a que se me haga el café, me pongo a cotillear mis redes sociales, a responder a algunos comentarios que me han dejado mis amigos y, después, compruebo mi correo electrónico. Trabajo a media jornada para mi padre y me paso el resto de los días de la semana trabajando para el padre de mi mejor amigo, que tiene un taller de coches.

No me gusta nada trabajar en la construcción, aunque se me dé muy bien. Era casi imposible que no fuese así. Me he pasado media vida ayudando a mi padre en su trabajo, así que era inevitable que acabase aprendiendo a hacer algunas cosas. Pero el señor Vasquez no se puede permitir contratarme a jornada completa en su taller, así que, de momento, esto es lo mejor que tengo.

Me encantaba arreglar coches con mi abuelo antes de que muriese. Adoraba la parte de restaurar coches antiguos, quizás porque eso también me dejaba sacar mi lado más creativo. No hay sensación que se compare con poder devolverle la vida a un coche antiguo.

La cafetera comienza a pitar para hacerme saber que el café ya está listo, así que saco un termo ridículamente grande del armario y le añado mi endulzante de vainilla favorito mientras trato de contener otro bostezo. Mis amigos suelen burlarse de mí porque me gusta tomar el café muy dulce y con un chorrito de nata, pero ¿a quién demonios le gusta beber café aguado sin nada de dulce? Un poco de azúcar no le hace daño a nadie.

Después de darle un buen trago para comprobar que está tan dulce como me gusta, asiento.

Está perfecto.

Contengo otro bostezo —odio las putas mañanas en las que me toca madrugar; tener que despertarse antes de las nueve debería ser delito—, tomo las llaves del coche y salgo de casa. Cuando me acerco a mi coche, me doy cuenta de que el parabrisas está helado, así que echo la cabeza hacia atrás y suelto un gruñido frustrado.

Si llego tarde, mi padre me va a cortar la cabeza.

Al final no llego tarde, gracias al cielo por ese pequeño milagro. Le doy otro trago a mi café y tomo el casco de la parte de atrás del coche, y me lo coloco bajo el brazo. Aparco al final de la calle para evitar el riesgo de acabar con un clavo extraviado clavándose en una rueda, pero eso también supone que tengo que caminar hasta la obra con el frío que hace.

Mi aliento forma nubes de vaho frente a mi rostro al encontrarse con el aire gélido, otro recordatorio más de lo rápido que bajan las temperaturas en la costa. Me encanta Maine y no me puedo imaginar viviendo en ningún otro sitio, pero, joder, vaya si el frío me toca las narices a veces.

Cada paso que doy me acerca más a los dónuts y a Via, y esa es la única motivación que necesito en este momento.

El viejo edificio necesita muchas reformas. Esta va a ser una obra que nos llevará bastante tiempo. Puedo ver el potencial que tiene, pero, claro, mi padre jamás habría aceptado este encargo de no haber pensado que podría transformarlo por completo.

La entrada está entreabierta, lo que significa que al menos uno de los hombres de mi padre ya habrá llegado. Saludo a Joe cuando lo veo salir con un montón de escombros en brazos para lanzarlos al contenedor.

Una vez dentro, mi mirada se posa directamente en Via, que está de pie al fondo de la sala. Es como si mi cuerpo fuese capaz de sentirla cuando está cerca, como me sucedió en Halloween o la noche en que nos conocimos.

Es extraño, este magnetismo que compartimos. Es como si todo mi cuerpo se viese atraído hacia el suyo. Ella también debe notarlo, porque su mirada me encuentra casi de inmediato. Contengo el aliento, anticipando el momento en el que entre en pánico al darse cuenta de lo que va a ocurrir cuando me adentre en su mundo de lleno.

Pero cuando nuestras miradas se encuentran, me sorprende esbozando una sonrisa y haciéndome un gesto con la mano para animarme a que me acerque a ella y a las cajas de dónuts que me esperan sobre la mesa. Me ruge el estómago al contemplar la estampa, en parte porque tengo hambre y en parte porque me muero por acunar su rostro entre las manos y besarla.

Eso último no puedo hacerlo, pero, joder, no puedo dejar de pensar en ello.

No hay nadie cerca cuando me acerco a ella, así que dejo que mis labios esbocen la sonrisa socarrona que se morían por dibujar.

—Mi hermana está aquí —me susurra a modo de advertencia cuando me acerco.

Asiento ligeramente con la cabeza.

—¿Mi padre ha llegado ya?

Niega con la cabeza.

—Le he oído decir a uno de sus hombres que tenía que pasar por el aserradero primero.

—Dónuts, ¿eh? ¿Son de la señora Kathy?

—Pues claro. Un pajarito me dijo que eran los mejores de la zona.

Esboza una pequeña sonrisa y ese punto blando y suave que tiene en la base de su cuello se estremece ligeramente, como si estuviese nerviosa. La observo mientras no sabe qué hacer con las manos: las junta para después llevárselas a la cintura, lo que solo confirma mis sospechas. Al final, acaba decantándose por cruzarse de brazos.

El gesto hace que baje la mirada hacia sus pechos y me fije en cómo se le pega la tela del jersey.

Suelta un gruñido y vuelve a dejar caer los brazos a los costados.

Alzo la vista de nuevo hacia su rostro y me recoloco las gafas. Da igual cuántas veces me las suba, nunca se quedan en su sitio.

—Lo siento —le digo un tanto avergonzado—. No he podido evitarlo.

—Claro —repone.

—Hueles muy bien —se me escapa antes de que pueda morderme la lengua.

Al estar tan cerca de ella, pierdo por completo el control de mis habilidades más básicas, como la de pensar antes de hablar.

Veo cómo intenta no reírse.

—Gracias.

Decidido a no volver a hacer el ridículo, carraspeo con fuerza y bajo la mirada hacia las cajas de dónuts.

—Cuántas opciones. —Estoy seguro de que a los chicos les gustará esta selección. A mí me encanta, desde luego—. Normalmente suelo optar por los de arándanos —murmuro mientras

me golpeo con delicadeza el labio inferior como si de verdad estuviese valorando todas las opciones—. Pero la cosa es que hace unos días probé el mejor dónut de arándanos del mundo. Aunque solo pude darle un mordisco. Ni siquiera eso. —Me observa con los ojos abiertos como platos—. Podría decirse que solo le di un lametón. Y creo que jamás voy a poder probar uno que esté tan bueno como el de ese día. Quizás debería optar por uno glaseado para no llevarme un chasco. ¿Tú qué crees?

La veo tragar con fuerza.

—La… la verdad es que mi favorito es el de arándanos.

Joder. Me encanta hacer que se sonroje.

—¿Me estás diciendo que escoja el de arándanos?

—Seguro que sabrías genial… quero decir… que te sabría genial —tartamudea.

Tengo que morderme la mejilla para no lanzarme a besarla en este mismo instante. Ni siquiera está intentando parecer seductora, simplemente lo es.

—Muy bien. —Meto la mano en la caja—. Pues me quedo con el de arándanos.

Le guiño un ojo y le doy un mordisco enorme al dónut. Y después me alejo antes de dejarme en ridículo delante de ella.

Bueno, de dejarme más en ridículo.

18

VIA

—¿Es *ese*? —me pregunta Izzy en un susurro, agarrándome de la muñeca con tanta fuerza que me hace daño, mientras tira de mí hacia el fondo del estudio.

Clavo los pies en el suelo. Se supone que deberíamos estar yéndonos ya a comer.

—No tienes por qué mirarlo tanto.

—Oh, pues claro que sí. Quédate aquí, cobarde. Voy a acercarme y a fingir que se me ha caído un pendiente o algo así.

Ya se está quitando uno de la oreja.

—Para —le suplico—. Puedes echarle otro vistazo cuando volvamos.

Pone los ojos en blanco, pero por suerte deja caer las manos a los costados, dejando el pendiente en su sitio.

—Vale, pero solo porque me muero de hambre y necesito desesperadamente comerme una hamburguesa. Pero si crees que no vamos a hablar del tema mientras tanto, estás muy equivocada, hermanita.

—Me lo había imaginado.

Cuando entramos en el restaurante, la misma mujer que me interrogó en mi primera visita nos indica que nos sentemos donde queramos.

—Me encanta este sitio.

Izzy ya ha sacado su cámara y está grabando algunas tomas para su canal. Me muero de ganas por ver cómo edita todo cuando se marche. No porque tenga ganas de que se vaya ya. Puede que sea una cotilla y se meta siempre donde no la llaman, pero me

encanta tenerla cerca. Esta es la primera vez que pasamos tanto tiempo juntas, las dos solas, desde que me mudé de casa de nuestros padres.

Me he propuesto probar algo nuevo cada vez que venga hasta haber probado toda la carta, así que me tomo mi tiempo para barajar todas las opciones. Normalmente me decanto por pedir solo un plato principal en los sitios a los que voy, pero desde que me he mudado a Parkerville estoy probando a salir de mi zona de confort en todos los sentidos, así que ¿qué más da cambiar esto también?

«Como lo de tirarte a tíos a los que les sacas once años en un armario».

Todavía no se lo he contado a Izzy, y tampoco sé si lo haré. Siento que es demasiado escandaloso, aunque probablemente ella haya hecho cosas mucho peores. A Izzy nunca se le ha dado demasiado bien eso de no hablar de su vida sexual.

Por suerte, espera hasta que pedidmos nuestra comida para empezar con su interrogatorio.

Me doy cuenta de la que se me viene encima cuando la veo apoyar las manos sobre la mesa.

—¿*Ese* es el hijo?

Guardo silencio por un momento para tratar de recomponerme y alargo la mano hacia mi vaso de agua. Izzy me observa con los ojos entrecerrados mientras le doy un trago. Sabe perfectamente qué estoy haciendo.

Después, me limpio los labios con la servilleta antes de volver a colocarla sobre el regazo. Solo entonces echo los hombros hacia atrás y me obligo a mirarla directamente a los ojos.

—Sí, es él.

Izzy me observa boquiabierta.

—¡Via! —sisea mi nombre lo bastante alto como para que algunos de los otros clientes se vuelvan a mirarnos.

Me entran ganas de meterme debajo de la mesa y desaparecer. Nunca me ha gustado ser el centro de atención, y no creo que eso cambie en un futuro, ni siquiera aunque esté probando cosas nuevas y saliendo de mi zona de confort.

—No me dijiste que estaba *así* de bueno.

—A ver… es un poco complicado hacerle justicia —respondo en un susurro mientras garabateo sobre la condensación que se acumula en mi vaso.

—Eso desde luego. —Se abanica con la mano—. Haría que la mayoría de la población masculina de Los Ángeles empalideciese en comparación, y eso ya es decir. Porque toda la gente guapa se acaba mudando allí tarde o temprano.

—Como tú.

Le lanzo el envoltorio de mi pajita hecho una bola y me echo a reír cuando aterriza sobre su cabeza. Izzy frunce el ceño y se lo quita de encima de sus mechones oscuros y lisos.

—Sí, como yo. —Acompaña la respuesta sarcástica con un pestañeo descarado.

Mientras espero a que siga con su interrogatorio, me vibra el teléfono en el bolsillo. Lo saco y mi corazón se salta un par de latidos al pensar que quizás es Reid.

Pero no lo es.

Es la última persona que esperaba que fuese. La última que quería que fuese.

Me aferro tan fuerte al teléfono que se me ponen los nudillos blancos.

CHASE

Quiero hablar contigo.

—¿Qué pasa? —Noto un deje de miedo en la voz de Izzy. A mi hermana le resulta muy sencillo darse cuenta cuando mi ánimo cambia de golpe.

Como respuesta, le tiendo mi teléfono.

Se queda mirando el mensaje fijamente.

—¿Cómo puede tener tanto valor el cabrón infiel que ha dejado embarazada a su amante?

Le quito el teléfono antes de que pueda enviarle una respuesta llena de insultos a mi exmarido. *Odio* reaccionar de este modo cuando me llega algún mensaje suyo. Después de firmar los papeles del divorcio, decidí olvidarme de él, agradecida por no tener que

volver a hablar con él nunca. Pero ahora no deja de asomar su fea cabeza de vez en cuando, como si estuviésemos jugando a una especie de escondite retorcido y asqueroso. Sé que debería haberle bloqueado hace mucho tiempo, pero no pude. *Podría* hacerlo ahora, supongo, pero debo de ser una idiota porque quiero ver cuánto tarda en rendirse.

Frente a mí, el rostro de Izzy está enrojeciendo por momentos, como si cuanto más pensase en Chase y en sus estúpidos mensajes, más se cabrease.

Levanto una mano en alto para detenerla antes de que se ponga a soltar todo el veneno que sé que lleva dentro.

—Te quiero por defenderme siempre a capa y espada. De verdad. Pero no hace falta que lo hagas. Lo he superado. Te lo prometo.

Por desgracia, he tenido que acostarme con Reid para darme cuenta de hasta qué punto lo había superado. Nuestra vida sexual era una mierda, y Chase era controlador y manipulador la mayor parte del tiempo. Me merezco algo mejor. Ahora lo sé mejor que nunca.

Izzy suelta un suspiro molesto.

—Me muero de ganas por decirle cuatro cosas. Te hizo daño. Tú querías tener un hijo más que nada en el mundo y…

Se me encoge el corazón al recordarlo. Tengo que aferrarme a la servilleta que tengo en mi regazo para evitar que vea cómo me tiemblan las manos.

—Y él va y… —No llega a acabar la frase, probablemente porque se ha fijado en mi expresión.

No me gusta hablar del tema de mi infertilidad. Viéndolo ahora en retrospectiva, agradezco no haber podido quedarme embarazada. Él es la última persona con la que debería formar una familia. Pero eso no quita lo mucho que quería —que *quiero*— ser madre. No puedo chasquear los dedos y quedarme embarazada, eso me ha quedado muy claro, pero sigue siendo una de las cosas que más anhelo. Y Chase, el cabrón de Chase, me robó ese sueño y se lo entregó a otra persona. *Eso* es lo que duele.

Por irónico que parezca, habíamos concertado una cita con un especialista en fertilidad para poder dilucidar cuál era el verdadero problema y descubrir qué podíamos hacer para remediarlo, si es que había algo que pudiésemos hacer. Obviamente, ahora los dos sabemos que sus nadadores no eran el problema. Era yo.

Cuando estábamos a mitad del proceso de divorcio, decidí ir a la cita con el especialista yo sola. Aunque mi matrimonio estuviese acabado, seguía queriendo respuestas. ¿El veredicto? Mis óvulos no son de buena calidad. Dijeron que esa podía ser la causa de los abortos espontáneos que había tenido. Mi cuerpo sabía que había un problema dentro de mí y se había ocupado de ello de forma natural. Tengo una reserva ovárica bastante pobre, eso es lo que me dijeron. También comentaron que era algo «normal», como si esa palabra pudiese hacerme sentir mejor, incluso aunque me estuviesen diciendo que era muy poco probable que algún día fuese a tener un hijo sano.

Siempre puedo usar los óvulos de una donante para quedarme embarazada. Esa fue su solución. Pero no sé si alguna vez me interesará seguir ese camino. Existen más opciones para convertirme en madre, no solo esa.

Izzy me agarra una mano sobre la mesa.

—Lo siento.

Le doy un suave apretón. Tengo en la punta de la lengua las palabras «no pasa nada», pero me las acabo tragando. Porque *sí* que pasa. Tengo que dejar de minimizar lo que siento solo por no hacer daño a nadie.

Terminamos de comer en silencio. Solo hablamos de vez en cuando sobre sus vídeos y sobre todos los acuerdos que está cerrando últimamente con distintas marcas.

—Creo que él es bueno para ti —dice Izzy cuando regresamos a mi edificio.

—¿Quién? —le pregunto, como si no supiese ya a quién se refiere.

Entrelaza un brazo con el mío.

—Reid.

Se me escapa una carcajada amarga. Hoy no estoy de humor, gracias a Chase y a mi miedo de no tener nunca una familia.

—¿Por qué lo dices?

Izzy me observa con la cabeza ladeada.

—¿Te acuerdas cuando llegué esta mañana a tu casa? Jamás te había visto sonreír así. Y sé que fue por él.

Niego con la cabeza con vigor como protesta.

—Eso es imposible. Nosotros… yo… *apenas* lo conozco.

Se encoge de hombros.

—A veces, incluso aunque no lo sepas todo sobre una persona, esta puede ser capaz de iluminarte el alma.

Cuando vuelvo a mirarla, contengo el aliento.

—¿Desde cuándo eres tan sabia?

Con una carcajada, me da un suave golpecito en el brazo.

—No sé si yo diría que soy sabia. De lo que sí estoy segura es de que soy una romántica empedernida.

—Sí —repongo, conteniendo una risa—. Eso tiene mucho más sentido.

19

REID

El microondas pita, avisando de que la cena ya está lista. Menos mal que tenía sobras en casa.

Con el tenedor en la mano, saco el plato del microondas. Sé que va a estar demasiado caliente, pero ¿eso me impide hincarle el diente y chamuscarme la lengua? No.

En mi afán por ver a Via, no se me ha pasado por la cabeza llevarme nada preparado. Así de nervioso me pone. Incluso ahora, que me muero por mandarle un mensaje.

Si mis amigos supiesen lo mucho que pienso en ella, lo más probable es que creyesen que me he vuelto loco y me dirían que tengo que tomármelo con calma, que la única forma de conseguir que una chica se fije en mí es fingir que no me interesa. Pero yo les acabaría diciendo que eso es una tontería. Aunque, claro, Brandon lleva años comportándose como un auténtico gilipollas con mi hermana, mareándola y volviéndola loca cuando no le responde, y ella sigue colada por él.

Pero yo no soy así.

Odio los juegos mentales. Son una puta pérdida de tiempo. Es mucho más fácil ser claro desde el principio y confesar que me interesa. Aunque parece que la mayoría de la gente no comparte mi punto de vista.

Con la comida en la mano, voy hacia el sofá y me dejo caer encima. Enciendo Netflix y me pongo a buscar el siguiente episodio de la serie que estoy viendo.

Justo a mi lado, sobre uno de los cojines, mi teléfono comienza a sonar y el nombre de mi hermana se ilumina en la pantalla.

Por un momento me planteo no contestar. Lo más probable es que solo quiera volver a desquitarse conmigo. Sigue cabreada porque papá volvió pronto a casa y echó a Brandon de una patada la otra noche. Sabe perfectamente que tenía prohibido meterlo en casa, pero supongo que piensa que las normas no se aplican a ella.

A pesar de que su novio sea un imbécil de manual, mi hermana y yo siempre hemos tenido buena relación, así que sé que si ignorase su llamada me acabaría sintiendo culpable.

Deslizo para aceptarla, pero la pongo en altavoz para poder seguir comiendo tranquilo.

—¿Qué pasa?

Mejor ir directo al grano si lo que quiere es discutir.

—Hola. —Su voz suena tímida, vacilante. A lo mejor ya se le ha pasado el enfado—. ¿Podrías cuidar a Lili el sábado durante un par de horas? Me han ofrecido un turno extra en el trabajo y necesito el dinero.

—Sí, claro, sin problema.

Jamás le diré que no a pasar más tiempo con Lili, es mucho más guay que cualquiera de las personas que conozco. Cuando mi hermana se quedó embarazada, los dos seguíamos viviendo en casa y me preocupaba cómo sería nuestro futuro con un bebé. Pero en cuanto fui a visitarla al hospital el día en que nació y sostuve a esa pequeña en brazos, supe que estaba perdido. Sí que tardé un tiempo en acostumbrarme a tener a una recién nacida constantemente gritando y llorando en casa, pero ahora es mucho más divertida porque ya puedo mantener una conversación entera con ella.

Lilibet nos tiene a todos comiendo de la palma de su mano, y lo sabe. De hecho, se aprovecha de ello siempre que puede. Una vez vio un anuncio sobre unos talleres para niños en Home Depot y, de repente, mi padre la empezó a llevar para que aprendiese sobre las distintas herramientas y a construir toda clase de cosas una vez al mes. Todavía sigue llevándola. Está tan orgullosa cada vez que le dan un nuevo pin después de completar alguno de los proyectos que hace en el taller que los lleva todos colgados en su delantal de trabajo.

—Gracias, gracias, gracias —canturrea mi hermana, aunque se le entrecorta la voz porque no hay mucha cobertura—. Me salvas el culo.

Trago la comida que estaba masticando y me aclaro la garganta.

—¿Durante cuántas horas?

—Tengo que trabajar desde la hora de comer hasta el cierre. Aunque puedes dejarla en casa de papá sobre las cinco, más o menos.

—¿A dónde va a ir papá?

—Ni idea. Solo me ha dicho que este finde estaba ocupado.

Me tenso. Normalmente no le daría más vueltas al tema. No me importa a dónde vaya o deje de ir mi padre, pero ¿y si va a volver a salir con Via? No creo que ella accediese a tener otra cita con él después de lo que ocurrió entre nosotros en Halloween, pero tampoco la conozco tan bien como para estar seguro. Si mi padre le hubiese pedido esa segunda cita *antes* de descubrir la conexión electrizante que compartimos, ¿habría honrado su palabra y habría vuelto a salir con él solo por educación?

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Layla—. Te has quedado muy callado de repente.

—Sí. —Me meto otro bocado de comida en la boca—. Estoy genial.

—¿En serio no te importa tener que cuidar de Lili?

—No me importa. Te lo juro.

En cuanto cuelgo la llamada, me quedo mirando fijamente la pantalla de mi teléfono, imaginándome todos los escenarios posibles.

No debería hacerlo. Lo *sé*.

Pero aun así le mando un mensaje.

Todavía no he podido olvidar lo bien que sabes.

Me quedo tumbado en la cama, con la habitación completamente a

oscuras, y observo cómo el reloj cambia de las once y diez a las once y once.

Llevo aquí una hora, sin conseguir quedarme dormido. No puedo dejar de pensar en Via. La veo cada vez que cierro los ojos. Algunas de las imágenes son bastante inocentes —ella con unos vaqueros ajustados y el jersey que llevaba puesto hoy—; otras están llenas de escenas para adultos.

Agarro la almohada y me cubro la cara con ella antes de soltar un gruñido frustrado.

Tengo que estar en su edificio mañana a primera hora. Necesito irme a dormir de una puta vez.

Pero está claro que eso no va a suceder pronto.

Aparto las sábanas, me levanto de un salto y me pongo a dar vueltas por la habitación, vistiéndome a toda prisa. Tomo las llaves del coche y salgo por la puerta.

Una vez en mi coche y con el motor arrancado, enciendo la radio para tratar de ahogar mis pensamientos. Si conduzco sin rumbo un rato, a lo mejor cuando vuelva a casa estoy tan cansado que me quedo dormido al momento.

Como si estuviese en piloto automático, acabo aparcando frente al edificio de Via.

«No lo hagas».

No llegó a responder a mi último mensaje, aunque tampoco esperaba que lo hiciese. Deseé poder borrarlo en cuanto lo mandé, porque no me cabe ninguna duda de que fue demasiado intenso.

«No lo hagas».

Pero, por supuesto, lo hago.

Saco la llave del contacto de un tirón y me subo la capucha para protegerme de la lluvia que cae del cielo oscuro. Ya es más de medianoche. Lo último que debería estar haciendo es llamar a su puerta como un auténtico psicópata, pero está claro que esta noche la lógica no es mi fuerte.

Las escaleras que llevan a su puerta están resbaladizas, y casi me caigo de culo cuando estoy a mitad de camino. Probablemente sea una señal del universo diciéndome que me dé la vuelta ahora que puedo, pero ¿voy a hacerle caso? Ni de coña.

Con los hombros echados hacia delante para protegerme del frío, llamo a su puerta. Lo más probable es que esté durmiendo. Si no me abre, me iré, y jamás sabrá que he estado aquí.

Pero antes de que pueda obligarme a empezar a bajar los escalones helados, oigo un ruido que proviene del interior, como una especie de chillido de animal asustado.

Apoyo la frente en la puerta y maldigo por lo bajo.

He actuado como un imbécil, no se debe llamar a la puerta de la casa de una mujer que vive sola en mitad de la noche.

Le mando un mensaje rápido.

Soy yo.

Aguardo, la escucho acercarse a la puerta y me aparto un segundo antes de que descorra el cerrojo.

—¿Es que te has vuelto loco? —me pregunta en cuanto abre. Tiene el pelo recogido en una especie de moño suelto y despeinado —. Casi me das un infarto.

—No pretendía asustarte.

—Bueno, pues lo has hecho. —Echa un vistazo a su alrededor y arruga la nariz al ver el mal tiempo que hace—. Deberías entrar.

No pienso rechazar su oferta. Aquí fuera hace un frío de cojones.

Al adentrarme en su cálido piso, me froto las manos, aunque el frío me sigue calando los huesos.

Via cierra la puerta a mi espalda y se ajusta la bata alrededor del cuerpo.

—A pesar de mi buen juicio, dejé que mi hermana me convenciese de ver una película de miedo esta noche, y vas tú y llamas a mi puerta a las… —Observa el reloj del microondas con los ojos entrecerrados— a las doce y cuarto de la noche. Pensé que me iban a asesinar —sisea—. ¿En qué narices estabas pensando?

Me rasco la nuca.

—Supongo que no estaba pensando.

Se cruza de brazos, lo que solo sirve para dejar en evidencia que no lleva sujetador.

—Eso está claro —comenta, intentando peinarse un poco con los dedos—. ¿Es que te has dejado algo abajo o…?

Niego con la cabeza y me quito la sudadera.

—No he venido por eso.

—Entonces, ¿a qué has venido?

—Creía que era obvio, Via.

Me fijo en cómo se le endurecen los pezones por debajo de la tela de su camiseta cuando la llamo por su nombre. Con un suspiro, se ajusta la bata un poco más.

—¿Has recibido mi mensaje?

Sé que sí. Porque me aparecía como leído.

Cierra los ojos y aparta la mirada.

—¿Qué estamos haciendo, Reid? Porque esto —nos señala a los dos— es demasiado.

—¿Demasiado intenso quieres decir?

Me muero de ganas por alargar las manos hacia ella, pero no quiero empujarla a hacer nada para lo que no esté lista, así que me quedo donde estoy.

—Claro. Llámalo como quieras.

Me cuesta muchísimo expresar con palabras lo que hay entre nosotros.

Es intenso.

De otro mundo.

Se me vienen un montón de adjetivos más a la cabeza.

—No dejes que te asuste —le suplico.

Suelta una carcajada amarga y se abraza con más fuerza, como si tuviese que hacerlo para sostenerse.

—Ya es demasiado tarde para eso. Se suponía que no iba a volver a verte nunca. —Eso último lo suelta con voz lastimera, como si fuese una confesión o una súplica.

Y sus palabras se me clavan en el corazón.

—¿Es…? —Respiro para tratar de mitigar el dolor en el pecho—. ¿Es eso lo que quieres? Puedo irme. Le pediré a mi padre que me asigne un proyecto distinto. Le…

Via me agarra de la muñeca, interrumpiéndome.

Cuando bajo la mirada de nuevo hacia ella, me la encuentro con los ojos abiertos de par en par y los labios rojos color cereza entreabiertos.

—No. No es eso lo que quiero, solo… —Me sostiene la mirada, pero, por un momento, guarda silencio, como si necesitase un segundo para ordenar sus pensamientos —. Tienes que entender que esto es una locura, al menos para mí. —Nos señala con una uña recién pintada—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que pude tomar esta clase de decisiones —sigue, y su voz va cobrando fuerza lentamente—. No quiero acelerar las cosas solo porque… solo porque…

Baja la mirada hacia el suelo.

—¿Via? —La obligo a levantar la cabeza con delicadeza, agarrándole suavemente de la barbilla—. ¿Te importaría terminar eso último?

Traga con fuerza y cuadra los hombros.

—Solo porque me gustes.

Sonrío y, Dios, en este momento me muero por besarla.

—¿Te gusto?

Pone los ojos en blanco y retrocede un paso.

—No dejes que se te suba a la cabeza. Me gusta mucha gente. Mi hermana. La señora Kathy. Ella, la de la librería, y…

—Y yo.

—Sí. —Suspira con delicadeza y se deja caer en el sofá—. Y tú.

Saber que le gusto a Via me hace sentir como si ya hubiese ganado.

Me siento sobre la mesita de centro, justo frente a ella. La habitación es bastante pequeña, así que no hay mucho espacio entre los muebles. Nuestras piernas se rozan al sentarnos así, pero no creo que le importe en absoluto, y a mí tampoco.

—No pasa nada porque te guste.

—Lo sé —resopla, ajustándose de nuevo la bata cuando se le desliza por el hombro, dejando a la vista el tirante de su pijama.

—Y tampoco pasa nada por desearme.

No puedo evitar esbozar una sonrisa cuando la veo abrir los ojos como platos. Via es una mujer recta que siempre quiere tenerlo

todo bajo control, pero, cuando está conmigo, lo pierde por completo. Y, como soy egoísta, me encanta ponerla nerviosa. Pero también me encanta que sea capaz de relajarse cuando está conmigo, aunque solo sea un poco.

—Te deseo.

Se humedece los labios como respuesta a mi comentario, pero me rehúye la mirada, como si esto no le afectase en absoluto.

—¿Y tú? —le pregunto—. ¿Me deseas? Puedes ser sincera conmigo.

Se vuelve de nuevo hacia mí y nuestras miradas se encuentran. Y entonces dice algo que me descoloca por completo.

—No me habría acostado contigo en Halloween en ese armario si no lo hiciese.

Joder, me muero por besar esos labios descarados.

Así que eso es justo lo que hago.

Le doy tiempo para que se aparte si quiere, pero, de nuevo, me sorprende cuando enreda sus manos en mi nuca y tira de mí hacia ella.

—Bésame de una puta vez, Reid —jadea contra mi boca.

No dudo.

Cuando la mujer más cañón que has visto en tu vida te dice que la beses, lo haces, joder.

Cuando nos besamos siempre es una experiencia explosiva. Nunca es solo un beso. Lo sepa o no, todo su cuerpo cobra vida cuando la toco.

—Me vuelves loca —me dice, deslizando las manos por debajo de mi camiseta.

Tiro del cuello de la prenda y me la quito por la cabeza con un solo movimiento. Si quiere tocarme, me aseguraré de que no haya ninguna barrera entre nosotros.

—Y tú a mí.

Encuentro el hueco de su cuello y lamo su piel suave. El deseo que tengo de marcarla es demasiado fuerte. Quiero que todo el mundo sepa que es mía. Solo nosotros sabremos que he sido yo, pero eso es lo único que me importa.

Desciende las manos entre nuestros cuerpos hasta alcanzar el cinturón de su bata y lo desata. Cuando lo hace, la prenda se desliza por sus hombros.

—Reid.

La forma en la que pronuncia mi nombre hace que mi polla se despierte dentro de mis pantalones.

—¿Sí? —Arrastro la pregunta, dejando un reguero de besos por su cuello.

Cuando la noto estremecerse, repito el gesto.

—¿Te-te acuerdas de lo que me decías en tu mensaje?

—Ajá —murmuro, sin dejar de besarla largo y tendido.

Me empuja con suavidad por los hombros para apartarme de ella.

—Podrías volver a probarme. Si quieres.

—Joder, Via.

Dejo caer la cabeza. Eso es lo último que esperaba que me dijese.

—No pasa nada si no…

Vuelvo a besarla para callarla. Si tan solo supiese lo mucho que la deseo, jamás diría algo así.

Le dejo un reguero de besos en los labios, en el cuello, en los hombros, cargando el ambiente con cada uno. Entonces me arrodillo frente a ella, apartando la mesita para hacerme hueco. Cuando le bajo el pantalón del pijama, me la encuentro completamente desnuda. Su precioso y rosado coño está empapado y deseoso de que lo toque.

—Reid.

—Shh.

Separo sus pliegues y deslizo un par de dedos en su interior.

Ella gime con fuerza y echa la cabeza hacia atrás. Cuando retiro los dedos, maúlla en señal de protesta, con los ojos nublados de deseo clavados en los míos.

Sin apartar la mirada, me llevo los dedos a la boca y los chupo.

—Tan deliciosa como recordaba.

Su pecho sube y baja a toda prisa, y mueve los labios como si estuviese murmurando una plegaria.

Le paso un brazo por debajo de los muslos y tiro de ella hacia mí, hasta que su trasero queda prácticamente colgando del borde del sofá.

Via me pasa los dedos por el pelo, tirando con fuerza cuando pego los labios a su centro. Si supiese lo dulce que sabe, no tendría dudas de por qué no puedo dejar de pensar en esto.

Los pequeños sonidos que suelta me animan a seguir y, cuando se corre, grita mi nombre con tanta fuerza que no puedo evitar sonreír.

Con el corazón latiéndome acelerado, subo por su cuerpo lentamente, besando cada centímetro de su piel con pasión, para dejarle bien claro cómo me siento. Si le da asco saborear sus fluidos en mis labios cuando me besa, no lo demuestra. Me sostiene el rostro con ambas manos y me besa con pasión.

Cuando por fin me suelta, la ayudo a ponerse los pantalones.

Y una vez que está completamente vestida, con las mejillas sonrosadas y el pecho todavía agitado, suelto lo que probablemente sea lo último que debería decirle en este momento.

—Sal conmigo.

Me observa con los ojos como platos.

—¿Qué?

Sonrío lentamente.

—Ya me has oído. Quiero salir contigo. En una cita. Una cita de verdad.

—Reid… yo… —La veo abrir y cerrar la boca—. No creo que eso sea buena idea.

—¿Por qué no? —insisto, curioso.

—Reid... —se interrumpe y respira hondo—. Estuve casada durante mucho tiempo, y no sé si estoy preparada para volver a salir con alguien.

—Pero saliste con mi padre.

Alcanza su bata y se la coloca sobre los hombros. En cuanto lo hace, se levanta y se acerca a la nevera, con la fina tela de la prenda ondeando a su espalda.

—Mi hermana pequeña, la entrometida, me obligó a hacerlo. Así que esa cita no cuenta. —Saca una botella de vino y me sorprende

al beber directamente de ella—. Esto es demasiado. —Se lleva una mano a la frente y me observa con los ojos entrecerrados—. Para empezar, ¿por qué narices ibas a querer salir conmigo?

Me meto las manos en los bolsillos de los vaqueros y me encojo de hombros.

—Lo más probable es que mi respuesta no te parezca lo bastante buena.

Deja la botella a un lado y se recuesta sobre la encimera.

—¿Y cuál es?

—Porque quiero conocerte mejor.

Y lo digo en serio. Llevo queriendo conocerla desde el mismo instante en el que la vi en ese bar. Me cautivó. Quería descubrir su historia. Lo malo y lo bueno. Y todo lo demás. Quería saberlo todo.

Se le escapa una carcajada, pero, al ver que yo no me estoy riendo, se pone seria.

—¿Lo dices en serio?

—¿Por qué no lo iba a decir en serio? Te pedí una cita la noche en que nos conocimos.

Vuelve a coger la botella de vino y suspira.

—¿Qué pasa si te digo que sí?

Reprimo una risa.

—Pues que tendremos una cita.

—¿Y si quiero que lo nuestro siga siendo igual que ahora?

Aprieto los labios con fuerza para tratar de contener mi frustración.

—¿Siendo solo sexo?

Asiente con la cabeza como respuesta.

—Entonces, no lo sé. No te mentí cuando te dije que esto no es algo que haga a menudo. Pero esa noche no me pude resistir a ti. Y sigo sin poder.

Me paso los dedos por los labios, que siguen impregnados de su sabor.

La veo apretar los suyos con fuerza y murmurar algo.

Estoy seguro de que me va a rechazar, así que contengo el aliento.

—Todavía no estoy lista para tener nada serio con nadie.

«Vamos, que no quiere darme esperanzas».

—Vale.

Puedo esperar.

—De acuerdo.

La sonrisa que se dibuja en mi cara es tan grande que me duelen las mejillas.

—Tendremos una cita y veremos cómo va la cosa. —Mueve un dedo en el aire para dejarme bien claro lo que quiere decir—. Pero… —«Mierda»— no quiero que nadie se entere.

Tengo que contenerme para que no se me note lo decepcionado que estoy. No quiero ser su secreto, no cuando lo que más quiero en este mundo es gritarle a todo el mundo que soy suyo.

—¿Te avergüenzas de mí, ángel? —digo medio en broma.

Sus mejillas se tiñen del tono de rosa más bonito del mundo.

—Es un pueblo pequeño, Reid, y con nuestra diferencia de edad, la gente hablará. ¿En serio me culpas por querer evitar que eso suceda? Están empezando a aceptarme aquí. No quiero echar todo eso por tierra.

Me cuesta creer que a alguien le resulte difícil cogerle cariño a Via.

—Muy bien —acepto—. Puedo ser tu pequeño y oscuro secreto.

«De momento».

—Ah —gime y se lleva ambas manos a la cara—. No es eso lo que quería decir.

—Lo sé. —Cierro la distancia que nos separa y le doy un beso en la mejilla—. Te mandaré un mensaje con los detalles de nuestra cita. Buenas noches, Via.

Cuando se vuelve hacia mí, le doy un beso largo en esa deliciosa boca suya. Ella suelta un pequeño gemido y, al momento, sus manos se deslizan por mi pelo, tirando de él.

Puede intentar levantar todos los muros que quiera y convencerse de que en realidad no quiere salir conmigo, pero no se puede negar que le gusto. Al menos, no por cómo responde su cuerpo a mi contacto.

A regañadientes, me aparto de ella.

—Hasta mañana, ángel.

Con esa sencilla despedida, salgo de su piso y regreso al mío.

Y esta vez, cuando me meto en la cama, me quedo profundamente dormido.

20

VIA

—No quiero que te vayas.

Abrazo a mi hermana más fuerte, como si al sostenerla contra mi pecho pudiese evitar que se marchase. Siempre hemos tenido una muy buena relación a pesar de nuestra diferencia de edad, pero desde el mismo instante en el que llegó, nos hemos unido mucho más.

—No te atrevas a hacerme llorar —me advierte, devolviéndome el abrazo.

Nos mecemos de un lado a otro, sin querer separarnos. Los reencuentros son mucho más fáciles que las despedidas.

—¿Cuándo puedes volver? —Me da igual si parece que le estoy suplicando.

Izzy me suelta por fin, pero deja las manos apoyadas en mis brazos, como si no se atreviese a romper el contacto.

—¿Para Navidad, quizás? Mamá y papá se van de crucero.

Eso no lo sabía. La última vez que hablamos, mamá trató de convencerme de que fuese a verlos por Navidad.

—Ah, cierto. —Finjo que sí lo sabía—. Deberías venirte entonces. Quizás mi piso ya esté en mejores condiciones y puedas quedarte conmigo.

El suelo que elegí ya ha llegado, así que el equipo de Derrick tiene pensado empezar a instalarlo en los próximos días.

—Me encantaría. —Me agarra de las manos, dándome un suave apretón—. Tengo que irme. Tengo que pasar el control de seguridad.

Se me cae el corazón a los pies.

—Lo sé.

Aun así, ninguna se mueve.

Vuelvo a abrazarla y le digo que la quiero antes de soltarla por fin. Retrocedo un paso para asegurarme de que no la retengo más y la veo adentrarse en el aeropuerto. Justo cuando estoy a punto de perderla de vista, se vuelve hacia mí y se despide con un gesto de la mano.

—Mantén la calma —me ordeno en un murmullo—. Lo más probable es que te llame por FaceTime en cuanto baje del avión y será como si nunca se hubiese marchado.

—¿Eh?

Abro los ojos como platos y me vuelvo hacia la señora bajita que tengo al lado.

—Lo siento, estaba hablando sola.

—Rarita —murmura, antes de alejarse de mí con un bastón en una mano y una maleta con ruedas en la otra.

Genial, no son ni las ocho de la mañana y ya me han insultado. Eso no augura nada bueno para el resto del día.

En el camino de vuelta a Parkerville, aprovecho para parar a comprar unos cafés y el desayuno para Ella y para mí, porque tengo pensado pasarme por la librería de camino a casa. Tengo que hacer un pedido urgente de todos los materiales que necesito y también tengo que pensar un nombre para mi futura tienda, además de mandar a hacer un letrero. Y eso es solo el principio de mi lista de tareas.

Ya puedo notar cómo se me va formando una enorme migraña con solo pensar en todo lo que tengo que hacer.

Aparco en la calle, cerca del callejón, y tomo el café, que sigue caliente, y los bollos que he comprado para desayunar. Cuando me adentro en la librería, me encuentro a Ella en el mostrador, escribiendo algo en el ordenador. Al oír abrirse la puerta, cierra el portátil de golpe y se sube las gafas a la cabeza.

Tiene las mejillas sonrojadas, como si la hubiese pillado haciendo algo que no debía.

—Lo siento —se disculpa con timidez mientras tironea de la esquina de una de las pegatinas que tiene pegadas en su portátil

que dice «nunca pierdas lo que te hace brillar»—. Pensaba que eras mi abuelo. Le gusta pasarse de vez en cuando por aquí sin avisar.

—No, tranquila, solo soy yo.

Tomo asiento en una banqueta vacía detrás del mostrador y dejo el desayuno encima.

—¿Para mí? —Se le ilumina la cara.

—Sí, no estaba segura de qué te gustaba, así que te he traído un café con leche. Espero que te guste. También he comprado un par de sándwiches de salchicha, huevo y queso para las dos.

—Mi heroína —dice, abriendo la bolsa de papel—. Esta mañana no me ha dado tiempo a desayunar porque llegaba tarde.

—Pues me alegro de poder ser de ayuda. —Saco mi sándwich de la bolsa y me ruge el estómago—. ¿Cómo es posible que este negocio siga a flote? —En cuanto suelto la pregunta, me arrepiento de haberla hecho, por lo que me apresuro a añadir—: No pretendía decirlo así. Lo que quiero decir es que este es un pueblo pequeño y me gustaría saber qué esperar, porque tengo pensado abrir el estudio en primavera.

Ella echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—Es una pregunta muy normal. —Barre la librería desierta con un gesto de la mano—. Recibimos un montón de pedidos por internet. La mayoría por parte de coleccionistas. Sé que solo pensar en llevar una tienda puede resultar un tanto aterrador, pero este pueblo siempre se vuelca con su gente. Cuando abras el estudio, te sorprenderá la cantidad de clientes que recibirás, te lo aseguro. También podrías abrir una especie de tienda de arte *online*, ¿no? La gente podría pedirte por internet plantillas para pintar o algo así. ¿O eso no se hace? ¿Como una especie de dibujos para pintar por números?

Valoro su sugerencia por un momento.

—Me gusta la idea. Podría funcionar eso de montar una tienda *online* para vender esa clase de cosas.

Hoy en día, con redes como YouTube, por ejemplo, podría incluso grabar tutoriales de cómo pintar y de ese modo llegar a nuevos clientes.

—Ah. —Ella junta las manos dando una palmada, tomándome por sorpresa—. Estoy planeando la próxima noche de chicas con algunas de las demás, algo completamente aparte de nuestro club de lectura habitual. Estaba pensando comida mexicana y margaritas, quizás incluso podríamos salir luego a bailar. —Mueve los hombros y los choca con los míos de forma juguetona—. ¿Qué te parece?

—Jamás le diré que no a un buen margarita.

Ella brinda conmigo, chocando su vaso de cartón con el mío.

—Esa es mi chica.

Solía tener muy poco tiempo para mí misma. Era algo que tampoco me importaba demasiado en el pasado, pero ahora que tengo muchísimo tiempo libre para hacer lo que yo quiera, no sé si podría volver vivir sin él.

No quiero decir que pasar todo el tiempo libre que tengas con tu pareja sea algo malo. A pesar de que mi matrimonio estuviese condenado al fracaso, no pienso eso. Pero *sí* creo que es importante que tu vida no sea solo tu trabajo y tu pareja.

Poder sentarme a ver una serie sola o leer en silencio son algunos de los pequeños placeres de los que me había olvidado. Después de marcharme de casa de mis padres y mudarme para ir a la universidad, pasé todo mi tiempo libre rodeada de gente. Cuando estaba sola, estaba tan cansada que no podía apreciar de verdad la paz que traía consigo el silencio.

Ahora, sentada en mi sofá con un bol de palomitas en el regazo mientras veo una serie de romance histórico a la que me he viciado, siento que he encontrado mi lugar feliz. Después de haberme pasado días consumida por las reformas y tachando un punto tras otro de mi lista de tareas pendientes para el estudio, siempre espero con ansias que llegue por fin el momento en el que pueda dedicarme solo a mí.

Me meto una palomita en la boca y me remuevo entre los cojines del sofá para ponerme cómoda, rodeándome con la manta y haciéndome un ovillo.

Estoy viendo el tercer episodio de la tarde cuando lo oigo.

Un ruido de algo arrastrándose y arañando la madera hace que me incorpore al momento.

Hay *algo* aquí dentro.

Lentamente, y con mucho cuidado, coloco mi bol de palomitas sobre la mesita de centro. Con los ojos bien abiertos, como la protagonista de una película de miedo a la que están a punto de degollar, echo un vistazo a mi alrededor sin moverme de mi sitio. El ruido proviene de la cocina, que por suerte está abierta al salón y puedo verla desde aquí. El piso es pequeño, tanto que, si alargo un brazo hacia la cocina, puedo rozar el taburete que hay junto a la barra.

Y entonces lo veo.

Sobre la encimera, pequeño y gris, en busca de algo para comer.

Una rata o un ratón, no estoy segura, pero tampoco me molesto en comprobarlo porque estoy demasiado ocupada gritando. Me levanto del sofá de un salto, tropezándome con la manta en el proceso, y me lanzo hacia mi habitación. Una vez dentro, cierro la puerta de un portazo.

Me recuesto contra la superficie y trato de calmar mi respiración. Es como el primer día que entré en la librería.

Estoy a punto de ponerme a hiperventilar cuando me pongo a buscar mi teléfono.

«¡Por favor no me digas que lo he dejado ahí fuera con esa cosa!».

Por suerte, antes me lo he guardado en el bolsillo de la sudadera ancha.

Quizás más tarde me pare a pensar por qué es él la primera persona que se me viene a la cabeza en este momento, pero ahora ni siquiera vacilo antes de buscar el contacto de Reid y llamarlo.

—Hola —saluda, aunque le noto en la voz que está tan confuso como contento de que lo haya llamado.

Noto cómo cientos de mariposas alzan el vuelo en mi estómago al escucharlo, a pesar de que todavía no me he olvidado de la criatura que se ha infiltrado en mi piso.

—Eh… hola.

—¿Por qué susurras?

Todo rastro de felicidad desaparece de repente de su voz, dejando tras de sí tan solo un deje de preocupación.

Me rasco la nariz, sin saber qué decir.

¿Necesito su ayuda? Técnicamente, no. Puedo ocuparme yo solita de la situación. ¿Lo voy a hacer? De ninguna manera. Así que sí, necesito su ayuda, porque soy una gallina de mierda.

—Hay un ratón en mi casa. Al menos, creo que es un ratón. También podría ser una rata. He entrado en pánico y me he encerrado en la habitación.

Le oigo soltar un ruidito ahogado, como si estuviese conteniéndose para no echarse a reír.

—¿Te estás escondiendo de un ratón?

—No es gracioso. —Me tapo la cara con la mano libre—. Los *odio*. No quiero matarlo, pero lo quiero fuera de aquí. ¿Me podrías echar una mano?

—Eh… —Lo oigo suspirar—. ¿Te importa que lleve a mi sobrina?

Su sobrina. La niña que vi en casa de Derrick. Es pequeña, pero lo bastante mayor como para tener algunas preguntas o poder hablarle a su familia sobre lo que vea, aunque ¿por qué iba a hacerlo? E, incluso si lo hiciese, estoy segura de que a Reid se le ocurriría alguna excusa razonable para explicar por qué lo llamé para pedirle ayuda.

—Tú solo… ven lo antes posible —le pido, al tiempo que pego la oreja a la madera de la puerta.

—Muy bien. Tardo veinte minutos.

—Gracias. —

Suspiro aliviada y cuelgo.

Me quedo resguardada en mi cuarto mientras espero a que llegue Reid. Para cuando por fin llama a la puerta, tengo la sensación de que ha pasado un siglo desde que lo llamé. Segundos después me llega un mensaje suyo diciéndome que ya está aquí.

Maldigo en voz baja y me golpeo la frente con la puerta. Voy a tener que salir de mi refugio para poder abrirle.

—Puedes hacerlo —me animo—. Solo es un ratoncito… o una rata.

Contengo una arcada. Una enorme y asquerosa arcada.

Dios, soy una blandengue.

Con un gritito, abro la puerta de la habitación y salgo corriendo de puntillas hacia la entrada. Descorro el cerrojo a toda velocidad y abro la puerta para encontrarme a Reid de pie al otro lado, con el pelo despeinado y a su sobrina en brazos, aferrada a su cuello.

—Entra aquí ahora mismo y atrapa a esa cosa.

Sonríe al verme balancearme con torpeza en mi sitio por lo nerviosa que estoy. Con solo ver al ratón me siento sucia, como si necesitase darme diez duchas para quitarme la mugre y los recuerdos de ese bicho de encima.

Deja a su sobrina en el suelo y echa un vistazo a su alrededor.

—¿Dónde lo viste por última vez?

Señalo en dirección a la encimera de la cocina, con el dedo tembloroso.

Reid enarca una ceja y suelta una carcajada.

—Sí que estás asustada, ¿eh?

—No te haces una idea.

Aprieta los labios con fuerza, hasta formar una delgada línea, probablemente para no volver a reírse de mí. Y se lo agradezco.

—¿Por qué no sales y esperas fuera?

Me muerdo el labio mientras valoro la idea.

¿El ratón o el viento gélido? Una decisión difícil.

—E-estaré bien.

Me observa con una ceja enarcada, sin creerse nada de lo que le digo.

—En serio.

Su sobrina tira del bajo de su chaqueta Carhartt.

—¿Qué es lo que le da miedo? —le pregunta a su tío en un susurro, mirándome desde donde se ha escondido, detrás de él—. ¿Debería tenerle miedo yo también?

—Solo es un pequeño ratoncito de nada. —Se agacha hasta quedar a su altura—. ¿Por qué no te ocupas tú de protegerla por mí? ¿Podrías hacer eso?

La pequeña asiente con vigor y se acerca a mí. Cuando se coloca a mi lado, me agarra la mano y echa la cabeza hacia atrás

para mirarme.

—Yo te salvaré —me promete, con un ligero seseo, porque le falta un diente.

—Gracias, Lili. Eres muy valiente.

«No como yo».

—Si lo veis, avisadme —nos pide Reid, antes de adentrarse sin hacer ni un ruido en la cocina—. ¿Tienes algo donde pueda meterlo?

—¿Meterlo? —repito, con la voz demasiado aguda.

—Me encargaré de llevarme al pequeñín a un lugar seguro, pero tengo que meterlo en algún sitio para transportarlo.

Se agacha y abre uno de los armarios.

Me sobresalto, como si estuviese esperando que el ratón saliese corriendo hacia mí en cualquier momento.

—Ah, sí, debería haber una caja de cartón cerca de la basura, a tu izquierda.

Reid se levanta y la recoge.

—Genial. —Coloca la caja sobre la encimera, se vuelve a agachar y levanta la cabeza para mirar a su sobrina—. ¿Ves al ratón, Lili?

—No, todavía no. —La pequeña balancea nuestras manos de adelante hacia atrás y me dedica una sonrisa divertida—. Hola.

—Hola, corazón.

Le dedico una pequeña sonrisa. Es adorable, con su pelo casi del mismo tono que el de Reid y sus ojos marrones. Tiene una pequeña manchita de chocolate justo en el labio superior.

Sin soltarme la mano, Lili se agacha y se chasquea los dedos de la otra mano, como si estuviese tratando de llamar a un gato.

—Ven, ratoncito, ratoncito. Sal.

«Ay, por favor, que no sea una especie de susurradora de ratones y haga que esa cosa venga directa hacia mí».

Puede que Reid no quiera volver a hablarme si me ve entrar en pánico por eso.

Cuando termina de registrar todos los armarios, enciende la linterna de su teléfono y se pone a cuatro patas en el suelo para tratar de ver algo debajo de los muebles.

—Ajá, ahí estás, amiguito.

Está mirando debajo del sofá. El mismo sofá sobre el que estoy en este momento.

Salgo corriendo a toda velocidad hacia la cocina, arrastrando a Lili conmigo. Sigo estando demasiado cerca del animal, pero no puedo alejarme más sin volver a encerrarme en mi habitación.

Mi sofá es pequeño, es más bien un sillón doble, así que a Reid no le cuesta ningún esfuerzo levantar un lado con el brazo y meter el otro debajo.

Pero no es lo bastante rápido.

Suelta una sonora maldición al levantarse de un salto y salir corriendo detrás del ratón.

El mismo ratón que viene a toda velocidad hacia mí.

Creo que pierdo el conocimiento en ese mismo instante. Lo único que recuerdo es que, en un momento, tengo los pies en el suelo y le doy la mano a Lili y, al siguiente, estoy subida en la encimera. Solo que me resbalo y me acabo golpeando la cabeza con la vieja encimera de azulejos. Siseo de dolor y me llevo una mano a la frente, solo para acabar con ella húmeda y pegajosa.

—Tío Weed, está sangrando.

Me aparto los dedos temblorosos de la frente y, así es, estoy sangrando.

—Mierda. —Reid viene corriendo hacia mí y me toma la cara entre las manos para echarme la cabeza hacia atrás—. ¿Cuántos dedos tengo levantados?

—Tres.

—Eso es mucha sangre —comenta su sobrina.

—¿Tienes algún paño? —me pregunta—. ¿O vendas?

—En el baño. ¿Dónde está el ratón? —le pregunto en un susurro, como si la criatura fuese a atacarme si me oyese.

—Ha desaparecido —responde Lili—. Puf, se ha esfumado.

—Genial —gruño, con la cabeza palpitándome—. Te juro que de normal no soy tan propensa a los accidentes.

Reid se ríe y me da una palmadita afectuosa en la rodilla.

—Espera aquí.

Como si fuese a irme a alguna parte. Me duele la cabeza y cualquier movimiento, por pequeño que sea, solo hace que el dolor

me recorra por el cuerpo.

Lili se coloca delante de mí y me observa con la cabeza ladeada, seguro que para fijarse bien en lo ridícula que soy.

—Necesitas una tirita de princesa.

—Sí, la necesito —respondo con voz ronca.

—Tío Weed, ¿tenemos que llevarla al hospital?

Reid regresa con un paño húmedo y un botiquín.

—Creo que se recuperará, Lili. —Me presiona el paño sobre la frente con delicadeza, limpiándome la sangre—. Te has dado un buen golpe —murmura.

Todo mi cuerpo entra en calor al momento, y no en el buen sentido.

—Qué vergüenza…

Sonríe y los ojos le brillan de diversión detrás de los cristales de las gafas.

—No tienes por qué estar avergonzada. Podría haberle pasado a cualquiera.

Suspiro con fuerza y lo fulmino con la mirada.

—¿Tú te habrías dado un golpe en la cabeza que casi te deja inconsciente solo para intentar escapar de un ratón?

Su sonrisa se ensancha. Me muero de ganas por tocar ese hoyuelo para ver lo profundo que es cuando sonríe de esa forma, pero me estoy quieta. Sobre todo porque tenemos público. Unos pequeños ojitos y orejas que suelen ser de lo más curiosos.

—No exactamente.

—Ajá. Ya lo suponía.

—Puede que esto te escueza un poco. —Echa un poco de antiséptico en un algodón—. Te lo advierto.

Suelto un siseo en cuanto me lo coloca en la herida.

—Ay.

—Lo siento. —Me limpia la herida a toda prisa y después me echa un poco de pomada en la zona—. Listo.

—Ahora tienes mejor aspecto —comenta Lili para alegrarme un poco—. Ya no hay sangre.

—Gracias. —Suspiro y me hundo donde estoy sentada, sobre la encimera—. Pero el ratón sigue por aquí.

Con una carcajada, Reid se lleva la mano al bolsillo y saca unas llaves. Me las coloca en la mano y me obliga a cerrar los dedos a su alrededor.

—Sal y espérame en mi coche con Lili. Yo me encargaré del ratón.

No hace falta que me lo diga dos veces. Cojo mi abrigo del perchero junto a la entrada y salgo con la pequeña del piso. En cuanto estamos las dos sentadas en el Mustang de Reid, arranco el coche para encender la calefacción. Lili está en el asiento del copiloto, a mi lado.

—Eres muy guapa. —Me dedica la más preciosa de las sonrisas y me observa con la cabeza ladeada—. ¿Te gusta mi tío?

—Es… sí. Es muy amable.

Esa me parece la única respuesta adecuada en este momento.

Se me queda mirando fijamente, dándose golpecitos en las piernas con sus uñas rosas con purpurina.

—¿Vas a tener bebés con él?

Casi me atraganto con mi propia lengua y los ojos están a punto de salírseme de las cuencas.

—Eh… no. Solo somos amigos.

—Mi mamá dice que le hace falta una novia.

—¿Ah? ¿Y por qué?

Lili se encoge de hombros y hace un puchero.

—Dice que se siente solo.

Dejo que mi curiosidad se apodere de mí.

—¿Y es verdad?

—No lo sé. —Arruga la nariz—. Solo tengo cuatro años.

Me río.

—Cierto. Claro.

—¿Te duele? —Me señala la frente.

—Un poco.

Ahora, gracias a mi torpeza, tengo dolor de cabeza.

—¿Quieres que te dé un besito para que se te cure más rápido? Eso es lo que siempre hace mami conmigo. Y a mí me ayuda.

—No hace falta, pero gracias.

—¿Estás segura? —Me hace un puchero—. ¿Solo un besito?

Sostiene la mano en alto y junta el pulgar con el índice mientras espera a que responda.

—Vale, sí.

Lili me da un besito sobre la pomada que me ha echado su tío en la frente.

—Ahora se te curará más rápido. Te lo prometo.

Se me encoge el corazón al oírla hablar de esa forma tan sincera.

—Gracias.

Me sonríe de oreja a oreja.

—De nada.

Tener que esperar a que Reid salga de mi piso pone a prueba mi paciencia. Cuanto más tarda, más convencida estoy de que mi compañero de piso peludo va a conseguir escaparse, y no puedo ni pensar en tener que volver ahí adentro sabiendo que no ha conseguido atraparlo.

—Pareces asustada. —Lili se ha sentado con las piernas cruzadas sobre el asiento—. El ratón no puede llegar hasta aquí. Estás a salvo.

Le dedico una sonrisa. Es bastante divertida.

—Lo sé, solo espero que tu tío pueda atraparlo.

—Ah. —La veo mover los labios mientras piensa—. A lo mejor, si cruzamos los dedos con mucha fuerza, le podemos echar una mano.

Y eso es justo lo que hace. Me mira con las cejas enarcadas, como si estuviese esperando que yo hiciese lo mismo. Así que la imito, cruzando los dedos.

—¿Crees que funcionará?

—Mmm… —Cierra los ojos con fuerza—. Sí, lo creo. —Cuando vuelve a abrirlos, Reid sale de mi piso con una caja en la mano—. ¡Ha funcionado! —Alza un puño en alto y se pone a dar saltitos sobre sus rodillas antes de intentar bajar la ventanilla del coche. Toda una hazaña para alguien tan pequeña, pero lo consigue—. ¡Lo has conseguido, tío Weed!

Reid sonríe triunfal y alza la caja en alto como si fuese un trofeo.

—¿Lo has atrapado? —le pregunto a gritos desde el interior del coche.

—Sí. —Se mete la caja bajo el brazo—. Ahora estás a salvo, te lo prometo.

Mi corazón se salta un par de latidos mientras me bajo del coche y salgo corriendo hacia él. Sin dudarlo antes, lo abrazo con fuerza y le doy un beso en la mejilla.

—Eres mi héroe.

Se sonroja al momento.

A nuestra espalda, oímos a alguien reírse.

En mi arranque de felicidad, me he olvidado de Lili. Ups.

Me aparto rápidamente de Reid y tiro del bajo de mi chaqueta.

—Te ha dado un beso, tío Weed.

—En la mejilla —le dice él, acercándose al coche. Deja la caja en la acera, a su lado. Está cerrada y le ha hecho unos cuantos agujeros para que el ratón pueda respirar. Se vuelve hacia mí y me guiña un ojo antes de girarse de nuevo hacia su sobrina—. Yo te doy besos en las mejillas constantemente, ¿no?

No le deja tiempo para que responda antes de inclinarse a través de la ventana y ponerse a darle besos por toda la cara.

Cuando la suelta, se vuelve otra vez hacia mí.

—Tengo que ir a dejarla en casa de mi padre, pero después vuelvo con algo para disuadir a cualquier futuro invitado no deseado.

—Gracias. En serio. Me has salvado la vida.

Me dedica una sonrisa.

—Me alegro de haberte sido de ayuda, Via.

Y sé que lo dice en serio. En su mirada no hay ningún brillo divertido, nada que delate que lo ha hecho con un motivo oculto o segundas intenciones.

A Reid Crawford le gusta ayudarme.

—Ahora vuelvo —repite, como si no quisiese que me olvidase—. Entra y cierra con llave de momento.

Asiento.

—Adiós, Lili.

—Adiós. —Se despide de mí desde el interior del coche con un gesto de la mano.

Subo por las escaleras que llevan a mi piso y, justo cuando llego a la entrada, oigo cómo el Mustang de Reid se aleja por la calle.

No debería estar entusiasmada por saber que va a volver. Y, desde luego, *no* debería estar pensando en lo agradable que es tener sus manos curtidas acariciándome la piel. Pero no puedo evitarlo.

Sin embargo, antes de que eso me consuma, recibo una videollamada de Izzy. Ha llegado a casa sana y salva y en este momento está comiéndose a besos a Wonton. Y a mí me duele el corazón por no tenerla aquí conmigo.

No hablamos durante mucho rato, porque está cansada del vuelo y todavía tiene que deshacer las maletas. Cuando cuelgo, me vuelvo a poner el episodio que estaba viendo antes del incidente del ratón, pero esta vez me sirvo una copa de vino para acompañarlo. Me la merezco después del susto y del golpe que me he dado en la cabeza. Parece que en Parkerville atraigo a las ratas. Lo triste —o gracioso, supongo, según cómo se mire— es que me importaría mucho menos que hubiese sido una serpiente antes que un ratón.

No le cuento nada a Izzy sobre el incidente, sobre todo porque no quiero tener que confesarle que he llamado a Reid para que me salvase. Jamás me dejaría olvidarlo.

Para cuando vuelven a llamar a la puerta con suavidad, me estoy quedando medio dormida en el sofá.

Mi corazón se salta un latido, señal de que siento mucho más por Reid de lo que debería.

Los sentimientos pueden ser un incordio. Aparecen de repente, sin provocación alguna.

Me levanto del sofá y me envuelvo bien con la manta antes de arrastrarme hasta la puerta. Cuando la abro, Reid está observando la barandilla desvencijada que rodea el rellano.

—No te preocupes, la voy a cambiar.

«Como todo lo demás».

Reid se ríe y entra en mi casa con una bolsa de la ferretería en la mano.

—¿Sabías que este sitio estaba así de mal antes de mudarte aquí?

—Digamos que las fotos que había en internet eran un poco engañosas —admito, arrugando la nariz—, pero aun así lo habría comprado.

—¿En serio? —Deja la bolsa sobre la encimera y se pone a sacar lo que quiera que haya comprado—. ¿Por qué?

Me encojo de hombros y me dejo caer contra la puerta.

—Sentí que era lo que tenía que hacer.

Me sonríe.

—Supongo que ese es el mejor motivo para hacer algo, ¿eh?

—Esas trampas no los matarán, ¿no?

Señalo con un gesto de la cabeza las trampas que tiene en la mano. Puede que odie a los ratones, pero eso no significa que los quiera muertos.

Me observa con una ceja enarcada, sorprendido.

—Pensé que no te importaría, pero no, no los matarán. Me encargaré personalmente de venir a comprobarlas de vez en cuando y de soltar a todos los que capturemos.

—Eres increíble.

Suelta una carcajada.

—Me alegro de que lo pienses. Voy a poner un par de ellas por aquí y unas pocas fuera.

—¿Cuánto te han costado? Voy a buscar algo de efectivo para pagártelas.

Me doy la vuelta, lista para arrastrarme hasta mi habitación todavía envuelta en la manta.

—No te preocupes.

Suelto una carcajada burlona, casi tropezándome con la manta al girarme de nuevo hacia él.

—Es imposible que esto te haya salido barato. Deja que te lo pague.

—Y yo te digo que no te preocupes. Deja que cuide de ti.

Esas palabras, «deja que cuide de ti», y el tono firme, aunque amable, con el que lo dice logran que cientos de mariposas alcen el vuelo en mi estómago.

¿Alguna vez me han cuidado de verdad? Quizás Chase, al principio de nuestra relación, pero no desde hace mucho tiempo.

Siempre estábamos demasiado ocupados con el trabajo. No nos quedaba tiempo para nada más.

—No puedo dejar que hagas eso.

Reid apoya ambas manos sobre la encimera. Se ha arremangado la sudadera hasta los codos, lo que deja al descubierto esos brazos surcados de venas marcadas tan pornográficos que tiene. Podría abrirme una cuenta en la que solo subiese fotos y vídeos de sus brazos y seguro que acabaría haciéndose viral.

—¿Qué tal si hacemos un intercambio?

—¿De qué?

Una chispa de emoción se enciende en mi vientre ante la perspectiva de hacer un intercambio con él.

Su sonrisa se ensancha.

—No de sexo, Via. Mira que eres malpensada. —«Pillada»—. Quiero que me des clases.

—¿Clases? —Parpadeo, sorprendida.

—Clases de arte.

—¿Yo? —Me señalo, y en el proceso casi dejo caer la manta—. No creo que las necesites.

Si su tatuaje del colibrí sirve de indicativo, Reid es un artista con mucho talento.

—Siempre se puede mejorar. —Se encoge de hombros y me da la espalda para colocar una de las trampas en la encimera de la cocina, cerca de donde he visto el ratón esta tarde—. Y quiero que seas tú quien me enseñe.

Tampoco es como si pudiese rechazar este trato, y podría servirme para…

—Muy bien.

—Genial. —Se agacha y coloca otra trampa detrás del sofá—. Tú dime cuándo y aquí estaré. Y no te has olvidado de nuestra cita, ¿verdad? Esta semana he estado hasta arriba con el trabajo, pero seguro que se me ocurre algo que podamos hacer pronto. ¿Estás libre el sábado que viene?

Aunque intento luchar contra ello, no puedo evitar que una sensación cálida me invada al oírle decir eso.

—Mi calendario está completamente despejado.

Sonríe y se pone de pie, sacudiéndose el polvo de las manos.

—Pues resérvame este sábado. —Toma la bolsa de la encimera y se acerca un poco más a mí—. Voy a colocar estas fuera y me marcho.

—¿Te-te vas ya? —tartamudeo.

Mierda. Debería estar echándolo, pero, de repente, lo único que quiero es que se quede conmigo y me haga compañía.

—Sí. —Se recoloca las gafas—. No puedo permitir que te canses de mí, ¿no te parece? —Me guiña un ojo, que hace que me dé un vuelco el corazón—. Nos vemos, Via. —Mi nombre suena como una caricia ronca al surgir de entre sus labios.

Abre la puerta para marcharse, pero se detiene en el umbral.

—Ah.

—¿Sí?

—¿Ese cuadro que tienes colgado encima del sofá? —Le tiemblan los labios de una forma casi imperceptible, como si quisiese sonreír, pero estuviese tratando de contenerse.

Se me revuelve el estómago y se me sonrojan las mejillas, pero me aseguro de mantener el rostro en calma y carraspeo para aclararme la garganta.

—¿Qué le pasa?

Entonces Reid esboza una sonrisa de oreja a oreja.

Joder.

Me abrazo con fuerza, siendo plenamente consciente de que me han pillado.

—Tu vestido quedaba genial sobre el suelo de mi casa. Buenas noches, Via.

Baja las escaleras a la carrera y desaparece a toda prisa. Mientras tanto, yo me quedo aquí, congelada y totalmente muda. Como abogada, muy pocas veces me he quedado sin palabras, pero Reid parece tener una habilidad innata para robarme todos y cada uno de los términos que componen mi vocabulario.

Reid Crawford sabe perfectamente lo que me provoca y se está aprovechando de ello.

21

REID

—Espera un momento. —Justin se arrastra de debajo del coche en el que está trabajando—. ¿La tía del bar?

—Sí.

Me limpio las manos en el trapo, aunque no sirve de mucho. Siempre que estoy en el taller acaban sucias.

—¡Nos vamos a tomar un descanso! —le grita a su padre después de levantarse de la camilla deslizante.

Sin esperar a que responda, toma un par de latas de cervezas de la nevera del taller y se abre paso hasta las escaleras que llevan a la pequeña sala de descanso. Tiene un sofá que se hunde casi hasta el suelo cuando te sientas encima y una mesa de plástico con unas cuantas sillas a juego que estoy bastante seguro de que su padre se llevó de la gasolinera que cerraron en el pueblo. El hombre es un tacaño de manual.

Justin se sienta y yo lo imito a regañadientes, sabiendo que me espera un buen interrogatorio.

Abre la cerveza y le da un trago largo.

—Empieza desde el principio y cuéntamelo todo.

Suspiro con fuerza y abro mi cerveza, más para tener algo que hacer con las manos que porque tenga ganas de tomármela. Después de que mi madre muriese por culpa de un conductor borracho, no me gusta demasiado beber alcohol, sobre todo en mitad de mi jornada laboral.

No soy de la clase de tíos que se acuestan con una mujer para después ir a contárselo a sus amigos, por eso no les dije que al final había conseguido llevarme a Via a casa en mi cumpleaños. Lo que

haga con mi polla no le incumbe a nadie, solo a mí. Cuando me preguntaron por ella, les dije que nos lo habíamos pasado bien y nada más.

Mis amigos sí que son de la clase de tíos que hablan sobre sus conquistas constantemente, y yo siempre me acabo poniendo de mala hostia cuando lo hacen, así que nunca hablo de ese tema. Pero después de que le confesase a Justin que me está costando un mundo idear la cita perfecta, tenía que contarle el porqué.

—Se vino a casa conmigo esa noche —le confirmo con reticencia. De todos mis amigos, Justin es el único en el que confío que no vaya a contarle los detalles sobre mi vida personal a nadie, así que sigo—. Fue genial. Joder, fue más que genial. Quería volver a verla, pero ella, eh… ella no quería.

Justin suelta una carcajada antes de llevarse la cerveza a los labios y recostarse en el asiento.

—Siento tener que ser yo quien te lo diga, tío, pero podría ser porque no follas tan bien como te piensas.

—Cállate —gruño—. A lo mejor no debería perder el tiempo contándote esto.

—No, no. Sigue. —Me hace un gesto para animarme a seguir hablando—. Te escucho.

—Sí que estaba interesada en mí, pero estaba asustada.

—¿Asustada? —Se echa hacia delante y esboza una sonrisa divertida—. ¿De ti?

—No de mí —espeto, antes de subirme las gafas—. De tener una relación con alguien o de en lo que quiera que pudiese convertirse esta conexión que hay entre nosotros.

—¿De ser follamigos?

Fulmino a mi mejor amigo con la mirada.

—Si me vas a estar interrumpiendo cada dos por tres para soltar esa clase de gilipolleces, iré a hablar con Big Dan.

Es una amenaza en vano. Los dos sabemos perfectamente que el último al que iría a pedirle consejo sobre esto sería a su padre. Big Dan es un tío bastante guay, pero no se le dan especialmente bien las mujeres, y sus tres exmujeres pueden dar fe de ello.

—¡Ja! Mi padre te daría unos consejos de mierda y lo sabes.

Le doy un sorbito a mi cerveza y después aparto la lata, prácticamente llena.

—¿Por qué me he molestado en darte una? —se lamenta Justin, observando la lata con una ceja enarcada.

Le dedico una sonrisa pícara.

—Ya deberías haberlo sabido.

—Sí, debería. Pero bueno, volviendo al tema, háblame un poco más sobre…

—Via —respondo mientras trato de contener mi frustración.

Le he dicho cómo se llamaba cuando estábamos abajo en el taller, cuando le he preguntado si podría darme alguna idea para la cita, pero está claro que no me estaba escuchando.

De normal, con esta clase de cosas siempre recurro a mi padre, pero, por motivos obvios, en este caso no puedo hacerlo.

Chasquea los dedos.

—Via. Eso.

—Nos volvimos a encontrar. —Omito la parte en la que ella estaba en una cita con mi padre. Ese es un secreto que estoy seguro de que Justin no me podría guardar jamás—. Nos hemos cruzado unas cuantas veces más desde entonces, y por fin me ha dicho que sí a tener una cita conmigo.

—¿En serio vas a salir con ella? Está buenísima, tío, pero debe de tener unos treinta años.

Observo cómo una de las comisuras de su boca se eleva hasta formar una mueca de desprecio, como si la mera idea de que pudiese tener una cita con ella le asquease.

Lo fulmino con la mirada. No soy nada violento, pero en este momento me siento tentado a asestarle un puñetazo en la cara.

—Me da igual la edad que tenga. *Me gusta.*

—¿Te gusta, *gusta*? ¿Más que para acostarte con ella de vez en cuando? —responde, con los ojos abiertos como platos.

—Sí. —Me paso una mano por la cara, y se me nota lo frustrado que estoy en la voz—. Esperaba que pudieses darme alguna idea de a dónde llevarla, pero que te den.

Debería haberme quedado callado.

—No seas así.

—¿Por qué no? No me estás ayudando.

Justin se cruza de brazos y me observa con el ceño fruncido.

—Tampoco me has dado pie a hacerlo.

Me está empezando a doler la cabeza. Para empezar, porque he sido un idiota al abrir mi estúpida bocaza.

—En serio, tío. Quiero ayudarte.

—Vale. —Le daré el beneficio de la duda—. ¿Qué me sugieres que haga?

—No tengo ni idea.

Tengo que contenerme para no darle una buena hostia. O, mejor aún, para no darme una a mí mismo. ¿En qué coño estaba pensando?

«Estabas pensando en que necesitabas hablar con alguien del tema antes de estallar».

—Llévala a algún restaurante caro o algo así. Es más mayor que tú. Seguro que le gustan esa clase de cosas.

Levanto las manos sobre la cabeza.

—¿No me digas? ¿Cómo no se me ha podido ocurrir algo así?

Justin suelta un gruñido mientras coge su lata de cerveza y se levanta.

—Déjate de sarcasmo. Me estás empezando a tocar las pelotas. Seguro que se me ocurre algo, ¿vale? Ahora tenemos que volver al trabajo.

—Claro. —Dejo caer las manos sobre la mesa pegajosa y me levanto—. Gracias. —Aunque por mi tono de voz está claro que no le estoy agradeciendo nada.

Justin se detiene en el umbral y me lanza una mirada curiosa.

—Sí que estás nervioso por esto.

Es una afirmación, no una pregunta, pero le respondo igualmente.

—Sí, muchísimo.

—Interesante… —murmulla Justin, pensativo, y hace una mueca.

Ni siquiera quiero pararme a pensar en qué quiere decir con eso, así que, sin mediar palabra, lo sigo de vuelta al taller y me pongo a trabajar.

Siento como si hubiese parpadeado y, de repente, fuese el día de nuestra cita. Normalmente me muero de ganas por que llegue el fin de semana, pero justo esta semana daría lo que fuese porque volviese a ser lunes para tener más tiempo de pensar en qué hacer.

Ahora que estoy frente a su piso, empiezo a cuestionarme seriamente mi decisión.

Es de California. Lo más probable es que esté esperando que vayamos a cenar a un sitio elegante, puede que incluso a una cata de vinos, pero yo no quería hacer nada de eso. Tampoco quería ir a la bolera. Aunque la idea de ver a Via lanzando una bola de bolos y comiendo nachos de una bandeja de plástico me resulta bastante graciosa.

O a lo mejor resulta que le encanta jugar a los bolos.

Debería habérselo preguntado.

«Deja de darle tantas putas vueltas a todo».

Pero es mucho más fácil decirlo que hacerlo.

Se acabó el tiempo para entrar en pánico, así que saco la llave del contacto, subo las escaleras que llevan hasta su piso y llamo a la puerta. Estoy tan puto nervioso que no puedo dejar de balancearme en el sitio, haciendo que el suelo de madera bajo mis pies rechine con cada movimiento.

Me estoy comportando como si nunca hubiese tenido una cita.

«¡Las flores!».

Maldigo en silencio por haberlas olvidado.

Le echo un vistazo a mi coche, aparcado junto a la acera.

«¿Me arriesgo?».

Cuando se abre la puerta, obtengo mi respuesta.

Via está de pie frente a mí, cabizbaja, como si todo esto le diese un poco de vergüenza. Su pelo oscuro cae formando ondas alrededor de su rostro, y mis dedos se mueren de ganas por hundirse entre sus mechones mientras la beso hasta dejarla sin aliento.

Pero eso es todo lo que ha habido entre nosotros hasta ahora: una química explosiva y poco más. Esta noche, sin embargo, tengo la misión de mantener las manos quietecitas. Puedo darle un beso al final de la cita, cuando nos despidamos. Pero nada más.

—¿Estás listo? —Su tono suave no encaja en absoluto con la mujer segura de sí misma que sé que se esconde en su interior.

—Ah, sí. —Retrocedo para que pueda salir al rellano y, cuando por fin vuelvo al presente, la observo de arriba abajo—. Estás… guau.

Tiene el abrigo desabrochado y, debajo, un vestido morado se ajusta perfectamente a cada una de sus curvas, tentándome a recorrerlas todas.

«Las manitas relajadas, Reid. Estás en una cita».

Via se coloca el abrigo y el bolso mientras un ligero rubor se apodera de sus mejillas.

—Gracias. No voy demasiado elegante, ¿no?

—Estás perfecta.

Alza la mirada de inmediato hacia la mía, como si no se hubiese estado esperando esa respuesta.

—Vamos. —Le tiendo la mano para ayudarla a bajar las escaleras.

Via entrelaza sus dedos con los míos y suspira con fuerza.

—Sé que no debería estar nerviosa, pero lo estoy.

Esta noche pienso asegurarme de deshacerme de todos esos nervios, sobre todo porque quiero que se relaje y disfrute.

—Yo también estoy nervioso.

Se le escapa una carcajada suave.

—Estamos comportándonos como un par de idiotas, ¿verdad?

Me fijo en sus mejillas sonrojadas, visibles incluso bajo la tenue luz del atardecer.

—En nuestro caso es distinto.

—Cierto. —Baja la mirada—. Lo es.

Le abro la puerta del copiloto y, una vez que está sentada dentro, rodeo el capó y me subo tras el volante. Me vuelvo hacia los asientos traseros y tomo el ramo que le he traído. Es una mezcla de varias flores. No me gustaba ninguna de las opciones que vi en el supermercado, así que acabé comprando varios ramos y mezclándolos a mi gusto.

—¿A dónde vamos?

La observo con una ceja enarcada y sonrío. Me sorprende que haya tardado tanto en preguntar.

—Lo descubrirás muy pronto.

Me lanza una mirada cargada de curiosidad, pero no insiste. Bien, porque estoy empezando a pensar que esto ha sido una mala idea. O, más bien, que quizás no ha sido la idea correcta. Me habría gustado haber tenido más tiempo para darle vueltas. Incluso aunque esta semana no haya podido pensar en otra cosa que no fuese esta cita…

—Puedo oírte pensar desde aquí. —La voz de Via me saca de mis cavilaciones.

—Lo siento. —Le dedico una sonrisa avergonzada—. Intentaré pensar lo menos posible.

En cuestión de minutos, Via se sienta un poco más erguida en su asiento y se pone a observar nuestro entorno.

—¿Te has olvidado algo en tu casa?

—No. —El corazón me late a un ritmo desenfrenado; ahora ya no hay vuelta atrás—. Es allí a donde vamos.

Aprieta los labios con fuerza, pero le brillan los ojos, como si estuviese tratando de contener una risa.

«Mala idea. Joder. Sabía que esto no iba a salir bien».

—Y yo que pensaba que no querías volver a acostarte conmigo. —Lo dice despreocupada, divertida, y puede que incluso un poco excitada.

Suelto un gruñido. Debería haber sabido que eso sería lo primero que pensaría.

—Y no quiero volver a acostarme contigo.

Me observa con la boca entreabierta, sorprendida, mientras aparco.

—Joder, no, no era eso lo que quería decir. Créeme, sí que quiero volver a acostarme contigo. Es que… no es por eso por lo que te he traído aquí, te lo juro.

Las comisuras de sus labios se elevan de forma casi imperceptible.

—Entonces, ¿a qué hemos venido?

Los nervios vuelven a apoderarse de mí por completo.

—Yo… eh… voy a prepararte la cena.

«¿Por qué me estoy comportando como un adolescente en su primera cita?».

Normalmente, siempre que estoy con Via, mostrarme seguro de mí mismo me sale solo. Pero ninguna de las otras veces que nos hemos visto ha sido así. Esta cita significa algo más. Al menos, para mí. Da igual si para ella también es un momento importante o no; pienso tomármela en serio, como si fuese el punto de partida de algo más. Me encanta acostarme con Via, es increíble, pero también quiero conocerla mejor, descubrir quién es más allá del sexo.

La veo parpadear con fuerza, con la boca entreabierta.

—¿Vas a prepararme la cena? ¿Quieres decir que vas a cocinar? ¿Para mí?

Suelto una carcajada y apago el motor.

—¿Para quién más iba a cocinar esta noche?

—Yo… —Junta ambas manos sobre su regazo—. Nadie me había cocinado nunca. Al menos no… no así.

La observo atentamente con el ceño fruncido.

—¿Tu exmarido nunca cocinaba?

—No. —Niega con la cabeza.

Examino su rostro en busca de algún rastro de tristeza, pero no encuentro nada.

—La mayoría de las veces, los dos estábamos muy ocupados y ni siquiera comíamos juntos. Y, cuando lo hacíamos, siempre salíamos a comer fuera.

Se encoge de hombros como si no le importase.

Me quedo mirándola durante un buen rato, tratando de encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que quiero decir.

—Te mereces mucho más de lo que él te dio.

—No estábamos hechos el uno para el otro. —Se pasa las manos por el vestido y deja caer ligeramente la cabeza—. Tardé un tiempo en darme cuenta. Fue duro ver cómo todo mi matrimonio se iba a pique, pero ahora soy mucho más feliz.

—¿Te alegras de estar aquí conmigo?

El frío del exterior se está filtrando dentro del vehículo, pero Via no ha intentado bajarse en ningún momento, así que yo también me

quedo donde estoy.

—No debería. —Se le escapa una risa amarga—. Te saco más de una década, Reid. Esos son muchos años. Y la sociedad… por desgracia, parece que a la sociedad le importa mucho menos cuando el hombre es mayor que la mujer que si es a la inversa. Pero sí, me alegro de estar aquí contigo.

Suelto todo el aire que había estado conteniendo.

«¿Qué se supone que tengo que responder a eso?».

Lo último que quiero es asustarla al confesarle lo que siento cuando todavía es muy pronto, sobre todo ahora que por fin he conseguido que acceda a salir conmigo. Esto que hay entre nosotros es demasiado reciente, así que quizás no sea el mejor momento para declararme, pero si me diese una oportunidad, me importaría una mierda lo que la sociedad opinase de nosotros, siempre que ella estuviese a mi lado.

De momento, me guardo todo eso para mí.

—¿Estás lista para entrar?

Sonríe y asiente, casi entusiasmada. No soy el mejor cocinero del mundo. Es un talento que, por desgracia, no heredé de mi madre. Pero sí que se encargó de enseñarme algunas cosas básicas cuando era pequeño. Ella pasaba mucho tiempo en la cocina y a mí me encantaba pasar tiempo con ella. Esta noche pienso valerme de todo lo que sé con la esperanza de impresionar a Via y así asegurarme de que acepte tener una segunda cita conmigo.

Me deja darle la mano de camino a mi piso. De nuevo, entrelaza nuestros dedos en vez de presionar su palma contra la mía. Me gusta la forma en la que me da la mano, como si quisiese enredarse a mi alrededor.

Una vez dentro, enciendo el interruptor que hay junto a la entrada, iluminando toda la estancia. Después la ayudo a quitarse el abrigo y lo cuelgo en el perchero que hay en la pared junto a la entrada. Acto seguido, coloco el mío a su lado.

—Puedes sentarte. —Le saco uno de los taburetes de debajo de la barra—. Yo me pondré manos a la obra. —Me froto las manos para tratar de controlar la adrenalina que me corre las venas. La última vez que esta mujer estuvo en mi piso, la follé con tantas

ganas que juro que su aroma me impregnó la piel durante al menos una semana. Pero no es por eso por lo que la he traído aquí esta noche—. ¿Quieres algo de beber? Tengo agua, refrescos… ah. —Chasqueo los dedos—. También he comprado un par de botellas de vino.

Cuando fui a su casa a atrapar a su pequeño amigo el ratón, me fijé en que tenía toda una colección de botellas de vino, así que, cuando fui a comprar todas las cosas que necesitaba para la cena de esta noche, también me traje un par de opciones entre las que elegir.

—Me encantaría tomar una copa de vino. —Se echa el pelo a la espalda y apoya la cabeza en la mano para observarme atentamente.

Doy un aplauso y le guiño un ojo.

—Pues vino se ha dicho.

Le muestro ambas opciones para que elija el que más le apetezca. Dios sabe que yo no tengo ni idea de cómo elegir un buen vino. ¿Por el color? ¿Por la procedencia? ¿Por el año de producción? Todo eso me suena a chino.

Via señala una de las botellas y yo me encargo de descorcharla. Le lleno una copa, que también he comprado solo para esta noche. Seguramente me habría gastado mucho menos dinero si la hubiese llevado a cenar a un restaurante elegante, pero quería que esta cita fuese especial.

Se lleva la copa a la nariz e inhala su aroma antes de darle un trago que solo podría describir como delicado.

—Está muy bueno. —Alza la copa en mi dirección—. Buena elección.

Me río.

—Ha sido gracias a Chuck, el de la tienda, que lo eligió por mí. La próxima vez que lo vea, le haré saber que su gusto en vinos es excelente.

Su risa llena el apartamento.

—Sí, y dale también las gracias de mi parte, por favor.

Me vuelvo hacia la nevera y saco todos los ingredientes para la cena.

—Espero que te guste el bistec… No eres vegetariana, ¿verdad? ¿O vegana? Mierda, debería habértelo preguntado.

Dejo caer la cabeza y me culpo por haber sido tan inepto. ¿Por qué no se me ocurrió preguntarle antes?

Por suerte, Via pone fin a mi sufrimiento rápidamente.

—Sí que como carne.

El alivio me invade de inmediato.

—Genial, eso está bien. Voy a tardar un rato en preparar todo esto, pero he comprado también unas galletas saladas y un poco de queso. Así podemos ir picando algo mientras cocino.

Me acerco a la nevera para sacar la bandeja de quesos que he dejado preparada antes y me pongo a buscar las galletas saladas, porque no tengo ni idea de dónde las he guardado. Mientras tanto, Via me observa con una sonrisa divertida.

En cuanto encuentro las galletas, las coloco sobre la bandeja de quesos. Via toma una y le pone un trozo de queso encima.

—Con esto me basta de momento.

Respiro hondo para tratar de tranquilizarme y centrarme en preparar nuestra cena. Después meto las patatas en el horno y me pongo a lavar y a preparar los espárragos.

—Jamás pensé que ver a alguien cocinar sería tan divertido. —Me observa de arriba abajo desde la isla de la cocina.

Joder. ¿Por qué me he jurado no hacer nada más allá de besarla esta noche?

En este momento siento que he tomado la peor decisión del mundo. El deseo que refulge en su mirada mientras me observa me da ganas de tirar la tarta que he comprado a la basura y devorarla a ella de postre.

Carraspeo con fuerza, con la esperanza de librarme así de mis sucios pensamientos.

—Me alegro de parecerte adecuadamente entretenido.

—Oh, yo diría que es más que adecuado.

Sus ojos brillan, divertidos, y todo rastro del nerviosismo de antes ha desaparecido. O el vino la está ayudando a relajarse, o ha decidido no darle muchas vueltas al asunto. Si tuviese que adivinar, diría que es cosa del vino.

Unto los bistecs con un poco de mantequilla a las finas hierbas con ajo que he preparado esta tarde, mientras espero a que se caliente la sartén de hierro fundido.

—Creo que nunca me habían preparado un bistec de ese modo.

—Pues prepárate para que te vuele la cabeza. ¿Cómo te gusta la carne?

—Bien hecha. —Hace una mueca—. Lo sé, lo sé. Lo más probable es que en este momento me estés juzgando. No es que la quiera *quemada*, pero no soporto ver cómo sangra el filete en mi plato. Me da ganas de vomitar.

Me quedo mirándola fijamente, sorprendido de que se haya puesto a la defensiva. ¿Es que su ex la juzgaba por eso? ¿Porque le gusta la carne bien hecha?

—Yo te lo cocino como tú me pidas y jamás te juzgaría por algo así. Te lo prometo. No soy así.

Me responde con una sonrisa y un «gracias» en apenas un susurro.

Le da vueltas al vino en su copa antes de tomar otro sorbo.

—¿Necesitas que te eche una mano con algo?

—No. —Abro el grifo para lavarme las manos—. Lo tengo todo bajo control.

Todo esto ha sido idea mía. Lo último que quiero hacer es ponerla a trabajar en nuestra cita.

—Pero me siento rara sin hacer nada.

Dudo qué responder a eso y frunzo los labios.

—¿De verdad quieres ayudarme?

Via asiente con entusiasmo.

—Sí. Ponme a trabajar. Por mucho que me guste verte cocinar, quiero ayudarte en lo que pueda.

Tengo que contenerme para no soltar un gruñido al oírla decir eso.

«Ponme a trabajar».

Se me ocurren unas cuantas formas bastante creativas en las que ponerla a trabajar. Aunque la mayoría involucran que esté desnuda, como, por ejemplo, que se arrodille aquí, en medio de la cocina, y se lleve mi polla a…

—¿Reid?

Vuelvo de golpe a la realidad.

—He preparado una hogaza de pan esta tarde. Puedes ir cortándola. Eso es lo único con lo que necesito ayuda ahora mismo.

Se baja del taburete con una sonrisa. El vestido morado que lleva puesto no es nada revelador, pero quizás es justo eso lo que lo vuelve incluso más tentador, porque dependo solo de mi imaginación.

Via se lava las manos y le tiendo la hogaza de pan recién hecho, un cuchillo y una tabla para cortarla.

—Corta las rodajas así de gruesas. —Alzo el pulgar y el dedo índice para indicarle el grosor que quiero que tengan—. Y después échales mantequilla por ambos lados.

Saco otro bol de mantequilla aromatizada que he preparado de la nevera y lo coloco sobre la encimera a su lado.

—¿Siempre cocinas estas cosas?

—¿Qué quieres decir? —le pregunto mientras coloco con cuidado los filetes en el centro de la chisporroteante sartén de hierro fundido.

—Comidas tan… —Se encoge de hombros—. Elegantes, supongo. ¿Sabes lo que cené anoche? Un bol de cereales.

—Créeme. —Echo una cucharada de mantequilla derretida sobre los bistecs—. De normal estoy tan cansado que cocinar esta clase de cosas es lo último en lo que pienso. Mis cenas suelen consistir en un sándwich o, como tú, en un bol de cereales.

Se aparta un mechón rebelde de los ojos y deja el cuchillo sobre la tabla.

—¿Me estás diciendo que *no* eres de esa clase de hombres que necesita comer carne para considerarla una comida de verdad?

Hay algo en la forma en la que pronuncia la palabra «hombres» que me infunde un poco de confianza. Me gusta que no me menosprecie por mi edad.

—No. —Me río—. No tengo por qué comer siempre carne. A ver, no está mal, pero puedo sobrevivir sin ella.

Me observa con la cabeza ladeada y murmura un «ah».

—No dejas de sorprenderme.

—¿Eso es bueno? —termino preguntando tras un momento de duda.

Aprieta los labios con fuerza y le tiemblan las mejillas al tratar de contener una sonrisa.

—Creo que sí.

Dejo los filetes a un lado y meto los espárragos en el horno, junto a las patatas.

—Después de sacar las verduras, meteré el pan.

Via asiente y se recuesta contra la encimera.

—Todo huele riquísimo.

—Espero que esté tan bueno como huele.

—¿Sabes? —Se abraza de forma protectora, como si pretendiese encerrarse en una jaula—. Nos hemos acostado un par de veces, pero todavía no sé mucho sobre ti.

—Sabes más que la mayoría.

Eso es cierto. No le he hablado a mucha gente de mi madre o del significado que se esconde detrás de mis tatuajes. Pero con ella ni siquiera vacilé. *Quería* que lo supiese.

—¿Cuál es tu color favorito? Y no puedes decir el negro. —Levanta un dedo a modo de aviso—. Todos los hombres dicen que su color favorito es el negro. Elige un color de verdad.

Intento no sonreír al fijarme en lo enfadada que suena, pero fracaso estrepitosamente.

—El verde. ¿Y el tuyo?

Se queda valorándolo seriamente por un momento, como si no fuese una elección fácil.

—Me gustan todos, pero si tuviese que elegir solo uno, diría que el azul. Como el azul de un cielo despejado. Me hace sentir en paz.

—¿Qué más quieres saber sobre mí?

Me fijo en cómo le brillan los ojos, como si hubiese estado pensando en estas preguntas y en todas las cosas que quiere saber sobre mí desde hace tiempo. Seguramente no debería sentirme tan satisfecho, pero no puedo evitarlo.

—¿Tu comida favorita?

—Una buena hamburguesa nunca falla, pero… —Me alejo de la cocina y saco una bolsa de nachos con sabor a lima de un armario

—. Estos son mi perdición. Supongo que se podría decir que son mi aperitivo favorito, si es que nos ponemos tiquismiquis.

—Mmm. —Observa la bolsa atentamente—. ¿Puedo probarlos?

—Claro.

Le tiendo la bolsa para volver con los filetes. Después de comprobar que ya están hechos, los dejo a un lado para que terminen de cocinarse con el calor residual.

Via los observa con el ceño fruncido.

—¿A ti también te gusta la carne bien hecha?

—Al igual que a ti, no me gusta ver cómo sale sangre de mi filete cuando me lo voy a comer.

Sonríe y mete la mano en el interior de la bolsa de nachos.

—Me alegro de no ser la única. Chase… —Cierra la boca de golpe y niega con la cabeza—. Lo siento. No pretendía hablar de él.

—¿Lo has superado? —le pregunto, porque me pica la curiosidad.

Suelta una carcajada amarga.

—Del todo. Pero estuvo presente durante gran parte de mi vida y a veces me cuesta no mencionarlo en ciertos casos.

—Puedes hablarme de él si quieres. No me importa. Él forma parte de tu pasado, pero yo tengo pensado ser tu futuro.

Via clava la mirada en el suelo.

—Reid…

—No digas nada. —Si lo hace, estoy seguro de que solo será para minimizar esto que los dos sentimos y que no hace más que intensificarse cada día que pasa. No quiero que intente acabar con esto antes de que nos haya dado una oportunidad—. Por favor.

Con un suspiro, asiente y saca un nacho de la bolsa. Se lo mete en la boca como si quisiese mantenerla ocupada para no decir lo que tiene en la punta de la lengua.

—Están *muy* buenos. —Mete la mano en la bolsa para sacar otro—. Voy a tener que comprar una bolsa la próxima vez que vaya a la tienda.

Ya estoy tomando nota mentalmente de que tengo que añadir comprar más bolsas de estos nachos a la lista de la compra.

No quiero que nuestra anterior conversación agrie el ambiente, así que retomo nuestras preguntas para conocernos mejor.

—¿Cuál es *tu* comida favorita?

Via se ríe antes de cerrar la bolsa de nachos, enrollándola un poco y poniéndole de nuevo la pinza.

—Es una tontería, pero me *encanta* una buena ensalada César. No todo el mundo sabe cómo prepararla bien, pero cuando lo hacen, no existe nada mejor.

—¿Y tu aperitivo favorito?

Saco las verduras del horno y meto el pan en la rejilla para que se tueste.

—Las palomitas con mantequilla —responde, sin vacilar—. Pero las palomitas *buenas* de verdad. Esas que son supergrasientas y cubiertas de mantequilla, que solo puedes conseguir cuando vas al cine. Las que puedes hacer en casa no tienen nada que ver.

Puede que al principio este pequeño jueguecito de preguntas me pareciese divertido, pero admito que me encanta poder conocer un poco mejor a Via y las cosas que la hacen ser ella.

Le echo un vistazo al horno, tomo los guantes y saco el pan.

Via vuelve a sentarse en el taburete y le da un sorbo a su copa de vino mientras yo me encargo de emplatar nuestra cena.

—¿Quieres más? —Señalo su copa con un gesto de la cabeza. Ella se queda mirándola fijamente, con expresión seria, durante un buen rato—. No me ofenderé si te tomas otra copa, si es eso lo que te preocupa.

Se le escapa una carcajada.

—Es que no quiero que pienses lo peor de mí durante nuestra primera cita.

Tomo la botella y la descorcho de nuevo.

—Esta noche lo único que me importa es que disfrutes.

«Porque quiero que vuelvas a hacer esto conmigo».

Me tiende su copa para que pueda llenársela.

—Solo una más. No quiero… —Baja la mirada y aprieta los labios con fuerza. Después respira hondo y me mira fijamente a los ojos—. No confío en mí misma cuando estoy contigo, sobre todo si bebo más de la cuenta.

Vuelvo a ponerle el tapón a la botella, sonriendo como el maldito gato Cheshire. Ni siquiera intento contenerme. Estoy demasiado encantado como para hacerlo.

—¿Es que te da miedo ser incapaz de resistirte a mis encantos?

Via suelta una carcajada.

—Estoy bastante segura de que ya te he demostrado que soy incapaz de resistirme a ti. —Se coloca el pelo tras las orejas—. Si a la ecuación le sumamos alcohol en mi sistema, me da miedo lo que pueda hacer.

—No pasa nada. —Deslizo un plato frente a ella—. Puedes usarme como quieras, ya lo sabes.

Menos mal que los nervios de antes ya han empezado a remitir. He tardado un rato, pero creo que por fin he recobrado la confianza que siento siempre que estoy con ella.

—Eso te encantaría, ¿a que sí?

—Oh, por supuesto. Pero esta noche no voy a acostarme contigo.

Coloco mi plato sobre la isla y me siento a su lado. Via se gira hacia mí, con el ceño fruncido como si se sintiese ofendida.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero tener que contarles a nuestros futuros hijos que me tiré a su madre en nuestra primera cita.

Me observa boquiabierta, como un pez fuera del agua.

—Cuidado, no me gustaría tener que buscar algo con lo que llenarte esa boca.

La cierra de golpe y niega con la cabeza, al tiempo que sus mejillas se sonrojan con fuerza.

—No… no sé qué decir.

—Bien. —Señalo su plato con la punta del cuchillo—. Come y dime si te gusta.

Puedo verle en la cara que se muere por responderme de forma sarcástica, pero acaba tragándose lo que quiera que tenga en la punta de la lengua y se pone a cortar su bistec. El gemido que suelta al llevarse el primer trozo a la boca me hace respirar hondo para tratar de controlar la forma en la que reacciona mi cuerpo al oírlo. Ese sonido tan primario y sexual hace que mi miembro se

endurezca al momento. Cuando la veo poner los ojos en blanco y volver a gemir, me doy cuenta de que está exagerando sus reacciones para intentar excitarme.

Puede que Via no lo admita, pero le encanta jugar conmigo y ponerme nervioso. Existe un fuego ardiente bajo su apariencia tranquila, lo que hace que me pregunte si el imbécil de su ex se molestó alguna vez en entenderla, en desatar ese espíritu salvaje que esconde en su interior y que se muere por ser liberado. Probablemente no. Tuvo que ser un auténtico idiota para dejarla marchar.

—Este es el mejor bistec que me he comido en la vida y, créeme, he ido a algunos restaurantes increíbles.

Me invade una sensación placentera. Mi madre estaría orgullosa de ver que le estoy dando buen uso a sus enseñanzas.

—Me alegro de que te guste.

—¿De que me guste? Me encanta. Podría acostumbrarme a que me mimasen así todos los días. Últimamente no he estado comiendo tan bien como debería. Tendrías que ver mi cocina. Es minúscula y, con las reformas del edificio, he estado comiendo comida basura o pidiendo comida al restaurante del pueblo casi todos los días.

Se lleva otro trozo a la boca y cierra los ojos para disfrutar de su sabor.

—Dime que tendrás una segunda cita conmigo y te prometo que te volveré a mimar así.

La veo abrir los ojos de golpe.

—Todavía no he probado las patatas asadas, ¿y ya me estás pidiendo una segunda cita?

Respondo rápido. Sin pensar.

—Sí.

Me observa con los ojos entrecerrados y suelta un murmullo, como si estuviese valorando las ventajas y desventajas.

—¿Qué tienes que perder?

Pincha un trozo de espárrago.

—Acabas de decirme que en otra vida tenemos hijos, así que supongo que eso es lo que tengo que perder.

Hace una mueca con un deje triste que no acabo de comprender, pero no me detengo a pensar en ello.

—No, ángel, en esta vida también existen. Te lo aseguro. Cuando se trata de ti, solo existe esta vida.

Carraspea con fuerza, como si estuviese tratando de recobrar la compostura.

—¿Qué vas a hacer si te digo que no?

Me quedo callado por un momento, sin dejar de mirarla.

—Seguir insistiendo.

Enarca las cejas y hace una mueca divertida.

—¿Es que no puedes aceptar un no por respuesta?

—Oh, claro que puedo, pero es que sé que me quieres decir que sí.

Suelta una carcajada.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

La observo de arriba abajo, empezando desde su coronilla y descendiendo lentamente por su cuerpo.

—La forma en la que te estás inclinando inconscientemente hacia mí me deja claro que *quieres* estar más cerca de mí. Y te tiembla un poco el ojo izquierdo cuando mientes.

Via ahoga un gritito.

—Eso no es verdad.

Levanto las manos en señal de rendición y pongo mi expresión más inocente.

—Créeme, sí lo es.

Se lleva una mano a la cara, como si quisiese tocarse el ojo, pero se detiene a medio camino.

Le doy un sorbo a mi vaso de agua y me aclaro la garganta.

—Por divertidos que me parezcan los pequeños detalles que te hacen ser tú, también me gustaría saber otras cosas sobre ti.

Tensa los hombros, casi encorvándose hacia dentro.

—¿Qué es lo que quieres saber? Siento decepcionarte, pero no soy tan interesante como piensas.

—Creo que tu concepto de «interesante» es completamente distinto del mío.

Sus dedos tamborilean sobre la encimera.

—Supongo que podría ser.

—Me gustaría que me hablases más de tu amor por el arte.

Me observa con los ojos abiertos de par en par.

—¿En serio?

—Sí. ¿Cuándo te diste cuenta de que te gustaba?

—Ah, bueno…

Se limpia los dedos con una servilleta. Esa es otra de las cosas que he comprado hoy. Porque, de normal, yo me las apaño con el rollo de cocina.

—Debía de tener unos siete u ocho años. Ese año me regalaron por Navidad algunos de los materiales de pintura que llevaba meses pidiendo. —Sonríe al recordar aquel momento—. Me pasé todas las vacaciones dibujando y pintando sin parar. Creo que, para cuando volví al colegio, ya había cubierto las paredes de mi cuarto con mis obras. —Se coloca el pelo tras la oreja y bebe un poco de agua—. Desde ese momento, siempre fue la actividad a la que recurría cuando tenía tiempo libre. También me apunté a clases de pintura avanzada cuando fui un poco más mayor. Quería estudiar Bellas Artes, pero no me dejaron, así que me hice abogada porque eso era lo que mis padres querían.

Se encoge ligeramente de hombros, como si estuviese tratando de restarle importancia.

—¿Qué quieres decir con lo de que no te dejaron?

Se lleva otro trozo de filete a la boca y traga antes de responder.

—Mis padres se negaron a pagarme la universidad a menos que decidiese estudiar una carrera que a ellos les pareciese adecuada.

—¿Como por ejemplo? —le pregunto.

¿Cómo es posible que existan padres que *obliguen* a sus hijos a estudiar algo que no les gusta?

—Derecho, obviamente. —Hace como si estuviese marcando una casilla en el aire—. Abogacía. Cualquier carrera de ciencia o empresariales.

—¿Y les hiciste caso?

Junta los labios con fuerza y suspira con suavidad.

—Creo que me daba miedo no hacerlo. No podía permitirme endeudarme para estudiar, y no ir a la universidad no era una opción, porque era algo para lo que llevaba preparándome toda mi adolescencia. Pensé que no me quedaban más opciones.

Cuando termina de hablar, me fijo en cómo se le han hundido los hombros y en la mueca triste que se dibuja en su rostro.

Mierda. Solo he conseguido ponerla triste con este tema de conversación, y eso no era lo que quería.

—A veces los padres se olvidan de que sus hijos, a sus dieciocho años, todavía no han vivido casi nada. De que todavía les queda mucho por aprender.

—Dice el chico de veintiún años. —Suelta una risa suave y genuina—. Pero tienes razón. Nunca lo había pensado de ese modo. ¿Tú fuiste a la universidad?

—En realidad, estudié un grado de formación profesional. Tecnología Automotriz. También trabajo para mi padre, claro está, y hubo muchas cosas que aprendí gracias a él.

Me estoy yendo por las ramas, y no porque esté nervioso, sino porque una parte de mí todavía siente que no soy suficiente para Via. La universidad nunca entró en mis planes, pero a veces me siento como si fuese menos que los demás solo por no tener un estúpido trozo de papel que demuestre lo que sé.

El tenedor de Via resuena al estrellarse contra el plato cuando lo suelta.

—¿Por qué lo dices como si eso no fuese suficiente?

Suelto una carcajada amarga.

—Tú eres abogada, por el amor de Dios.

La veo fruncir los labios.

—Sí, una abogada que odiaba su trabajo. Yo no luché por mis sueños cuando era más joven, pero ahora sí. Así que diría que, en este caso, eres tú quien me lleva ventaja.

—Supongo que nunca lo había pensado de ese modo.

Me dedica una sonrisa amable.

—Resulta de lo más sencillo pensar que todo el mundo sabe lo que está haciendo menos tú, cuando la realidad es que todos lo estamos haciendo lo mejor que podemos. Incluso a mi edad.

Me quedo mirándola fijamente, y se me encoge el corazón.

—No eres vieja, Via.

—¿Comparada contigo? —se burla—. Pues claro que lo soy.

Quizás *yo* sea el que está loco, porque me da igual nuestra diferencia de edad.

Terminamos de cenar y Via se acaba su segunda copa de vino. En cuanto termino de pasar los platos por el agua, los meto en mi diminuto lavavajillas. Lo digo en serio, es enano, pero en ocasiones, como la de esta noche, no me viene nada mal.

Via toma su vaso de agua y se deja caer en el sofá. Mis reglas para la cita siguen vigentes, así que no pienso dejar que me ayude a limpiar.

Después de meter todos los platos en el lavavajillas, lo enciendo y me acerco a ella.

—¿Estás lista para que te lleve de vuelta a casa o quieres quedarte un poco más? Tenía otra cosa más planeada para esta noche, pero no esperaba tardar tanto en preparar la cena.

Se recoloca la falda del vestido bajo las piernas.

—Supongo que depende de lo que tengas pensado. Ya sabes, por eso de que acostarnos esta noche no es una opción.

Me llevo las manos a la cintura y echo la cabeza hacia atrás.

—Sí que la he cagado con eso, ¿verdad?

Cuando vuelvo a bajar la cabeza, nuestras miradas se encuentran y las gafas se me resbalan ligeramente. Tengo que ir a la óptica para que me las ajusten, aunque tampoco es como si fuese a servir de algo. Cada vez que voy, me duran un día o dos sin que se me estén resbalando constantemente. Eso, o me las aprietan demasiado y tengo que volver a ir de inmediato a que me las aflojen un poco, solo para volver de nuevo al punto de partida.

Se le escapa una risita divertida.

—Quizás, pero aprecio tu intento de caballerosidad.

—En fin. —Le doy la espalda y saco algo de la estantería—. Se me había ocurrido que podríamos echar una partida a esto.

Me doy la vuelta para que pueda ver lo que tengo en las manos y la veo apretar los labios con fuerza para tratar de ocultar una sonrisa divertida.

—¿Al Candy Land?

Me encojo de hombros.

—La noche que nos conocimos te dije que podíamos echar una partida al Candy Land. Me pareció apropiado.

Via sonríe de oreja a oreja y señala la mesita de centro.

—Juguemos.

22

VIA

Me paso la noche siguiente despierta, dándole vueltas a todo en la cama. La cita fue perfecta y sencilla en todos los sentidos y, desde luego, la mejor que he tenido. No necesito ir a un restaurante elegante ni a nada aparentemente «impresionante». Ver a Reid cocinar fue lo más *sexy* que me ha pasado nunca. Me costó mucho mantener las manos quietas. Lo único que quería era arrastrarlo hasta su dormitorio después de la cena, pero respeté su decisión de dejar de momento el sexo fuera de la ecuación. *Deberíamos* conocernos mejor, más allá de lo físico.

Cuando me llevó de vuelta a casa, se despidió de mí con un beso dulce, y yo le di otro más antes de entrar en mi piso.

«Sí».

Él entendió de inmediato lo que quería decirle con ese beso.

Sí a tener otra cita con él.

No sé si va a ser capaz de superar esta primera, pero me da igual, porque *quiero* pasar más tiempo con él. *Quiero* conocerlo mejor.

¿Me da miedo?

Dios, claro que sí.

Pero no lo suficiente como para no intentarlo.

Me levanto de la cama y me voy directa a la ducha, donde abro el grifo viejo y chirriante. Tarda un buen rato en salir agua algo templada. En el tiempo que llevo aquí he descubierto que estas viejas tuberías son incapaces de llevar agua caliente de verdad. Me muero de ganas por solucionar ese problema de una vez. Sueño con el día en el que reforme por fin el baño y pueda quedarme en la

ducha todo el tiempo que quiera, bajo un buen chorro de agua caliente.

Cuando termino de ducharme, me pongo unos pantalones de chándal y la bata encima. Mientras tanto, mi cuerpo se estremece para tratar de librarse del frío.

Me paso un cepillo por el pelo y me echo un poco de protector térmico antes de secármelo con el secador. Si hay algo que me tomo en serio de verdad es mantener mi pelo siempre sano.

Tengo todo el día para mí, porque es domingo. Todavía no me he acostumbrado a eso de tener tiempo libre de verdad. Antes me pasaba casi todas las horas del día trabajando.

Chase también era un adicto al trabajo. No me extraña que lo nuestro no acabase funcionando. Aunque, como se estaba tirando a su secretaria, no sé si definirlo como un «adicto al trabajo» sea lo correcto. Le pega más infiel, mujeriego y adúltero, y seguro que, si me paro a pensar un rato, se me ocurren adjetivos incluso más creativos.

Una vez tengo el pelo seco, voy a la cocina y meto una cápsula en la cafetera. El delicioso aroma a café recién hecho me llena la nariz y es como si todo mi cuerpo se despertase al instante. Cuando está listo, le añado un poco de leche y azúcar, y lo mezclo todo con cuidado para no armar un desastre.

Con la televisión encendida para tener algo de ruido de fondo, saco las cajas llenas de materiales de pintura que me han llegado hace un par de días. No he tenido tiempo para abrirlas, pero ahora me muero por hacerlo y ver todo lo que contienen.

Quiero sentarme un rato, dejar la mente en blanco y crear sin más. Ha pasado mucho tiempo desde que hice algo así, lo cual es ridículo, porque voy a abrir mi propio estudio de arte. Pero me daba miedo lo que mis manos pudiesen pintar cuando lo hiciese, porque es muy fácil dejar que tus emociones se apoderen de ti cuando empiezas.

Además, llevo sin sentirme inspirada desde que pinté el cuadro del vestido verde.

Hasta hoy.

Ahora me muero por pegar la punta del lápiz al cuaderno y dibujar algo, y no puedo resistir el impulso.

Siempre he preferido el óleo a todo lo demás. Los colores. El desorden que se arma. Incluso el aroma a pintura fresca. Pero hoy mi corazón me grita que abra mi cuaderno de dibujo, tome un carboncillo y me siente en el suelo a dibujar.

Con el cuaderno abierto sobre la mesita de centro del salón, dejo la mente en blanco y permito que sean mis manos las que tomen el control.

Los trazos y sombreados no tardan en convertirse en una imagen mucho más tangible.

Una mano. La mano de un hombre.

La mano de Reid.

Debería darme vergüenza que mi mente siempre acabe volviendo a él, pero decido no darle muchas vueltas. Estoy dibujando, y eso es lo único que importa.

Me paso un buen rato trabajando en mi boceto, centrándome en todos los detalles que recuerdo: las pecas, la curvatura de sus venas… Al final, paro para comer algo y para prepararme otro café. ¿El café es necesario para el proceso creativo? Sí, es una parte vital, desde luego.

Me vuelvo a sentar en el suelo y observo mi obra.

Puedo ver que tiene errores, me fijo en lo que podría haber hecho mejor y en lo que no, pero también *noto* la pasión que destila cada trazo. Durante mucho tiempo, permití que esta parte de mí permaneciese adormecida. Traté de ahogarla. Creía que, si apagaba mi pasión por crear, encajaría en los estándares que los demás me imponían.

Mis padres no son malas personas, pero a veces se olvidan de que están criando a personas independientes, no a meras copias de sí mismos. Odio haber tardado tanto tiempo en plantarme y en empezar a vivir mi vida solo para mí. También me afectó bastante la infidelidad de Chase. Pero da igual lo que me haya llevado a tener esta epifanía; lo que importa es que estoy aquí.

Cuando termino el boceto, paso a la siguiente página y empiezo otro.

Y vuelve a ocurrir: vuelvo a dibujar a Reid, aunque no lo hago de forma consciente. Simplemente pasa.

La curva de su mandíbula.

El puente de su nariz, con sus gafas deslizándose precariamente hacia abajo.

Esa sonrisa torcida y encantadora, con el hoyuelo en su mejilla.

Casi puedo oírle decir: «Creo que soy tu musa, ángel».

Yo me reiría del comentario, claro está.

Jamás lo admitiré en voz alta, pero puede que lo sea. Reid me inspira. Es joven, pero es más inteligente y perspicaz que la mayoría, sin importar su edad. Y lo más probable es que todo eso se deba a lo que ha tenido que vivir: haber perdido a su madre demasiado joven o incluso a la situación de su hermana. Me encanta que no haya dejado que las piedras que le ha puesto la vida en el camino le cambien.

Reid es como una vibrante mancha de color en medio del aburrido paisaje de mi vida.

Es rojo, como la pasión y la energía.

Es azul, amigable, una roca a la que puedo aferrarme para luchar contra el embate de las olas.

Es verde, increíblemente positivo, con un alma amable.

Es amarillo, como los optimistas rayos del sol en un día nublado.

Es de todos los colores posibles, entremezclándose sobre un lienzo en blanco.

Da igual qué nos depare el futuro; mi vida es infinitamente mejor porque está en ella.

Me consuela darme cuenta de eso, porque siento que no tengo que presionarme ni ponernos una etiqueta para poder disfrutar de estar juntos.

Me paso el resto de la mañana y buena parte de la tarde dibujando. Me siento bien al dejar que esa parte de mí vuelva a despertar. A pesar de haber tomado la decisión de abrir el estudio, de enseñar y de guiar a los demás para que aprecien su lado más creativo, llevaba mucho tiempo reprimiendo el mío. Podría decirse que me he estado autosaboteando. Durante mucho tiempo, me daba miedo que las emociones se apoderasen de mí cuando pintase y

quedase reflejado todo lo que siento sobre el papel. Pero ahora estoy mucho mejor. Y en gran parte se lo debo a Reid.

El divorcio, la mudanza… nada de eso fue fácil, aunque fuese necesario. No quería que todo ese dolor y oscuridad que sentía quedasen reflejados en mis obras; no cuando la pintura siempre ha sido algo que me ha hecho feliz.

Contengo un bostezo y cierro mi cuaderno de dibujo. Me duelen las manos y tengo los dedos manchados de carboncillo, pero me siento mucho más liberada que nunca.

Mi teléfono comienza a sonar, aunque es como si estuviese ahogado por algo, así que me levanto a buscarlo. No estoy segura de dónde lo vi por última vez. He estado tan concentrada dibujando que no lo he necesitado.

Al final lo acabo encontrando enterrado entre los cojines del sofá.

El nombre de Reid se ilumina en la pantalla.

—¿Hola?

—Hola, solo te llamaba para asegurarme de que estás bien. Te he escrito antes, pero no me has respondido. Estaba preocupado.

—Ah. —Me dejo caer sobre el sofá—. Estoy bien. Es que estaba dibujando.

«A ti. Te estaba dibujando a ti», pero me lo callo.

—¿Y qué estabas dibujando?

Parece interesado, como si de alguna forma supiese perfectamente que lo he estado dibujando a él.

No quiero contarle la verdad. Me da demasiada vergüenza. Es como si volviese a tener doce años y me dedicase a escribir una y otra vez el nombre del chico por el que estoy colada en mi cuaderno.

—Un poco de todo.

—¿Me lo enseñarás?

—¡No! —suelto, demasiado rápido.

Reid carraspea al otro lado de la línea.

—¿Por qué no?

—Porque no lo he terminado.

No es mentira, en realidad no. ¿Alguna vez se termina de verdad una obra? En mi opinión, no. Eso es justo lo que hace que el

arte sea tan increíble.

—¿Me lo enseñarás cuando lo hayas terminado, entonces?

Cierro los ojos con fuerza.

«No, no lo haré».

—Sí, te lo enseñaré. Pero solo cuando esté acabado.

Se ríe y casi puedo imaginármelo sentado aquí, a mi lado en el sofá.

—Vale. Siempre que me lo enseñes algún día.

—¿Qué has hecho tú hoy? —le pregunto.

—He tenido que quedarme con Lilibet un rato por algo de última hora que tenía mi hermana, pero siempre me lo paso genial con ella. Hemos ido a los recreativos.

Esbozo una sonrisa.

—Seguro que le ha encantado.

—Darme una paliza en el hockey de mesa te aseguro que ha sido lo mejor que le ha pasado hoy.

—¿Por cuánto te ha ganado?

—Por mucho. Se ha estado aprendiendo todos mis trucos.

—Es una niña adorable.

—Sí. —Le puedo oír sonreír al otro lado—. Es genial.

—¿Cómo está tu hermana? ¿Sigue con…?

—¿El fracasado? Sí, por desgracia. Parece que no se da cuenta de que se merece algo mejor.

Cierro los ojos y dejo que mi mente divague lejos.

¿Chase era tan horrible como el novio de su hermana? Creo que no, pero claro, a lo mejor sí que lo era, aunque en un sentido distinto. No fue hasta después del divorcio que me di cuenta de lo controlador y manipulador que era en realidad con todo aquello que no le parecía bien. Resulta bastante aterrador darme cuenta de que estaba casada con un hombre como ese y de que lo seguiría estando si no me hubiese sido infiel. Me parece ridículo, pero me alegro de que ese cabrón controlador me pusiese los cuernos.

—A veces —digo—, cuando estás dentro de la relación, no eres capaz de ver lo tóxica que es en realidad.

«Sobre todo cuando empezaste a salir con esa persona demasiado joven y los dos erais felices al principio».

—¿Tu ex era tóxico?

«Pues claro que no se le iba a pasar por alto lo que quería decir».

—Viéndolo ahora, en retrospectiva, sí, lo era. —Trago con fuerza después de admitirlo. Me siento como una fracasada al hacerlo—. Él… nunca me pegó. Eso quiero que quede claro. Pero, echando la vista atrás y valorando todos los años que estuvimos casados, me doy cuenta de que era un narcisista manipulador, y yo estaba demasiado enamorada de su antiguo yo como para darme cuenta de que había cambiado. Claro que puede que quizás *siempre* fue así y yo solo era… idiota.

Reid se queda callado. Guarda silencio tanto rato que tengo que apartarme el teléfono de la oreja para comprobar que no se ha cortado la llamada.

—Via —dice al final—. Tú jamás podrías ser idiota. Eras demasiado buena para él, y, por lo que me acabas de contar, parece que también te manipuló para que pensases que no era así.

—No…

—¿No quieres hablar de él? No importa. De momento. Pero espero que, con el tiempo, estés lista para hablarme de tu pasado. Puede que te venga bien.

—No necesito ningún psicólogo —espeto, de una forma que sugiere que quizás sí que lo necesite.

Reid se ríe, divertido por mi respuesta.

¿Cómo es posible que siempre parezca tan tranquilo? ¿Es porque es joven o porque él es así? Ojalá yo también pudiese dejar pasar las cosas como él.

—Nunca he dicho que lo necesites, ángel. Pero quiero ser tu amigo.

Suelto una sonora carcajada.

—Estoy bastante segura de que quieres ser algo más que solo mi amigo, Reid.

—También es verdad. —Ahí está esa risa de nuevo—. Pero para ser algo más hace falta ser amigos primero; esa es la base de todo. No quiero ser solo tu amante. Quiero ser la persona a la que siempre recurras. El primero al que vayas a contárselo todo. El

primero en el que pienses cuando te despiertes. Quiero ser simplemente… tu persona. —Suena vulnerable, como si no quisiese admitir todo eso en voz alta.

Me aferro al teléfono con más fuerza.

—Reid…

—Buenas noches, Via. Te veo mañana.

—Yo…

Pero ya es demasiado tarde. Ha colgado.

Dejo caer el brazo sobre el cojín del sofá sin soltar el teléfono.

Que sea tan directo conmigo debería asustarme. Que se muestre tan seguro de todo, siendo tan joven, solo es una fachada, ¿no?

«¿Pero no me sentía yo segura de que mi relación con Chase iba a ser para siempre? ¡Si me casé con él, por el amor de Dios!».

Ese pensamiento solo hace que me preocupe aún más, porque, si Reid está tan seguro de que lo nuestro tiene futuro, ¿qué me asegura que no vaya a cambiar de opinión el día de mañana?

—Dios, me encantan los margaritas. —Ella alza su copa y le da un buen sorbo con la pajita.

Es el segundo margarita que se toma esta noche, así que todavía estamos empezando.

Mojo un nacho en la salsa casera. Mientras Ella ya va por su segunda copa, yo voy por mi segundo bol de esta cosa tan rica.

—A mí también —comenta Jessica mientras mueve su copa en el aire. El líquido se resbala por encima del borde y ella se ríe y se chupa el que le ha caído en los dedos—. Me encanta salir por ahí con vosotras, chicas.

Sorprendentemente, todas las integrantes del club de lectura han podido venir esta noche, incluso Glenda, que está sentada a la cabeza de la mesa, hablando con el camarero. Creo que le está pidiendo que baje un poco la música, a lo que él niega con la cabeza y responde: «No puedo».

Glenda lleva razón. Aquí dentro hay demasiado ruido.

—Esta noche hay karaoke —comenta Cassandra, que está sentada a mi izquierda—. ¿Os apetece apuntaros?

Yo niego con la cabeza de inmediato.

—Oh, venga ya —suelta Ella, antes de meter un nacho en el bol de salsa del que me he apropiado. Después de comérselo, me acerco el bol discretamente—. Será divertido. *Nadie* de los que se apuntan al karaoke sabe cantar. O, bueno, normalmente no saben.

—Deberíamos estar decidiendo qué vamos a pedir. —Señalo la carta—. Para que la comida absorba todo el alcohol que estamos bebiendo —añado, cuando todas se vuelven a mirarme con diversión —. Somos demasiado mayores para acabar con resaca.

—Habla por ti. —Ella hace un pequeño bailecito en su asiento y le da un buen trago a su copa—. Yo pienso apuntarme al karaoke. ¿Te apuntas, Cassandra?

—Pues claro.

Se dirigen al lado opuesto del restaurante. Mientras se alejan, rezo en silencio para que no apunten a nadie más a la lista. Es decir, para que no me apunten a mí. Mi voz chillona solo conseguiría que todo el mundo saliese corriendo de aquí.

—Bueno —dice Glenda desde el otro lado de la mesa, con toda su atención puesta en mí—. Cuéntame más sobre tu historia.

Tomo mi margarita y le doy un sorbo para armarme de valor.

—¿Mi historia? —repito, para tratar de ganar tiempo.

—Todo el mundo tiene una, así que, ¿cuál es la tuya? Lo único que nos has contado es que tienes un exmarido y que te has mudado desde California. Tiene que haber algo más.

—Sí, vamos. —Jessica alarga el brazo hacia mí—. Cuéntanos más.

—No hay mucho más que contar. Era abogada, aunque ya sabéis que voy a abrir un estudio de arte. Ese siempre fue mi sueño: hacer algo que tuviese que ver con el arte. Pero acabé eligiendo el camino más práctico y, por lo tanto, el derecho. —Me aseguro de contarlo de la forma más simple posible. No quiero tener que hablarles de todo *eso* a mi nuevo grupo de amigas—. Conocí a mi ex en la universidad, nos casamos, me engañó y ahora, aquí estoy. Mi historia no es nada emocionante.

—¿Y ahora estás saliendo con alguien? —me pregunta Jessica —. Yo me encargo de responder las llamadas de Derrick y de su calendario. Está soltero y es guapo. Y también amable. Podría…

Niego con la cabeza.

—Ya tuve una cita con él.

Ella se deja caer en su asiento. Cassandra todavía no ha vuelto.

—¿Has tenido una cita? ¿Con quién? ¡Cuéntanoslo todo!

Se pone a dar saltitos en su asiento como si pensase que tengo un buen cotilleo que contarles. La ironía es que, en realidad, *sí* que lo tengo, pero no les voy a hablar de Reid. Se horrorizarían si lo hiciese, o se pondrían a gritar: «¡Esa es nuestra chica!», y no sé qué es peor.

—Con Derrick. —Bajo la mirada hacia los nachos y el bol de salsa con anhelo, pero no me puedo poner a comer cuando soy el centro de atención, así que van a tener que esperar—. Es el…

Hace un gesto con la mano.

—Todas sabemos quién es Derrick.

«Cierto. Es un pueblo pequeño».

Jessica se aclara la garganta, llamando de nuevo mi atención.

—¿Tan mal fue la cita? No ha salido con nadie desde que falleció su mujer.

—La cita fue bien.

Cassandra se deja caer en su asiento, volviendo a unirse a nosotras.

—¿Qué me he perdido?

—Via tuvo una cita con Derrick —comenta Ella.

Cassandra suelta un grito ahogado.

—¿En serio? Es *guapísimo*. No me puedo creer que no nos hayas dicho nada hasta ahora.

Me encojo de hombros.

—No pensé que fuese importante.

Se ponen a hablar todas a la vez, diciéndome que esta es una información *muy* importante que debería haberles contado antes. Me salvo de tener que responder a más preguntas porque el camarero llega para tomarnos nota. Y, para cuando todas le hemos dicho lo

que nos gustaría comer, llaman a Cassandra y a Ella para que suban al escenario a cantar y, por suerte, me libro de su interrogatorio.

Al menos, de momento.

23

REID

Cuando mi padre me invitó a cenar, no dudé ni por un momento en decirle que sí. Porque cenar en su casa significa que no voy a tener que cocinar esta noche. Además, es lunes, el peor día de la semana. ¿Quién tiene ganas de cocinar un lunes? Yo no, desde luego.

Me duele todo después de haberme pasado el día trabajando. Puede que esté en forma, pero mi cuerpo siempre acaba resentido después de una jornada como la de hoy. Se suponía que hoy iba a trabajar en la reforma de Via, pero mi padre me dijo que necesitaba que le echase una mano con otro proyecto, así que acabó mandando a otro hombre para que me sustituyese.

Me bajo del coche con un gruñido. Tengo las piernas que parecen de gelatina, como si hubiese hecho cinco mil sentadillas seguidas. Claro que, quizás, así haya sido.

—¡Tío Weed! —Una niñita llena de energía se lanza a abrazarme en cuanto cruzo el umbral.

Con un gruñido de dolor, me agacho para tomarla en brazos.

—Hola, Lili. ¿Cómo está mi chica favorita?

Me quedo helado al darme cuenta de algo. Lili lleva siendo mi chica favorita desde hace mucho tiempo, pero ahora existe otra mujer en mi vida que también está luchando por hacerse con ese título.

Hoy no he podido estar con Via durante mucho rato, pero al menos he podido verla. Es como una droga a la que me he vuelto adicto.

—Bien. —Lilibet me rodea el cuello con sus bracitos—. Me han dejado elegir una pegatina de la caja del tesoro.

—¿En serio? ¿Y eso por qué?

La zarandeo entre mis brazos para hacerla reír.

—No sé. Porque soy buena.

—Esa es una razón excelente para que te den una pegatina. ¿Dónde la tienes? ¿Te la has pegado en la camiseta? —Comienzo a buscarla con la mirada.

—No, tonto. Es demasiado bonita para usarla. La he dejado en mi cuarto, para poder verla siempre que quiera.

—¿Te ha llevado el abuelo a por un helado para celebrarlo?

Suelta un grito ahogado y ofendido.

—¡No! —Se retuerce entre mis brazos y, cuando la vuelvo a dejar en el suelo, sale disparada como un cohete hacia la cocina—. ¡Abuelo! ¿Dónde está mi helado por portarme bien?

Estoy seguro de que mi padre se arrepentirá de haberme invitado a cenar por haberle recordado a Lili lo del helado.

Toda la casa huele increíble. El aroma del ajo, los tomates y las demás especias impregnan el ambiente, y hace que me ruja el estómago mientras voy hacia la cocina.

—Hola, papá. —Cojo un vaso del armario y lo lleno de agua—. La cena huele genial. Gracias por invitarme.

Me dedica una sonrisa y se le arrugan las comisuras de los ojos. Mi padre sigue siendo bastante joven, pero largos y duros días de trabajo bajo el sol le han dejado la piel llena de pecas y más arrugas alrededor de los ojos de las que habría tenido si hubiese elegido cualquier otro empleo. Pero lo más probable es que las canas que le surcan el pelo se deban más a haber tenido que ocuparse él solo de mi hermana y de mí después de que nuestra madre falleciese.

—Gracias por venir. Tengo unas cuantas cosas de las que me gustaría hablar contigo.

«Genial».

Puede que solo sea sobre el trabajo, pero, a juzgar por su tono, tengo la sensación de que no solo tiene que ver con eso.

—Voy a poner la mesa —murmuro. Lo mejor que puedo hacer es distraerme un rato haciendo algo útil para no sucumbir al miedo, porque de repente me ha cerrado por completo el estómago—. ¿Y Layla?

—En la ducha. Ahora baja.

—Oye, enana. —Llamo a Lili chasqueando los dedos—. ¿Ya te has lavado las manos?

Me dedica un puchero antes de decirme que no.

—Pues lávate las manos, que vamos a cenar.

—Abuelo —lloriquea—, ¿de verdad tengo que lavármelas?

Mi padre le dedica una mirada de soslayo mientras Lili pestañea, intentando darle pena para que se ponga de su parte.

—Aquí los duendecillos gorrinos no cenan. Vete a lavar las manos y ayuda a Reid a poner la mesa.

Le guiño un ojo, la tomo en brazos y me la llevo hasta el fregadero. Después la dejo sobre la banqueta que hay justo enfrente y abro el grifo. Le echo un poco de jabón en la palma y le recuerdo cómo tiene que lavarse las manos para librarse de todos los gérmenes. Mi madre siempre nos lo recordaba a Layla y a mí cuando éramos pequeños. A veces me pregunto qué pensaría si estuviese aquí ahora. Estoy seguro de que adoraría a Lili y de que la malcriaría todo lo que pudiese y más. Aunque no sé si mi madre sería capaz de malcriarla más de lo que lo hace mi padre.

En cuanto termina de lavarse las manos, Lili se pone a llevar los vasos y los cubiertos a la mesa. Yo me encargo de sacar los cuencos para la pasta que le gustan a mi padre y él sirve la pasta. Sus espaguetis son los mejores. Hace la salsa desde cero y se niega a desvelar cuál es el ingrediente secreto.

Después de rallar un poco de parmesano fresco encima de cada plato, los llevo todos a la mesa.

Layla baja las escaleras haciendo mucho ruido, como siempre. Cuando éramos pequeños, también bajaba así, dando pisotones.

—Me muero de hambre —gime. Dobla la esquina mientras se envuelve el pelo húmedo en una toalla—. Gracias por preparar la cena, papá.

—De nada —responde a la vez que llena los vasos de agua con una jarra.

Sentarnos todos a cenar juntos es muy agradable. No lo hacemos lo suficiente. Desde que me mudé, no me paso por aquí a cenar con ellos a menos que mi padre me invite.

Lo que me lleva de vuelta a la teoría de que me ha invitado con alguna clase de motivo oculto. Pero me da igual, porque jamás le diría que no a una buena cena gratis.

—¿Qué tal el trabajo? —le pregunto a mi hermana mientras enrollo los espaguetis con el tenedor.

Me lanza una mirada molesta.

—Es trabajo. Eso es todo lo que tengo que decir al respecto. —Suspira con pesar.

Todos los planes de futuro que tenía mi hermana se fueron al traste en cuanto se quedó embarazada. Ha conseguido hacer muchas de las cosas que tenía pensadas, aunque ella no sea capaz de darse cuenta. También es una buena madre, pero es demasiado dura consigo misma.

Lo único en lo que ha «fracasado» es en su vida amorosa, porque siempre elige a los peores hombres.

—Sigo pensando que deberías solicitar ese trabajo como bloguera, o de lo que sea —interviene mi padre.

—¿Qué trabajo?

Yo no sabía nada de eso. ¿Por qué ya nadie me cuenta nada? Es como si hubiese perdido el privilegio de estar al día con sus vidas desde que me mudé.

Layla frunce el ceño y se le escurre el tenedor de la mano, como si no tuviese fuerzas para sostenerlo.

—Es una tontería.

Papá la fulmina con la mirada.

—No es ninguna tontería. —Entonces se vuelve hacia mí y añade—: Es para un blog…

—Videoblog, papá. Es una *vlogger*. Va a haber un millón de personas que soliciten el puesto. Es superpopular. Es imposible que lo consiga, así que ¿qué sentido tiene que lo intente?

—¿En qué consiste el trabajo exactamente? —le pregunto mientras me siento un poco más erguido—. ¿Tendrías que viajar? ¿Mudarte?

—No. Es a distancia. Tendría que ocuparme de echarle una mano con sus redes: editar fotos, hacer gráficos que pueda compartir, organizar su calendario… Esa clase de cosas.

—Pues solicítalo —le digo—. No tienes nada que perder.

Me fijo en cómo se le hunden los hombros.

—Estoy cansada de que me rechacen.

—Layla. —Apoyo ambas manos sobre la mesa y la observo fijamente. Puede que ella sea la mayor, pero a veces me siento como si lo fuese yo—. Lo peor que puede pasar es que te digan que no o que no te contesten. No se va a acabar el mundo por eso. No va a cambiar nada si te dicen que no, pero si te eligen, *todo* podría cambiar. Así que, te lo repito, ¿qué tienes que perder?

Se queda mirando fijamente su cuenco de espaguetis, como si escondiese las respuestas a todas sus preguntas.

A veces me olvido de que hubo una época en la que mi hermana tenía objetivos y sueños lejos de este pueblo. Pero decidió quedarse aquí para criar a Lilibet.

—Me lo pensaré. ¿Vale? ¿Contentos?

Lili le acaricia el brazo.

—Muy contentos, mami. Lo vas a hacer genial.

Lili en realidad no entiende de qué estamos hablando, pero que confíe tan ciegamente en su madre es muy bonito. Es una buena hija. Layla está criando a una niña increíble, a pesar de tenerlo todo en contra al ser madre joven.

La cena es bastante calmada después de eso. Estoy empezando a pensar que quizás me he adelantado a los acontecimientos al creer que era una encerrona, pero entonces mi padre carraspea con fuerza. No es esa clase de carraspeo de «ah, tengo algo en la garganta». Es más bien el de «prestadme atención todos».

Tanto Layla como yo nos volvemos hacia él, que está sentado a la cabeza de la mesa. Pero no está mirando a Layla, solo a mí.

«Estupendo».

—Quería hablar contigo de algo.

—Muy bien. —Deslizo mi plato vacío hacia el centro de la mesa —. Dispara.

Me muero de ganas por cruzarme de brazos, pero me aseguro de mantenerlos donde están. Lo último que quiero es enfrentarme a esta conversación con actitud defensiva.

—¿Hasta cuándo tienes pensado trabajar a media jornada? Ha llegado el momento de que elijas. ¿Quieres trabajar como mecánico o para mí? Siempre he querido dejarte la empresa cuando me jubile. —Entrelaza los dedos—. Pero lo que yo quiera aquí no importa. Solo lo que quieras tú. Así que, ¿qué es lo que quieres, hijo?

En este momento quiero hacerme un ovillo por toda la presión que está poniéndome sobre los hombros. Eso es lo que quiero.

Me gusta la carpintería, claro, pero no me apasiona y, sinceramente, tampoco quiero dirigir en un futuro su negocio. Mi padre siempre ha sido sincero conmigo en eso de que quería que yo heredase algún día su empresa, y yo siempre me he odiado en secreto por saber que jamás podría hacer ese sueño realidad.

A estas alturas ya debería saber qué es lo que quiero: tener claro el camino que quiero seguir. Eso es lo que me está queriendo decir, que ha llegado el momento de ponerme las pilas y decirle si quiero pasarme el resto de mi vida reparando coches o dejar atrás ese sueño de una vez por todas y trabajar solo para él hasta que esté listo para hacerme cargo del negocio.

Layla no sabe qué quiere hacer el resto de su vida y es mayor que yo, pero tiene una hija, así que tiene una excusa mejor que la mía.

—¿Reid? —me apremia.

—Lo siento. —Sacudo la cabeza para tratar de aclararme las ideas—. Yo… eh… Sabes que no quiero pasarme toda mi vida trabajando en la construcción. La empresa… no la quiero.

Me hundo en mi asiento en cuanto esas palabras salen de mis labios.

La idea de pasarme el resto de mi vida como contratista me da ganas de vomitar.

Mi padre suspira con pesar, como si lo comprendiese.

—Me imaginaba que dirías eso. —Se pasa las manos por el pelo y aprieta los labios con fuerza. Cuando alza de nuevo la mirada hacia mí, me observa con intensidad—. Estás despedido.

—¡Papá! —grita Layla—. No puedes…

—¿Por qué? —le pregunto con calma, con curiosidad.

Se recuesta de nuevo en su asiento.

—Porque si no te gusta, si esto no te hace feliz, entonces no deberías perder el tiempo trabajando para mí. —Dicho eso, se levanta y recoge su plato y el de Lili—. Tienes que centrarte en hacer lo que a ti te guste, lo que te apasione. Así que estás despedido. Así podrás pasarte más tiempo arreglando coches.

Por desgracia, Big Dan no puede permitirse contratarme a tiempo completo, así que voy a tener que buscar un segundo trabajo de todos modos, a menos que tenga un golpe de suerte y encuentre un taller que busque mecánico.

—Te estoy haciendo un favor. —Me observa con tristeza y frunce los labios en una mueca disgustada. Le decepciona que no quiera seguir sus pasos, pero me quiere demasiado como para anteponer sus propios deseos a los míos—. Ya lo verás.

Dejo caer la cabeza.

—Lo sé.

Layla me lanza una mirada triste. Sabe que no me gusta decepcionar a papá.

Ayudo a limpiar y, como es tarde, le doy un abrazo a Lili y me despido de Layla y de mi padre.

—¡Reid, espera! —me grita él cuando estoy a punto de llegar al coche.

Me giro y me lo encuentro observándome con expresión preocupada. Tal vez piensa que estoy enfadado o molesto por lo que ha ocurrido, pero estoy más resignado que otra cosa. En el fondo, sabía que esto iba a ocurrir tarde o temprano.

—¿Sí? —le pregunto al verlo ahí, callado, mirándome fijamente bajo la luz anaranjada del porche.

El tono intenso le marca las ojeras oscuras y grisáceas. Está claro que últimamente no está durmiendo muy bien. ¿Es porque le preocupaba tener esta conversación conmigo? ¿Tiene algo que ver con Layla? ¿O es por otra cosa?

No le pregunto nada al respecto. No porque no me preocupe, sino porque no quiero meterme en sus asuntos. Si quiere contármelo, me lo contará.

—Lo entiendes, ¿verdad? No… —Se aclara la garganta—. No estoy haciendo esto para hacerte daño.

Me meto las manos en los bolsillos y me ajusto la chaqueta de cuero. Debería haberme puesto un abrigo de verdad, pero entonces perdería la poca reputación de malote que tengo.

—Lo sé. —Me acerco de nuevo al porche y lo abrazo—. Te quiero, papá.

Él me devuelve el abrazo con más fuerza que antes, como si no quisiese soltarme jamás.

—Yo también te quiero.

Cuando me suelta, da un paso atrás y se queda en el porche, viendo cómo me alejo y me subo a mi coche. Su mirada protectora no me abandona hasta que me pierde de vista.

Lo que me hace preguntarme qué pensaría si supiese que me estoy enamorando de la mujer que le gusta.

Puede que Via no se haya dado cuenta, pero yo sí que me he fijado esta mañana. Por la forma en la que la mira, puede que mi propio padre acabe convirtiéndose en mi rival.

24

VIA

He estado esperando a que llegase la reunión del club de lectura de esta semana con más ganas de lo normal, sobre todo después de la locura que fue la noche de margaritas, en la que al final *consiguieron* convencerme y acabé cantando en el karaoke. Fue una noche de locos. Al menos para mí.

Cuando me mudé aquí, no me preocupaba la posibilidad de hacer o no amigos. Tenía cosas más importantes de las que preocuparme. Por eso me alegro tanto de haber entrado en la librería aquel día y haber conocido a Ella. Sin ella, jamás me habría unido al club de lectura ni habría conocido a estas mujeres tan increíbles.

Con el libro de esta semana bajo el brazo, voy hacia la puerta. No debería haberme molestado siquiera en traerlo, porque solemos pasarnos tan solo cinco minutos hablando de él antes de que la conversación se vaya por otros derroteros, como sus molestos maridos, los trabajos agotadores y las cosas del día a día en general.

Cuando llego a la puerta, entro sin llamar. El aroma a galletas recién horneadas llena la estancia y la mesita de centro está cubierta de sándwiches de todos los sabores, cortados en pequeños triangulitos, fruta fresca, queso y mil cosas más.

El club de lectura no escatima en gastos.

—¡Via! ¡Ya has llegado!

Ella se levanta de un salto del sofá y viene corriendo hacia mí. Tiene la misma energía que un cachorrito, y le tengo un poco de envidia por ello. Ni siquiera en los días en los que estoy muy feliz tengo tanta energía como ella.

—¿Estás segura de que no debería haber traído algo? —le pregunto en un susurro.

Le mandé un mensaje a Ella a principios de la semana para ver si tenía que traer algo para picar o incluso el postre, pero me dijo que no era necesario.

—¿Es que no ves toda esta comida? Créeme, no nos hace falta nada.

—Dejad de hablar en susurros —nos reprocha Glenda—. Que no os oigo.

Ella suelta una suave carcajada y se aleja de mí.

—Eso es justo por lo que estábamos hablando en susurros.

—Lo sé, pero soy una cotilla.

Tengo que reconocerle a Glenda el mérito por haberlo admitido en voz alta.

Ella niega con la cabeza.

—Vamos, pilla una bebida y algo de comer.

Eso es justo lo que hago, y después me dejo caer en el sofá, al lado de Cassandra.

Lucy da un sonoro aplauso, sobresaltando a Glenda, que estaba demasiado ocupada examinando la mesa junto a ella. ¿Por qué motivo? Ni idea.

—Me alegro de que todas hayáis podido venir. ¿Alguna novedad en vuestras vidas?

A mi lado, Cassandra sonríe.

—A mí me han ascendido en el trabajo. Me hace muchísima ilusión, y el aumento de sueldo nos vendrá muy bien a mi marido y a mí para seguir ahorrando para los tratamientos de fertilidad.

Me quedo helada.

Intento no pensar mucho en todo el tema de la fertilidad —o infertilidad— y los bebés. Creía que a estas alturas de la vida ya tendría al menos un hijo, preferiblemente dos. Pero, en cambio, sigo sin tener ninguno, tengo problemas de infertilidad *y* me he divorciado. Viéndolo ahora en retrospectiva, me doy cuenta de que si hubiese tenido hijos con Chase habría cometido un terrible error. Da igual lo mucho que los hubiese querido, él jamás habría podido ser un buen padre.

—Ay, eso es genial —grita Ella—. Deberíamos organizar una recaudación de fondos para Jake y para ti esta primavera.

Cassandra agacha la cabeza haciéndose pequeña.

—No, no hace falta. En serio. Puede que tardemos unos años más en ahorrar lo que necesitamos, pero lo conseguiremos.

Años.

Yo tengo treinta y dos.

Y las manecillas de ese maldito reloj biológico siguen corriendo, como si fuese una bomba de relojería. No estoy siendo una exagerada al pensar que me quedo sin tiempo.

Me levanto del sofá y todas las miradas se vuelven hacia mí.

—¿Dónde está el baño, Lucy?

Nunca había tenido que ir al baño en su casa hasta ahora, así que no tengo ni idea de dónde está.

—Al final del pasillo, la segunda puerta a la izquierda. ¿Te encuentras bien?

—Sí —respondo, sin mirar a ninguna de las mujeres a los ojos mientras salgo de allí a toda prisa.

Encuentro el baño bastante rápido y me encierro dentro. Respiro hondo, temblorosa, y abro el grifo para dejarlo correr un momento. Me aferro al borde del lavabo con tanta fuerza que los nudillos se me quedan blancos.

Me quedé embarazada dos veces.

En todos los años que nos pasamos intentando tener un hijo, vi dos pruebas de embarazo positivas. No le hablé a Chase de ninguna. Quizás, en el fondo, sabía que jamás llegarían a término. Fuera por el motivo que fuese, ahora eso da igual.

Pero no hace que la ira que siento hacia mi propio cuerpo disminuya.

Que lo único para lo que está biológicamente programado sea justo aquello que no es capaz de hacer.

Mi propio cuerpo no quiere que tenga un bebé.

Ese pensamiento me enloquece. He gritado y llorado por ello. He suplicado a quien quiera que esté ahí arriba que me escuchase y que lo arreglase.

Pero eso no cambia nada.

Ni la ira.

Ni la tristeza.

Esta es mi realidad.

Respiro hondo varias veces para calmarme y me lavo las manos. Acto seguido, me estiro la camiseta y alzo la cabeza antes de salir del baño. Por suerte, para cuando vuelvo a sentarme, la conversación ha pasado a tratar temas bastante más seguros.

—¿Estás bien?

Cassandra deja caer una mano con dulzura sobre mi pierna y me observa con el ceño fruncido.

—Sí, sí. Estoy bien.

Le dedico una sonrisa tranquilizadora.

Odio que ella también esté luchando contra la infertilidad, pero odio más ser una cobarde. Mi instinto me ha gritado que huyese en vez de quedarme a escuchar su historia o a compartir la mía con ella para que supiese que no está sola.

Me paso el resto de la reunión totalmente disociada. Ella se da cuenta e intenta involucrarme de nuevo en la conversación varias veces, pero sin éxito. La comida, que de normal me parece deliciosa, ahora me sabe a cartón, así que apenas pruebo bocado.

Cuando por fin termina la reunión, les suelto una excusa sobre que creo que me he dejado la plancha enchufada en casa y salgo corriendo para huir de allí. Por suerte, ninguna comenta nada sobre que hoy no llevo el pelo liso, sino ondulado y al natural.

Normalmente ya no suelo caer en esta espiral de desesperación. Tras el divorcio, hice mis sueños de ser madre a un lado durante una temporada y los enterré en lo más profundo de mi mente. Porque, si no, duelen demasiado.

Es duro desear algo con tantas ganas, algo a lo que, como mujer, sentía que tenía *derecho*, solo para darme cuenta, al final del día, de que en esta vida nada está garantizado.

Me largo de allí cuanto antes y, cuando llego a mi piso, me quito la ropa a toda prisa y me tambaleo hasta mi habitación. Nunca me meto en la cama cuando todavía es de día, pero hoy hago una excepción. Me arrastro debajo de las sábanas, me las echo encima y me hago un ovillo hasta que me siento a salvo.

Y solo entonces me permito llorar.

—¿Qué te pasa?

Pues claro que mi hermana se iba a dar cuenta de que algo no iba bien en cuanto respondiese a su llamada de FaceTime.

—Nada.

Dejo que el pelo me caiga sobre la cara con la esperanza de que oculte mis ojos enrojecidos.

—Has estado llorando —me acusa mientras observa la pantalla con los ojos entrecerrados—. ¿Qué ha pasado? ¿Ha ocurrido algo con Reid?

—No. —Niego con la cabeza y se me escapa una carcajada amarga—. Reid es genial.

Me observa con los ojos tan entrecerrados que no sé cómo puede ver nada.

—Via —pronuncia mi nombre con dulzura, como si estuviese hablando con un animalillo asustado—. No es por Chase, ¿verdad?

Me llevo una mano a la frente. Noto cómo me palpita la cabeza justo detrás de los ojos, todo por culpa de haberme pasado el día llorando. Es extraño eso de llorar por algo que has deseado tanto, por una vida y un futuro que jamás tendrás.

—No, por Dios, claro que no. Esto no tiene nada que ver con él.

—¿Entonces? ¿Qué te pasa? ¿Es que estás con la regla? Por Dios. Dime que no es porque has vuelto a ver *Recuérdame*. *Sabes* que esa película siempre te hace llorar.

Tomo un par de ibuprofenos y me los trago con un poco de agua.

—Izzy. —Quiero cortarla, pedirle que lo deje estar, pero ¿a dónde me ha llevado guardarme este secreto? No gano nada aferrándome a este dolor en lugar de compartir la carga con los demás—. Nunca… nunca te he contado que Chase y yo estuvimos intentando durante mucho tiempo que me quedase embarazada, pero no pudimos.

Me observa con la boca entreabierta y los ojos como platos.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque no era problema tuyo.

La veo fruncir el ceño.

—Via, soy tu hermana. A mí puedes contarme cualquier cosa. Lo bueno, lo malo y lo horrible. Sabes que siempre me vas a tener de tu lado, ¿verdad?

—Lo sé, pero creo que… creo que me daba *vergüenza*. —Agacho la cabeza porque odio esa palabra—. Sé que tener problemas de infertilidad no es algo de lo que avergonzarse, pero me sentía… me *siento* como si mi propio cuerpo me hubiese traicionado. Se supone que solo tiene que hacer una tarea biológica. —Alzo un dedo—. Y ni siquiera… puede.

Todavía no ha relajado el ceño fruncido y me observa con una mezcla de tristeza y lástima. La tristeza puedo soportarla. Es la lástima la que me hace querer ahogarme en mis penas.

—Ojalá supiese qué decirte, pero no lo sé.

—No tienes por qué decir nada. Es solo que… supongo que me alegro de habértelo contado por fin.

Le cuento todo sobre los años que me pasé viendo una prueba de embarazo negativa tras otra, y lo que sentí al ver por fin una positiva, solo para sufrir un aborto días después. Le hablo también de ese segundo positivo, meses después del primero, y de lo que sentí cuando fui al médico y me dijo que no había latido y que mi cuerpo no había podido procesarlo todavía.

Para cuando termino, las dos estamos llorando.

—Ojalá me lo hubieses contado antes —dice, fuera de cámara. Un momento después, vuelve a aparecer en mi pantalla con una caja de pañuelos y Wonton en brazos—. Podría haber estado a tu lado.

Se me encoge el corazón.

—Lo sé. Debería habértelo contado.

Se suena la nariz.

—Ahora mismo me siento tentada a tomar otro vuelo e ir a verte.

Por mucho que eso me gustaría, sé que no puede hacerlo.

—Te veré pronto. Por Navidad, ¿verdad?

—Sí. —Se anima un poco al oírme mencionarlo—. Ya he comprado el billete y todo.

Sé que se acaba de ir, pero ya me muero de ganas por volver a verla. Me duele haber tenido que mudarme al otro lado del país para darme cuenta de lo mucho que disfruto de pasar tiempo con mi hermana pequeña.

—¿Te sientes mejor ahora?

Se muerde el labio inferior, como si no estuviese segura de si esa es la pregunta adecuada en este momento o no.

—Un poco. Aunque sigo estando triste.

Deja a Wonton en el suelo y se acerca un poco más a la pantalla.

—Tienes derecho a estar triste, Via. No tienes por qué ser fuerte todo el tiempo.

Eso es más fácil decirlo que hacerlo.

Quizás es porque soy la hermana mayor, pero siempre he sentido que sobre mí han puesto mucha más presión. Ella hizo lo que quiso y se labró una carrera exitosa como *influencer* en redes sin que nuestros padres le dijesen nada al respecto. Si yo hubiese hecho lo mismo, nunca me habrían dejado en paz.

—Lo sé —respondo al final con un asentimiento.

—Te quiero, Via-Mia.

Sonrío al oírla llamarme por mi apodo.

—Yo también te quiero, Izzy-Tizzy.

Entonces cuelgo la llamada y me vuelvo a quedar sola en mi piso.

25

REID

VIA
¿Hoy vas a venir a trabajar a mi casa?

Sonrío mientras observo la pantalla. Me gusta que se refiera a ello como «su casa».

Joder, ¿tan patético soy que todo lo que hace o dice esta mujer me parece adorable?

Sí, lo soy.

«Genial».

No, me han despedido.

Debería darle más detalles, pero no lo hago porque, de forma egoísta, espero que me llame. Y, efectivamente, mi teléfono comienza a sonar de inmediato.

Mi sonrisa se ensancha.

—¿Hola?

—¿Te han despedido? —me pregunta prácticamente a gritos—. ¿Por qué? ¿Tu padre se ha enterado de lo nuestro? ¿Es por eso? ¿Te he metido en un lío?

Tomo mi taza de café y me río.

—No, no se ha enterado de lo nuestro. Al menos, no de momento.

Porque, si me salgo con la mía, se acabará enterando de que estamos juntos tarde o temprano.

—Entonces ¿por qué te ha despedido?

Suspiro y me pellizco el puente de la nariz.

—Supongo que me está haciendo un favor. Sabe que no me apasiona trabajar en la construcción y que no quiero dirigir su negocio en un futuro. Y… —Respiro hondo—. Me ha echado para que tenga más tiempo para centrarme en lo que me gusta.

—Ah. —Se queda en silencio por un momento—. Eso tiene sentido. ¿Cómo te sientes al respecto?

Me encojo de hombros, pero me doy cuenta rápidamente de que no puede verme.

—No se equivoca. Lo que pasa es que odio tener veintiún años y no tener ni idea de qué hacer con mi vida.

Via suelta una carcajada dulce.

—Reid, tienes *veintiún años*. Nadie espera que tengas todo resuelto a tu edad.

—Bueno, pues *yo* sí. Seguro que tú sabías perfectamente qué hacer con tu vida a mi edad.

La oigo murmurar algo al otro lado.

—Cuando tenía veintiún años estaba saliendo con el hombre con el que me acabaría casando y a punto de convertirme en abogada. ¿Tengo que recordarte que ahora estoy divorciada y que ya no ejerzo? No creo que tu argumento sirva en este caso.

Me quedo mirando mi café con tristeza.

—*Touché*.

—¿Cuándo podré volver a verte?

Su pregunta me acelera el corazón.

Casi siempre he sido yo quien ha propuesto vernos o, bueno, más bien quien le ha suplicado que me dedicase más tiempo. ¿Y ahora es ella la que me lo está pidiendo a mí? Me siento literalmente en una nube.

—Cuando quieras.

—¿Ahora?

De nuevo, me invade una emoción que no logro nombrar y que hace que se me acelere el corazón.

—Si quieres.

—Sí… quiero, claro que quiero.

—Esto no cuenta como cita —le advierto—. No pienses ni por un momento que esto va a hacer que estés más cerca de volver a bajarme los pantalones.

—¡Reid! —se ríe.

Casi puedo imaginarme lo sonrojadas que tendrá las mejillas en este momento.

—Tráete material de pintura. Me voy a cobrar lo que me debes por lo del ratón.

—¿Quieres que te dé clase hoy?

—Mmm —murmuro mientras me tomo lo que me queda de café —. Sí.

—Muy bien. Nos vemos en una hora. ¿Te parece bien?

—Perfecto.

No me puedo borrar la sonrisa tonta de la cara cuando veo a Via de pie al otro lado de mi puerta. Lleva un abrigo azul de plumas y un gorro a juego que se ha calado hasta cubrirse las orejas y la frente.

—Hace frío —se queja mientras se mueve de un lado a otro—. Déjame entrar.

—Claro.

Le quito la bolsa de tela gigante del hombro y me aparto para dejarla pasar.

Se quita las botas y las deja en el suelo, justo al lado de las mías.

—Ha empezado a nevar de la nada. En lo que he tardado en llegar de mi casa aquí han debido de caer al menos siete centímetros de nieve.

Enarco una ceja.

—¿Solo siete? Qué pena, eso no es nada.

Me da un golpe en el pecho.

—No empieces.

Sin dejar de temblar, se quita el abrigo y lo deja sobre una de las banquetas de la cocina. Lleva puesto un jersey de lana, pero aun así me preocupa que no vaya lo bastante abrigada.

—¿Quieres que te preste una sudadera?

Me observa con los ojos como platos y asiente de inmediato.

—Sí, por favor.

—Voy a buscarte una.

Dejo su bolsa justo al lado de la banqueta y me dirijo a mi cuarto. Acabo de hacer la colada, pero en vez de darle alguna de las limpias, tomo la sudadera que me puse anoche. Me gusta saber que va a oler a mí. Quizás eso me convierta en un neandertal, pero ¿qué le vamos a hacer? Tampoco es como si hubiéramos evolucionado mucho desde entonces.

Cuando regreso al salón, me la encuentro de rodillas y con el culo en pompa, colocando todos los materiales sobre la mesita de centro. Tengo que morderme la lengua para contener un gruñido.

«Sé bueno», me recuerdo.

Carraspeo y le tiendo la sudadera.

—Toma.

—Gracias. —Me dedica una sonrisa y tengo la sensación de que las putas rodillas me flaquean un poco. Se la pone y la tela la engulle por completo—. No sabía qué ibas a querer aprender, así que he traído un poco de todo. —Se pone a tironearse de un padrastro y añade—: Voy a ser completamente sincera contigo, no tengo ninguna clase de estudios artísticos.

Parpadeo y contengo una sonrisa.

—¿Via?

—¿Sí?

Se sienta en el suelo y se cruza de piernas mientras juguetea con el cordón de la sudadera.

—Ya me has contado que estudiaste Derecho, no Bellas Artes.

Se sonroja.

—Es que quería dejar bien claro que en realidad no soy ninguna clase de profesora de arte. Solo soy alguien a quien le encanta pintar y que quiere ayudar a aquellas personas a las que también les gusta.

—Lo sé. —Me siento a su lado y estiro las piernas junto a la mesita de centro. Cuando nuestros brazos se rozan, se vuelve hacia mí y baja la mirada hacia mis labios. Joder, me muero por besarla—. Además, el arte no debería tener normas. Debería solo… existir.

Me encojo de hombros y examino los materiales que ha traído. Ha llenado la mesa de cuadernos de dibujo, bolígrafos de difuminado, pinturas, pinceles y carboncillos.

—En eso estoy de acuerdo.

Se recoge la melena en una coleta. Su pelo tiene un tono marrón oscuro precioso, con algunos destellos rojizos y violáceos.

Eso, decido, es justo lo que quiero dibujar.

Su pelo enredado alrededor de mi puño.

Ya puedo imaginarme la forma en la que sus mechones se deslizarían entre mis dedos, los colores que quiero usar para pintarlos…

—¿Me estás escuchando?

Aprieto los labios.

—Lo siento, estaba pensando.

Me dedica una sonrisa divertida y suave.

—Te estaba preguntando con qué quieres empezar.

Me paso la lengua por los labios para humedecerlos y me fijo en cómo sus ojos se deslizan sobre ellos, siguiendo el movimiento, con las pupilas dilatadas.

—Creo que voy a empezar con papel y lápiz, lo básico.

Oigo cómo se le entrecorta la respiración y baja la mirada hacia su regazo.

Cada vez que estamos juntos de esta forma es como si estuviésemos jugando con fuego. Me resulta casi imposible no tocarla, pero lo consigo. Quiero que sepa que esto es mucho más que solo sexo para mí. Que *me gusta* ella, no solo su cuerpo. Pero es difícil, porque incluso el aire parece chisporrotear con la tensión que existe entre nosotros.

Con dedos torpes, toma un cuaderno de dibujo y me lo tiende, junto con un paquete nuevo de lápices. No necesito que me dé clases. Se me da bastante bien dibujar. Pero cualquier excusa es buena para pasar más tiempo con ella.

—He pensado que podríamos dibujar un rato para empezar. Si tienes alguna pregunta, hazla y trataré de responderte, pero sé que esto se te da bien.

Se muerde el labio y me recorre de arriba abajo con la mirada.

Noto cómo todo mi cuerpo entra en calor. Sé que está pensando en los tatuajes que escondo bajo toda esta ropa.

—Muy bien. —Abro el cuaderno de dibujo y me recuesto contra el sofá—. Tú avísame si necesitas que me desnude para asegurarte de que has plasmado bien las proporciones.

Me observa boquiabierta y contiene un grito sorprendido.

—¡Reid!

Me río.

—Lo siento, tenía que decirlo. Pero ahora, en serio, si alguna vez necesitas un modelo de desnudo para tus experimentos artísticos, avísame.

—Lo tendré en cuenta.

Rehúye mi mirada, como si le diese miedo que vea algo reflejado en su expresión que no quiera confesarme todavía.

Ah. Entonces lo comprendo todo.

Esbozo una sonrisa socarrona.

—Ya me has dibujado.

Es una afirmación, no una pregunta.

—Yo… no.

Pero la forma en la que lo niega me deja claro que está mintiendo.

Chasqueo los dedos.

—Sí que lo has hecho. ¿Qué es lo que has dibujado?

La curiosidad me gana. ¿Qué parte de mí, de mi cuerpo, es la que más le gusta?

—Reid —ruega, cerrando los ojos.

—Quiero saberlo. —Sé que estoy suplicando, pero me da igual —. Por favor.

Respira hondo y su pecho sube y baja al tomar aliento, al tiempo que se da golpecitos suaves con los dedos en los muslos, sobre los vaqueros.

—Tus antebrazos. —Baja la mirada hacia ellos y se fija en mis mangas arremangadas—. Tus manos. Tus labios. El hoyuelo que te sale en la mejilla. Solo… a ti.

Quizás sea algo mucho más inocente de lo que estoy pensando, pero, aun así, no quepo en mí de gozo en este momento. Porque le

gusto *todo* yo.

—¿Qué dirías si yo te dibujase a ti?

Aprieta los labios, frotándolos entre sí.

—Me gustaría saber cómo me ves.

Golpeo la página en blanco con la punta del lápiz.

—Acepto el reto.

Vuelvo de golpe al presente cuando Via deja su cuaderno sobre la mesa, se levanta y estira los brazos sobre la cabeza.

—Tengo que ir al baño.

Abro la boca para decirle dónde está, pero entonces me acuerdo de que ya lo sabe.

—Adelante —le digo en cambio, mientras dejo mi cuaderno de dibujo sobre el sofá.

Se aleja por el pasillo y yo me las apaño para ponerme en pie con dificultad, tanto que me cruje la espalda cuando me estiro.

Son más de las dos, lo que significa que me he saltado el desayuno y la comida.

Me ruge el estómago, como si mi cuerpo quisiese recordármelo.

Al oír el sonido del agua corriendo de fondo, echo un vistazo por la ventana.

—Oh, mierda.

Via sale corriendo del baño.

—¿Qué pasa?

Le pido que se acerque con un gesto de la mano y señalo el manto de nieve que cubre el suelo al otro lado de la ventana. Los coches del aparcamiento están enterrados bajo una capa de al menos treinta centímetros.

—Eso no pinta bien —murmura—. Debería volver ya a casa.

La agarro del brazo cuando se dispone a alejarse.

—Via —pronuncio su nombre en una especie de suspiro incrédulo—. No puedes estar diciéndolo en serio.

La veo morderse el labio inferior, preocupada, y volver a echar un vistazo por la ventana.

—No puedo quedarme aquí.

—Creo que no te queda otra opción.

Frunce el ceño, lo que me deja claro que eso no era lo que esperaba oír.

—Volveré a casa peleándome con la tormenta si hace falta.

—Via. —Esta vez pronuncio su nombre con más dureza—. Estás loca si crees que te voy a dejar conducir con este tiempo. Todavía sigue nevando.

En esta zona nieva bastante, pero hoy está nevando más que de costumbre y está cuajando muy rápido. Además, Via lleva toda la vida viviendo en California. A pesar de lo que crea, no sabe cómo enfrentarse a esta clase de clima ni cómo conducir con nieve, y tampoco tiene el coche adecuado para ello.

—No puedo quedarme a dormir aquí.

Me cruzo de brazos.

Sé que me estoy poniendo a la defensiva. ¿Y qué?

—¿Por qué no?

Se mete las manos en el bolsillo de mi sudadera, encogiéndose sobre sí misma.

—No estaría bien.

—¿Por qué no iba a estar bien? —insisto.

No me trago esa excusa de mierda. Es abogada; debería saber mejor que nadie que eso no valdría para convencerme ni para que dejase de insistir.

—Reid.

—Via.

Puede que esta discusión me resultase más divertida si no estuviese siendo tan cabezota. Aunque jamás la dejaría marcharse con este tiempo.

Via suelta un suspiro derrotado.

—Si me quedo, ¿qué nos asegura que no va a pasar nada entre nosotros?

Esbozo una sonrisa lentamente y el corazón comienza a latirme acelerado.

—¿Esta es tu forma de decir que quieres que me desnude?

—No puedes negar que, siempre que estamos a solas, eso es justamente lo que acaba ocurriendo.

La recorro de arriba abajo con la mirada. Quiero acercarme un poco más a ella, sostenerle la mano, pero me quedo quieto. Está claro que se siente atrapada, como un animalillo aterrorizado, y no quiero asustarla.

—Durante nuestra primera cita nos pasamos toda una tarde aquí los dos solos y no te desnudé, así que creo que podré resistirme otra vez.

La veo apretar los labios con fuerza y rehuir mi mirada.

La observo con los ojos entrecerrados, tratando de adivinar por qué esto le supone un problema tan grande… *Ah*.

—¿Crees que eres *tú* la que no va a poder resistirse *a mí*?

Via presiona la lengua contra el interior de la mejilla, lo que hace que sobresalga un poco, como si fuese una ardillita adorable con la boca llena.

—Soy capaz de controlarme perfectamente, muchas gracias.

—Entonces —digo, alargando cada letra—, ¿qué problema hay?

Como si acabase de tomar una decisión, alza la mirada de nuevo hacia mí.

—¿Qué probabilidades hay de que tu padre venga a comprobar qué tal estás?

«Ah, eso lo explica todo».

—Ninguna.

—¿Estás seguro?

—Increíblemente seguro. —Asiento con la cabeza, decidido—. Estará ocupado en casa con Layla y con Lili. No va a venir a ver qué tal estoy con la que está cayendo.

Via se lleva las manos a los ojos y se los presiona con fuerza.

—Estoy comportándome como una tonta. Lo siento.

—Ojalá no te diese tanto miedo que te pillasen conmigo.

Eso la hace estremecerse, como si la hubiese golpeado.

—Eso no… No es por eso.

—Es justo por eso —repongo con calma, mientras paso a su lado de camino a la nevera. Tengo la boca como el desierto del Sáhara después de esta conversación—. Déjame hacerte una pregunta, Via. —Lleno un par de vasos de agua y le tiendo uno. Ella le da un sorbo con nerviosismo mientras espera a que siga hablando

—. Cuando tuviste la cita con mi padre, ¿te preocupaba *vuestra* diferencia de edad del mismo modo en el que te preocupa la nuestra? Porque, según mis cálculos, te llevas los mismos años con los dos. Mi padre te saca once años y tú me sacas once años a mí.

Le da un buen sorbo a su vaso de agua y se queda mirándome por un momento.

—Admito que se me pasó por la cabeza. Claro que sí. Pero en el caso de tu padre es distinto.

—¿En qué sentido? —insisto—. ¿Por qué es distinto?

Echa la cabeza hacia atrás.

—Vamos, Reid, ya sabes cómo es la gente. ¿Tú y yo? —Nos señala con un dedo—. Me llamarían de todo si se enterasen de lo nuestro: asaltacunas, devorahombres… Todo el mundo esperaría que me cambiases por un modelo más nuevo y brillante. Eso es justo lo que se espera de los hombres. Pero si estuviese con tu padre…

Me estremezco, porque cuando la oigo decir eso, mi estúpido cerebro no puede evitar imaginárselos juntos.

—… la gente ni siquiera se lo cuestionaría. *Yo* sería ese modelo más nuevo y brillante. No me gusta que sea así, pero lo es.

Me resultaría muy sencillo enfadarme en este momento, responderle cortante, pero yo le he pedido que me lo explicase. Quería escuchar sus razones.

—¿*Quieres* estar con mi padre?

Su rostro se contrae en una mueca incrédula, como si no pudiese creerse que le haya hecho esa pregunta.

—¿Estaría aquí contigo ahora de quererlo?

Dejo caer las manos sobre la encimera con fuerza. Me está costando un mundo no ponerme a la defensiva.

—¿Por qué estás aquí, Via?

Aparta la mirada por un momento y, cuando se vuelve hacia mí de nuevo, me fijo en que tiene los ojos anegados en lágrimas. Y me detesto al momento por ser yo el responsable de que esté así.

—Porque quería verte —suelta, en apenas un susurro—. Porque me gusta pasar tiempo contigo. Porque sonrío siempre que me llega un mensaje tuvo. Porque, joder, *me gustas*, Reid. ¿Es que no te parece suficiente?

Acorto la distancia que nos separa en un par de zancadas y acuno su rostro entre mis manos, acariciando sus mejillas suaves con los dedos. Via respira entrecortadamente por un momento, y yo le robo la respiración con un beso.

Un beso lento. Porque quiero ir poco a poco con ella, así que no lo profundizo, al menos no mucho, y no aparto las manos de su rostro. No me permito bajarlas hacia su trasero ni la tomo en brazos de la forma en la que me muero por hacerlo.

Le doy un último beso suave en los labios antes de apartarme.

Sus párpados se estremecen cuando entreabre los ojos y la boca, y sus labios están mucho más rosados que hace un momento.

—No me has respondido.

Sonrío.

—¿Esa no te parece respuesta suficiente?

Niega con la cabeza.

—Necesito que lo digas en voz alta.

—Sí que me parece suficiente —le respondo, antes de soltarla —. Pero no quiero ser tu oscuro secreto para siempre.

—No eres… Eso no es…

—No pasa nada. —Y lo digo en serio. Puede que no me guste, pero entiendo por qué tiene que ser así—. Soy más joven que tú y ha pasado muy poco desde que te divorciaste. Sé que no estás lista para ponerle una etiqueta a lo nuestro. No pasa nada.

«De momento».

Me guardo eso último para mí, pero dejo esas dos palabras colgando entre nosotros para que entienda lo que le estoy queriendo decir.

—Vale —repone.

Le tomo de la mano y entrelazo nuestros dedos.

—Ven. Tengo una pizza en el congelador.

Me dedica una sonrisa temblorosa, todavía con lágrimas en los ojos.

—Suena genial.

26

VIA

«Podría enamorarme de Reid Crawford. Podría amarlo mucho más de lo que amé a Chase. Este hombre podría arruinarme la vida de la mejor de las formas». Eso es justo lo que pienso mientras lucho por contener las lágrimas de nuevo.

Hemos optado por poner una película, aunque ninguno de los dos le está prestando atención, por lo que se ha convertido en una especie de ruido de fondo mientras estamos sentados en el suelo de su salón, comiéndonos una pizza que tenía en el congelador. La nieve no deja de caer ahí fuera, y la escena es tan sencilla que duele.

Es simplemente perfecta.

En este instante me doy cuenta de que son justo estos momentos, en los que puedes estar en completo silencio con una persona a la que le tienes cariño, los que más importan.

Chase y yo jamás tuvimos esto, por lo que no tenía ni idea de lo que me estaba perdiendo.

—Esta es la mejor pizza que he probado nunca. —Sostengo en alto el pedazo al que le acabo de dar un bocado.

Reid me sonríe, con una pequeña mancha de salsa en la comisura de los labios.

—Eso es porque nunca has probado una pizza buena de verdad.

Podría decirle que es la mejor pizza que he probado porque la estoy compartiendo con él, pero no quiero asustarlo, o a mí.

No me mudé a Parkerville, Maine, con la intención de enamorarme. Y, desde luego, tampoco pensaba que ocurriría tan pronto. Pero eso fue justo lo que ocurrió.

Nuestra diferencia de edad me aterroriza. A él todavía le quedan muchas cosas que experimentar. Experiencias que yo ya he vivido. Y no quiero arrebatarle la oportunidad de vivir ninguna de ellas.

—Quizás sea por la compañía —suelto de todos modos, a pesar de mis dudas—. A lo mejor eso es lo que hace que esté tan buena. ¿Se te ha ocurrido pensar eso?

Me dedica una sonrisa y se recoloca las gafas.

—Existen formas mucho más sencillas de decirme que te gusta pasar tiempo conmigo.

Aprieto los labios con fuerza, tratando de contener una sonrisa.

A pesar de las ganas que tenía de marcharme, me gusta pasar tiempo con él. Quizás me gusta *demasiado*, y es justo por eso por lo que quería huir.

Reid me da paz, y eso me aterroriza. Debería ser capaz de sentirme en paz estando sola, pero siempre que estoy con él es como si todo el mundo guardase silencio, y me siento… Me siento en casa.

—¿Me vas a dejar ver tus bocetos?

Le doy un suave codazo en el costado.

Se limpia las manos en los vaqueros y alarga el brazo para tomar su cuaderno de dibujo.

—Échales un vistazo.

No lo abro. Todavía no.

Acaricio la cubierta con los dedos.

—No me has hecho ninguna pregunta mientras dibujabas, así que supongo que no se podría decir que te haya dado una clase.

Toma otro trozo de pizza.

—Entonces dame algún consejo después de verlos.

Abro el cuaderno y observo la primera página. Está llena de bocetos pequeños y sencillos. Son esbozos, sobre todo. Y sería una idiota si no me reconociese en cada uno de ellos. Ahí están mis dedos. Mis labios. Mi perfil…

Alzo la mirada hacia Reid, pero no digo nada; simplemente me limito a pasar a la siguiente página.

Mi pelo llena el papel, con su tono castaño y reflejos rojizos, anaranjados, morados e incluso azulados. Jamás había visto a nadie

usar tantos colores para ilustrar un simple cabello, pero la forma en la que los ha entremezclado todos funciona de alguna manera. Es precioso. Ahí están también sus dedos, enredados entre mis mechones. Es imposible confundir la peca que tiene en el nudillo del dedo índice o las líneas de sus venas.

Reid me observa fijamente, pero no dice nada; tan solo me deja seguir mirando.

En la siguiente página me encuentro con la silueta de mi cuerpo. Estoy sentada en su sofá, con mi cuaderno de dibujo sobre las rodillas. Tengo la punta del lápiz pegada a los labios, como si estuviese concentrada. Aunque no haya dibujado todo mi cuerpo al detalle, lo veo, veo lo que quería plasmar con ese boceto.

—No suelo dibujar a la gente. —Su voz me aleja de mis pensamientos—. Pero me sentía inspirado.

Regreso a la página anterior.

—¿Puedo quedarme este?

—Claro.

Arranco la página con cuidado y la deslizo en el interior de mi cuaderno.

¿Sería absurdo decir que quiero enmarcarla?

Fuera sigue nevando.

Derrick me ha mandado un mensaje antes de que metiésemos la pizza en el horno para avisarme de que había enviado a todos sus hombres a casa. Al parecer, las noticias locales están diciendo que esto podría convertirse en una auténtica ventisca.

Una ventisca.

Esta chica de California no sabe qué hacer en caso de ventisca, pero supongo que eso ahora da igual. Estoy aquí atrapada con Reid.

Reid se levanta y recoge su plato vacío y el mío.

—¿Te apetece algo dulce? Tengo sándwiches de helado.

No sé por qué eso me hace reír. Supongo que porque no me lo esperaba.

—Llevo sin comerme un sándwich de helado desde que era pequeña.

Boquiabierto, se dirige a la cocina.

—Pues hoy te vas a comer uno.

—¿Te echo una mano con algo?

Abre el grifo del fregadero.

—No, no hace falta.

Después de lavar los platos, se pone a rebuscar en el interior del congelador y vuelve a dejarse caer en el suelo a mi lado, tendiéndome uno de los sándwiches de helado.

—Estos helados me recuerdan a cuando estaba en el colegio —admito—. Un año, gané el concurso de deletreo, bueno, el concurso de deletreo de mi clase, no uno de verdad ni nada por el estilo, y cuando mi madre fue a recogerme ese día me llevó a comer algo como premio. Esto fue justo lo que le pedí.

Reid carraspea para aclararse la garganta.

—¿Qué relación tienes con tus padres? ¿Se volvió rara después de que quisiesen que fueses abogada y tú siguieras adelante con tu vida?

Me gusta la forma en la que lo ha descrito: seguí adelante con mi vida.

No he renunciado a nada. No me he rendido. Solo he elegido llevar mi vida en otra dirección.

—Es… —Me muerdo el labio inferior antes de pasar una uña por debajo del papel que envuelve el helado y quitárselo— complicado. —Supongo que esa sería la forma más acertada de describir la relación que tengo con ellos—. Mis padres no son malas personas, pero no entienden por qué he dejado un trabajo aparentemente estable y me he mudado al otro lado del país, a un pueblo en el que ni siquiera había estado antes. En el pasado, saber que les he decepcionado me habría roto el corazón en mil pedazos. Y aunque me molesta que no me comprendan, he hecho todo lo que estaba en mi mano para hacer a un lado esa sensación de que estoy defraudándolos. Esta es mi vida. Soy yo quien tiene que lidiar con las consecuencias de mis actos. No ellos. Ser feliz me importa mucho más que complacer a todo el mundo. Y he tardado bastante en darme cuenta de ello.

—Lo acabarán aceptando.

Le da un mordisco a su sándwich de helado.

—Puede, o puede que no, pero no pasa nada.

He aceptado que mi relación con mis padres siempre será tensa. No es lo que quiero, pero, sinceramente, no puedo salvar ciertas distancias. Puedo aceptar que va a ser así siempre o alejarme de ellos.

Lamo un lado de mi helado y después el otro. Reid sigue cada movimiento con la mirada. Sé perfectamente en qué está pensando. Y podría burlarme de él, pero no lo hago. Me ha demostrado que tiene una capacidad de contención increíble, así que le doy un respiro.

—Me había olvidado de lo buenos que están —admito cuando ya solo me queda la mitad.

—Son unos de los helados más infravalorados.

Hace una bola con el envoltorio y la deja sobre la mesita de centro. Me sorprende que un chico de su edad tenga siquiera una mesita en el salón, pero Reid no deja de sorprenderme, en muchos sentidos.

En cuanto me termino el helado, silencia la televisión.

—¿Te importa si pongo música?

Niego con la cabeza.

—Ponla.

Se levanta de un salto y se pone a revisar su colección de discos. Mientras valora todas las opciones, yo me encargo de tirar nuestra basura a la papelera y voy de nuevo al baño.

Llevo unos días esperando a que me baje la regla, así que la pequeña mancha rojiza que se queda sobre el papel higiénico al limpiarme no me sorprende en absoluto. Es una bendición, supongo, porque me quita las ganas de arrancarle a Reid la ropa y hacerle todas las cosas que se me ocurran mientras estemos aquí los dos encerrados. Nunca me ha gustado tener sexo con la regla y, aunque me gustase, lo más probable es que Reid no estuviese dispuesto a hacerlo, sobre todo teniendo en cuenta lo mucho que está insistiendo en esperar. El hecho de que un chico de veintiún años tenga más autocontrol que yo es algo que no me ha pasado desapercibido.

Me estoy lavando las manos cuando la voz de Frank Sinatra llena el piso, llevándome de vuelta a la mañana en la que me

desperté aquí.

La Via de esa mañana se moriría si descubriese que la de ahora está aquí otra vez. Por aquel entonces estaba decidida a que lo nuestro se quedase en solo un rollo de una noche, a no volver a verlo. Pero parece que el universo tenía otros planes.

La puerta chirría cuando la abro, pero dudo que lo haya oído por encima de la canción. Salgo sin hacer ruido porque quiero verlo antes de que se dé cuenta de que estoy aquí.

Se está meciendo al son de la música; no diría que está bailando, tan solo balanceándose de un lado a otro mientras canta.

«¿Cómo puede ser real?».

Se da la vuelta y entonces me ve ahí, de pie en el arco del pasillo, y me invita a acercarme a él doblando un dedo.

No puedo evitar sonreír como una idiota y, cuando él me devuelve la sonrisa, eso solo hace que la mía crezca aún más.

Reid no tiene que hacer nada para hacerme feliz. Simplemente, lo hace.

Es tan distinto a lo que estoy acostumbrada.

No me gusta compararlo con mi exmarido, pero me resulta prácticamente imposible no hacerlo, porque Chase es mi referencia para todo lo relacionado con el amor.

Chase siempre pensó que debía tener grandes gestos conmigo para hacerme feliz. Siempre estaba intentando impresionarme cuando estábamos juntos. Quizás fuera porque me fue infiel desde el principio, no lo sé. O quizás porque era tan inseguro que sentía que, si no me mantenía cautivada con sus gestos, me marcharía.

En cualquier caso, nada de eso importa ya.

Lo único que sé es que, en este pequeño piso, con Frank Sinatra serenándome de fondo y Reid envolviéndome entre sus brazos para bailar juntos, soy feliz.

Me despierto en algún punto de la noche y me siento en la cama para observar a mi alrededor; nada me resulta familiar.

«Estoy en la habitación de Reid. Hay una ventisca».

No me acuerdo de qué estaba soñando, pero tengo el corazón acelerado. Aparto las sábanas y me bajo de la cama.

Reid insistió en dormir en el sofá. Yo le dije que podíamos comportarnos como adultos y dormir en la misma cama sin sucumbir a nuestros deseos, sobre todo ahora que estoy con la regla, pero él insistió en ser un caballero.

Tengo la garganta seca, así que salgo a la cocina y abro la nevera.

—¿Via?

Pues claro que me ha oído. Su piso es diminuto, de menos de cien metros cuadrados.

—Soy yo, lo siento. —Cierro la nevera sin sacar la botella de agua—. No quería despertarte.

Se frota los ojos y se sienta en el sofá; después alarga la mano hacia la mesita de centro, donde ha dejado las gafas.

A pesar de sentirme inquieta por lo que quiera que estuviese soñando, no puedo evitar bajar la mirada por su pecho desnudo.

—¿Va todo bien?

Asiento mientras retuerzo las manos.

—He tenido una pesadilla.

Estamos a oscuras, por lo que su silueta está envuelta en las sombras, pero su tono está cargado de preocupación.

—¿Quieres hablar de ello?

Niego con la cabeza.

—No me acuerdo de qué trataba. Solo he salido a por un poco de agua.

Bosteza y asiente. Y cuando estira los brazos por encima de la cabeza, no puedo evitar fijarme en la forma en la que los músculos de su pecho se contraen.

Me giro de nuevo hacia la nevera y saco una botella de agua. Me la llevo al pecho y me quedo mirándolo fijamente un poco más.

—Yo… me vuelvo a la cama —murmuro.

Deja caer la cabeza con un asentimiento y baja las piernas del sofá. Cuando se levanta, la manta que tenía cubriéndole el regazo hace un segundo cae hasta amontonarse a sus pies. Solo un par de

finos calzoncillos me separan de la parte de su cuerpo que el mío tanto ansía.

Tengo la boca incluso más seca que antes.

Aparto la mirada y voy hacia el pasillo, seguida por el sonido de su risa. La puerta del baño se cierra a su espalda al tiempo que yo me vuelvo a meter en su cama. Las sábanas huelen a él, a limpio y a algo masculino, como a una especie de vainilla amaderada con un toque cítrico.

Después de tomar un buen trago de agua, le pongo el tapón a la botella y la dejo sobre la mesilla de noche. Ojalá pudiese acordarme de qué ha sido exactamente lo que me ha despertado, pero de verdad que no me acuerdo de qué iba la pesadilla.

Sacudo un poco la almohada, me tumbo y me subo el edredón hasta la barbilla.

Le oigo tirar de la cadena y abrir el grifo, que poco después cierra con un chirrido.

Cuando se asoma a la habitación, no puedo resistirme más.

—¿Podrías tumbarte conmigo? —le pregunto en apenas un susurro—. ¿Al menos hasta que me quede dormida? Te prometo que no te voy a atacar.

Contengo el aliento, nerviosa porque no sé qué me va a responder. Antes se ha plantado cuando le he pedido que durmiésemos juntos, así que tengo la sensación de que va a volver a decirme que no.

En cambio, cruza el umbral de la habitación en silencio y se acerca a la cama sin hacer apenas ruido.

Levanto las sábanas para dejarle entrar y él se mete en la cama sin vacilar, abrazándome de inmediato. Si no estuviese tan cansada, me avergonzaría del suspiro de felicidad que se me escapa cuando lo hace.

Se ríe y me da un suave beso en la nuca.

—Anda, duérmete —murmura, y su cálido aliento me acaricia la oreja—. Te tengo.

Me hago un ovillo junto a él y dejo caer la cabeza sobre su pecho.

Su corazón late a un ritmo constante y se pone a trazar círculos con el pulgar por mi brazo. Es un gesto sencillo y delicado, pero que logra calmarme de inmediato.

Mis músculos se relajan bajo sus caricias y, por fin, me vuelvo a quedar dormida.

27

REID

Me despierto con el olor de Via impregnándome la nariz. Tiene la cabeza apoyada en el hueco de mi cuello y respira con calma, con su aliento deslizándose por mi piel. Tenía pensado volver al sofá en cuanto se quedase dormida, pero la cadencia de su respiración y lo cómodo que me sentía al tenerla tan cerca debieron de hacer que me quedase dormido.

Paso los dedos entre sus sedosos mechones. La oigo murmurar en sueños y su mano se desliza sobre mi abdomen, deteniéndose justo debajo de mi ombligo.

Suelto un gemido ronco.

Mierda. En ese mismo instante, mi polla se despierta de golpe.

Me cubro la cara con la mano izquierda y me pongo a contar desde cien hacia atrás. Me ha salido el tiro por la culata con mi decisión de tomarme las cosas con calma con ella.

Cuando me doy cuenta de que contar no funciona, me pongo a enumerar todas las marcas y modelos de coches que se me ocurren.

Via se remueve en sueños y frota la cara contra mi pecho. Noto cómo se empieza a despertar lentamente. Me doy cuenta por cómo se está moviendo.

Estira un brazo por encima de la cabeza, casi dándome un guantazo en la cara en el proceso.

—Eh. —Me río, al tiempo que me aparto del camino de su mano —. Ten cuidado.

Eso la hace despertarse de golpe y dejar caer el brazo a un costado.

Contengo el aliento, a la espera de ver cómo reacciona. Esta era una de las razones por las que no quería compartir cama con ella: me daba miedo cómo pudiese reaccionar al despertarse. Si veo el mínimo arrepentimiento en su mirada, me va a doler.

Aparta la cabeza ligeramente de mi pecho y me observa atentamente. Una pequeña sonrisa adormilada se dibuja en su rostro.

—Buenos días.

—Buenos días.

La veo borrosa, porque todavía no me he puesto las gafas, pero con la suficiente claridad como para fijarme en que no parece arrepentida, lo que me hace suspirar por dentro aliviado.

—¿Sigue nevando?

Espero que no. No porque no quiera que se quede más tiempo aquí conmigo, sino porque no tengo la suficiente comida como para sobrevivir varios días encerrado, ya no digamos si tengo otra persona a la que alimentar. No me aprovisioné como debería cuando fui a comprar la última vez. En mi defensa, en la aplicación del tiempo ponía que nos iban a caer, como mucho, treinta centímetros de nieve. Y eso por aquí no es nada.

—No lo sé. Tendría que levantarme a mirar.

Me dispongo a salir de la cama, pero me abraza con más fuerza.

—Quédate un poco más.

Eso lo hago encantado.

La abrazo con fuerza, acariciándole el hombro con el pulgar. La camiseta que le dejé anoche para dormir se le ha bajado un poco, dejándole al descubierto la clavícula y uno de los hombros.

—Creía que no me gustaba que me diesen mimos —susurra, tan bajo que por un momento no estoy seguro de que me esté hablando a mí—, pero contigo me encanta.

No me gusta meterme demasiado en el tema de la relación que tenía con su ex porque no quiero parecer inseguro o un cotilla, pero después de escuchar algunas de las cosas que me ha contado, *sí* que me pica la curiosidad por saber cómo era su relación. Al principio pensaba que las cosas entre ellos estaban bien hasta que el idiota de su exmarido la engañó, pero ahora ya no estoy tan seguro.

Quizás no se dio cuenta de lo mala que era su relación hasta que lo dejó.

—¿Por qué pensabas que no te gustaba que te diesen mimos?

Me acaricia el pezón con suavidad. Me está matando. Está poniendo a prueba los límites de mi autocontrol.

Apoya la barbilla en mi pecho y la veo fruncir los labios como si estuviese inmersa en sus pensamientos.

—Chase y yo… al principio de nuestra relación sí que nos dábamos mimos y tiempo de calidad, pero después empezamos a estar tan ocupados y centrados en lograr nuestros propios objetivos que sentíamos que hacerlo era más una obligación que algo que quisiésemos hacer de verdad. Era muy joven cuando lo conocí y por eso tampoco tengo nada con lo que comparar mi experiencia con él. Creía que era lo normal, y estaba contenta con mi realidad, al menos en su mayor parte, así que tampoco lo pensé demasiado. —Se coloca un mechón rebelde tras la oreja y suelta un suspiro suave—. Me autoconvencí durante muchos años de que no me importaba que las cosas fuesen así. Pero ahora… —Deja la frase colgando—. Tú me has hecho sentir muchas más cosas de las que él pudo hacerme sentir en todos los años que estuvimos juntos. Y no lo digo como un insulto hacia él, aunque esos también se los merezca. —Arruga la nariz—. Supongo que, sobre el papel, éramos la pareja perfecta, pero, en el mundo real, no encajábamos en absoluto. Me enfadé tanto cuando me enteré de que me había sido infiel… Sentí que aquella era la peor de las traiciones. Y sé que puede parecer una locura lo que estoy a punto de decir, pero me alegro de que lo hiciera. De no haber sido así, seguiría atrapada en un matrimonio sin amor, sin saber que puede haber algo más.

—Y yo soy un imbécil egoísta, porque me alegro de que la cagase contigo.

Via suelta una carcajada seca.

—Créeme, te aseguro que tú no eres el egoísta, es él. —Vuelve a recostarse sobre mi pecho y susurra—: Me encanta pasar tiempo contigo, y eso me aterroriza.

Me humedezco los labios y tengo que luchar contra el impulso de besarla.

«Todavía no te has lavado los dientes», me recuerdo, para intentar contenerme.

—¿Por qué te da miedo?

Se encoge de hombros.

—Apenas te conozco y, aun así, siempre tengo ganas de estar contigo, y te echo de menos cuando no estás cerca. Me resulta muy extraño, porque cuando Chase y yo estábamos lejos el uno del otro no… —Suspira con pesar—. No sentía ese deseo irrefrenable de estar cerca de él. Sí, lo echaba de menos, pero no del mismo modo en que te echo de menos a ti. Ni por asomo.

—Yo siento lo mismo contigo —admito—. Pero lo mejor será que no le demos muchas vueltas al tema, ¿vale?

Ya puedo ver cómo los engranajes comienzan a girar dentro de su cabeza. Sé que está pensando en lo poco que hace que nos conocemos y lo intenso que es lo que sea que compartimos. Pero ¿por qué tenemos que cuestionarnos lo que sentimos? ¿Por qué la sociedad pone tanto énfasis en el *tiempo*, cuando lo que más importa son nuestros sentimientos? Mira cuánto tiempo pasó con Chase, y no estaban hechos el uno para el otro.

—Vale —accede.

Nos quedamos en la cama, abrazados, durante un rato más, y después nos duchamos y nos vestimos por turnos. Cuando por fin echo un vistazo al exterior, me fijo en que todavía no han despejado el aparcamiento.

—Voy a preparar unos sándwiches de huevo. ¿Te apetece?

—Me encantaría.

Se deja caer sobre el sofá, sentándose sobre sus piernas dobladas, y después de que le tienda el mando a distancia, se pone a buscar algo que ver en la tele y acaba decantándose por un canal en el que están emitiendo un documental.

No tardo demasiado en preparar un par de sándwiches de huevo y unos *hash browns*. Ayer no comí demasiado, y la pizza que cenamos era de todo menos nutritiva, por lo que mi cuerpo se muere por que le dé algo de comida de verdad.

—¿Agua o zumo de naranja? —le pregunto mientras coloco los platos sobre la mesa.

—Zumo de naranja, por favor. —Se levanta del sofá—. Podría acostumbrarme a esto. ¿Puedes prepararme el desayuno todas las mañanas?

Le lleno un vaso de zumo y lo coloco junto a su plato al tiempo que ella se sienta a la mesa.

—¿Me estás queriendo preguntar si te puedes mudar aquí? —bromeo.

Ella se ríe.

—Probablemente sea demasiado pronto para eso. Olvídate de lo que he dicho.

Me sirvo yo también un vaso de zumo y me siento a su lado.

Esboza una pequeña sonrisa.

—Parece que te vas a tener que quedar aquí conmigo al menos hoy. Todavía no han venido a despejar la nieve del aparcamiento.

—Creo que sobreviviré.

Me permito relajarme, y los nervios que se apoderaron de mí ayer tras su pequeño ataque de pánico me abandonan poco a poco. No quiero que le dé demasiadas vueltas a las cosas. Eso no le servirá para nada.

—¿Está bueno el sándwich?

—Mmm. Eres un gran cocinero. Mejor que yo.

Sonrío.

—Puedo darte clases cuando quieras.

Pincha uno de los *hash browns* con el tenedor y se ríe.

—Espero que sean mejores que la clase que te di yo ayer. —La preocupación la hace fruncir el ceño—. Quizás es que no estoy hecha para esto.

Se me cae el tenedor de la mano con un estrépito.

—Via, escúchame. Esto se te va a dar genial.

Suspira y aparta el plato como si solo ver la comida le hubiese revuelto el estómago.

—¿Cómo lo sabes? Si ni siquiera te he dado una clase de verdad.

—Pues como nos vamos a tener que quedar aquí encerrados casi todo el día, me encantaría jugar contigo otra vez; tú serás la profesora y yo el alumno aplicado. —Lo digo con un tono que deja

claro que no solo me refiero a las clases de arte, pero es que no puedo evitarlo.

Via me mira boquiabierta y se echa a reír.

—Eres de lo que no hay.

Me encojo de hombros.

—Eso me han dicho. Pero ahora, en serio, creo que ayer los dos nos dejamos llevar por lo mucho que estábamos disfrutando de estar juntos pintando y nada más. Puedes darme todos los consejos que quieras.

Se lleva una mano a la mejilla y apoya el codo sobre la encimera.

—Hice todo esto sin pensar, solo porque quería hacerlo, y ahora no puedo dejar de darle vueltas. Siempre he sido una persona que se guiaba solo por la lógica, pero mandé todo eso a la mierda cuando hice las maletas y me mudé aquí. Y muchas de las cosas que tengo pensado hacer no tienen nada que ver con enseñar. Lo que quiero es crear un espacio seguro al que todo el mundo pueda acudir para descubrir su amor por el arte, un lugar donde puedan relajarse después del colegio o del trabajo. Me encantaría incluso celebrar noches de vino y cosas así. Pero también quiero que se me dé bien. No quiero fracasar.

La observo con el ceño fruncido.

—¿Fracasar? El único modo en el que podrías fracasar es si no lo intentases. Estás persiguiendo tus sueños por primera vez en tu vida. Y eso es increíble. Deberías sentirte orgullosa solo por eso.

Me molesta que dude tanto de sí misma. Se ha pasado años encerrándose en una jaula hecha a base de las expectativas de los demás, tratando de encajar en un papel que ella nunca quiso. Así que supongo que es un hábito del que le va a costar deshacerse.

—Su-supongo —tartamudea, con los ojos anegados en lágrimas.

No quiero que llore. No *debería* llorar. Lo que está haciendo, lo que ha hecho, es más de lo que muchos se atreverían siquiera a intentar. Resulta demasiado sencillo conformarnos con la vida que nos han dado en vez de cambiar aquello que no nos gusta. Entiendo por qué está tan estresada y preocupada, pero no quiero que la ansiedad la consuma.

—Come. —Le vuelvo a acercar su plato y le guiño un ojo—. Y luego jugamos a ser profesora y alumno.

28

VIA

El grito que suelta Izzy es tan fuerte que tengo que taparme los oídos para que no me reviente el tímpano.

—Izzy —gimo cuando por fin se calla—. ¿Puedes dejar de gritar?

—No puedo evitarlo. —Se pone a bailar por todas partes, eufórica—. ¿Me estás diciendo que te has quedado *encerrada* con Reid por una ventisca durante *dos días*? Es la mejor noticia que podrías haberme dado.

Estoy empezando a marearme de verla dar vueltas con el teléfono en la mano.

—¿Puedes sentarte?

Por suerte, se deja caer en el sofá de su salón de inmediato. Justo a su espalda, las palmeras se mecen con el viento al otro lado de la ventana. Esa estampa no tiene nada que ver con los montones de nieve que veo yo aquí a través del cristal. Tardaron bastante en despejar las calles, más de lo normal, según Reid.

—Lo siento. Es que estoy superemocionada por este giro de los acontecimientos.

—Ya lo veo.

—Y dime, ¿os pasasteis todo el rato desnudos o…? —Deja la pregunta colgando y mueve las cejas de forma sugestiva.

La fulmino con la mirada.

—No.

—¿Y por qué cojones no? —Ya está gritando otra vez—. ¿Y por qué suenas tan molesta?

Echo los hombros hacia atrás para tratar de destensarlos. Tengo que apuntarme otra vez a yoga, eso está claro.

Le explico rápidamente la postura de Reid y que lo respeto por ello, pero…

—Pero estás cachondísima —termina por mí.

Asiento con reticencia.

—No sé qué es lo que tiene. Nunca me sentí así con Chase, ni siquiera cuando teníamos veinte años. —Me quedo callada por un momento antes de preguntar—: ¿Quieres que te hable de esto?

—Claro, si necesitas hablar del tema, adelante. No tienes por qué contarme nada que no quieras.

Respiro hondo.

—Mi vida sexual con Chase no estaba mal. O, al menos, eso pensaba. A lo mejor él no sentía lo mismo. Pero… nos compenetrábamos bien. —No quiero espantar a mi hermana con los detalles, pero necesito que comprenda que lo que siento con Reid es completamente distinto a lo que sentía con Chase y que eso es justo lo que me da miedo—. En cambio, con Reid es como si sintiese una corriente eléctrica zumbándome bajo la piel siempre que está cerca, como si no pudiese acercarme a él lo suficiente. Solo… —Noto cómo me ruborizo solo de pensarlo— quiero arrancarle la ropa y devorarlo entero cuando estoy con él. Y *nunca* me había sentido así. Además, me gusta. Es dulce y divertido, y tenemos mucho en común. Cuando estamos juntos, siento que es allí justo donde debo estar.

Puede que esto que estoy diciendo no tenga ningún sentido, que suene como una adolescente enamorada hablando del chico que le gusta.

Izzy se lleva el dorso de la mano a la frente y finge desmayarse, aunque vuelve en sí rápidamente.

—Ahora, en serio, creo que has encontrado a la persona que saca lo mejor de ti. Chase no era el indicado, pero te conformaste con él y, sinceramente, teniendo en cuenta tu corto historial de hombres con los que has salido, tampoco sabías que podía estar esperándote algo mucho mejor a la vuelta de la esquina.

Tiene razón. Lo sé. Pero eso no quita que oír la verdad de sus labios escueza.

Ya no hay vuelta atrás; no puedo recuperar el tiempo que perdí en una relación que estaba destinada al fracaso y en una carrera que, aunque se me daba muy bien, no me hacía feliz.

—No le des muchas vueltas a esto que sientes por Reid —sigue diciendo, como si supiese que en este momento es justo eso lo que estoy haciendo—. Tienes derecho a ser feliz.

Odio que tenga que recordarme constantemente que está bien ser feliz.

—Estoy intentando no hacerlo.

—Bien. —Sonríe—. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Cuando cuelgo la videollamada, me quedo sentada en el sofá un buen rato, diseccionando cada pequeño detalle de nuestra conversación. En la planta de abajo oigo el ruido que producen los martillos y las pistolas de clavos, que amenaza con darme un buen dolor de cabeza.

—Tengo que salir de aquí.

Así que meto el cuaderno de dibujo, unos cuantos materiales de pintura y la cartera en el bolso, y cojo las llaves de casa antes de bajar por las escaleras.

Cuando llego abajo, me tropiezo con mis propios pies y un grito me sube por la garganta.

Acabo cayendo de culo sobre el asfalto con tanta fuerza que me quedo sin aliento. Se me cae el bolso del hombro, y los lápices y bolígrafos acaban desperdigados por el suelo.

—Ay.

—¿Va todo bien? He oído…

Se me revuelve el estómago y cierro los ojos. Creía que este momento no podía ir a peor, pero resulta que sí podía.

—Mierda —maldice Derrick—. Deja que te ayude.

«Qué suerte la mía».

Acepto su mano y le dedico una sonrisa débil mientras me ayuda a ponerme de pie.

—Lo siento. No he visto el hielo.

No sé por qué me estoy disculpando y, por la forma en la que frunce el ceño, él tampoco.

—El hielo negro es muy peligroso.

Ahora que vuelvo a estar de pie, Derrick se agacha y se pone a recoger todas mis cosas.

—¿El hielo negro?

Se yergue de nuevo con todos mis materiales en brazos.

—Es una fina capa de hielo que es casi invisible a simple vista. Ten mucho cuidado si vas a conducir. El tuyo no es el coche más adecuado para el invierno en esta zona.

—Estupendo —me lamento mientras guardo todas mis cosas de nuevo en el bolso.

—Te puedo llevar, si quieres —se ofrece, llevándose la mano al bolsillo para sacar las llaves de su camioneta.

—No, no. —Le hago un gesto con la mano—. Estaré bien. No pensaba ir muy lejos y te prometo que tendré cuidado.

Me siento mal por haber estado evitando a Derrick estas últimas semanas. Es un buen hombre, pero lo que siento por su *hijo* ha hecho que me sea casi imposible mirarlo a los ojos.

—Si estás segura… —Retrocede un paso.

—Lo estoy. —Avanzo un paso con cautela y hago una mueca de dolor por el golpe que me he dado en el trasero. Derrick me lanza una mirada interrogante—. Pues sí que duele caerse de culo en el hielo.

Eso le saca una carcajada.

—No vuelvas a caerte. Te veo luego, Via.

Se despide de mí con un gesto de la mano y regresa al edificio.

Suspiro con fuerza y una nube de vaho se forma en medio del gélido aire. No me gusta nada no estar siendo justa con él, pero es que me siento atrapada entre la espada y la pared.

En cuanto me siento tras el volante, arranco el motor y me estremezco. He puesto la calefacción al máximo, pero solo sale aire frío, así que vuelvo a bajarla y le doy un rato para que se caliente.

Me pongo a toquetear la radio mientras espero y, en cuanto encuentro una canción relativamente aceptable, meto la reversa y saco el coche del aparcamiento, aterrada por encontrarme con otra zona cubierta de ese hielo aterrador.

Estoy segura de que solo estoy paranoica, pero de verdad que siento como si los ojos de todos los hombres que están trabajando en mi propiedad estuviesen puestos en mí en este momento. Como si me estuviesen observando atentamente, a la espera de que pierda el control del coche.

Recorro un par de manzanas y me detengo frente a una cafetería que Ella me ha recomendado. He estado tan liada últimamente que no he podido venir antes.

Aparco en la calle y echo un par de monedas en el parquímetro. Todavía no se han molestado en actualizar el sistema y poner una aplicación para eso.

Camino por la acera cubierta de sal con sumo cuidado, acercándome lentamente a la entrada de la cafetería. Una vez dentro, respiro hondo, disfrutando del aroma a café recién hecho, y es como si mi cuerpo se despertase de golpe al saber que estoy a punto de darle la cafeína que necesita.

—Hola, bienvenida a Bold Brews. ¿Qué te pongo? —me pregunta la chica que hay detrás del mostrador, que prácticamente está dando saltitos como si se hubiese tomado ella sola toda una jarra de café esta misma mañana. O a lo mejor es que siempre es así de enérgica. Si es eso, admito que me da envidia.

Le echo un vistazo a la carta.

—Me apetece un *mocha* de menta.

—Buena elección. —Toma uno de los vasos de plástico y destapa un rotulador permanente—. ¿Eso es todo, o te gustaría algo de comer también?

—Solo el café.

—Marchando.

Pulsa unos cuantos botones en la pantalla que tiene delante y yo le tiendo el dinero para pagar la bebida. Después de meter el cambio en el bote para propinas, me alejo para hacerme con una mesa en un rincón de lo más acogedor y ponerme a dibujar un rato.

Unos minutos después, mi bebida está lista, por lo que regreso al mostrador para recogerla y después me pongo cómoda en el sofá. Abro mi cuaderno de dibujo por la página en la que se encuentra mi boceto más reciente —un dibujo de Wonton hecho a bolígrafo y tinta

que espero poder regalarle a Izzy por Navidad—, y me pongo manos a la obra.

Dibujar, y también pintar, tiene algo que hace que, cuando me pongo a ello, el tiempo se detenga. Suelo perderme por completo en mi trabajo, y es como si el mundo que me rodea se desvaneciese. Para cuando regreso al presente, lo poco que me queda de *mocha* está helado. Justo entonces, un grupo de chicos jóvenes y bastante alborotadores entra en la cafetería, haciendo demasiado ruido.

Se me ha olvidado traerme auriculares, seré tonta, así que no puedo volver a concentrarme en mi trabajo y silenciar sus voces. Hasta ahora, he disfrutado de los suaves ruidos que llenan la cafetería y de la música navideña que suena de fondo.

Molesta, observo a los cuatro chicos con los ojos entrecerrados. Al hacerlo, me asalta la sensación de que ya los conozco. Es imposible, pero una alarma se dispara de repente en mi cabeza. Aunque puede que sea solo porque deben de rondar la edad de Reid.

Decidida a pasar de ellos, hago lo que puedo por centrarme en el boceto y por añadir todos los detalles de la nariz de Wonton.

El grupo se hace a un lado, acercándose un poco más a mí mientras esperan a que terminen de preparar su pedido. Uno de los chicos se queda charlando con la camarera, la misma chica que me ha tomado nota antes, y me fijo en cómo se sonroja ante el comentario que le ha hecho el chico.

—Oye —suelta otro, llamando mi atención—. Me resultas familiar. ¿Te conozco?

Niego con la cabeza.

—No, creo que no. Lo siento.

Vuelvo a bajar la mirada hacia mi cuaderno y considero seriamente la idea de recoger mis cosas y marcharme. Si estos chicos se van a quedar por aquí, de ninguna manera voy a poder seguir trabajando tranquila.

—Sí. —Chasquea los dedos—. Yo creo que te conozco.

Vuelvo a alzar la mirada, con el ceño fruncido.

—Lo siento, pero no. Me he mudado aquí hace poco.

—No. —Se frota los labios con los dedos—. Te he visto por aquí. Oye, Justin —llama al chico que estaba coqueteando con la camarera—. ¿Esta señora no te resulta familiar?

Justin, supongo, se aleja de la chica con la que estaba coqueteando. Me observa fijamente y los otros chicos también se vuelven a mirarme. Ellos sí que saben cómo hacerme sentir como un insecto al que están diseccionando.

—Sí —suelta el tal Justin.

Pongo los ojos en blanco porque me siento superincómoda. Cierro mi cuaderno de dibujo y guardo todas mis cosas de mala manera en el bolso.

—Tengo que irme —digo mientras me levanto.

Tomo mi vaso de plástico y me acerco a la papelera para tirarlo.

—Estabas en el Monday's —suelta Justin—. Eres la tía que Reid se llevó a casa esa noche.

Se me revuelve el estómago.

Mierda.

—Sabía que te había reconocido —dice el primer chico.

Noto cómo me sonrojo ante su escrutinio.

—Eh… tengo que irme.

Me dejan pasar y me apresuro a llegar a mi coche todo lo rápido que puedo, casi echando a correr sobre la acera helada.

Maldito y estúpido hielo negro.

—¡Via!

Me tenso al oírlo llamarme por mi nombre.

Joder. Ya casi había llegado al coche; tengo la mano en el tirador de la puerta y todo. Todavía tengo el vaso en la otra mano porque, con las prisas, me he olvidado de tirarlo a la basura al salir.

Cuando me doy la vuelta, me encuentro a Justin frente a la cafetería, con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros. A pesar de las temperaturas árticas, lleva puesta tan solo una sudadera negra bastante gruesa, con un logo impreso en el pecho, y un gorro bien calado.

—Le gustas mucho.

Mi corazón se salta un par de latidos y me quedo mirándolo con los ojos desorbitados y boquiabierta, como un pez fuera del agua.

Se encoge de hombros.

—Pensé que deberías saberlo. —Se da la vuelta y deja caer la mano sobre el pomo de la puerta de la cafetería, pero antes de volver a entrar, se gira de nuevo hacia mí—. Es un buen tío y no lo ha tenido nada fácil. —«Su madre»—. No le hagas daño. Ahora es más feliz que nunca, y creo que es gracias a ti.

Dicho eso, Justin regresa al interior de la cafetería y yo entro al coche de inmediato.

Me quedo sentada un momento, sin saber cómo asimilar lo que me ha dicho. Sin embargo, más pronto que tarde, me acabo viendo obligada a arrancar el coche para no quedarme helada. Enciendo la radio para tratar de silenciar mis pensamientos y conduzco de vuelta a casa.

29

REID

Llamo a la puerta de Big Dan, y cuando le oigo decir que entre con su voz ronca, le hago caso de inmediato.

He estado posponiendo esta conversación porque estoy bastante seguro de lo que me va a decir. Aun así, tenemos que hablar. No puedo seguir trabajando a media jornada para él y pagando mis facturas. Tengo que encontrar un sitio donde me ofrezcan un trabajo a jornada completa, así que cuanto antes hablemos del tema, mejor.

—Hola, hijo. —Me hace un gesto para invitarme a sentarme en el sillón que hay frente a su escritorio. El material plástico que imita al cuero está rajado por más de una zona, y estoy bastante seguro de que se rompe todavía más cuando me dejo caer encima—. Siento mucho no haber hablado contigo últimamente. He estado bastante liado con papeleos y esa clase de cosas. Ya sabes cómo es esto. —«En realidad, no, no tengo ni idea de cómo es eso»—. ¿Qué pasa?

—Quería hablar contigo sobre mi puesto.

—Claro. —Se recuesta en su asiento y la silla chirría bajo su peso—. ¿Pasa algo?

Niego con la cabeza.

—No, todo va genial. Pero ya no trabajo para mi padre y…

Hace una mueca.

—Y necesitas encontrar algo a tiempo completo.

—Sí —respondo, alargando la palabra.

Junta los dedos y apoya los codos sobre la mesa.

—Reid, lo siento mucho, pero no puedo permitirme contratarte a jornada completa. Apenas tenemos suficientes encargos como

para justificar las horas que ya tienes asignadas.

Asiento, porque esto era justo lo que esperaba que ocurriera.

—Lo comprendo.

—Lo siento —repite—. Si pudiese…

—Lo sé —respondo con un suspiro—. Voy a buscar algo a jornada completa, te lo digo solo para que estés al tanto.

Voy a tener que desplazarme a al menos una hora de distancia para encontrar algún taller que me ofrezca el horario que necesito, pero haré lo que tenga que hacer.

Asiente.

—Cuando encuentres algo, avísame.

—Lo haré.

Le estrecho la mano y salgo por la puerta. Cuando la cierro a mi espalda, gimo. Mi padre estaba haciendo lo mejor para mí al despedirme, pero, joder, esta situación es una mierda.

El cuaderno de dibujo que Via me dejó el otro día ahora está lleno de bocetos. Supongo que se podría decir que últimamente he estado inspirado.

Sobre la mesita de centro reposa mi portátil, observándome con sorna. He rellenado toda clase de solicitudes de empleo y ahora estoy esperando respuesta. Buscar trabajo es casi un trabajo en sí.

Me paso los dedos por el pelo y me recuerdo que todo acabará saliendo bien.

Siempre lo hace.

Ojalá mi padre me hubiese dejado conservar mi trabajo hasta que tuviese todo atado. Pero me conoce. Sabe que me lo habría tomado con calma.

Si no puedo encontrar un trabajo a jornada completa, tendré que aguantarme y dividir mi tiempo entre talleres. Quizás, si tengo suerte, con el tiempo pueda abrir mi propio taller y centrarme solo en restaurar coches antiguos. Al menos, ese es mi sueño.

Mi madre siempre nos animó a mi hermana y a mí a hacer lo que nos hiciese felices, y eso es lo que quiero.

A veces me pregunto qué pensaría si pudiese vernos ahora. Si se alegraría, si estaría orgullosa de nosotros o si desearía que estuviésemos haciendo algo más.

Se me forma un nudo en la garganta y tengo que tragar con fuerza para deshacerme de él. No me gusta pensar en la posibilidad de que a ella le gustaría que estuviésemos haciendo algo más.

Me acerco al ordenador y me pongo a buscar en Google talleres cercanos, aunque en esta ocasión expando el área de búsqueda a los pueblos y ciudades que están un poco más lejos de mi zona. Acto seguido, me pongo a rellenar solicitud tras solicitud.

Enciendo la televisión y le echo un vistazo a las distintas opciones de películas que tengo. Acabo eligiendo una que he visto en varias ocasiones, solo para tenerla como ruido de fondo. Soltando un quejido, me acerco a la nevera para tomar el táper que he dejado antes con sobras dentro.

Últimamente en lo único en lo que puedo pensar es en Via. Quiero tener otra cita con ella, y pronto, pero todavía no se me ha ocurrido qué podríamos hacer. Y, desde luego, no pienso volver a pedirle consejo a Justin, porque es inútil.

Cuando empieza a sonar mi teléfono, lo ignoro. Normalmente no suelo ignorar las llamadas, pero hoy no tengo ganas de hablar con nadie. Puedo devolverle la llamada a quien quiera que sea más tarde.

Pero entonces empieza a sonar una segunda vez, justo después de que la primera llamada haya acabado en el buzón de voz, y tengo un mal presentimiento.

—¿Layla?

—Tío Weed —lloriquea Lili al otro lado de la línea, aunque le cuesta hablar—. Ha hecho daño a mami.

La ira me nubla la vista. No tengo ni que preguntarle quién ha sido. Odio tener que decir que lo veía venir, pero sabía que, si mi hermana no dejaba a ese cabrón de mierda, las cosas solo irían a peor: pasaría de insultarla a golpearla. Aunque tampoco es que pudiese sentarme con ella para hacerla entrar en razón. Layla siempre ha hecho lo que ha querido.

—¿Mamá está bien?

«Por favor, por favor que esté bien».

—No-no lo sé —responde entre hipidos—. Le ha da-dado en la ca-cara y se ha caído. Y yo te he llamado.

—Lili, ¿dónde estás?

Desde el mismo instante en el que he respondido a la llamada y la he oído pronunciar mi nombre entre llantos, he empezado a buscar todo lo que necesito para salir a por ella cuanto antes: el abrigo, la cartera, las llaves y los zapatos. Así que, para cuando me dice que se ha encerrado en el baño de la planta baja, ya estoy corriendo hacia mi coche.

De camino allí llamo a la policía.

Sé que es lo último que mi hermana querría que hiciese, pero ese gilipollas le ha *pegado*, y encima delante de Lili. Tanto si le denuncia como si no —y, joder, espero de verdad que lo haga—, quiero que quede constancia de lo que ha hecho.

Infrinjo todas las normas de tráfico y conduzco como un loco hasta casa de mi padre. Los frenos de mi coche chirrían con fuerza cuando me detengo de golpe frente a la entrada, subiéndome a la acera, y tiro del freno de mano.

Joder. Es justo por esto por lo que papá le prohibió a Layla que trajese al imbécil de su novio a casa cuando él no estuviese presente.

Oigo las sirenas acercándose a lo lejos y me alegro de que estén a punto de llegar. Porque, de no haber sido así, habría matado a este cabrón de mierda.

Salgo corriendo hacia la entrada hecho una furia, solo para encontrarme la puerta cerrada con llave. Suelto una palabrota y me pongo a buscar las llaves, tan nervioso que se me cae el llavero al suelo. Las recojo y encuentro la que estaba buscando, antes de deslizarla en el interior de la cerradura a toda prisa.

—¡Layla! —llamo a mi hermana a gritos, con el miedo que siento filtrándose en la voz—. ¡Layla!

En la casa reina un silencio sepulcral, lo que no hace más que acrecentar mis nervios.

Voy corriendo hacia el baño primero, para comprobar cómo está Lili, pero me detengo en el umbral. La puerta está abierta y ahí está

mi hermana, sentada en el suelo del baño, llorando desconsolada y abrazando a Lili con fuerza. Mi sobrina también está llorando a moco tendido y aferrada a su madre.

Layla tiene un surco de sangre seca en la mejilla y un corte en la cabeza, a la altura de la raíz del pelo. La examino con la mirada, comprobando que no tiene más heridas. A primera vista, parece que no hay ninguna más, pero está claro que le va a salir un moratón bastante feo en la cara, y tiene el brazo cubierto de marcas amoratadas en forma de dedos.

Aprieto las manos en puños a los costados.

—¿Dónde está?

Layla niega con la cabeza.

—Se-se ha ido.

La ira se apodera de mí. En este momento solo tengo ganas de darle una paliza a ese cabrón hasta matarlo, así que, en cierto sentido, me alegro de que se haya ido.

—La policía está de camino —le digo—. Tienes que contarles lo que ha pasado.

—No-no puedo.

—¿Por qué? —le pregunto, con dureza, lo que la hace estremecer.

—Mi-mírame. Po-por esto.

La observo atentamente y se me encoge el corazón.

Se merece algo mucho mejor. ¿Por qué no es capaz de entenderlo?

—Justo por eso tienes que contarles lo que ha ocurrido.

Asiente con la cabeza una sola vez, enterrando la cabecita de Lili en el hueco de su cuello.

Ahora que sé que está bien y que Brandon no está aquí, salgo de la casa para esperar a la policía y dejarles entrar. Han llamado también a una ambulancia, que aparca justo detrás del coche de policía, y los médicos se van directos al baño a examinar a mi hermana en cuanto les indico dónde se encuentra.

Después de que la policía se haga cargo, llamo a mi padre.

—Hola, ¿qué pasa? —me pregunta.

Oigo cómo cierra la puerta de su camioneta.

Se me forma un nudo en el estómago y por un momento dudo qué decirle. No sé cómo explicarle que el novio de su hija acaba de molerla a palos.

—Es… eh… Layla. Brandon se ha pasado por casa y le ha… eh… le ha hecho daño. —Me trabo al hablar.

Joder. Es como si mi cerebro todavía no hubiese procesado del todo lo que ha ocurrido.

—¿Está bien?

Noto el miedo en su voz y me flaquean las rodillas al oírlo así.

Ningún padre, *nadie*, es perfecto, pero el nuestro siempre ha hecho todo lo posible por nosotros. Sé que nos quiere con todo su corazón y que estaría dispuesto a dar su vida por nosotros sin dudar.

—Está… Estará bien. —No quiero decirle que está bien, porque no creo que lo esté después de lo que ha tenido que pasar—. La policía ya está aquí. Pero Brandon ya se había ido cuando llegué.

—¿Cómo lo has sabido? ¿Te has pasado por casa?

—Me ha llamado Lili.

Lo oigo maldecir al otro lado de la línea.

—Me preguntaba por qué tenía tantas llamadas perdidas de Layla. Supuse que sería Lili para asegurarse de que le llevase el McDonald's que le había prometido cuando volviese a casa. Yo... *joder.*

—No tenías forma de saberlo, papá.

—Llego lo antes posible, ¿vale?

—No pienso irme a ninguna parte.

Justo después de colgar, guardo el teléfono en el bolsillo y voy a ver cómo está Layla. Ha salido del baño y está sentada en una de las sillas de la cocina mientras los médicos la examinan y la policía le hace unas cuantas preguntas. Tiene los ojos enrojecidos y le tiembla el labio inferior, pero está haciendo un esfuerzo enorme por mantener la compostura por el bien de su hija.

Lili se baja de un salto de su regazo y sale corriendo hacia mí, rodeándome la cintura con sus diminutos brazos.

—Gracias.

Joder. Ese simple «gracias» me termina de romper el corazón. Lili no debería haberse visto obligada a hacer esa llamada.

Me agacho para quedar a su altura y la abrazo con fuerza. Jamás me lo habría perdonado si le hubiese pasado algo a Lili o a mi hermana. Por muy frustrado que esté con Layla por haberse quedado con Brandon, jamás habría deseado que ocurriese algo como esto.

—Eres muy valiente —le digo a Lili en un susurro. Me da miedo asustarla después de lo que ha tenido que presenciar esta noche—. Y me alegro muchísimo de que me llamases.

Asiente con la cabeza, con lágrimas en los ojos. Cuando me fijo en cómo le tiembla el labio inferior, es como si alguien me hubiese dado un puñetazo en el estómago. Y lo único que puedo hacer es volver a abrazarla con fuerza.

Para cuando nuestro padre irrumpe por la puerta como un tornado, los médicos ya han determinado que Layla no necesita puntos en la herida de la cabeza.

—Por el amor de Dios, Layla.

La recorre de arriba abajo con la mirada, y nuestro padre —el mismo hombre al que no he visto llorar desde que murió nuestra madre— se derrumba por completo.

Layla abre los ojos como platos, sorprendida, y me mira por un segundo.

—No sé qué habría hecho si te hubiese pasado algo. —Se inclina sobre ella con torpeza, claramente queriendo abrazarla, pero también temeroso de hacerle daño.

—Papá —solloza mi hermana.

Y entonces ya no tiene por qué preocuparse de hacerle daño, porque es ella quien se lanza a abrazarlo de inmediato. No la había visto abrazarlo o, al menos, abrazarlo así desde que éramos pequeños.

Layla siempre ha discutido con papá mucho más que yo. Ella era la hija descarriada, la rebelde, así que siempre estaban discutiendo, mientras que a mí no me interesaba en absoluto meterme en la clase de líos en los que se metía ella constantemente.

Oigo cómo alguien carraspea con fuerza a mi espalda para llamar mi atención.

—¿Fuiste tú quien nos llamó? —Asiento—. ¿Y llegaste el primero? —Asiento de nuevo—. Entonces tenemos que tomarte declaración a ti también.

—Muy bien. Lili, ¿te importa quedarte un ratito con tu madre y el abuelo? Te prometo que no tardaré mucho.

La pequeña asiente con la cabeza al tiempo que se seca el rostro lleno de lágrimas con mi sudadera.

En cuanto Layla la toma en brazos, sigo al agente de policía hasta un rincón del salón y le doy todos los detalles de lo que recuerdo desde que recibí la llamada de Lili hasta que llegué aquí.

Para cuando se marchan, estoy agotado. No me puedo ni imaginar cómo deben de sentirse Layla y Lili.

Me dejo caer en el sofá y Lili se sube de inmediato para hacerse un ovillo a mi lado. Con el corazón encogido en un puño, la abrazo con fuerza, pegándola a mí. Si le hubiese ocurrido algo a mi sobrina o a mi hermana, no sé qué habría hecho. Quiero que Brandon pague por todo esto. Sería muy sencillo montarme en el coche ahora mismo e ir a buscar a ese cabrón, pero aquí es donde debo estar. Mi familia me necesita.

Papá y Layla están hablando en la cocina, y sus voces resuenan amortiguadas en la distancia.

—¿Tienes hambre? —le pregunto a Lili.

Lo último en lo que estoy pensando ahora mismo es en comer algo, pero se le debe de estar pasando la adrenalina del momento, así que lo más probable es que esté muerta de hambre.

Asiente con la cabeza a toda prisa.

Lo peor es que sé que jamás va a poder olvidar esta noche. Mierda. ¿Qué traumas podría dejarle todo esto?

—¿Pizza?

En este momento no puedo hacer mucho, pero sí que puedo ocuparme de Lilibet y asegurarme de mejorar, aunque solo sea un poco, su día de hoy, y eso es justo lo que pienso hacer.

—Sí, porfi —me susurra, asintiendo con la cabeza.

Hago el pedido a través de la aplicación mientras Layla y papá hablan en la cocina.

—¿Puedes quedarte aquí un momento? —le pregunto a Lili después de separarme un poco de su abrazo—. Ahora vuelvo, te lo prometo.

—Vale —acepta, aunque un poco a regañadientes.

Le enciendo la televisión y me acerco a la cocina con los demás. Casi de inmediato, mi padre se vuelve hacia mí como un resorte.

—¿Tú lo sabías?

Me quedo helado donde estoy.

—¿Saber el qué?

Layla rehúye mi mirada, como si no quisiese mirarme a los ojos.

—Que ya le había pegado antes.

Me quedo boquiabierto.

—Papá, ya te he dicho que Reid no sabía nada —lo dice en apenas un susurro, casi sumisa, como si se hubiese quedado sin esa fuerza que la caracteriza.

—¿Cuándo? —le pregunto, cerrando las manos en puños a los costados.

Noto cómo se me hiela la sangre en las venas para después comenzar a hervir de nuevo un segundo después.

—Solo a veces. —Se estremece, como si por fin se hubiese dado cuenta de lo mal que suena eso—. Normalmente solo me golpeaba donde nadie pudiese ver las marcas. —Se humedece los labios y desvía la mirada—. Me daba miedo dejarlo. Pensaba que con el tiempo dejaría de hacerlo.

Mi padre la observa con el ceño fruncido.

—Layla…

—Ya lo has dejado, ¿verdad?

Intervengo de inmediato. No tiene sentido que le eche la bronca, no después de lo que ha ocurrido hoy. Ya la han apaleado lo suficiente. Literalmente.

—Sí. Por Dios, pues claro que sí.

—Bien. —Noto cómo la presión que me oprimía el pecho se va disipando poco a poco al oírla decir eso con tanta seguridad—. ¿Lo vas a denunciar?

La veo apretar los labios con fuerza y agachar la cabeza, pero acaba asintiendo.

—Entonces eso es lo único que importa ahora.

Sé que mi padre quiere decirle algo más, pero suspira con pesar y deja caer los hombros. Sabe que a veces es mejor quedarse callado. En este caso, el decirle «te lo dije» no va a servir para nada.

—He pedido una pizza porque Lili tiene hambre. Vamos a sentarnos todos juntos y a pensar qué es lo que vamos a hacer a continuación —le digo a mi hermana.

Tanto si siente que necesita salir de esta casa por motivos de seguridad como si quiere ir al psicólogo para hablar con alguien de lo que ha tenido que pasar, la apoyaremos. Para eso está la familia.

Layla se acerca para abrazarme. Puede que sea mi hermana mayor, pero yo siempre he sido el que la ha protegido a ella.

Es capaz de hacer grandes cosas y, quizás, ahora que Brandon ya no la va a seguir frenando, puede que por fin consiga todo lo que se proponga.

30

VIA

El día de Acción de Gracias vino y se fue igual que llegó. Lo pasé sola, ya que prefería que me hiciesen una endodoncia antes que volver a California. Quiero a mis padres, de verdad que sí, pero someterme a sus críticas y decepciones constantes no me parece una forma agradable de pasar las vacaciones.

También los echo de menos, pero es que… no estoy preparada para volver todavía.

Así que me pasé el día en pijama sentada en el sofá, viendo películas navideñas cursis. Me preparé un sándwich de pavo para la ocasión y devoré una tarta de manzana que había comprado en una pastelería de la zona; con una bola de helado de vainilla encima, por supuesto.

Esta noche, sin embargo, cambio los pantalones de chándal por algo un poco más elegante. Me seco el pelo y empiezo a maquillarme.

Es mi segunda cita oficial con Reid. Hemos tardado más de lo que nos hubiese gustado a los dos en tenerla, porque él ha estado liado con temas familiares y yo he estado ocupada preparando las cosas para el estudio. Tengo pensado abrirlo en primavera, pero ya veremos qué pasa.

Aunque no hemos tenido tiempo para una cita propiamente dicha, sí que hemos quedado en la cafetería que hay cerca de su casa unas cuantas veces para vernos un rato. Y, en todas las ocasiones, me ha dejado con ganas de más después de darme tan solo un beso.

Todavía me sorprende haber pasado de tener un rollo de una noche con él, decidida a no volver a verlo, a estar contando los minutos que quedan para poder hablar con él.

Izzy es la que más me anima y, sinceramente, de no haber sido por todo lo que me apoya, lo más probable es que estuviese dándome un ataque de pánico al darme cuenta de lo mucho que me gusta.

En cuanto termino de maquillarme, le echo un vistazo a mi teléfono. Hace cinco minutos me ha mandado un mensaje para avisarme de que ya está de camino.

Mierda.

Salgo corriendo hacia mi dormitorio, casi tropezándome con mis propios pies, y me pongo a rebuscar a toda prisa en el armario algo que ponerme. Me ha dicho que me abrigue, ¿eso quiere decir que debería vestirme elegante, pero asegurándome de que estoy cubierta de pies a cabeza? ¿O me puedo poner unos vaqueros?

Le mando un mensaje rápido para pedirle que me lo aclare y mi teléfono empieza a sonar con una llamada entrante un segundo después.

—Via —pronuncia mi nombre con ese tono grave y sensual suyo —. ¿Ya estás dándole vueltas a la cita?

—*No* —me defiendo—. Pero es que no me has dicho qué…

—Vamos a ir a patinar sobre hielo.

Patinar sobre hielo. No puedo evitar sonreír. Le dejé caer hace una semana que nunca lo había hecho. Y que me preste atención y se acuerde de lo que digo significa mucho más de lo que se imagina.

—¿Entonces con un jersey y unos vaqueros me vale?

—Con eso vas perfecta. En nada estoy ahí.

Lanzo mi teléfono sobre la cama y saco mis vaqueros favoritos del cajón de la cómoda. Llevan siendo mis favoritos desde hace años y por un buen motivo: se amoldan a mi cuerpo como una segunda piel y me hacen un culo increíble.

Me los abrocho y me subo la cremallera antes de volverme hacia el espejo, con las manos en la cintura, y examinar mi sujetador negro de encaje.

—Siempre me pongo lo mismo —le digo a mi reflejo en un murmullo.

Le doy la espalda al espejo y me pongo uno de los jerséis más suaves que tengo. Entre eso y el abrigo de plumas, además de los guantes, debería ir más que protegida contra el frío.

Justo me estoy poniendo los zapatos cuando llaman a la puerta.

—Dame un minuto —grito.

Busco el bolso, me lo echo al hombro y abro la puerta.

Al otro lado se encuentra un Reid recién afeitado, con su pelo oscuro y rizado resguardado bajo un gorro de lana gris y los hombros echados hacia delante para protegerse del frío. Está tan guapo que podría besarle.

—Hola —dice, con la punta de la nariz roja por el frío.

No le devuelvo el saludo, al menos, no con palabras. Me pongo de puntillas y me pego a él para besarle. Tengo ganas de algo más que un beso, pero de momento me tendré que conformar.

Cuando vuelvo a apoyar los talones en el suelo, me lo encuentro sonriéndome de oreja a oreja.

—Vaya, hola —me dice con voz melosa—. Me gusta esta forma de saludar.

Le devuelvo la sonrisa, con un dulce dolor atravesándome el pecho.

—Te he echado de menos.

Me da miedo admitirlo en voz alta, que me he encariñado tanto con él que, cuando no lo veo, siento su ausencia. Aun así, quiero que lo sepa. Nunca se me ha dado demasiado bien expresar lo que siento con palabras. En parte es por el daño que me hizo Chase. Pero esa herida abierta que dejó en el centro de mi pecho se ha cerrado gracias a Reid. Él solito se ha encargado de coserla y cerrarla, escribiendo su nombre encima.

Cierro la puerta a mi espalda y me doy la vuelta. Alargo la mano hacia la barandilla para no caerme por las escaleras, pero me detengo antes de poder agarrarla. Me vuelvo a mirar a Reid como un resorte.

—Has echado sal en mis escaleras.

Tenía intención de pasarme por la ferretería a comprar sal, pero se me ha olvidado, porque no es algo que esté acostumbrada a hacer.

Reid se encoge de hombros como si no fuese para tanto.

—Tenía un saco en el coche.

Puede que a él le parezca algo sin importancia, pero, para mí, es un gesto precioso. Se ha dado cuenta de que tenía que hacer algo y se ha ocupado de hacerlo él por mí.

—¿Qué tal está tu hermana?

Llevo preguntándole por ella casi cada día desde que me contó lo que había ocurrido. No me puedo ni imaginar lo traumatizados que deben de estar todos después de lo que pasó.

—Está mejor. Tiene pensado mudarse dentro de poco. Creo que le vendrá bien estar ella sola con Lili.

—¿Y tu padre qué opina al respecto?

Sorprendentemente, no me resulta extraño hablar de Derrick con Reid. Ayuda también el hecho de que solo compartiésemos una cita desafortunada y de que no sienta nada por él.

Se cala un poco más el gorro sobre la cabeza y me abre la puerta del copiloto. Me deslizo en el asiento mientras él usa su cuerpo como escudo para protegerme del frío.

—Creo que está más triste de lo que aparenta. Se va a quedar solo por primera vez en su vida.

Frunzo el ceño.

—Eso debe de ser duro.

Reid se encoge de hombros.

—Seguro que sí, pero también creo que le vendrá bien. No puede pasarse toda la vida preocupándose por nosotros. Siempre nos ha antepuesto a todo. Se merece poder ponerse a sí mismo por delante por una vez.

Cierra la puerta y, cuando se sienta tras el volante y arranca el motor, se vuelve a mirarme con una sonrisa.

—¿Tienes ganas de ir a patinar?

Le dedico una sonrisa como respuesta.

—No sabes cuánto.

Odio patinar sobre hielo.

O quizás el patinaje sobre hielo me odia a mí.

Acabo cayéndome de culo por cuarta vez mientras un niño se ríe de mí. Tampoco puedo culparlo. Ver a la misma persona caerse una y otra vez seguramente sea de lo más entretenido. Otra niña pasa a mi lado, aferrándose a una especie de cosa que parece un andador mientras patina con las piernas temblorosas.

«Necesito uno de esos».

Reid, que me observa con los labios apretados para no reírse, me tiende una mano.

—Esto se me da de pena —me quejo, y hago una mueca mientras me acaricio el trasero dolorido. Mañana voy a tener un buen moratón ahí, y no sé cómo voy a poder sentarme en el coche cuando nos toque volver a casa.

—Es una curva de aprendizaje.

—Bueno, pues esta curva es más bien un círculo.

—¿Un círculo? —se ríe mientras se recoloca las gafas con la mano libre. Con la otra me sujeta con fuerza, aunque tampoco es que sirva de mucho, porque me caigo incluso cuando me está sosteniendo.

—Sí, porque la curva nunca termina. Por lo tanto, es un círculo.

Niega con la cabeza, luchando por contener una sonrisa. Me alegro de estar divirtiéndolo con algo más que mi fantástica habilidad para caerme de culo.

Se gira hasta quedar delante de mí y me agarra ambas manos para tirar de mí mientras patina de espaldas, y yo ni siquiera sé patinar de frente.

—No sé si me estás intentando ayudar o solo pretendes presumir.

Reid frunce el ceño.

—¿Eh? Ah. —Enarca las cejas—. Si quisiese presumir, estaría haciendo algo más que patinar de espaldas.

Le saco la lengua.

—¿Es que naciste sabiendo patinar sobre hielo?

Me sostiene con fuerza y se asegura de que no me caiga cuando mis piernas me traicionan, *otra vez*.

—Algo así. Por esta zona, todo el mundo suele salir a patinar sobre hielo en invierno. Y de pequeño jugaba al hockey.

Me quedo boquiabierta.

—¿Fuiste jugador de hockey?

—Sí. En el instituto. Y todavía sigo quedando con mis amigos para jugar de vez en cuando.

Estoy segura de que las chicas del club de lectura se lo pasarían en grande con esta información. Los protagonistas de los últimos dos libros que hemos escogido eran jugadores de hockey. Parece ser que últimamente ese cliché se ha vuelto bastante popular. Ella comentó algo sobre que los culos de los jugadores de hockey eran como de otro planeta la semana pasada. En ese momento no le hice mucho caso, pero ahora estoy empezando a reconsiderarlo, porque sí que es cierto que Reid tiene muy buen culo.

—Qué interesante —murmuro.

—Ya verás que tú también acabarás jugando en muy poco tiempo.

Echa un vistazo de vez en cuando por encima del hombro para asegurarse de no chocarse con nadie.

—Lo dudo, pero gracias por los ánimos.

—Lo estás haciendo genial, Via. No valoras tu esfuerzo lo suficiente. Te has puesto unos patines por primera vez hace media hora y ya vas mucho más adelantada que la mayoría.

—Sé que lo dices solo para halagarme. No he visto a nadie caerse tanto como yo.

Intenta contener una sonrisa.

—Yo jamás te mentiría. Vas a tener que confiar en mí.

Sus palabras despiertan algo en mi interior. Después de que Chase me traicionase, me preocupaba no ser capaz de volver a confiar en alguien. Y, desde luego, creía que jamás volvería a confiar en un hombre. Pero, sin pretenderlo, Reid me ha demostrado que puedo confiar en él a ciegas, y eso he hecho.

Conseguimos recorrer todo el perímetro de la pista sin que me caiga.

—¿Quieres que te suelte? —me pregunta.

Quiero decirle que no, porque no quiero volver a caerme.

Pero ¿qué es la vida sin unos cuantos rasguños y moratones? Solo aprendes de verdad cuando te vuelves a levantar después de haberte caído.

—Sí. Quiero volver a intentarlo.

La sonrisa radiante que me dedica me deja saber que he tomado la decisión correcta.

No me suelta de golpe, como una mamá pájaro lanzando a su polluelo fuera del nido. En cambio, me va soltando lentamente hasta asegurarse de que no pierdo el equilibrio. Cuando confía en que no me voy a caer, se aleja un poco, hasta que solo me está sujetando con las puntas de los dedos. Y, por fin, me suelta del todo y deja caer los brazos a los costados, aunque sigue patinando delante de mí.

Me tambaleo por un momento, pero encuentro mi centro de gravedad rápidamente y recupero el equilibrio. Me deslizo entre tambaleos por la pista; no se puede decir que patine con demasiado arte, la verdad, pero lo estoy haciendo.

—¡Mírame! ¡Sé patinar!

Me da igual sonar como una niña pequeña emocionada. Esto es algo que pensé que jamás podría hacer.

—Lo estás haciendo genial. Mantén los brazos estirados.

—Lo estoy inten…

Antes de que pueda terminar de responder, me vuelvo a tropezar con mis propios pies. Me caigo de culo sobre el hielo y un ramalazo de dolor me atraviesa la cadera.

Contengo el aliento y cierro los ojos con fuerza.

—Ay.

Reid, por suerte, no se ríe de mí. Aunque estoy segura de que no es por falta de ganas.

—Lo estabas haciendo genial. Tan solo has perdido el equilibrio.

—Mantenerlo encima de un par de cuchillas no es nada fácil.

Tomo las manos que me tiende y dejo que me ayude a levantarme.

Me aferro a la barandilla que rodea la pista con una mano y me quito la nieve de los pantalones con la otra.

—¿Quieres que nos tomemos un descanso? —me pregunta mientras saluda con un gesto de la cabeza a un patinador que pasa junto a nosotros.

Me vuelvo hacia la persona a la que acaba de saludar, pero no lo reconozco. No es que lo nuestro sea un secreto, pero tampoco hemos hecho pública nuestra relación. No hablo con nadie sobre él, salvo con mi hermana, y él tampoco le ha contado a su padre que estamos juntos. No es que me dé vergüenza estar con él, pero en cuanto dejemos que todo el mundo se entere de lo nuestro, también estaremos dándoles manga ancha para que nos juzguen. A Reid no le importa nuestra diferencia de edad, pero estoy segura de que habrá gente a la que *sí* le importe y que tendrá cosas que decir al respecto.

Tardo un poco en darme cuenta de que me ha hecho una pregunta.

—Un descanso me vendría bien.

No solo para mi trasero dolorido, sino porque los cuádriceps también me están matando.

Una vez salimos de la pista de hielo, nos quitamos los patines y volvemos a ponernos los zapatos. No pienso volver a la pista, y creo que él también lo sabe. Ya me van a salir suficientes moratones por todo el cuerpo después de lo de hoy. Podemos volver a intentarlo otro día. Quizás.

Hay una cafetería junto a la pista de hielo, por lo que vamos directos hacia allí. Tan solo hemos estado patinando durante media hora, pero necesito beber agua desesperadamente.

—Sé que este sitio no es nada elegante… —Reid baja la mirada y me parece ver cómo se le sonrojan las orejas—. Pero la comida está bastante buena. Aunque si prefieres que vayamos a un restaurante propiamente dicho, podemos irnos.

—Reid. —Lo agarro de la muñeca para tratar de calmarlo. Creo que no se ha dado cuenta de que estaba tamborileando los dedos sobre la pierna por los nervios—. Este sitio es genial. En serio. Me apetece mucho cenar aquí.

Ya he cenado en restaurantes elegantes y me he tomado suficientes copas de vino como para toda una vida. Eso es lo *único*

que hacíamos Chase y yo. Nunca hicimos nada como esto: una actividad divertida juntos. No, tan solo salíamos a cenar a restaurantes una y otra vez, lo que acabó cansándonos con el tiempo.

Reid se ajusta el gorro.

Normalmente se muestra muy seguro de sí mismo, por eso disfruto mucho de los momentos en los que deja salir a relucir su lado más vulnerable. Porque eso solo ayuda a que, sea lo que sea lo que haya entre nosotros, se sienta incluso más real.

—¿Cómo puedes ser tan perfecta para mí?

Parece más una confesión que una pregunta.

Las palabras se me quedan trabadas en la garganta, así que no respondo. En cambio, me pongo a echarle un vistazo a la carta. Entre el patinaje y mis caídas, se me ha abierto el apetito.

—¿Qué me recomiendas? —le pregunto—. Supongo que habrás venido mucho por aquí y habrás tenido oportunidad de probarlo todo.

—Así es. —Se mete las manos en los bolsillos y encoge los hombros—. Las hamburguesas están buenísimas. Yo que tú no pediría el perrito caliente. El sándwich club también es una buena opción, y las patatas fritas son de las mejores que he probado.

Cuando llega nuestro turno, los dos optamos por pedir una hamburguesa con patatas fritas.

—Hoy me lo he pasado genial. —Nos sentamos en una mesa en el rincón más tranquilo que encontramos—. Patinar sobre hielo se me da de pena, pero siempre había querido probarlo. No sé cómo agradecerte que me hayas traído.

—Se te da mucho mejor de lo que crees, sobre todo teniendo en cuenta que no habías patinado antes.

—Gracias. —Me coloco un mechón tras la oreja—. Normalmente tiendo a pensar que se me tiene que dar todo bien a la primera.

Reid se ríe al tiempo que moja una patata frita en un poco de kétchup.

—No me había dado cuenta.

Le lanzo el envoltorio de mi pajita a la cara, pero no atino, por lo que acaba aterrizando sobre su bandeja.

—Ja, ja, muy gracioso.

—No deberías ser tan dura contigo misma.

Se me revuelve el estómago.

Termino de darle un mordisco a mi hamburguesa y me quedo mirándolo fijamente.

—Es difícil cambiar algunos hábitos.

De pequeña, siempre me esforzaba por ser la mejor en todo y arrastré esa presión hasta mi vida adulta. Me cuesta mucho cambiar algo que me ha hecho ser quien soy.

—No pasa nada por ensuciarse un poco.

Le brilla la mirada, como si estuviese pensando en cierta forma de ensuciarse. O quizás es que estoy buscando un doble sentido donde no lo hay, porque lo deseo tanto como un fumador su dosis de nicotina.

El corazón se me acelera solo de pensarlo.

—¿Y tú me vas a enseñar a ensuciarme? —le reto.

Se quita el gorro y se pasa los dedos por el pelo.

—Desde luego. No confío en nadie más para hacerlo.

Nos terminamos nuestras hamburguesas y ninguno de los dos dice nada sobre volver a salir a la pista de hielo.

En el camino de vuelta a mi casa, una deliciosa tensión chisporrotea entre nuestros cuerpos. Sus dedos me rozan la rodilla de vez en cuando, y solo espero que después siga tocándome por todas partes y deje de tentarme.

Aparca donde siempre, justo frente a mi edificio.

Ninguno de los dos dice nada ni hace ningún gesto para bajarse del coche, y el ambiente se va caldeando poco a poco.

—Reid…

De repente, me acuna las mejillas y me besa como si, de no hacerlo, fuese a dejar de existir.

Abro la boca para darle acceso y se me escapa un pequeño gemido. Necesitada, intento acercarme un poco más a él, pero me es imposible con el cinturón de seguridad.

Intento desabrocharlo con dedos temblorosos.

—Sube conmigo —le suplico contra los labios—. Por favor.

Reid se aleja un poco de mí, con la punta de su nariz todavía acariciando la mía.

—¿Estás segura?

Asiento con la cabeza, como una maldita muñeca cabezona porque estoy demasiado excitada ahora mismo.

—Sí.

Nos resulta casi imposible no tocarnos mientras subimos las escaleras que llevan a mi casa a toda prisa, y me río como una colegiala cuando me agarra del culo y me lo aprieta.

Al llegar a la entrada, me cuesta un mundo que no me tiemblen las manos al meter la llave en la cerradura, pero, cuando por fin abro la puerta, entramos en mi piso a trompicones y Reid la cierra de una patada a nuestra espalda y echa el cerrojo. En un abrir y cerrar de ojos, me tiene pegada a la madera de la puerta y me está besando con ganas, mientras sus dedos me bajan la cremallera del abrigo. Me lo quito y lo dejo caer al suelo.

Desliza su mano desnuda por debajo de mi jersey.

—Quería esperar para hacer esto —me confiesa en un suspiro mientras sus labios descienden lentamente por mi cuello—. Quería que supieses que esto es real.

—Lo sé. —Lo beso—. Sé que es real. —Es imposible negar que lo que tenemos es mucho más que un simple rollo—. Lo sé.

La manera en la que se le ilumina la mirada hace que sienta mariposas en el estómago. Retrocede un paso y se quita el abrigo y los zapatos. Después se van la sudadera y la camiseta. La manera en la que se le tensan los músculos con cada movimiento me recuerda a la forma en la que el agua en calma reacciona cuando le lanzas una piedra para que rebote.

Esboza una sonrisa.

—¿Te gusta lo que ves, ángel?

No le respondo, al menos, no con palabras. En cambio, me lanzo hacia él, desesperada por volver a apresar sus labios en un beso, por sentir su piel desnuda bajo mis dedos.

Reid me toma en brazos y me deposita con cuidado sobre la encimera de la cocina para que estemos a la misma altura. Abro un

poco más las piernas para dejarle el espacio perfecto para que se pegue más a mí.

—Me estaba matando el no poder tocarte así —me confiesa mientras recorre el borde de mi sujetador de encaje con los dedos, por debajo del jersey—. No pienses ni por un momento que la espera ha…

Un fuerte golpe en seco, que proviene de la entrada, nos sobresalta y nos hace separarnos con brusquedad.

Reid se vuelve hacia la puerta y después hacia mí cuando quien quiera que haya ahí fuera vuelve a llamar, esta vez más suave.

—¿Esperas visita?

Niego con la cabeza, con el corazón latiéndome acelerado por una mezcla de deseo y nerviosismo.

—Yo… no.

Reid se dirige hacia la puerta y alza una mano en mi dirección.

—Quédate ahí.

Asiento, aunque no estoy segura de qué sentido tiene el que me quede aquí si quien haya al otro lado de la puerta va a poder verme en cuanto la abra.

—¿Quién es? —pregunta, sin abrir.

—Estoy buscando a Via —responde un hombre, sin contestar a la pregunta.

Reid me echa un vistazo por encima del hombro como si quisiese preguntarme en silencio si debería abrir o no.

Me encojo de hombros y me muerdo el labio inferior.

—No abras.

Vuelven a llamar.

—¿Via vive aquí?

—¿Quién lo pregunta? —espeta Reid, más enfadado a cada segundo que pasa.

Todo se queda en silencio por un momento, pero entonces el hombre responde.

—Su marido.

PARTE TRES



31

VIA

Reid se vuelve de nuevo a mirarme, boquiabierto, como si quisiese decir: «¿Lo dice en serio?».

Ahora que se me ha pasado un poco la sorpresa, reconozco su voz.

«¿Qué cojones está haciendo él aquí?».

—¿Chase? —Mis labios pronuncian su nombre en un susurro.

Pero Reid me escucha con claridad y abre los ojos como platos.

—¿Sabías que iba a venir tu ex? —me pregunta en un susurro.

Suelto una carcajada burlona.

—Pues claro que no.

Si lo hubiese sabido, le habría dicho que no es bienvenido. Ni ahora, ni nunca.

¿Cómo narices ha descubierto dónde vivo? No le conté que me iba a mudar, y mucho menos a dónde.

—Via, sé que estás ahí dentro. Tenemos que hablar.

¿Hablar? ¿Es que no se da cuenta de que el tiempo para hablar hace mucho que se acabó? Si hubiese querido «hablar», tuvimos muchísimo tiempo para hacerlo *antes* de que me fuese infiel. Cruzar todo el país solo para «hablar» es una estupidez, por no decir que un tanto presuntuoso de su parte. Pero, como soy una idiota, quiero saber por qué está de pie en la puerta de mi casa en Maine y no se ha quedado en San Francisco.

Reid tiene el rostro contraído en una mueca molesta, pero también parece preocupado.

Dejo caer los hombros y suspiro con pesar.

—Déjame hablar con él.

Me observa con los ojos entrecerrados, pero en este momento no puedo enfadarme por su reacción. Sigo demasiado confusa por la presencia de mi exmarido.

—¿Estás segura?

Cuento en silencio hasta diez.

—Estoy segura.

¿*Quiero* hablar con Chase? No. No tengo nada que decirle. Pero, ya que está en mi puerta, lo mejor será que me explique qué hace aquí.

Reid se queda mirándome fijamente durante un minuto más, en completo silencio. Cuando me bajo de la encimera de un salto y alzo la barbilla, le dejo mucho más clara mi decisión, por lo que recoge la sudadera del suelo y se la vuelve a poner.

Acto seguido, abre la puerta y fulmina a mi ex con la mirada. No me había dado cuenta hasta ahora, pero Reid le saca casi diez centímetros a Chase. Puede que no parezca mucho, pero desde luego le da un toque intimidante.

—¿Y tú quién eres? —gruñe Chase, hinchando el pecho.

Me acerco a ellos y coloco una mano sobre el antebrazo de Reid, lista para intervenir.

Chase baja la mirada de inmediato hacia el gesto y sus labios se curvan en una mueca enfadada.

—Es…

—Su novio —termina Reid por mí.

Me acaricia el interior de la muñeca con los dedos, no como si pretendiese reclamarme, sino como una especie de muestra de protección.

—¿Su novio? —escupe Chase—. Pero si pareces un crío.

Me encojo como si me hubiesen abofeteado. Aflojo el agarre sobre el brazo de Reid, pero él se aferra a mi mano y entrelaza nuestros dedos antes de darme un suave apretón. Después me suelta para poder cruzarse de brazos.

—Y tú pareces un infiel.

Zasca.

Las mejillas de Chase se vuelven de un horrible tono rojizo.

—Via, ¿podemos hablar?

Supongo que ha decidido ignorar por completo la presencia de Reid.

A la luz del atardecer, con el pelo engominado y repeinado hacia atrás y el ceño fruncido, parece una persona completamente distinta. Antes era mucho más despreocupado, menos rígido. El hombre que tengo ahora delante es un completo desconocido.

En algún momento, mi exmarido se convirtió en alguien totalmente distinto al hombre que conocía.

—¿Has venido hasta aquí, a Maine, para *hablar*?

—No respondías a mis mensajes —repone, como si eso fuese explicación suficiente.

Me quedo mirándolo boquiabierta, anonadada.

—¿Lo estás diciendo en serio? —siseo.

Reid me dedica una sonrisa encantada.

—No te respondí porque no tengo nada que hablar contigo.

Estamos *divorciados*. No tenemos ningún motivo para hablar. Este hombre tiene que haberse vuelto loco, y quizás yo también lo estaba por haber tardado tanto tiempo en separarme de él, sobre todo desde el momento en que se convirtió en un cabrón controlador y manipulador.

—Bueno —suelta, al tiempo que estira los brazos a los lados—, pues ahora estoy aquí.

¿En serio piensa que solo por eso tengo que escucharlo? No *quiero* hablar de nada con él. Me siento tentada a cerrarle la puerta en las narices y seguir adelante con mi vida, porque ¿cómo se puede ser tan presuntuoso como para presentarse aquí así porque sí?

Pero, en el fondo, siento que necesito oír lo que me tenga que decir. Si no lo hago, me quedaré con esa duda para siempre.

—¿Reid? —Le agarro el brazo con firmeza—. Déjame hablar con él.

Se vuelve hacia mí con el ceño fruncido y me escudriña el rostro.

—¿Quieres que me marche?

Niego con la cabeza.

—Quizás podrías esperar en tu coche.

Chase suelta una risa burlona.

—Vamos a pasarnos un buen rato hablando, niño. ¿Por qué no vuelves a casa corriendo con papi y mami para que te arropen en tu camita?

Reid recorre a mi exmarido de arriba abajo con la mirada.

—Eres incluso más patético de lo que ella me había contado.

Y, dicho eso, se agacha para darme un beso largo y pausado. Es un beso que no es en absoluto para todos los públicos, pero que tampoco es para nada explícito.

—Estaré abajo esperando, pero tómate todo el tiempo que necesites —me dice en un susurro para que Chase no pueda oírle—. Dile todo lo que le tengas que decir.

Agradezco que se haya dado cuenta de que esta es la ocasión perfecta para que me quite un peso de encima y me desahogue.

Después de darme un último beso en la mejilla, pasa junto a Chase, que no se molesta siquiera en hacerse a un lado para dejarle pasar. Si Chase estaba intentando ganarse puntos conmigo, lamento tener que decirle que ahora mismo su marcador está en negativo.

—Será mejor que pases. Ya ha entrado el suficiente frío en casa por tu culpa.

Suelta una risa burlona.

—Has sido tú la que me ha dejado esperando aquí fuera.

—¿Qué puedo decir? No he sido yo quien te ha invitado a venir.

Agacha la cabeza como si mis palabras le hubiesen dolido. Bien.

Me resulta raro ver a Chase en mi casa, en este espacio que es solo mío. Vale que todavía no hemos empezado con la reforma aquí arriba, y que este lugar no está pasando por su mejor momento, pero nada de eso importa, porque es *mío*. Él no encaja aquí; es como una lámpara antigua que no pega con el resto de la decoración.

—Bonita casa. —El sarcasmo en su tono es evidente.

Me molesta. Sé perfectamente que, según sus estándares, este sitio no podría considerarse «bonito» jamás, pero a mí me encanta mi nuevo hogar.

—¿Qué haces aquí?

Me cruzo de brazos y lo fulmino con la mirada.

No tiene sentido. ¿Por qué demonios ha venido? ¿Por qué se ha tomado tantas molestias para encontrarme?

Se pasa los dedos entre los mechones castaños claros. Está claro que el tiempo que hemos pasado separados le ha pasado factura. Las arrugas de los ojos están mucho más marcadas de lo que recordaba, y lleva con los labios fruncidos en una mueca disgustada desde que ha llegado. A lo mejor es que las cosas no le están yendo tan bien con su amante como pensaba.

—¿Es que no puedo querer ver a mi mujer?

Lo observo con los ojos entrecerrados al verlo llamarme «su mujer», seguramente para tratar de manipularme, como si el hecho de que hubiésemos estado casados le otorgase algún derecho sobre mí.

—Tu *exmujer* —le corrijo—. Y no, no puedes presentarte aquí solo porque quieras verme. No somos amigos.

Sí que solíamos serlo, no hace tanto tiempo, pero siento que ha pasado un siglo desde aquel entonces. ¿En qué momento empezaron a torcerse las cosas entre nosotros? ¿Cuándo se volvió Chase un marido controlador y narcisista? No creo que siempre fuese así. O, si lo era, desde luego supo ocultarlo bien.

—Vamos, nena —se ríe—. No puedes decirlo en serio.

Pues claro que lo digo en serio.

—¿Y tu novia? ¿Y el bebé? —le espeto.

Quiero acabar de una vez con esta conversación. Quiero que me diga lo que me tenga que decir y se marche para no volver.

—¿Me puedo sentar? —Señala el sofá—. ¿O es que también tienes algo que decir al respecto?

Suspiro con tanta fuerza que mi pecho se estremece. Estoy cabreadísima en este momento, y ni siquiera ha empezado a hablar.

—Siéntate.

Y eso es justo lo que hace, colocándose uno de los cojines a la espalda para ponerse cómodo.

—¿Qué? ¿No vas a sentarte conmigo?

Niego con la cabeza. Cuanta más distancia haya entre nosotros, mejor. Porque, si no, puede que acabe estrangulándolo, y no quiero que Reid tenga que ayudarme a enterrar un cadáver esta noche.

Chase suspira con fuerza, molesto.

—Muy bien, pues quédate de pie entonces.

—¿Puedes dejarte de tonterías de una vez? —le pregunto—. Te has tomado la molestia de descubrir dónde vivo y de venir a buscarme, así que debes de tener un buen motivo.

Eso lo hace sonreír, y su sonrisa deja bien claro lo orgulloso que está de sí mismo por lo que ha hecho.

—Ah, en realidad no ha sido ninguna molestia. Tu madre me dio encantada tu nueva dirección en cuanto le comenté que esperaba que pudiésemos reconciliarnos.

Se me revuelve el estómago al oírlo.

Este hombre tiene que estar drogado, seguro. ¿En qué mundo vive para pensar que voy a querer *volver* con él? ¿Y mi madre? ¿Cómo se atreve a darle mi dirección? Y encima sin ni siquiera avisarme. Si acudió a ella para preguntarle por mí, entonces mi madre tiene que saber que no nos hablamos. Su traición hace que me hierva la sangre.

—¿Reconciliarnos? Te has vuelto loco, Chase. Me *engañaste*. —Y tengo la sospecha de que lo hizo más de una vez a lo largo de los años que estuvimos casados, aunque no tenga pruebas que lo demuestren—. Tienes un hijo con otra.

—El bebé no es mío.

Suelta ese dato como si fuese una bomba. No sé cómo espera que reaccione, qué pretende conseguir con todo esto, pero no siento nada.

—Vale —repongo lentamente, lanzándole una mirada interrogante—. Me da igual.

Porque, por suerte, es cierto, me importa una mierda. Y qué bonito es cuando llega ese momento en el que deja de importarte todo lo relacionado con el hombre que te traicionó de la peor de las maneras.

Chase suelta una carcajada amarga y se sienta más erguido en el sofá.

—¿Que te da igual? ¿Es que no me has oído? El bebé no es mío. Podemos…

—¿Podemos qué, Chase? ¿Olvidarnos de lo que pasó y volver a empezar? Estamos *divorciados*, no separados. Y, de todos modos, aunque el bebé no sea tuyo, sí que te acostaste con ella. Incluso aunque no me hubiese dado cuenta a estas alturas de que me va mucho mejor sin ti, jamás podría perdonarte que me hayas sido infiel.

Aplaudo a quienes son capaces de perdonar a sus parejas después de una infidelidad, pero yo no pertenezco a esa clase de personas.

Chase resopla con fuerza.

—¿De verdad crees que te va mejor sola? Mira este cuchitril, nena. —Barre con un gesto de la mano mi piso mientras yo trato de contener una arcada después de haberle oído llamarme «nena»—. Este sitio es asqueroso.

—Todavía no está acabado.

No tengo por qué defenderme. No es mi culpa que no sea capaz de ver el potencial que tiene este lugar.

Chase se frota las mejillas con una mano.

—Puede que no me creas, pero quería decirte que lo siento.

—¿Que lo sientes? —Lo último que esperaba que hiciese es disculparse, y mucho menos que pareciese decirlo en serio—. ¿Por qué?

—Te culpé a ti por no poder quedarnos embarazados, pero ahora sé que siempre fui yo el culpable.

Se me retuerce el corazón al oír esa palabra.

«Culpable».

Qué palabra más fea. Por aquel entonces estaba pasando por el peor momento de mi vida y ahora sé que, durante todo ese tiempo, él me culpaba a mí de no poder quedarme embarazada, lo que solo demuestra lo cabrón que es.

—¿Al final te hiciste las pruebas?

Chase se negó a hacerse ninguna prueba de fertilidad y, como estaba tan firmemente en contra de todo eso, acabé yendo yo sola a hacérmelas; ni siquiera me molesté en contárselo después.

Niega con la cabeza.

—No, ¿pero es que no me estás escuchando? El bebé no es mío, así que está claro que debo ser yo quien tiene el problema.

Es posible que Chase sea infértil, pero es una realidad que yo *sí* que lo soy. Aunque no es como si fuese a contárselo. Mi cuerpo y todo lo que tenga que ver con él no es asunto suyo.

Suspiro con pesar, lentamente. Lleva aquí tan solo unos minutos y ya estoy agotada.

—¿Por qué has venido? En serio.

—Pensé… pensé que querrías saberlo.

—¿Por qué iba a querer saberlo, Chase? ¿Por qué me iba a importar? —Me aseguro de mantener el tono uniforme. Me sería muy fácil ponerme a gritar, pero él no merece la pena. Resulta liberador darse cuenta de que el hombre que alguna vez poseyó mi corazón para después hacerme tanto daño ya no me despierta ni una mísera emoción. Al ver que no responde, le pregunto—: ¿Creías que querría volver contigo? ¿Que te estaría aquí esperando, sentada a que aparecieses?

Por la forma en la que me está mirando, me queda claro que eso era justo lo que pensaba. ¿De verdad me ve tan débil? ¿En serio creía que iba a poder volver a mi vida como si nada y que yo me alegraría de retomar lo nuestro donde lo dejamos antes de que me engañase?

Puede que por aquel entonces no me diese cuenta de lo infeliz que era, pero ahora que por fin he abierto los ojos, ya no puedo volver a cerrarlos.

—Te echo de menos. ¿Es que tú no me echas de menos? —Baja la voz como si fuese un niño suplicando, como si debiese compadecerme de *sus* emociones.

—La verdad es que no.

La ira le surca la expresión, pero yo ya estoy cansada de todo esto.

—Márchate. —Señalo la puerta con un gesto de la cabeza.

Ya he oído todo lo que necesitaba oír. No tiene sentido seguir posponiendo este momento.

—¿Qué? —Suelta una risa incrédula—. ¿He venido hasta aquí y me estás echando?

—Sí.

No añado nada más. Tengo en la punta de la lengua un «que te den, Chase», pero me lo trago. Porque, si se lo dijese, pensaría que aún me importa.

Me resulta fascinante pensar que este hombre, con el que pasé gran parte de mi vida, con el que pensaba que acabaría envejeciendo, se haya convertido en un completo desconocido en cuestión de unos meses.

Se levanta lentamente del sofá, mirándome de arriba abajo.

—Nunca pensé que pudieses ser tan zorra.

Hubo un tiempo en el que esas palabras me habrían dolido. ¿Ahora? Solo sonrío.

—Si defenderme me convierte en una zorra, que así sea. —Lo sigo hasta la puerta—. Que tengas una buena vida, Chase.

Y, por extraño que parezca, lo digo en serio.

Yo ya lo he superado. Por fin he abierto los ojos y me he dado cuenta de la clase de persona que es en realidad. Pero aun así sigo deseándole lo mejor, aunque no se lo merezca.

Lo veo dudar junto a la puerta, de pie bajo la luz titilante del porche; tengo que cambiar esa bombilla cuanto antes, pero eso va a tener que esperar a que empiecen con las obras en esta planta.

—Por si sirve de algo —dice, antes de suspirar con pesar y hundir los hombros—. Lo siento.

Asiento ligeramente para hacerle saber que acepto sus disculpas. No vamos a intentar hacer como si lo que tuvimos hubiese sido idílico y pudiésemos seguir siendo amigos, pero supongo que esto es lo más parecido a cortarlo todo por lo sano. Y me parece bien.

Con un último suspiro, se da media vuelta y baja las escaleras.

Jamás pensé que volvería a verle, y tampoco me importaba, pero al observarlo ahora mientras se aleja, siento que por fin estoy cerrando un capítulo de mi vida.

Y es justo en ese mismo instante cuando Reid aparece de nuevo, subiendo las escaleras a la carrera para tomar mi rostro entre sus manos y besarme, y entonces sé que estoy a punto de empezar a escribir un nuevo capítulo.

32

REID

Lo último que me apetecía hacer era dejar a Via con ese cabrón arrogante. En cuanto lo vi bajar por las escaleras, me pudieron las ganas de volver con ella corriendo. Y, por mucho que quisiese enfrentarme a ese gilipollas, no lo hice.

Cuando aparto mis labios de los suyos, no dejo de acunar su rostro entre mis manos.

—¿Estás bien?

Examino su cara para comprobar que no le haya pasado nada.

—Sí —Baja la mirada—. Sigo un poco sorprendida de que haya estado aquí para empezar, pero sí, estoy bien.

—¿Quieres hablar de eso?

No quiero presionarla si no se siente cómoda hablando de ello, aunque me muera de curiosidad por saber qué es lo que ha traído a su exmarido hasta aquí.

—Sí. —Asiente. Se aleja de mí y me agarra la muñeca para hacerme entrar de nuevo en su casa, donde se está mucho mejor que fuera—. Creo que debería. Creo que *quiero* hacerlo.

Me dedica una pequeña sonrisa.

Suspiro y saco una de las banquetas de la barra.

—Puedes contarme todo lo que quieras, o puedes no contarme nada, tú eliges.

La veo agachar la cabeza y abrazarse con fuerza antes de dejarse caer en el sofá. A pesar de que me ha asegurado que está bien, está claro que la aparición por sorpresa de su exmarido la ha dejado conmocionada. No me puedo ni imaginar lo que ha debido de sentir al tener que enfrentarse a él sin poder mentalizarse antes.

—Quería contarme que su… que la mujer con la que me engañó… resulta que el bebé no es suyo. —Rehúye mi mirada al decir esto último—. Cuando estábamos juntos nos pasamos muchos años tratando de que me quedase embarazada, y resulta que me culpaba porque nunca llegué a conseguirlo. Mirándolo todo ahora en retrospectiva, me alegro de no haberme quedado embarazada. Pero supongo que, a su manera retorcida, quería disculparse conmigo. Cree que, como el bebé no es suyo, es infértil.

—¿Lo cree o lo sabe?

Se encoge de hombros antes de encogerse sobre sí misma. Quiero acercarme a ella y abrazarla con fuerza, pero necesita espacio para soltarlo todo.

—Lo cree —responde al final en un murmullo—. Yo, sin embargo, sé que tengo un problema. —Se muerde el labio inferior y los ojos le brillan por culpa de las lágrimas contenidas—. Mi cuerpo rechaza los embarazos. Él no lo sabe, pero me quedé embarazada dos veces. Y acabé teniendo dos abortos, está claro. —La veo apretar la mandíbula y sorberse los mocos—. Existe una pequeña posibilidad de que pueda llevar un embarazo a término si estoy bajo estricta supervisión médica durante los nueve meses y si me someto a una serie de tratamientos para asegurarme de que mi cuerpo no lo rechace. Pero, incluso haciendo todo eso, cabe la posibilidad de que el bebé sea prematuro. Por mucho que quiera ser madre, eso… no creo que sea lo que quiero. No quiero someter a mi cuerpo a todo eso. Ni física ni mentalmente. Me pasaría todo el embarazo nerviosa. De todos modos, te estoy contando esto porque creo que deberías saberlo. No puedo tener hijos. Por si para ti eso lo cambia todo. No pretendía ocultártelo, pero me cuesta mucho hablar del tema… —Aparta la mirada y la baja hacia su regazo, antes de estirar los dedos y observar cómo se mueven.

Cuando la vuelvo a oír contener un sollozo, no puedo aguantarme más. En tres zancadas rápidas acorto la distancia que nos separa y la envuelvo entre mis brazos. Con la respiración temblorosa, Via esconde el rostro en el hueco de mi cuello y deja que la abrace.

—Existen muchas formas en las que podríamos tener hijos, Via. E, incluso aunque ya no quisieses ser madre, eso no cambiaría nada. —Acuno su rostro entre mis manos, animándola a que me mire a los ojos y vea que lo digo en serio—. Pero me gusta que estés pensando en nuestro futuro.

No puedo evitar sonreír.

Pone los ojos en blanco y contiene una sonrisa.

—Pues claro que solo te has quedado con eso. Si ni siquiera nos hemos dicho todavía…

Se da la vuelta, tratando de rehuir mi mirada, pero la sostengo con fuerza, porque no quiero dejarla marchar. Quiero que me mire a los ojos para que sepa que lo que estoy a punto de decirle lo digo en serio.

—¿Todavía no nos hemos dicho qué? ¿Que te quiero?

Cuando la veo apretar los labios con fuerza, sé que eso es justo lo que estaba pensando.

—Todavía no te lo voy a decir. Solo te lo diré cuando esté seguro de que no te vas a asustar. Pero, ¿Via? —Pego mis labios a su oreja —. Cuando estés lista, pienso decírtelo una y otra vez, repetírtelo hasta que me muera, y te voy a demostrar con mi cuerpo lo mucho que significas para mí.

Contiene la respiración.

Mierda, espero no haber sido demasiado intenso. No quiero presionarla a hacer algo demasiado rápido. Via es una mujer fuerte, pero sigue asustada. Quiere confiar en mí, pero le aterra que su corazón, que su *confianza*, acaben rotos de nuevo. Tengo que ir con cuidado, incluso aunque me muera de ganas por lanzarme de cabeza al vacío. Por ella merece la pena esperar.

—¿Es que no me estás escuchando? —solloza, antes de intentar alejarse de mí. No la dejo. No pienso permitir que alce un muro entre nosotros—. No puedo tener hijos. Puedes decir lo que quieras, pero ya has mencionado antes que querías hijos. Yo no puedo tenerlos y no pienso robarte eso.

—Via. —Me aseguro de mantener el tono calmado pero firme—. No me estás robando nada. ¿Tú ves a algún niño correteando por aquí ahora? No me puedes robar algo que no existe. ¿Pero tú? —Le

acaricio con dulzura las mejillas con los pulgares—. *Tú* sí que estás aquí. A ti te puedo tocar. Si te alejas de mí, te perderé. ¿No lo entiendes?

Se muerde el labio inferior y entonces las lágrimas comienzan a caer descontroladas por sus mejillas, mientras asiente con la cabeza de forma casi imperceptible.

Joder. El dolor que refulge en su mirada me rompe el corazón.

La envuelvo entre mis brazos de nuevo y la abrazo con fuerza.

Aunque esté claro que todo lo que me está ofreciendo lo está haciendo por mí, de forma desinteresada, perderla a ella me dolería más que nada en el mundo. No pienso renunciar a lo nuestro. Así que la abrazo con fuerza, negándome a soltarla.

—Tienes que estar agotada. —El cansancio emocional al que debe de haberse visto sometida al tener que lidiar con su ex ha tenido que dejarla exhausta, eso sin mencionar todas las veces que se ha caído esta tarde en la pista de hielo—. ¿Por qué no vas a darte una ducha y te pones el pijama?

—Una ducha me vendría bien, pero…

—¿Pero qué?

—No quiero que te vayas. Pero después de lo que ha ocurrido… —Hace un gesto con la mano—. No tengo muchas ganas de acostarme contigo.

Esbozo una sonrisa divertida.

—Tu ex sí que nos ha cortado el rollo, ¿verdad?

Deja caer los hombros.

—Es como si nos hubiese echado un cubo de agua helada encima.

—No tenemos por qué hacer nada —le prometo—. Pero me quedaré contigo.

De todos modos, me voy a quedar mucho más tranquilo si puedo dormir abrazado a ella esta noche.

El alivio se refleja en su expresión.

—Gracias. No-no quiero estar sola.

Se vuelve hacia la puerta, con recelo. No me ha dado la impresión de que le tenga *miedo* a su ex, pero que haya aparecido así de repente sí que resulta desconcertante.

De repente, se sonroja y baja la mirada. Eso me hace sonreír. Via siempre se muestra confiada, como una auténtica fuerza de la naturaleza, pero existe una parte de ella, sobre todo la que tiene que ver con su sexualidad, que parece casi tímida.

—¿Qué pasa? —la animo.

Uso un par de dedos para alzarle la barbilla y obligarla a mirarme a los ojos.

Respira hondo, se yergue y cuadra los hombros.

—¿Te apetece ducharte conmigo? ¿*Solo* ducharnos?

Por un momento, dudo.

—¿*Tú* quieres que me duche contigo?

Asiente.

—Con palabras, Via. Necesito que me lo digas.

—Sí —responde en un susurro, antes de tomarme de la mano y tirar de mí hacia el fondo del pasillo.

Tal y como le prometí, lo único que hicimos fue ducharnos juntos. Su ducha es tan pequeña que, de todos modos, tampoco *podríamos* haber hecho nada más aunque quisiésemos. Me di en la cabeza con la alcachofa de la ducha al menos tres veces.

Me seco el pelo y, cuando entro en su habitación, me la encuentro apartando las sábanas. Vamos a estar un poco apretados en su cama de matrimonio, pero estoy dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de pasar la noche con ella entre mis brazos.

Echo la toalla en el cesto de la ropa sucia y reprimo un bostezo.

—La cama ya está lista —anuncia, al tiempo que se vuelve a mirarme y me recorre de arriba abajo.

Después de la ducha, me he vuelto a poner los calzoncillos, pero nada más. Tampoco es como si fuese a dormir en vaqueros.

—Ya lo veo —repongo, con una sonrisa.

Que se muestre tan tímida me parece adorable.

Me siento en el borde de la cama, junto a una mesilla de noche despejada. Supongo que el otro lado, donde hay otra mesilla con un montón de libros y revistas encima, será el suyo.

Via se acerca a la cama y se tumba en su lado.

—Vamos a estar apretados.

—No me importa. Así podemos dormir abrazados. —Le paso un brazo por el abdomen y pego su espalda a mi pecho para rodearla con mi cuerpo—. ¿Ves? —Le doy un beso en la nuca—. Perfecto.

Se relaja contra mí y se remueve para ponerse cómoda.

—Via —le advierto—. Como me empalme va a ser culpa tuya.

Eso la hace soltar una risita divertida.

—Lo siento.

—Seguro que sí.

—Shh —murmura, juguetona—. Tenemos que dormir.

Creía que iba a costarme quedarme dormido al estar tan pegados, pero en cuestión de minutos estoy KO, y lo siguiente que recuerdo es despertarme con los primeros rayos de sol filtrándose a través de las cortinas.

Me hormiguean las piernas como si se me hubiesen quedado dormidas y, cuando intento moverlas, me doy cuenta de que así es, porque el hormigueo da paso a una sensación parecida a si me estuviesen clavando agujas por toda la piel. Abro los ojos y descubro el problema: Via me ha pasado una pierna por encima, como si le diese miedo que me alejase de ella en sueños. Todavía está profundamente dormida, roncando con suavidad. Me cuesta todo un mundo no reírme al verla así.

La devoro con la mirada. Su rostro está en calma mientras descansa, y sus pestañas se sacuden en sueños, aleteando sobre las mejillas. Y tiene los labios un poco cortados por el frío. Pero sigue profundamente dormida, como si todo fuese perfecto.

La visita de su ex me dejó un poco tocado. Odio —y lo *odio* de verdad— que, por un momento, cuando me pidió que esperase en mi coche, me preocupó que fuese a salir un rato después a buscarme solo para decirme que iba a volver con él. Debería haber sabido que eso era imposible. Via es demasiado fuerte como para volver a creerse las excusas y promesas vacías de ese gilipollas.

Salgo de la cama con cuidado de no despertarla y voy en silencio hasta el baño. Después de hacer pis y lavarme las manos, le robo un poco de pasta de dientes y me lavo los dientes con el dedo.

Porque, a pesar de todo lo que hemos hecho, no creo que le gustase que usase su cepillo de dientes.

Salgo a su pequeña cocina, busco los ingredientes que necesito para el desayuno y me pongo manos a la obra para preparar unas tortitas mientras reproduzco una de mis listas favoritas en el teléfono, pero a un volumen muy bajo para no despertarla y dejarla dormir todo lo que necesite.

Cuando las tortitas están listas, las amontono en un plato y lo envuelvo todo con papel albal.

—Hola.

La voz adormilada de Via me toma tan de sorpresa que casi me sobresalto. Me doy la vuelta y respiro hondo para tratar de calmar mi corazón acelerado.

—Buenos días. ¿Qué tal has dormido?

—Sorprendentemente bien.

Tironea del dobladillo de la camiseta que ha usado para dormir. Le queda demasiado grande y está llena de agujeros. Está claro que lleva mucho tiempo usándola.

—He preparado el desayuno.

—Ya decía yo que algo olía demasiado bien. —Me dedica una sonrisa adormilada—. ¿Qué has cocinado?

—Tortitas.

Prácticamente suelta un gemido de placer al oírme decir eso.

—En este momento unas tortitas suenan a manjar de los dioses.

—Te prepararé un plato.

Con una risa, se recoge el pelo en un moño despeinado.

—Esta es mi casa. Debería ser yo la que te estuviese cocinando y alimentándote a ti.

Me encojo de hombros.

—Me gusta cuidar de ti.

Siempre he cuidado de mis seres queridos: de mi padre y de mi hermana, y luego de Lili después de que naciese. Es algo que me sale solo.

—Aun así. —Se encoge de hombros. Se pone de puntillas para sacar una taza de lo alto de un armario, lo que deja al descubierto la

parte baja de su trasero, oculto bajo un par de braguitas rosas—. Me siento mal.

—No te sientas mal. —La rodeo y saco otro plato para servirle una ración de tortitas—. Disfruto mucho al hacerlo. Te lo prometo.

Mete una cápsula en la cafetera y se vuelve a mirarme.

—Desde luego, podría acostumbrarme a esto.

—¿Qué te echas en las tortitas?

—Sirope y mantequilla, por favor. —Contiene un bostezo mientras su taza comienza a llenarse de café. Cuando me ve echarle mantequilla a las tortitas y después bañarlas en sirope, suelta una risita—. ¿También te vas a encargar de darme de comer?

Con una sonrisa burlona, corto un trozo pequeño.

—Solo si tú quieres.

Le ofrezco el tenedor con el trozo de tortita.

Via me observa como si estuviese librando una batalla consigo misma. Sin embargo, al final, se pone de puntillas y cierra la boca alrededor del tenedor. Después se echa hacia atrás y se pasa la lengua por los labios para saborear los restos de sirope que se le han quedado en las comisuras, sin dejar de mirarme en ningún momento.

Joder. La estampa es increíblemente sensual.

Se vuelve a apoyar sobre los talones y sonríe como si supiese perfectamente qué es lo que está haciendo.

—Mmm.

Dejo caer el tenedor sobre la encimera y la agarro con fuerza de la nuca. En un segundo, pego mis labios a los suyos y saboreo los restos de sirope en su boca.

Via se derrite contra mi cuerpo, pegando el pecho al mío y aferrándose a mis costados como si necesitase agarrarse a mí para mantenerse en pie.

—Tienes razón. —La suelto y le corto otro trozo—. Están riquísimas.

Me fijo en cómo se le entrecorta la respiración y cómo sus ojos arden de pasión.

Está claro que me desea, y nada me gustaría más que darle lo que quiere, pero después de lo de ayer, necesita tiempo.

—Ahora no.

Acaricio su nariz con la mía.

Ella toma su plato y se sienta en la barra.

—Eres un provocador.

Con una sonrisa burlona, me dejo caer sobre la banqueta a su lado.

—Y te encanta.

Me fulmina con la mirada. Está adorable cuando se enfada.

—Me encantaría más si me estuvieses follando.

Sus palabras tan directas me dejan sin aliento.

Joder.

Enarco una ceja.

—Ah, ¿sí?

—Te deseo.

Las llamas de sus ojos desatan mi propio deseo. He intentado ser bueno y contenerme para demostrarle que lo que tenemos es real, que no es solo sexo. Anoche estaba dispuesto a lanzarme al vacío con ella, pero el imbécil de su ex nos cortó el rollo. Esta mañana, esperaba encontrarme con su rostro surcado de preocupación. Llevo buscando las señales en su expresión desde que ha aparecido de repente en la cocina, pero no he encontrado nada más que felicidad y deseo.

La tomo en brazos, lanzando la banqueta en la que estaba sentada al suelo en el proceso. Nuestras bocas se encuentran de inmediato, y mi lengua saborea ese sirope azucarado que impregna la suya.

Predestinados.

Estábamos predestinados.

Lo supe en el momento en que la vi por primera vez. Pero tengo que ser paciente y esperar a que ella también se dé cuenta.

Somos perfectos el uno para el otro en todos los sentidos.

En cuestión de segundos, acabamos en su cuarto. Cierro la puerta a nuestra espalda de una patada, con tanta fuerza que hago estremecer las paredes.

Via se ríe y su aliento cálido me acaricia la piel.

—Alguien tiene muchas ganas, ¿eh?

—No te haces una idea.

La tumbo en la cama y suelto un gemido grave al ver cómo su pelo se extiende sobre las sábanas. La camiseta se le sube hasta el abdomen, dejando al descubierto parte de su vientre y su ropa interior.

Está preciosa.

Y es *mía*.

Y cuando esboza una sonrisa pícara y me hace una señal con el dedo para que me acerque, me abalanzo sobre ella, dejando caer todo mi peso sobre las manos, a ambos lados de su cabeza.

Ella me rodea el cuello con los brazos y se lame los labios.

—Se suponía que no debía enamorarme de ti, pero lo estoy haciendo.

Sonrío y le doy un beso en la frente.

—Confía en mí, ángel, sí que debías hacerlo.

Baja las manos por mi pecho desnudo hasta que sus dedos se internan justo debajo de la cinturilla de mi ropa interior. Entonces se detiene, provocándome con perezosas caricias sobre mi piel desnuda.

—Via —gruño.

—¿Qué? —Me observa y bate las pestañas, siendo la pura imagen de la inocencia—. No estoy haciendo nada.

—Ese es justo el problema, y lo sabes.

—¿Quieres que te toque?

Le doy un beso en el cuello y juraría que la oigo jadear como respuesta.

—Quiero que hagas lo que tú quieras hacer.

Me sonríe y, con una rapidez impresionante, me rodea la cintura con una pierna y nos coloca de tal forma que quedo tumbado boca arriba mientras ella se sienta a horcajadas sobre mí. La agarro de la cintura, pero ella me coge las manos y me las inmoviliza junto a la cabeza.

—Ahora te tengo justo donde quería.

Se pone a mecer sus caderas encima de mí, frotando su centro contra mi dura polla a través de nuestra ropa interior.

—¿Y dónde es eso? —le pregunto entre dientes, conteniéndome para no darnos la vuelta.

«Despacio», me recuerdo.

Esta vez quiero ir despacio con ella.

Disfrutar y saborear cada segundo.

Vuelve a mecer las caderas y casi me arranco la lengua de un mordisco.

—Bajo mi control —responde al final.

Mi cerebro embotado tarda un segundo en comprender lo que me está queriendo decir.

Sin soltarme las muñecas, se inclina hacia mí. Su pelo me hace cosquillas en el pecho desnudo y en las mejillas, cuando acerca sus labios a los míos, provocándome. No me besa, ni siquiera hace amago. Suelto un gruñido y cierro los ojos para tratar de contenerme, para darle eso que quiere, para cederle todo el poder.

Vuelve a rozar mis labios de nuevo y sonríe contra mi boca.

Me está poniendo a prueba para ver si soy capaz de dejarla tomar por completo el control. Me muero de ganas por tocarla. Quiero deslizar las manos por debajo de su camiseta y pasarle los dedos por la piel suave del abdomen hasta llegar a sus pechos. Pero tengo que ser paciente.

Esta vez me besa con fervor, separando mis labios con la lengua. Mientras tanto, sigue meciéndose sobre mí. Me está torturando de la forma más placentera posible.

Me suelta las muñecas y entierra los dedos en mi pelo. Una vez libre, me aferro con todas mis fuerzas a sus caderas, pero no sigo subiendo por su cuerpo.

«Mía», me recuerdo en silencio.

Joder, me encanta tenerla encima de mí.

—Via, cariño —gruño, al tiempo que le clavo los dedos en la cintura—. ¿Puedo…? —No me da tiempo a terminar la frase antes de que asienta con la cabeza—. Gracias a Dios.

Con un brazo alrededor de su torso desnudo, me siento sobre la cama para que ella quede perfectamente acomodada sobre mi regazo.

Le chupo un pezón y después el otro.

—Reid. —Mi nombre surge como un suspiro entrecortado. Me tomo mi tiempo chupando y succionando su piel. Y cuando se retuerce y gime contra mis labios, me vuelvo a tumbar y me cruzo de brazos tras la nuca—. ¿Qué haces? —La pregunta se le escapa en un gemido ronco.

—Dejar que seas tú quien lleve las riendas, ángel. Mi cuerpo te pertenece. Haz lo que quieras conmigo.

—Yo…

Pega las manos a mis abdominales y alza la mirada hacia mi rostro, y me fijo en cómo va perdiendo lentamente la confianza.

—No te pongas tímida ahora —la animo—. Hazme lo que quieras.

Y entonces lo veo, el momento en el que se produce un cambio en su cabeza. Se desliza por mi cuerpo mientras me baja los calzoncillos. Envuelve una mano alrededor de la base de mi pene y lo acaricia de arriba abajo. Luego rodea la punta con la lengua, tomándose su tiempo, saboreándome. Con el pelo recogido en un moño despeinado, puedo ver la expresión de deseo con la que me devora. Me mira a los ojos y se mete mi polla hasta la garganta, tan al fondo que se atraganta. Después se la vuelve a sacar, y su saliva cae desde las comisuras de sus labios hasta mi miembro. Con una sonrisa, vuelve a metérsela. Esta vez más despacio. Más profundo.

—Joder, Via.

Me pongo a contar desde cien hacia atrás en mi cabeza. Lo último que quiero es correrme antes de poder follar ese precioso coño. Esperar ha sido la más dulce de las torturas y ha merecido la pena. Porque solo va a hacer que este momento sea incluso mejor.

Pero…

—Joder —maldigo.

Se saca mi polla de la boca y me observa con preocupación.

—¿He hecho algo mal?

—N-no —tartamudeo—. Es que… no tengo ningún condón.

Via me observa con atención mientras se frota los labios como si estuviese sumida en sus pensamientos.

—Tomo anticonceptivos. No me importa hacerlo sin condón si te parece bien.

El corazón comienza a latirme a un ritmo desenfrenado mientras la observo en busca de cualquier signo de indecisión. Pero lo único que veo es determinación.

Joder. ¿Esto es real?

—Nunca me he acostado con nadie sin condón.

Me acaricia la polla y me dedica una pequeña sonrisa.

—No pasa nada si no estás cómodo haciéndolo sin protección. Te lo prometo.

—Me muero de ganas, joder. ¿Estás segura?

Asiente con la cabeza.

—Segurísima.

Vuelve a subir por mi cuerpo y me besa en los labios, un beso lento y profundo.

Recorro el borde de su ropa interior con los dedos y me doy cuenta de que está empapada.

—Estás mojadísima, Via —gruño contra su boca—. ¿Tantas ganas me tienes?

—No sabes cuánto. —Se aparta de mí y se quita las bragas—. Quiero sentirte encima de mí.

No pienso negarle a mi chica esa petición, así que la tumbo de espaldas en la cama y me coloco encima suya, apoyando los codos sobre el colchón, a ambos lados de su cabeza.

Me clava las uñas en el trasero, animándome a hundirme en su interior. Con un gemido ronco, paso la punta de la polla por su humedad y después la penetro lentamente, hasta que estoy completamente dentro de ella.

Via arquea la espalda y me rodea la cintura con las piernas.

—*Sí*. —Su gemido es música para mis oídos.

Me muevo lentamente, memorizando lo que siento al tenerla piel con piel, cómo su calor me envuelve y me abraza.

—Bésame —me suplica, y yo accedo encantado.

Por muy cursi que pueda parecer, llevo soñando con hacerle el amor a Via desde hace semanas, así que eso es justo lo que hago. Veo en sus ojos el momento en el que todo cambia. Sabe que tengo razón, que lo nuestro es real, que esto es para siempre.

Incluso aunque todavía no esté lista para admitirlo.

No pasa nada. Soy un hombre paciente, y sé que acabará aceptándolo.

33

VIA

El estudio está tomando forma muy rápido, teniendo en cuenta cómo estaba. Derrick cree que la reforma estará terminada para marzo.

Marzo.

Con las Navidades tan cerca, marzo está a la vuelta de la esquina.

Por mucho miedo que tenga, estoy lista. Sé que este salto de fe merecerá la pena, lo siento en el fondo de mi corazón. Cumplir mis sueños da miedo, al igual que la posibilidad de fracasar. Pero nunca sabré lo que podría haber sido si no lo intento.

El equipo paró durante un par de días mientras esperaba a que les concediesen un permiso, pero ahora que por fin han retomado las obras, lo terminarán todo en un abrir y cerrar de ojos.

—Empezaremos con las reformas de tu piso a principios de enero. —La voz de Derrick me trae de vuelta al presente y me vuelvo hacia él de inmediato—. No será habitable durante un tiempo, así que quería avisarte cuanto antes para que puedas buscar un sitio donde quedarte. Deberíamos tardar como mucho un par de semanas en tenerlo todo terminado.

Me estremezco al oír eso. Dos semanas es mucho tiempo para tener que quedarme en el hostal.

—Lo sé, lo sé. No es lo ideal. Si puedo terminarlo antes, lo haré, pero no quiero prometerte nada que no sé si voy a poder cumplir.

—No pasa nada. Ya se me ocurrirá algo.

Derrick sigue hablando, pero yo tan solo lo escucho a medias. Estoy demasiado ocupada pensando en todas las cosas que tengo

que hacer. Además de todo lo que estoy planeando para el estudio y pensar en dónde me voy a quedar ese par de semanas, Izzy vendrá pronto a pasar las Navidades conmigo.

—En fin —dice, sonriente, cuando me vuelvo a centrar en él—, ¿qué te parece?

—Eh… ah, sí, claro —suelto, casi de forma automática.

—Genial, pues te recojo a las siete.

—¿A las siete? ¿Por qué? —le pregunto, dándole a mi cerebro algo de tiempo para recordar de qué me estaba hablando.

Su sonrisa vacila por un segundo.

—Para nuestra cita. Siento muchísimo lo que ocurrió durante la primera. Y he estado demasiado ocupado desde entonces, pero quiero compensártelo.

Se me forma un nudo horrible en la garganta y abro la boca para decirle que no y retractarme de mis palabras, pero el miedo me lo impide.

—Sí, por supuesto. Claro. A las siete. Nos vemos a las siete.

Sin darle a Derrick la oportunidad de preguntarme por mi extraño comportamiento, me doy la vuelta y salgo de allí corriendo. Fuera hace un frío glacial y el viento me golpea las mejillas mientras recorro la calle prácticamente a ciegas.

No tengo ningún destino en mente. Tan solo necesitaba alejarme de allí y aclarar las ideas.

Mierda. Le acabo de decir que *sí* a una cita con el padre de mi novio. Vale que no lo he hecho aposta, pero no sé si eso lo mejora.

Acabo frente a la librería, por lo que entro de inmediato.

Ella aparta la vista del libro que está leyendo y esboza una sonrisa alegre.

—Hola…

—Acabo de aceptar tener una cita con mi contratista, quien resulta ser el padre del chico con el que estoy saliendo… al que le saco once años. Voy a ir directa al infierno, ¿verdad? Pues claro que sí. —Dejo caer la cabeza contra la puerta cerrada y hago una mueca de dolor al golpearla con más fuerza de la que pretendía—. Soy una persona horrible.

—Eh, eh. —Ella alza las manos y me observa con los ojos como platos.

Uf. Debería habérselo contado todo con más calma, pero necesito que me aconseje *ya* qué hacer.

—Vas a tener que volver a explicármelo todo desde el principio, y más despacio.

Me acerco al mostrador y me apoyo en él. Me siento tan agotada como si acabase de correr una maratón. Así de alterada estoy por el desastre de magnitudes épicas que acabo de armar.

—Ya conoces a Derrick, ¿verdad? ¿El contratista?

—Pues claro. —Se coloca un mechón rubio tras la oreja—. Todo el mundo conoce a Derrick, y estuvimos hablando de él durante la noche de margaritas, ¿te acuerdas?

—Cierto. —Hago una mueca y me froto las manos—. ¿Conoces a su hijo?

—No demasiado, pero sí.

—Me he estado acostando con su hijo. Bueno, más bien llevamos ya unos meses saliendo. —Dios, ¿de verdad ha pasado tanto tiempo desde que nos conocimos?—. Y tuve una cita con Derrick. Aunque eso ya lo sabías. Pero fue antes de que Reid y yo empezásemos a salir en serio y antes de que descubriese que Derrick es su padre. Todo fue cosa de mi hermana en cierto sentido. —Hago una pausa y respiro hondo—. Y parece ser que me ha pedido otra cita y yo le he dicho que sí por accidente.

—Espera un momento. ¿Cómo se dice que sí por accidente a tener una cita con alguien? —Niega con la cabeza y se ríe—. ¿Y te has estado acostando con *su hijo*? Joder, esto es mucho más interesante que el libro que hemos escogido para el club de lectura.

Se me encoge el corazón y levanto las manos, frustrada.

—Porque no estaba prestándole atención cuando me lo ha preguntado. —Me cubro la cara y suelto un gemido—. ¿Qué voy a hacer?

Ella se recuesta en su asiento y coge su teléfono del mostrador.

—Creo que esto requiere una reunión de emergencia del club de lectura.

La miro boquiabierta mientras se me revuelve el estómago.

—¡No les puedo contar todo esto!

—Esas mujeres son las mejores dando consejos.

Aprieto los labios y lo pienso por un momento.

Joder. Lo último que quiero es convertirme en el centro de los cotilleos del club de lectura, pero necesito ayuda.

—Vale. Llámalas.

Un par de horas más tarde, estoy apoyada en la chimenea de Lucy mientras las demás ocupan todos los asientos disponibles, formando un círculo a mi alrededor. A estas alturas, no me sorprendería en absoluto que se sacasen unos cuantos cirios de los bolsillos y se pusiesen a realizar una sesión de espiritismo.

Con un nudo inamovible en la garganta, retuerzo las manos sobre mi regazo, nerviosa.

Las he puesto al corriente de todo y ahora están sumidas en sus propios pensamientos.

Glenda se gira hacia mí y me mira fijamente. Y su mirada es tan intensa que me da la sensación de que es capaz de ver lo que se esconde en mi cabeza.

—Tengo una pregunta.

Me yergo un poco y trago con fuerza.

—Vale.

En el caso de Glenda, la pregunta podría ser sobre cualquier cosa. Podría estar a punto de preguntarme si Reid tiene alergia a los cacahuetes o…

—¿Te has acostado con el hijo *y* el padre? Una vez leí un libro en el que la protagonista hacía eso y…

Lucy le da un golpe en el brazo, lo que le granjea una mirada fulminante de la otra mujer.

—¡Glenda, no puedes preguntarle algo así!

—Pues acabo de hacerlo. Me pica la curiosidad, eso es todo. Tenemos la trama de una novela erótica desarrollándose ante nuestros propios ojos, no me podéis decir que vosotras no queréis saberlo también.

Todas las miradas se vuelven hacia mí, a la espera de mi respuesta.

«Genial, pues sí que me van a hacer responder a eso».

—No —digo, con firmeza—. No me he acostado con Derrick.

Cassandra se inclina hacia Jessica para susurrarle algo.

—Estoy totalmente de acuerdo —le responde Jessica un poco más alto.

—¿De acuerdo en qué? —pregunto.

Y no puedo evitar sonar un poco cortante. Están hablando en susurros sobre *mi* vida personal como si yo no estuviese aquí. Además, Jessica trabaja para Derrick, lo que solo empeora todavía más el asunto.

—Que Reid y tú sois como el cliché de los amantes predestinados.

Mi vida amorosa se ha visto reducida a los clichés de los libros de romance. Supongo que debería habérmelo esperado. Culpo a Ella por insistir en que les pidiese consejo a las mujeres del club de lectura.

—No somos ningún cliché —insisto mientras agito las manos en el aire—. Solo somos…

—¿El cliché de la diferencia de edad, pero a la inversa? —sugiere Cassandra.

—*Nosotros* —concluyo con un bufido—. Solo somos nosotros.

—Bueno, querida. —Glenda agita un dedo en el aire—. Seáis lo que seáis, acabas de acceder a tener una cita con su padre.

—Muchas gracias, Glenda. Ya me había dado cuenta —respondo, sarcástica.

—Tienes que cancelar la cita —dice Susan, recostándose en el sofá—. Es muy sencillo.

—¿Pero qué se supone que le va a decir? —le pregunta Anna mientras me señala con una mano—. No puede decirle que está saliendo con su hijo, porque no sabe si a Reid le parecería bien.

Cada comentario hace que el nudo que se me ha formado en la boca del estómago crezca un poco más.

Entonces Tammy chasquea los dedos.

—Dile que estás con la regla. A los hombres les aterra la menstruación. Llevo casada seis años y mi marido sigue negándose a comprarme una caja de tampones cuando me baja la regla.

—¿Que se niega a comprarte una caja de tampones? —le pregunta Glenda, con ese tono directo y brusco tan suyo—. Divórciate.

La mujer habla muy en serio.

—No voy a divorciarme solo por unos tampones —resopla Tammy—. No seas exagerada.

—¿Cómo puedes decir que soy yo la exagerada? —se defiende Glenda—. No soy yo la adulta que le tiene miedo a unos trocitos de algodón compacto.

A ver, tiene razón.

—¡Eh, eh, eh! ¡Tiempo muerto! —exclama Ella, para hacerse con el control de la situación—. Nos estamos desviando del tema. Nos hemos reunido para ayudar a Via con su problema, ¿recordáis? Y creo que la estamos asustando. —Me señala.

No puedo ni imaginarme la cara de pánico que debo de tener en este momento. Desde luego, tengo ganas de vomitar.

—Susan tiene razón. —Me dedica una pequeña sonrisa de ánimo—. Vas a tener que llamar a Derrick para cancelar la cita.

Me estremezco.

—Me parece muy cruel cancelarla.

Ella me observa con una ceja enarcada.

—Via, no puedes ir a esa cita.

Dejo caer los hombros y suspiro.

—Tienes razón.

—Saca el teléfono y llámalo.

Las chicas se ponen a corear.

—¡Llámalo! ¡Llámalo! ¡Llámalo!

Así que me armo de valor y lo llamo.

Se me revuelve más y más el estómago con cada tono.

—¿Hola? —responde Derrick, y yo tengo que luchar para contener las ganas de vomitar.

—Hola… soy, eh, Via.

Lo oigo reírse al otro lado.

—Lo sé. He visto tu nombre en la pantalla antes de descolgar.

Respiro hondo y le digo a la carrera lo que le quiero decir.

—Lo siento mucho, pero tengo que cancelar nuestra cita.

—Ah. —Puedo oír claramente la decepción en su tono, lo que me hace sentir como la peor persona del mundo. Derrick es un buen hombre, pero no es para mí—. ¿Va todo bien?

—Sí, todo va bien. —Me aferro al teléfono con tanta fuerza que se me quedan los dedos dormidos. No tengo por qué decirle nada más, pero se lo explico de todos modos—. Antes me has pillado un poco con la guardia baja. No lo pensé antes de decirte que sí. El caso es que estoy saliendo con alguien y no sería justo, ni para él ni para ti, si tuviese una cita contigo.

Cierro los ojos y noto cómo el corazón me late acelerado en el pecho.

Dios, espero que esa explicación le parezca suficiente.

Derrick guarda silencio por un momento.

—Lo entiendo —acaba diciendo—. Gracias por avisarme.

—Ya… —respondo en un murmullo, nerviosa—. Lo siento muchísimo.

—No pasa nada. Que tengas una buena noche.

Dicho eso, cuelga.

Tengo la sensación de que lo he decepcionado. Aunque tampoco me sorprende.

He hecho lo correcto, pero aun así me siento como una mierda por haber cancelado la cita. Es un buen hombre que se merece encontrar el amor. No iba a poder encontrarlo conmigo, pero, aun así, no me gusta nada haberle hecho daño después de lo que ha tenido que pasar.

Ella me hace un gesto para darme el visto bueno.

—Has hecho lo correcto.

Las otras mujeres lo corroboran.

A pesar de que sigo nerviosa, no puedo evitar sonreír. Cuando vivía en San Francisco no tenía un grupo que me apoyase como ellas. Todos mis amigos eran *nuestros* amigos, de Chase y míos. Y la mayoría eran gente con la que trabajábamos, así que no se podían considerar amistades como tal.

Lucy se levanta del sofá.

—Esto se merece una copa de vino.

—Sí —jadeo, agradecida—. Una copa de vino. Por favor.

Ya es tarde, casi medianoche, cuando aparco frente a mi piso. Me tomé la última copa de vino hace horas, pero las chicas y yo nos quedamos hablando y riéndonos.

Cierro el coche con el mando y me dispongo a subir las escaleras. Estoy a medio camino cuando me doy cuenta de que la luz de la entrada ha dejado de titilar. Está encendida y, en lo alto de la escalera, está Reid sentado, esperándome.

—¿Reid?

Alza la mirada cuando lo llamo, aunque estoy segura de que me ha tenido que oír llegar.

—Te he cambiado la bombilla.

Lo dice con calma, aunque su tono tiene un deje molesto.

—Eh… gracias.

Entonces me mira directamente a los ojos, y el dolor que veo reflejado en su expresión hace que me detenga de golpe un par de escalones por debajo de donde está sentado.

—¿Qué tal ha ido tu cita?

Joder. Ni siquiera había considerado la posibilidad de que se hubiese enterado. Si lo hubiese pensado, le habría llamado justo después de que Derrick me colgase.

—No lo sé —respondo con soltura—, teniendo en cuenta que no he ido.

Me observa con los ojos entrecerrados.

—Via —pronuncia mi nombre en un gruñido grave que hace que me flaqueen las rodillas—. ¿Por qué has dicho que sí a tener una cita con mi padre?

Me encojo.

—No pretendía decirle que sí. Lo prometo. Me estaba hablando de las reformas que quedan por hacer. Me puse a pensar en otra cosa y dejé de prestarle atención, y lo siguiente que recuerdo es estar diciéndole que sí a algo que me acababa de preguntar y que

no llegué a escuchar. Y entonces, cuando me di cuenta de que me había pedido una cita, entré en pánico. Sé que suena mal, pero lo llamé y la cancelé de inmediato. Le expliqué que estaba saliendo con alguien…

Me rodea las piernas y tira de mí hasta pegarme a su cuerpo, sonsacándome un grito ahogado por la sorpresa.

—Ya te lo he dicho antes —gruñe, pronunciando cada palabra con los labios pegados a los míos—, puedo follarte mucho mejor que mi padre. Pero parece que voy a tener que recordártelo.

Estampa su boca contra la mía, con rudeza y contundencia. El beso está lleno de angustia. Por Dios, soy la peor persona del mundo. No pretendía hacerle daño.

Le devuelvo el beso, entregándole todo lo que tengo, demostrándole que es el único hombre que me importa.

—Dilo —exige—. Dime que eres mía.

Un escalofrío me baja por la espalda ante esa exigencia tan posesiva. Me *gusta*.

—Soy tuya.

—Eso es, ángel. —Me muerde la oreja—. Eres mía. Que no se te vuelva a olvidar. —Se pone de pie y me lleva en brazos hasta la puerta—. La llave —me exige.

—En mi bolso.

Me deja en el suelo y me quita el bolso del hombro. En cuanto encuentra la llave y la mete en la cerradura, me vuelve a tomar en brazos y se adentra en mi piso, solo para volver a dejarme en el suelo con una sorprendente dulzura y cerrar con llave tras nosotros.

Se quita el abrigo y lo lanza sobre el sofá. Su sudadera le sigue justo después. Y luego su camiseta. Pero no sigue desnudándose, sino que se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros. El gesto hace que se le bajen un poco y la cinturilla de su ropa interior quede al descubierto.

La cadena de plata que siempre lleva al cuello refulge bajo la luz que he dejado antes encendida.

—Quítate la ropa. Toda.

Esta versión de Reid no tiene nada que ver con la que me hizo el amor hace tan solo unos días, aunque eso no significa que me

guste menos. Me excita de una forma completamente nueva. Y sé, sin lugar a duda, que si no me sintiese cómoda con todo esto, se detendría de inmediato.

Pero desde el principio ha sido capaz de ver este lado mío, incluso aunque yo no supiese de su existencia.

Me desnudo lentamente, quitándome prenda tras prenda.

Reid se recuesta contra la pared, cruzando una pierna sobre la otra, y me observa con atención. Su mirada intensa me recorre de la cabeza a los pies, sin apartarse de mí en ningún momento.

—Siento mucho haberte hecho daño.

Entrecierra los ojos.

—Creo que lo hiciste a propósito.

Se me encoge el corazón.

—¿Qué? ¡No! Yo…

De repente, se coloca justo delante de mí y cierra una mano con suavidad alrededor de mi cuello para obligarme a echar la cabeza hacia atrás y mirarlo a los ojos.

—Inconscientemente deseabas que esto ocurriese. Querías que te demostrase que solo yo sé cómo complacerte, nadie más.

Estampa sus labios sobre los míos, silenciándome con un beso posesivo, apasionado. Puedo sentirlo hasta en lo más profundo de mi alma.

Entonces me vuelve a soltar de golpe y me tambaleo hacia atrás.

—Date la vuelta, Via, y pon las manos en la pared.

Sin dudarlo ni por un segundo, le obedezco.

Mi cuerpo responde instintivamente a cada una de sus órdenes. ¿Cómo es posible que este chico, al que le saco más de diez años, sepa exactamente lo que deseo y lo que necesito cuando *ni yo misma* lo sé?

—Separa las piernas.

El corazón me late acelerado, pero hago lo que me pide y espero a ver qué sucede a continuación.

Quiero mirarlo más que nada en el mundo, pero me obligo a quedarme quieta.

Casi pego un salto cuando noto cómo me pasa un dedo por la columna, deteniéndose justo sobre mi trasero. Entonces se aparta.

Contengo el aliento por la anticipación de no saber dónde me va a tocar a continuación.

—Qué buena chica —murmura.

De repente, un pinchazo de dolor agudo me recorre la nalga derecha, arrancándome un grito de sorpresa.

Dejo caer la cabeza y respiro hondo entre jadeos. Aunque no puedo verlo, lo noto agachado a mi espalda, como si estuviese evaluando la marca que me han dejado sus dientes en mi piel. Oigo un leve rumor y me está matando no saber qué es lo que está haciendo.

—¿Puedo sacarte una foto? —me pregunta en tono suave—. Quiero dibujar esto luego.

Recorre con un dedo el contorno de la marca del mordisco.

Lo primero que quiero responder es que no. La idea de que tenga una foto de mí desnuda en su teléfono me resulta de lo más excitante, pero también me aterra. La antigua yo le habría respondido que no de inmediato.

—Solo la vas a ver tú, ¿verdad?

—Solo yo.

Si le digo que no, respetará mi decisión, pero la idea de que me dibuje así me provoca una oleada de deseo.

Con mariposas en el estómago, asiento con la cabeza.

—Vale.

Me saca la foto y después me frota el trasero con dulzura, acariciando la marca de su mordisco.

Me están empezando a temblar las manos de tenerlas pegadas a la pared y me cuesta mucho más quedarme quieta de lo que pensaba. Giro ligeramente la cabeza y lo observo.

Reid me dedica una sonrisa pícara desde donde está, arrodillado en el suelo. Todavía lleva puestos los vaqueros, pero se ha desabrochado el cinturón y el botón.

—Mira a la pared, ángel.

Por un segundo, dudo sobre si hacerle caso o no y, por el azote que me da, me queda claro que he tardado demasiado en

obedecerle.

Me empiezan a temblar también las rodillas, aunque por un motivo completamente distinto al de mis manos. El azote me ha dolido, pero, por algún extraño motivo, también me ha gustado.

Durante un momento que se me hace eterno, Reid se queda quieto, lo que me hace retorcerme de anticipación.

Justo cuando estoy a punto de ceder a mi curiosidad y volverme a mirarlo de nuevo, se pega a mi cuerpo, obligándome a separar un poco más las piernas. Su boca se cierra sobre mi coño un segundo después, robándome el aliento y arrancándome un gemido.

Se ríe y el sonido reverbera contra mi centro.

Desliza su lengua entre mis pliegues hasta llevarme al borde del orgasmo, y entonces se detiene.

La oleada de placer que estaba sintiendo se esfuma de repente y suelto un gemido lastimero.

Me acaricia la parte posterior de los muslos con las manos, rodeándome el trasero y las acaba dejando alrededor de mi cintura. Se pone de pie lentamente a mi espalda y pega su miembro a mí, deslizando la tela rugosa de sus vaqueros por mi piel sensible. Me muerdo el labio inferior con más fuerza al notar cómo frota su erección contra mi centro.

—¿Te ha gustado verme arrodillado a tus pies, aunque te estuviese castigando?

Asiento con la cabeza antes de responder en un susurro.

—Sí.

—¿En qué estabas pensando, Via, al decirle que sí a mi padre?

Me empuja las caderas hacia su miembro.

Me cuesta un mundo no gemir con fuerza.

—No-no estaba pensando. Fu-fue un accidente, te lo he dicho.

—No vas a dejar que vuelva a pasar algo así, ¿verdad?

—No.

—No, ¿qué?

Desliza los labios por mi nuca.

—No volveré a cometer ese error.

Suelta un gruñido contra mi piel y noto cómo su cuerpo vibra contra el mío.

—Así es. Eres mía.

Aparta las manos de mi cintura. Y entonces oigo cómo se quita la ropa restante a toda prisa.

Sé que no debo apartar la mirada de la pared, así que dejo volar mi imaginación y me imagino cómo se baja los vaqueros y los aparta de una patada. Seguro que se agarra la polla, se la acaricia y…

Me saca por completo de mi fantasía cuando me da la vuelta y me toma en brazos como si no pesase nada.

—¿Condón? —me pregunta, observándome con una mirada intensa para asegurarse de que no he cambiado de opinión.

Niego con la cabeza.

—Joder, menos mal.

Me pega a la pared agarrándome con un brazo y usa la mano libre para guiar su polla hacia mi centro e introducirse en mí.

—*Dios mío* —grito, porque la sensación es mucho más intensa de lo que esperaba.

Quizás sea por la postura, o a lo mejor porque hace unos segundos me tenía al borde del orgasmo y todo mi cuerpo está excitado. Sea por el motivo que sea, está claro que va a tardar muy poco en hacer que me corra.

—Grita *mi* nombre, ángel. Soy *yo* quien te está haciendo esto. Soy *yo* quien te está dando tanto placer. Reconócelo, joder, me lo merezco. —Me penetra cada vez con más ganas a cada orden, hasta que estoy temblando y delirando entre sus brazos.

—¡Reid! —grito, tal y como me ha ordenado.

—*Sí* —gruñe contra mi cuello. Con un rápido movimiento, me aparta de la pared y nos tumba en el suelo hasta que soy yo quien está encima suya. Me clava los dedos en las caderas y me fijo en cómo se le tensa el abdomen—. Joder, Via, estás hecha para mí.

Esas palabras me llevan al límite. Me corro encima suya, desmoronándome poco a poco, hasta no ser más que un cuerpo sin huesos y acabar derrumbada sobre su pecho. Reid me abraza y me besa sin dejar de embestirme hasta correrse él también dentro de mí.

Nos quedamos ahí tumbados, abrazados en el suelo, regresando lentamente al presente después de nuestros respectivos orgasmos. El corazón me late acelerado como si acabase de correr una maratón.

Reid me aparta el pelo empapado en sudor de la frente con una sonrisa.

—Hola. —Su tono amable no encaja en absoluto con la forma en la que me estaba hablando hace tan solo unos segundos.

—Hola —le respondo, al tiempo que apoyo la barbilla sobre su pecho duro.

De repente, hace una mueca triste y frunce el ceño.

—No te he asustado, ¿no?

—No. Contigo siempre me siento segura. Confío en ti.

Me acaricia la mejilla con dulzura.

—Bien.

—Lo siento mucho, de verdad.

Su sonrisa se ensancha.

—Lo sé.

Nos quedamos allí tumbados un buen rato. Cuando por fin nos separamos, es solo para que Reid me lleve en brazos hasta mi dormitorio, donde me hace el amor con dulzura, como si quisiese asegurarse de que comprendo que solo él es capaz de quererme de todas las formas en las que necesito que me quieran.

34

REID

—Mmm, ahí, perfecto —nos indica Layla, mientras mi padre y yo maniobramos el sofá para tratar de colocarlo en su nuevo piso—. No, no. A vuestra izquierda, solo un poquito.

—Layla —gruño, empapado en sudor—. Aclárate de una vez.

Frunce los labios y me lanza una mirada molesta. Lili siempre hace el mismo gesto con la boca cuando está enfadada.

—En cuanto lo muevas un poquito a la izquierda estará perfecto. —Mi padre y yo nos movemos ligeramente en la dirección en que nos indica—. ¡Ahí! Ahora dejadlo. Perfecto.

Me llevo las manos a las caderas y me vuelvo hacia mi padre con una ceja enarcada.

—Recuérdame de nuevo por qué no hemos contratado a una empresa de mudanza para esto.

—Porque, hijo, somos lo bastante fuertes como para hacerlo gratis. —Me da una palmada en el hombro y se encamina hacia la entrada para ir a buscar el resto de las cosas.

Me vuelvo hacia mi hermana y la fulmino con la mirada. Ella me saca la lengua.

Da igual lo mayores que seas, siempre vuelves a comportarte como un niño pequeño cuando estás con tus hermanos.

Al menos no se ha mudado a mi edificio. Adoro a mi hermana y a mi sobrina, pero no estoy seguro si podría soportar tenerlas siempre tan cerca. Ya puedo imaginarme la escena: Lili enfadada con su madre y presentándose en mi puerta para exigir que me ponga de su parte. Quiero a esa pequeña más que a nada en el mundo, pero no me gusta meterme en medio. Por eso odio tanto

que a mi padre le guste mi chica, y todo porque no sabe que es mi chica. Joder.

Sacamos unas cuantas cosas más: muebles que mi padre le ha regalado a Layla, objetos que hemos encontrado en una tienda de segunda mano y cajas llenas de libros, materiales para manualidades y los juguetes de Lili.

Cuando terminamos de meter lo último en el pequeño piso, me dejo caer en el sofá.

—Tienes demasiadas mierdas —me quejo—. Yo no tenía ni la mitad de las cosas que tienes tú cuando me mudé.

—Tío Weed —canturrea Lili mientras se balancea hacia delante y hacia atrás—, has dicho una palabrota.

—La he dicho. Muy mal por mi parte. Lo siento, Lili.

Extiende una manita hacia mí.

—Paga.

Suspiro con pesar y suelto una maldición en un susurro.

Hace unas semanas, cuando mi hermana me la dejó para que la cuidase durante un rato, dije la palabra que empieza por «J» delante suya al darme un golpe en el dedo del pie. Y esta pequeña monstruita me hizo pagarle diez pavos para no chivarse a su madre.

Salvo que, en esta ocasión, mi padre y Layla también están presentes, observando toda la interacción divertidos.

—¿Sabes? —Me incorporo sobre el sofá y saco mi cartera—. La mayoría de los niños de tu edad se montan un puesto para vender limonada si quieren sacar algo de dinero.

Le dejo un billete de un dólar en la mano y Lili se lo guarda en el bolsillo.

—Pero así es más fácil.

Suelto una sonora carcajada. Malditos críos.

—¿Por qué acabas de pagarle a mi hija? —me pregunta Layla, observándome con los ojos entrecerrados y cruzándose de brazos.

Lili se da la vuelta y se lleva una mano a la cadera, y entonces sé que estoy metido en un buen lío.

—Porque el tío Weed dijo joder el otro día y me pagó para que le guardase el secreto. Así que ahora me tiene que pagar cada vez que diga una palabrota.

—*Reid*. —Mi padre cierra los ojos y se masajea el puente de la nariz—. No puedes pagarle para que no se chive de lo que haces.

Señalo a Lili.

—Ya lo veo. Se suponía que no ibas a decir nada.

La pequeña se ríe.

—Ups.

Layla levanta las manos en señal de rendición.

—Ni siquiera sé qué decir —espeta.

Mi padre niega con la cabeza y empieza a abrir una caja en la que pone «Habitación de Lili».

—Reid, haz algo útil y pide una pizza.

Le hago una especie de saludo militar.

—A la orden.

Él suspira y echa la cabeza hacia atrás, clavando la mirada en el techo. Seguro que se está preguntando en qué momento se equivocó con nosotros.

Hago el pedido y opto por la opción de ir a recogerlo en vez de pedir que nos lo traigan, porque lo que cobran por traérnoslo a casa es ridículo. No me importa darles propina, pero ¿cobrar un recargo aparte de eso? Nah, prefiero acercarme en coche hasta el local cuando me avisen de que mi pedido está listo.

Antes de irme, ayudo a desempaquetar unas cuantas cajas y coloco todas las cosas en montones para que Layla lo tenga todo ordenado. Está estresada, y cuando está estresada, se pone supercontroladora, así que le sigo la corriente. Sin embargo, junto con la tensión también hay un toque de emoción.

Vivir con nuestro padre significaba que siempre tenía a alguien para ayudarla con Lili cuando lo necesitase, pero necesitaba dar el paso y marcharse de casa desde hace mucho. Tener una casa propia y un trabajo que le permite trabajar desde allí, ese que le convencimos de que solicitase con la *vlogger*, le está dando una confianza que pensé que había perdido hace mucho.

Veinte minutos más tarde, compruebo la hora.

—Voy a ir a por las pizzas —comento mientras me vuelvo a poner la sudadera y el abrigo.

Layla me apunta con el cúter desde el suelo.

—Lo has hecho a propósito para poder tomarte un descanso, ¿verdad?

—Puede —respondo, alargando la palabra.

—Pues tráeme un café ya de paso, *por favor*. —Deja el cúter en el suelo y junta ambas manos como si me estuviese suplicando—. Necesito comida y cafeína para sobrevivir.

Suspiro como si parar a comprarle un café fuese un sacrificio enorme.

—Si no me queda otra…

—Gracias —canturrea.

—¡Yo quiero un helado! —grita Lili desde su nueva habitación.

—No —respondemos los tres a coro.

—Jo, sois malos —refunfuña.

Salgo del piso y, de camino a mi coche, le echo un vistazo a la pantalla de mi teléfono con la esperanza de encontrar algún mensaje de Via. Pero no hay nada. No debería importarme, sé que está liada, pero me gusta hablar con ella todos los días.

Después de recoger las pizzas —una extragrande suprema para los adultos y una pequeña de queso para Lili—, me dirijo hacia la cafetería más cercana.

Cuando entro, localizo una cabeza bastante familiar y no puedo evitar esbozar una sonrisa al verla.

Me pongo justo detrás de ella en la cola y me inclino hacia su oído.

—Qué casualidad encontrarte aquí.

Via pega un salto, sobresaltada.

—¡Por el amor de Dios, Reid! ¡Me has asustado! —Me da un manotazo en el pecho—. Ni se te ocurra volver a hacer eso.

Me río y me meto las manos en los bolsillos.

—Lo siento.

La veo fruncir los labios.

—No me mientas. No lo sientes en absoluto.

Aunque está intentando aparentar que está enfadada, le brillan los ojos. Se alegra de verme.

—Hoy no me has escrito.

Aparta la mirada por un segundo y después se vuelve de nuevo hacia mí con una sonrisa tímida.

—Estabas con tu familia. Quería darte espacio. —Frunce el ceño y ladea la cabeza—. ¿Qué haces tú aquí? ¿No deberías estar con ellos?

—He venido a recoger unas pizzas y Layla me ha pedido que parase a comprarle un café.

—Mírate, qué buen hermano pequeño eres.

El comentario me hace reír y me recoloco las gafas, que se me habían caído un poco.

—Lo intento.

Alguien carraspea para llamar nuestra atención.

—Eh… —comenta la barista—, os toca.

Via se acerca al mostrador para pedirle lo que quiere y, antes de que pueda pagar, la rodeo y pido un café de caramelo con hielo para Layla. Por qué le gusta beber café con hielo incluso cuando fuera hace un frío que pela es algo que jamás comprenderé. Yo prefiero mi café de siempre, con leche y un toque de vainilla, antes que un café con hielo de estos.

Le tiendo un par de billetes en efectivo a la barista para pagar por las dos bebidas y, mientras espero a que me dé el cambio, Via me fulmina con la mirada.

Dios, está adorable cuando se enfada.

—¿Qué? —le pregunto, esbozando una sonrisa traviesa.

Le dedico un asentimiento a la barista cuando me da la vuelta y dejo un par de monedas dentro del bote de propinas.

—Iba a pagar yo. Podría haber pagado también el café de tu hermana.

Nos hacemos a un lado para esperar a que nos den nuestro pedido.

—Lo sé, pero me *gusta* ocuparme de ti.

Deja caer los hombros.

—Sí… sí que te gusta, ¿verdad?

—Síp.

—Eso es nuevo para mí, ¿sabes? Chase nunca hizo nada parecido. No quiero decir que no pagase por mis cosas o algo así,

pero es que tú siempre estás cuidándome de distintas formas, como cuando cambiaste la bombilla de mi entrada.

Me encojo de hombros. Tampoco es para tanto.

—Tu ex es un imbécil.

Via aprieta los labios con fuerza hasta formar una delgada línea.

—Fui tan tonta…

—Oye —gruño mientras la obligo a alzar la cabeza de nuevo para que me mire a los ojos—. Ni se te ocurra volver a decir algo así. Sinceramente, agradezco que el tío fuese un idiota.

Eso la hace reír.

—¿Por qué?

—Porque metió la pata contigo, y tú acabaste encontrando el camino hasta mí.

Jamás había valorado la posibilidad de que fuese un egoísta, pero desde el mismo instante en el que vi a Via, quise que fuese mía. Es la persona más cautivadora que he conocido jamás. No me extraña que mi padre esté fascinado con ella.

—¿Me estás queriendo decir que estábamos destinados a encontrarnos?

—Mmm —murmuro mientras me balanceo en mi sitio—. No estoy seguro de si creo en el destino, pero si existe algo así, entonces sí, porque eres mía.

Cuando nos dan nuestro pedido, tomo una pajita y dejo caer una mano sobre la espalda de Via para guiarla hacia la entrada, porque soy un egoísta y solo quiero tocarla mientras pueda. Su hermana va a venir a pasar las Navidades y, aunque esté al corriente de lo nuestro, no sé cuánto voy a poder ver a Via mientras esté aquí.

Una vez fuera, en el aparcamiento, no me alejo. No aparto la mano de su espalda hasta que llegamos a su coche.

Se apoya contra la puerta del conductor y echa la cabeza hacia atrás para mirarme a la cara. Sus pestañas oscuras, cubiertas de máscara, se deslizan como un abanico sobre sus mejillas y sus labios resplandecen con un brillo rosa pálido. Se ha maquillado de forma sutil, resaltando su belleza natural.

—¿Me das un beso? —Mi aliento cálido forma nubes de vaho entre nosotros.

—¿En serio tienes que preguntarlo?

Enarca una ceja.

Sonrío y pego mis labios a los suyos. Sabe a fresas, ya sea porque las comió antes de venir a la cafetería o por su brillo de labios.

Cuando nos separamos, la veo abrir la puerta del coche y quedarse detrás de ella como si fuese un escudo que la protegiese de mí. Es adorable que piense que una barrera física podría romper la conexión que existe entre nosotros.

—Yo tampoco sé si creo en el destino —admite. Tiene las mejillas sonrojadas por el frío—. Pero hay algo que hago desde que era pequeña: siempre pido un deseo cuando veo el número once. Cuando el reloj marca las once y once, es como una especie de señal. Por los números angelicales y todo eso —sigue diciendo—. La noche que llegué a Parkerville, cuando el reloj dio las once y once pedí un deseo, que el universo me diese una señal de que mudarme aquí era lo correcto. Supongo que mi deseo se hizo realidad cuando te conocí.

Se deja caer en el asiento del conductor y cierra la puerta antes de que pueda decir nada. Arranca el coche y el rugido del motor me hace apartarme instintivamente.

Me quedo allí plantado, viéndola alejarse, y una sonrisa tonta se me dibuja en la cara.

No me ha dicho que me quiere, pero sí algo bastante parecido.

35

VIA

—Este pueblo es mágico.

Izzy da una vuelta frente a mí y casi acaba cayéndose de boca sobre la acera cuando pisa un trozo de hielo.

—Ten cuidado —le digo, agarrándola del brazo con fuerza mientras los transeúntes nos observan—. Nunca sabes dónde te vas a encontrar hielo negro.

En cuanto menciono el hielo negro, no puedo evitar acordarme de Derrick. Me siento fatal por todo el tema de la cita, y todavía no me perdono no haberle pedido que me repitiese la pregunta antes de responderle que sí. No me gusta haberle hecho daño, aunque no lo hiciese de forma intencionada.

Entrelazo un brazo con el de mi hermana, por si acaso vuelve a resbalarse. La he recogido del aeropuerto y la he dejado en el hostal para que se pusiese cómoda un par de horas antes de que saliésemos por ahí esta noche.

—Me sorprende que te guste este sitio.

A mí me encanta, claro está. El ambiente de pueblo pequeño fue justo lo que me atrajo desde el principio. Pero no esperaba que a mi hermana la *influencer* también le gustase.

—¿Por qué no iba a gustarme? —replica.

Me sonríe tan ampliamente que sé que, si no la estuviese sujetando, se pondría a dar vueltas de nuevo.

Eso es algo por lo que siempre le he tenido envidia. A Izzy jamás le ha dado miedo divertirse. Es libre, algo que yo, al ser la hija mayor, nunca pude ser. Todo el mundo esperaba que yo siguiera las reglas, que sacara buenas notas y que destacara en una carrera

respetable, mientras que a Izzy le permitían *soñar*. Aunque ahora, por fin, estoy viviendo bajo mis propias normas.

—Mira qué bonito es este lugar. Tiene un encanto especial.

Sí que lo tiene. Todos los tejados están cubiertos de nieve y hay colgadas lucecitas en los aleros y alrededor de las farolas. Cada centímetro disponible del pueblo está lleno de magia.

—¿Cuándo dices que te mudas aquí, entonces? —bromeo mientras nos acercamos al espectáculo de luces que han montado en el parque.

—No me tientes. Me encanta este lugar, pero…

Tengo que contener una sonrisa.

—¿Pero?

La veo fruncir los labios y murmurar algo para sí misma.

—En Los Ángeles tengo muchas oportunidades de negocio. Si me mudase aquí, tendría que estar yendo y viniendo en avión constantemente, y siento que eso iría en contra del propósito de vivir aquí.

—Sí que sería complicado.

Es una de esas cosas que, en este momento, en el punto de su carrera en el que se encuentra, no tiene sentido.

—Curiosamente —comienza a decir mientras me lleva hacia el puesto de comida que han montado justo frente a la entrada—, he contratado a una asistente para que me ayude con algunos aspectos de mis redes y, lo creas o no, vive en un pueblo cerca de aquí.

—¿En serio? Menuda coincidencia —comento mientras nos ponemos a la cola.

—Lo sé, ¿verdad? Su solicitud destacó por encima de las demás por lo brutalmente sincera que fue. La chica no ha tenido una vida fácil. Su historia me impactó mucho y, cuando me enteré de dónde vivía, sentí que era el destino. Hemos quedado para conocernos en persona mientras esté por aquí y poder vernos y hablar de todo.

—Qué bien. —Sí que necesitaba a alguien que le echase una mano, y es obvio que está emocionada—. Me alegro de que por fin hayas dejado que alguien te ayude.

—Me costó mucho. Recibo muchas críticas por no tener un «trabajo de verdad». Me daba vergüenza admitir que necesitaba

ayuda para llevar mis redes.

Frunce el ceño y baja la mirada hacia sus guantes. La punta de la nariz se le ha quedado roja por el frío.

—No tiene por qué darte vergüenza. —Le doy un suave golpe en el hombro con el mío—. Estás haciendo crecer tu negocio.

Suspira y se muerde el labio inferior.

—Supongo.

Se me encoge el corazón al verla así de derrotada.

—¿Pasa algo?

Al tener tantos seguidores, Izzy tiene que tratar constantemente con gente que disfruta siendo cruel con ella y menospreciándola. Mi hermana es una de las personas más buenas y auténticas que existen y, por eso, siempre se toma las cosas malas demasiado a pecho.

—Supongo que me pregunto si todo esto va a durar.

La observo con el ceño fruncido mientras la fila avanza.

—¿A qué viene eso?

—Mamá y papá me sentaron con ellos el otro día y me dijeron que internet puede ser un lugar cruel. Creen que debería tener un plan B. Se me da bien gestionar el dinero y ahorro muchísimo, pero sigo siendo joven. Y probablemente tengan razón. Debería tener alguna idea de qué quiero hacer en el futuro.

Me quedo mirándola boquiabierta y se me cae el corazón a los pies. En cuanto ha mencionado a nuestros padres, sabía que habrían encontrado la forma de meterse en su cabeza. En general, siempre la han apoyado mucho más que a mí, pero, al final del día, siguen siendo demasiado prácticos.

—No merece la pena preocuparse por eso ahora. Eres joven y te encanta lo que haces. No le des más vueltas. Disfruta de la vida. Te prometo que todo saldrá bien.

Se gira hacia mí y me observa con intensidad.

—¿Tú sientes que a ti te han salido las cosas bien?

Por un segundo, solo un segundo, dudo.

—Sí. ¿Estoy donde pensaba que estaría con treinta y dos años? No. Creía que seguiría casada. —Suelto una carcajada amarga—. Y pensaba que a estas alturas ya sería madre.

El dolor que se asienta en mi pecho al decir eso no me resulta tan sencillo de ignorar como en el pasado.

—Via —pronuncia mi nombre en un suspiro triste. Y entonces me envuelve entre sus brazos—. Creo de verdad que algún día serás madre.

Me muerdo el labio inferior para contener las lágrimas.

—Eso espero.

Me da un suave apretón en la mano.

—No pierdas la esperanza. Siempre puedo hacerte de vientre de alquiler.

Se me acelera tanto el corazón al oírla decir eso que tengo que llevarme la mano al pecho.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Haría cualquier cosa por ti. Si quieres tener un hijo biológico y me necesitas, mi útero está a tu disposición.

Me río, más que agradecida por la ligereza con la que habla del tema. No creo que acepte su oferta, pero lo agradezco de todos modos. Tengo suerte de tener una hermana que se preocupe tanto por mí.

—Gracias.

—No hay de qué. —Hace un pequeño baile.

Cuando por fin llega nuestro turno, pedimos un par de *mochas* de menta y unos minidónuts de jengibre.

Mientras esperamos a que nos den nuestro pedido, Izzy se cala un poco más el gorro de lana.

—En Los Ángeles esto estaría lleno de gente sacándose fotos —comenta en un susurro, como si estuviese perdida en sus pensamientos—. Allí todo es tan… —Respira hondo y echa un vistazo a nuestro alrededor— insustancial. Es un lugar que está lleno de gente desesperada por triunfar, por ser recordada.

En este momento, una capa de tristeza, que de normal sabe esconder bastante bien, la envuelve por completo. Y me está dejando verla, me está dejando entrar.

—Iz, si quieres marcharte de allí, deberías hacerlo.

Suspira con fuerza y su aliento forma una nube densa de vaho frente a su rostro.

—Ya no sé qué es lo que quiero. Ese es el problema. —Esboza una sonrisa que es una mezcla de melancolía y derrota—. Me encanta lo que hago, en general. Y no quiero dejar de hacerlo, pero, cuando vine a verte en octubre, sentí que este lugar era… *real*. ¿Tiene sentido?

—Sí. —Sonrío y una sensación cálida se desliza por mi interior —. Lo tiene.

Parkerville es especial. Tiene algo que consigue atrapar a las chicas James.

Con nuestro pedido en la mano, seguimos el camino que han creado a través del espectáculo de luces. El café nos mantiene calientes, y los minidónuts están tan ricos que ambas queremos ir a comprar más antes de marcharnos.

Cuando ya estamos casi junto a la salida, Izzy suelta un gritito que me hace encogerme de miedo, pensando que quizás nos están atacando.

Pero no grita por eso.

Justo delante de nosotras, a unos metros, están Reid, su hermana y su sobrina.

Al principio, creo que ha gritado porque ha visto a Reid, pero en cuanto Izzy sale corriendo hacia ellos, me queda claro que está así de emocionada por ver a Layla.

—Dios mío —suelta Izzy antes de abrazar a la mujer—. Qué coincidencia que nos hayamos encontrado aquí. Me alegro muchísimo de conocerte en persona. —Se aparta ligeramente de ella —. Soy Izzy.

—Sé quién eres.

Layla se ríe, con las mejillas sonrosadas.

—Ven, Via. —Mi hermana me hace un gesto con la mano para que me acerque—. Ella es Layla. Te he hablado antes de ella. Es mi nueva asistente.

Layla me sonríe. Creo que no me reconoce, y me alegro por ello.

—Hola, encantada de conocerte. El mundo es un pañuelo.

—Sí que lo es —coincido mientras observo a Reid.

Se lleva una mano a la cara para tratar de esconder una sonrisa pícara. Tiene las gafas medio caídas y su mandíbula está cubierta por una barba de unos pocos días, como si no hubiese tenido tiempo aún de afeitarse.

—Este es mi hermano, Reid —le dice Layla a mi hermana—. Y mi hija, Lili.

—Reid —murmura mi hermana, antes de volverse hacia mí.

Me aseguro de mantener una expresión neutral para no delatarme.

—Encantado de conocerte.

Reid le tiende una mano a mi hermana. Ella se la estrecha, pero sé que ahora mismo se está preguntando si es *mi* Reid.

Cuando no lo mira, Reid me dedica una sonrisa traviesa. Yo lo observo con los ojos entrecerrados, advirtiéndole en silencio que se comporte.

—Nosotras ya nos íbamos, pero nos vemos para comer, ¿vale? Espero que os lo paséis muy bien.

Izzy se despide de Lili con un gesto de la mano, y la pequeña le dedica una sonrisa tímida como respuesta.

Menos mal que la pequeña estaba demasiado ocupada observando las princesas de luces que han montado, porque, si no, estoy bastante segura de que nos habría delatado.

Me alejo antes de que pueda fijarse en mí.

Izzy me alcanza y me agarra del brazo.

—¿Es *él*? —Echa un vistazo a su espalda y suelta un gritito—. Tiene que serlo. Te estaba mirando como si quisiese comerte enterita.

—Izzy —siseo.

—¿Lo es?

—Sí.

Me dirijo directamente hacia el puesto de comida. Puede que quiera eludir esta conversación, pero tengo muchas más ganas de comprarme otra bolsa de esos minidónuts.

—¡Lo sabía!

Se vuelve de nuevo hacia el parque, probablemente considerando la posibilidad de salir corriendo de nuevo a buscarlos

para interrogar a Reid, pero ya ha desaparecido entre las luces.

—Baja la voz.

Pone los ojos en blanco.

—Nadie nos está prestando atención. ¿Te puedes creer que he contratado a *su hermana*, de entre todos los candidatos que se presentaron? Es de locos. —Respira hondo, y yo rezo en silencio para que deje de una vez el tema, pero sé que es bastante improbable—. Está buenísimo. No le hiciste justicia con tu descripción. ¿Y las gafas? Creo que estoy empezando a desarrollar una especie de fetiche sexual con ellas. —Se abanica la cara con la mano y se echa a reír al fijarse en mi expresión—. Via, ¿estás celosa?

—*No* —respondo, totalmente a la defensiva.

Vale, puede que *sí* que esté celosa por oírla hablar así de él.

Nunca había sido así de posesiva, con nada, pero en este momento me siento como si tuviese a esas gaviotas de *Buscando a Nemo* dentro de mi cabeza, gritando «mío, mío, mío» sin parar.

—¿Lo amas?

«¿Lo amo?».

Esa pregunta me aterroriza.

Después de lo que me hizo Chase, pensaba que sería incapaz de volver a amar a alguien. No *quería* hacerlo. Porque mostrarme vulnerable de nuevo con alguien me aterrorizaba.

Pero Reid ha logrado abrirse camino hasta mi corazón. Ha cosido los pedazos rotos, ha reparado las grietas y ha secado las lágrimas. Me da miedo decirle esas dos palabras, y él lo sabe, por eso tampoco me las ha dicho todavía. Le da miedo ahuyentarme al hacerlo.

Dejé que un hombre que nunca me mereció influyera en mi forma de comportarme con un hombre que sí me merece.

—No pasa nada —dice Izzy cuando llegamos al coche—. No tienes por qué decirme nada. Ya sé la respuesta.

Y me temo que yo también la sé.

36

REID

Unos días antes de Navidad, me llaman para ver si puedo hacer una entrevista para un puesto a jornada completa en un nuevo taller que van a abrir a media hora de mi casa. De todos los sitios en los que me postulé, este es el que más me interesaba, porque también tienen previsto realizar trabajos de restauración de coches antiguos, aparte del mantenimiento básico y de las reparaciones del día a día.

Cuelgo la llamada sintiéndome mucho más ilusionado de lo que me he sentido en mucho tiempo.

He quedado con mis amigos en el Monday's dentro de unas horas. La última vez que fui fue el día de mi cumpleaños. La noche en que conocí a Via. Siento que ha pasado una eternidad desde entonces, es como si la conociese de toda la vida y no solo de unos meses.

Sí, sé que soy joven, pero lo nuestro va en serio.

Via no es solo una mujer con la que quiera estar *ahora*. No es ningún rollo pasajero. Para mí, ella lo es todo. Es la mujer junto a la que quiero envejecer. Sé que ella también se ha dado cuenta de lo que siento, y eso le asusta, pero acabará aceptándolo. Tengo fe en ella, en nosotros.

Cree que soy demasiado joven como para saber qué es lo que quiero. Puede que, en el caso de otros chicos de mi edad, eso sea cierto, pero yo sé que lo que tenemos es muy difícil de encontrar y no pienso dejarla marchar solo porque ella piense que necesito experimentar cosas nuevas. Prefiero experimentar todo lo que me queda por vivir a su lado.

Para matar algo de tiempo antes de ir al bar, me pongo a limpiar el piso y me doy una ducha.

Llevo siendo un amigo de mierda desde hace unos cuantos meses. Siempre que tengo algo de tiempo libre, prefiero pasarlo con Via. Eso sin mencionar que rara vez me apetece hacer lo que tienen planeado.

Nunca me ha gustado ir de bares, pero me amenazaron con sacarme a rastras de casa si no aparecía por allí esta noche y como Via va a pasar las fiestas con su hermana y no tengo nada que hacer, pues por qué no. Me vendrá bien ponerme al día con ellos.

Cuando llego, el Monday's está petado. Tengo que dar unas cuantas vueltas por el aparcamiento para encontrar un sitio libre. En realidad, no dejo el coche en un hueco propiamente dicho, pero tendrá que servir.

Le mando un mensaje a Justin para preguntarle si los demás ya han llegado.

JUSTIN
Sí, tío. Te estamos esperando.

Me río y niego con la cabeza. Pues claro que ya están todos aquí.

Una vez dentro, los localizo sentados alrededor de una mesa a la izquierda, cerca de la entrada de la cocina.

—¡Has venido! —dice Will, abriendo los brazos y casi dándole un manotazo a Max en la cabeza en el proceso.

—Estábamos apostando sobre si vendrías o no —comenta Justin.

Saco la silla que tiene justo al lado y me dejo caer encima. Llevan aquí lo suficiente como para haberse terminado la mitad de los aperitivos que han puesto en el centro de la mesa.

—Sí, tío. —Lawson se inclina hacia mí por encima de Justin—. ¿Dónde te has metido?

Justin suelta una sonora carcajada.

—Reid se ha echado novia, así que ahora es demasiado bueno como para quedar con nosotros.

Max me dedica una mirada sorprendida.

—¿Desde cuándo?

—¿Por qué no nos lo habías contado? —Will apoya los codos sobre la mesa y se echa hacia delante.

Me encojo de hombros.

—No sé. Es que…

Tengo en la punta de la lengua las palabras «no vamos tan en serio», pero si las dijese estaría mintiendo. Tampoco sé cuánto quiero contarles. Adoro a mis amigos, pero estoy seguro de que se burlarían de mí.

Por desgracia, Justin abre su enorme bocaza.

—Está saliendo con la mujer que conoció en su cumpleaños. La tía mayor. La que nos encontramos el otro día en la cafetería.

«La tía mayor». Me tenso al momento.

¿En serio esa es la mejor forma que se le ocurre para describir a Via? Sé que no la conoce, pero la forma en la que habla de ella me parece jodidamente grosera.

Observo el vaso de cerveza vacío que tiene a la derecha y el otro medio lleno justo al lado, lo que solo hace que me enfade incluso más. A pesar de que todos mis amigos saben perfectamente cómo murió mi madre, ninguno comprende de verdad cómo me siento con respecto al consumo de alcohol. Y esto lo demuestra.

Cuando la gente se emborracha se vuelve gilipollas.

—Se llama Via —siseo—. ¿Y qué quieres decir con que os la encontrasteis el otro día en la cafetería?

Via no me ha dicho nada, y Justin tampoco me había comentado que la hubiese visto, hasta ahora.

Él se ríe, ajeno a mi enfado.

—Está enamoradísimo de ella.

Will, el único de mis amigos que tiene novia —llevan juntos desde el instituto— se fija en mi expresión y se sienta un poco más erguido.

—No tiene nada de malo enamorarse de la persona adecuada. —Se aclara la garganta—. El otro día, cuando los cuatro quedamos en la cafetería, nos la encontramos allí tomando algo. Justin está

colado por la barista. No fuimos a molestarla. Justin solo se acercó a saludarla. Eso es todo.

¿Se acercó a saludarla? Por algún motivo, dudo que eso sea todo. Lo único que puedo hacer es esperar que no le dijese ninguna estupidez.

—¿Por qué no nos habías hablado de ella? —me pregunta Max.

Me giro hacia él y me encojo de hombros.

—Todavía no hemos hecho público lo nuestro.

Lawson se ríe.

—¿Que todavía no lo habéis hecho público? ¿Quiénes os pensáis que sois? ¿Una pareja de famosos?

—No —respondo, alargando la palabra—, pero mi padre intentó salir con ella, así que eso complica un poco las cosas, ¿no te parece?

Sé que mi padre no se enfadará cuando se lo cuente o, al menos, eso espero. Aun así, Via es la primera mujer en la que ha mostrado algo de interés desde la muerte de mamá. Quiero que siga adelante con su vida, se lo merece. Pero no puedo evitar preocuparme por que, cuando lo descubra, se muestre menos dispuesto a salir con otras mujeres.

Todos mis amigos se quedan callados, una hazaña por la que probablemente más tarde me feliciten.

—Espera un momento. —Max contiene una carcajada—. ¿Nos estás diciendo que a tu padre le gusta tu chica?

—No sabe que es mi chica.

—Esto es mejor que una telenovela —se ríe Lawson, casi atragantándose con su cerveza.

Me recuesto en mi asiento.

—Lo sé.

La camarera se pasa por nuestra mesa, así que pido algo para cenar y decido pasar de la cerveza. El olor ya me está afectando bastante.

—¿Cuándo se lo piensas contar? —me pregunta Will mientras se sirve unos nachos en el plato.

Frunzo los labios.

—Todavía no lo he decidido.

—¿Vas en serio con ella? —pregunta Max.

—Sí.

—¿Cómo de en serio? —añade Justin.

—*Muy* en serio.

Justin, Lawson y Max me observan anonadados, con los ojos como platos, pero Will me mira como si lo comprendiese perfectamente.

—Hemos perdido a otro más. —Lawson le da un trago a su cerveza—. ¿Quién va a ser el siguiente, chicos?

—Yo no. —Justin toma su cerveza—. Todavía no estoy listo para tener nada serio con nadie.

Max se ríe y lo señala con el dedo.

—Y justo por ese motivo vas a ser tú.

Para cuando llego a casa, estoy agotado, pero me doy una ducha antes de meterme en la cama para poder quitarme el olor a bar de encima. En cuanto me deslizo bajo las sábanas, le mando un mensaje a Via.

Me han dicho mis amigos que se encontraron contigo el otro día en la cafetería. Espero que no dijesen nada que pudiese molestarte.

No me sorprendo en absoluto cuando me responde tan solo unos minutos después.

VIA
No pasó nada. En realidad, solo uno de ellos se acercó a hablar conmigo.

¿Justin?

VIA
Creo que sí.

¿Qué te dijo?

La curiosidad me está matando. Probablemente no debería importarme tanto, sobre todo porque me voy a enfadar muchísimo si resulta que se comportó como un capullo.

Mi teléfono comienza a sonar con una llamada entrante, así que descuelgo a toda prisa.

—Hola.

La oigo reírse al otro lado y cerrar la puerta.

—Podía sentir lo nervioso que estabas a través de tus mensajes, así que he pensado que lo mejor era llamarte.

Suelto un gruñido y me llevo un brazo a los ojos.

—Mis amigos son unos idiotas. Quería asegurarme de que no fue grosero contigo.

—No, nada más lejos. Me dijo que te gustaba mucho y que eres un buen tío. Y también me pidió que no te hiciese daño.

Me quedo callado sin saber qué decir. Eso era justo lo último que esperaba que respondiera.

—¿En serio?

—Ajá —murmura.

Oigo cómo su colchón chirría al otro lado y noto cómo me empalmo solo con imaginármela tumbada en su cama.

Soy patético, lo sé.

—Me pilló por sorpresa.

—Ya. —Me río—. A mí también. Creía que…

—¿Qué era lo que creías?

Suspiro con fuerza.

—A la mayoría de mis amigos no les interesa sentar cabeza, así que pensé que quizás te habría dicho algo para intentar alejarte de mí.

—Pues entonces no estaría siendo un buen amigo. Pero no. Parece que se preocupa de verdad por ti.

—Me ha tocado las pelotas con este tema en más de una ocasión, así que me alegro de que, a su extraño modo, apruebe lo nuestro.

Via se ríe de nuevo.

—Te preocupas demasiado.

Aprieto los labios con fuerza para no reírme.

—Via…

—Lo sé, lo sé. De los dos soy *yo* la que se preocupa demasiado.

—Al menos lo admites.

La oigo contener un bostezo.

—Izzy me ha dejado agotada después del día de hoy. Quería ir a una tienda de discos para sacar fotos y grabar un videoblog, pero se le había olvidado mencionarme que estaba a una hora y media de aquí. Y *odio* conducir con este tiempo. Me he pasado todo el camino agarrándome al volante con tanta fuerza que se me han quedado los nudillos blancos y, mientras tanto, ella se ha reído de mí todo el rato. Claro que entonces le he preguntado si quería conducir ella y se ha quedado calladita.

—Creo que a tu hermana le gusta verte sufrir.

—Probablemente. —Suspira y oigo el roce de sus sábanas, como si se estuviese dando la vuelta—. Quiere conocerte, por cierto.

Aunque no pueda verme en este momento, sonrío.

—Ya me ha conocido. En el espectáculo de luces.

—Solo te ha visto durante cinco segundos y desde entonces no deja de insistir.

Me imagino a Via tumbada en su cama, con un mohín en los labios.

—¿Tú quieres que la conozca?

Quiero formar parte de la vida de Via de todas las formas que pueda. Me encantaría conocer a su hermana, pero no quiero presionarla.

No responde de inmediato. Lo único que se oye al otro lado es la cadencia de su respiración.

—Sí, eso creo.

Sonrío.

Joder, siento que acabo de lograr algo increíble.

—Pues entonces ya se nos ocurrirá algo mientras esté aquí.

—Vale —responde en voz baja, nerviosa.

—No dejes que esto te estrese, ángel.

—No estoy estresada —repone, en un tono que me confirma que sí que lo está.

—¿Estás en la cama? —le pregunto para tratar de distraerla, aunque sé perfectamente dónde está.

—Sí, ¿por qué?

Me humedezco los labios, la pongo en altavoz y dejo mi teléfono sobre el colchón, justo a mi lado.

—¿Qué llevas puesto?

Cruzo los brazos por detrás de la cabeza y clavo la mirada en el techo.

—¿Que qué llevo…? Reid, ¿por qué me lo preguntas?

—Sígueme el rollo, Via —le respondo, de esa forma que sé que hace que le flaqueen las rodillas.

—Es que… ¿estamos a punto de tener sexo telefónico?

Me río. Dios, me parece tan graciosa. Puede que sea mayor que yo, pero, en muchos sentidos, es increíblemente inocente.

—Sí.

—Ah. —La oigo tragar con fuerza—. Llevo puesto el pijama.

—Sé más concreta.

—No llevo puesto nada *sexy*, si es lo que me estás queriendo preguntar.

—*Via*.

—Llevo unos pantalones de chándal grises y la camiseta que me compré en el concierto de *American Idol*.

—¿Fuiste a un concierto de *American Idol*? —Niego con la cabeza—. Bueno, da igual.

—Hace años hicieron una gira —resopla—. Aunque fui solo por ver a Adam Lambert.

Me río.

—Dios, eres monísima cuando te pones a la defensiva.

Suelta un gruñido.

—Esto no se me da bien, Reid. Me siento rara.

—Puedo parar.

No voy a obligarla a hacer nada que no le guste.

—No… no quiero que pares. Es que…

—Yo te guio, ángel. Ponme en altavoz.

—Vale, ya estás en altavoz.

—Buena chica. Ahora, quiero que dejes el teléfono justo al lado tuyo.

—Vale.

—¿Me has echado de menos? —le pregunto, para excitarla poco a poco. Con su hermana aquí, no nos hemos podido ver mucho.

—Sí —admite—. Al tenerte en altavoz, es como si estuvieses tumbado a mi lado.

—Imagínate que lo estoy, cariño. Si estuviese ahí ahora, contigo, ¿qué estaría haciendo?

—Be-besándome el cuello.

—Así que besándote el cuello, ¿eh? ¿Y después qué haría?

Dejo que sea ella la que empiece, la que marque el ritmo.

—Te pondrías a bajar lentamente por mi cuerpo y me subirías la camiseta hasta justo debajo de mis pechos para poder besarme el vientre. —Ahora parece mucho más segura. Sin que yo tenga que animarla a seguir hablando, lo hace—: Después te abrirías paso entre mis piernas con ayuda de los hombros y… me lamerías el coño.

Gimo y me llevo la mano a la polla, apretándola por encima de los calzoncillos.

—Me estás matando, Via. ¿Te haces una idea de lo *sexy* que eres?

La oigo soltar un gemido pequeño y entrecortado.

—¿Via?

El sonido de su respiración agitada me responde.

—¿Te estás tocando, ángel?

—S-sí —gime—. Estoy imaginándome que es tu mano y tu boca y…

—Joder, cariño.

Me bajo la ropa interior a toda prisa y me acaricio.

—¿Estás…?

—Sí, lo estoy. Espera un segundo.

La llamo por FaceTime, aunque en parte espero que no responda. El corazón me late acelerado cuando contesta y su rostro aparece en la pantalla.

Contiene la respiración cuando se da cuenta que estoy enfocando la cámara para que pueda ver cómo me toco. Se muerde el labio inferior, pero no logra ocultar lo mucho que le tiembla. Tiene los ojos entrecerrados y la mirada nublada mientras me observa masturbarme una y otra vez.

—¿Quieres que gire la cámara? —me pregunta en un jadeo.

—No —respondo, con más dureza de la que pretendía—. Quiero verte la cara. Sigue tocándote, cariño.

—Ya casi estoy —dice.

La cámara desciende un poco, dejándome ver su hombro desnudo, allí donde la camiseta se le ha bajado. Cuando se da cuenta de que ha dejado de enfocarse la cara, recoloca el teléfono a toda prisa. Tiene las mejillas sonrojadas, iluminadas por el tenue brillo de las farolas que se filtra a través de la ventana de su cuarto.

—Yo también.

Retuerzo la mano alrededor de la cabeza de mi polla, ignorando lo ridículo que es que esté a punto de correrme tan rápido.

—*Reid* —pronuncia mi nombre en un gemido, en una súplica y una plegaria, todo a la vez.

Arquea el cuello y la cámara vuelve a descender. En esta ocasión, puedo vislumbrar el contorno de sus pechos.

Los pequeños gemidos que se le escapan de entre los labios mientras las oleadas de placer de su orgasmo remiten quiebran el último resquicio de control que me queda.

Gimo con fuerza y empapo mis sábanas y mi mano con mi semen blanco y pegajoso.

—Eso ha sido muy *sexy* —dice sin aliento, mientras observa con los ojos vidriosos el desastre que acabo de armar por su culpa.

Tiene el labio inferior hinchado de tanto mordérselo y me muero de ganas por besarla.

Le doy un par de toques a la pantalla de mi teléfono para girar la cámara y que pueda verme la cara.

En cuanto me ve, sonríe.

—Gracias.

Me río.

—¿En serio me estás dando las gracias por un orgasmo al que, *en realidad*, yo no te he hecho llegar?

—Solo porque no estés ahora en la cama conmigo no quiere decir que este orgasmo no haya sido por ti. —Se da la vuelta en la cama y se lleva la cámara consigo—. Pensaré en algo para que puedas conocer a Izzy como es debido. ¿Vale?

Sonrío, victorioso. Esto es muy importante para ella.

—Vale —repito—. Descansa, Via.

—Buenas noches.

Y entonces hace algo que me sorprende: me lanza un beso antes de colgar.

Cuando se desconecta la llamada, me quedo sonriéndole a la pantalla negra como un auténtico idiota.

Joder, esta mujer me tiene loco por ella.

37

VIA

Izzy sonríe al verme incómoda, lo que me da ganas de parar el coche y lanzarla fuera de un empujón.

—¿Puedes dejar de sonreír así? —me quejo.

Me está costando concentrarme en las indicaciones del sistema de navegación por cómo me está mirando. Vamos de camino al restaurante mexicano en el que Reid ha sugerido que quedásemos.

—¿Cómo sabes que estoy sonriendo? Ni siquiera te estoy mirando —replica ella.

—En primer lugar, porque tengo visión periférica. En segundo lugar, porque *lo noto*.

Se ríe.

—No seas tan quisquillosa. Me alegro por ti. Quiero que seas feliz, y está claro que Reid te hace feliz.

—No estoy siendo quisquillosa —me defiendo, aunque está claro que sí que lo estoy siendo.

No sé por qué estoy tan nerviosa. Este encuentro era inevitable, y todo irá bien, pero aun así estoy de los nervios.

—Pues claro que lo estás siendo. —El superpoder de Izzy siempre ha sido saber cuándo estoy mintiendo—. Pero no entiendo por qué. —Se vuelve hacia mí en su asiento y dobla una pierna para sentarse encima—. ¿Qué es lo que te preocupa? Cuéntamelo. ¿Es que le huele el aliento? ¿Tiene un tercer pezón? ¿Le faltan dientes? Venga, suéltalo.

Respiro hondo y detengo el coche frente a un semáforo en rojo.

—No, no es nada de eso.

—Entonces, ¿qué es?

Frunzo los labios. Va a sonar muy tonto cuando lo diga en alto. Pero suspiro con fuerza y lo suelto.

—Supongo que me da miedo que nos mires y te rías cuando te des cuenta de lo joven que es. —Abre la boca, pero, antes de que pueda decir nada, sigo hablando—: Sé que nunca harías algo así, y ni siquiera estoy nerviosa por tu culpa. Es solo que… no *encajamos*.

—¿Qué quieres decir con eso? Tenéis muchísimas cosas en común.

Levanto el pie del freno lentamente.

—Me refiero a que no encajamos físicamente. Tiene veintiún años. Nuestra diferencia de edad es más que obvia, y ya sabes cómo es la gente. A nadie le importa lo más mínimo que un hombre salga con una mujer más joven que él. ¿Pero si una mujer sale con un hombre al que le saca más de diez años? Es imposible que no la juzguen.

Izzy se queda callada por un momento, observando el paisaje a través de la ventana.

—¿Y qué más da lo que piensen los demás? Por lo que sé, no estás saliendo con toda esa gente. Si Reid y tú sois felices juntos, al final eso es lo *único* que importa. Que le den a los demás.

—Sabes que mamá…

—Que le den a mamá. Y a papá también. —Sus palabras me dejan muda—. Vive tu vida a tu manera, Via. Haz lo que te haga feliz. Te preocupas demasiado por los demás y no lo suficiente por ti misma.

Solo Izzy es capaz de hacerme entrar en razón siendo totalmente directa.

Suspiro con fuerza.

—Tienes razón.

—Siempre la tengo —repone, sacudiendo los hombros y sonriendo.

Cuando giramos en la siguiente calle, me pongo a buscar dónde aparcar. Tan solo tardo un momento en localizar su Mustang. Él también debe de vernos, porque se baja del coche y se recuesta contra la puerta en cuanto nos ve doblar la esquina.

Se me sonrojan las mejillas al recordar nuestra llamada de la otra noche. Creía que el sexo telefónico no era para mí, pero Reid me ha hecho cambiar de opinión, sobre todo después de que me llamase por FaceTime y me dejase verle. La forma en la que se tocaba puede que fuese una de las cosas más eróticas que he visto nunca.

Con un suspiro silencioso, hago a un lado ese recuerdo. Porque, desde luego, ahora no es el momento para estar pensando en eso.

Apago el motor e intento ignorar la sonrisa de oreja a oreja que me dedica Izzy desde el asiento del copiloto.

—Oh, ese chico está loquito por ti. Solo hay que ver la sonrisa tan tonta que se le ha dibujado nada más verte.

Respiro hondo y me bajo del coche.

Antes de salir de casa, me he recordado que tenía que mantener la calma, pero, de repente, no soy más que una idiota enamorada.

En cuanto llegamos junto a Reid, le paso los brazos alrededor del cuello.

—Te he echado de menos —murmuro contra su piel, respirando el aroma a vainilla y cítricos que tanto me gusta.

Él se aparta ligeramente y me da un beso, aunque no es más que un pico porque mi hermana está presente. Me pasa un brazo alrededor de la cintura y me pega a su costado con una sonrisa. Después le tiende una mano a mi hermana.

—Me alegro mucho de conocerte por fin. Soy Reid.

Ella acepta su saludo sonriendo como una loca.

—Izzy. Encantada de conocerte.

—¿Tienes hambre?

—Estoy *muerta* de hambre —responde Izzy, como si no hubiese comido nada en todo el día.

—Aquí hacen unos tacos increíbles.

Izzy se pone a dar saltitos y se frota las manos.

—Me encantan los tacos.

Reid toma la delantera y nos abre la puerta del local.

Izzy me lanza una mirada impresionada de reojo. ¿Con qué clase de hombres está saliendo que un gesto tan sencillo como este

la deja embelesada?

Una vez dentro, una camarera nos lleva hasta una mesa al fondo del local. El lugar está relativamente tranquilo. Menos mal. No estoy segura de si habría podido soportar un caos a mi alrededor teniendo que lidiar con el caos que se ha desatado en mi interior.

Reid me hace un gesto para que me siente yo primero y después se deja caer a mi lado al tiempo que Izzy se coloca justo delante de nosotros.

En cuanto nos traen una bandeja de nachos con salsa y nuestras bebidas, Izzy deja la carta a un lado y entrelaza las manos sobre la mesa.

—Y dime, Reid, ¿qué intenciones tienes con mi hermana?

El susodicho casi se atraganta con un nacho. Alza un dedo frente a su rostro para pedirle que le dé un momento y, cuando se recupera, carraspea para aclararse la garganta.

—Muy graciosa. ¿Eso significa que es a ti a quien tengo que pedirle permiso cuando quiera proponerle matrimonio?

Me sonrojo con fuerza y el corazón comienza a latirme acelerado, por lo que me llevo las manos a la cara y suelto un gemido.

Cuando dejo caer las manos de nuevo, me encuentro a Izzy sonriendo de oreja a oreja.

—Veo que lo has entendido.

De repente, tengo la sensación de que Izzy va a usar esta reunión como una oportunidad para ver cuánto puede avergonzarme. Como si pretendiese confirmar mis sospechas, me guiña un ojo mientras sostiene un nacho entre sus uñas azul pastel.

—¿Dónde te ves de aquí a cinco años, Reid?

Él sonríe y niega con la cabeza. Se pone a rebuscar entre los nachos, saca uno y lo moja en la salsa.

—Casado con tu hermana y a punto de abrir mi propio negocio de restauración de coches antiguos.

—Una respuesta de lo más aceptable. —Izzy junta las yemas de los dedos mientras lo observa mojar otro nacho en la salsa—. Veo que estás evitando acercarte a ese trozo de cilantro de ahí. Odio tener que decirte esto, pero eso supone un gran problema. No

puedo permitir que mi hermana esté con un hombre que odia el cilantro.

Reid se queda mirándola fijamente, tratando de contener una sonrisa, y entonces agarra otro nacho y se asegura de coger el trozo de cilantro. Se lo lleva a la boca y, sin dejar de mirarla en ningún momento, lo mastica durante un buen rato y se lo traga.

—¿Eso responde a tu pregunta?

Izzy lo ignora y se vuelve hacia mí.

—Me gusta.

Reid esboza una sonrisa y su rostro se ilumina, triunfal.

—Que no se te suba a la cabeza —le reprocho—. Lleva apoyándote desde el principio.

—De hecho —comenta mientras me señala con un nacho—, me tienes que dar las gracias a mí por haberla animado a salir y a tirarse a cualquier tío la noche en que os conocisteis. Así que, de nada, colega.

Me llevo las manos a la cara y me dejo caer hacia delante.

—Izzy.

Pero mi hermana sigue hablando como si nada.

—Deberíais salir en mi canal alguna vez. Les puedo contar a mis suscriptores cómo hice de casamentera con vosotros y, en cierto sentido, me lo debéis.

—Seguro que a nuestros padres les encantaría oír esa historia —murmuro.

Hace un gesto con la mano para restarle importancia.

—Nunca ven mis vídeos.

Enarco una ceja.

—¿De verdad?

Izzy casi se atraganta con un nacho.

—*Sí*. ¿Es que tú los ves?

Arrugo la nariz.

—No.

Me siento mal por no hacerlo, pero no formo exactamente parte de su público objetivo. Y nuestros padres tampoco, pero supuse que se verían todos sus vídeos aunque solo fuese para apoyarla.

La camarera nos trae nuestro pedido y, en cuanto se marcha, me vuelvo hacia Izzy, porque doy por hecho que ahora va a continuar con su interrogatorio.

—Dejaron de ver mis vídeos después de que contase en uno de ellos cómo perdí la virginidad —comenta, en cambio.

—*Izzy*.

No sé si reír, llorar o avergonzarme.

—¿Qué? Es verdad —repone, encogiéndose de hombros. Entonces se vuelve hacia Reid y añade—: Soy creadora de contenido, por si no lo sabías.

Él se ríe.

—Mi hermana trabaja para ti, así que sí, lo sabía.

—No sabía si te habría hablado de mí o no. Tu hermana es increíble.

Reid sonríe.

—En eso estamos de acuerdo.

Por debajo de la mesa, Reid se las apaña para encontrar mi mano y me da un suave apretón para tratar de tranquilizarme, y yo le dedico una sonrisa.

—Uf —gruñe Izzy, mientras levanta su vaso de agua—. Me dais ganas de vomitar. Tan enamorados y todo eso.

Enamorados.

Para ella está claro, para mí también, pero todavía no le he dicho a Reid cómo me siento.

Él me dedica una sonrisa, una que viene a decirme que sabe perfectamente cómo me siento, pero que no va a presionarme para que lo admita en voz alta.

Puede que Reid sea joven, pero tiene una paciencia infinita.

«Pronto. Se lo diré pronto», me digo.

Estábamos demasiado llenas como para pasarnos el camino de vuelta a mi piso hablando. Una vez llegamos, Izzy se lanza directa al sofá para poner una nueva comedia romántica navideña que quería ver.

Antes de que pueda darle a reproducir, me dirijo a mi cuarto.

—Voy a cambiarme de ropa.

—Yo también.

Deja su bolso a un lado y saca un montón de tela que supongo que debe de ser su pijama.

Me río.

—¿Lo has llevado ahí guardado todo el rato? —le pregunto.

Suelta un resoplido burlón.

—Habíamos dicho que esta noche iba a ser noche de cine, así que de ninguna manera iba a quedarme con la ropa de calle puesta.

Niego con la cabeza y cierro la puerta de mi dormitorio a mi espalda.

Mientras me cambio, el olor a palomitas recién hechas inunda el piso. No sé cómo es posible que a Izzy le siga entrando más comida en el estómago, porque yo estoy a punto de reventar.

Justo cuando me estoy poniendo la camiseta del pijama, mi teléfono vibra sobre la cama.

Lo agarro y veo un mensaje de Reid.

REID
Creo que esta noche ha ido bien.

Podría haber sido peor.

REID
Tu hermana es genial. Creo que se llevará muy bien con la mía.

Eso espero. Vamos a ver una película.

REID
Vale, pasad buena noche.

Buenas noches.

La puerta de mi habitación se abre de repente y, al otro lado, Izzy me observa con un bol de palomitas en brazos.

—¿Ya te estás escribiendo con tu amante? —Se lleva un puñado de palomitas a la boca y pone los ojos en blanco—. Es asqueroso lo enamorados que estáis.

Aprieto los labios con fuerza.

—¿Qué pasa?

—Todavía no se lo he dicho.

—*Via.*

—Lo sé. —Dejo caer la cabeza—. Tengo que decírselo.

—Tengo que sentarme para mantener esta conversación. —Me hace a un lado de un empujón y se deja caer sobre mi cama—. ¿Por qué no le has dicho a ese hombre, que es como un perrito enamorado, que le quieres?

Me vuelvo hacia ella y me cruzo de brazos.

—Porque en cuanto lo haga ya no habrá vuelta atrás.

—¿Qué quieres decir con eso?

Vuelve a meter la mano en el bol de palomitas mientras se remueve inquieta sobre la cama, como si estuviese ansiosa por saber mi respuesta.

Dejo caer los brazos a los costados y me pongo a mover las muñecas, nerviosa.

—Reid… es el indicado para mí. Lo sé en lo más profundo de mi ser. En mi alma. Y me da miedo. No hace tanto tiempo desde mi divorcio, y no tenía pensado involucrarme románticamente con nadie tan pronto. Pero él… lo es todo para mí. En cuanto le confiese que estoy enamorada de él, será como si estuviese sellando nuestro futuro juntos.

Izzy ladea la cabeza y me observa con el ceño fruncido.

—¿Y tú no quieres eso?

Suspiro.

—No sé cómo explicarlo. En mi cabeza todo tiene sentido.

Izzy deja el bol a un lado y se sacude las manos.

—¿Lo que me estás diciendo es que, ahora mismo, tienes todas las posibilidades del mundo a tu disposición, pero, en cuanto le confieses que le quieres, esas posibilidades se convertirán en una realidad?

Se me encoge el corazón al pensarlo.

—En cierto sentido, sí.

—¿Y *por qué* te da miedo eso?

Me pellizco el puente de la nariz. Me siento frustrada conmigo misma.

—Porque eso será lo mejor que me haya pasado nunca y, si al final sale mal, se me romperá el corazón en mil pedazos. Será muchísimo peor que lo que tuve que pasar con Chase.

Izzy guarda silencio, observándome atentamente mientras asimila lo que le acabo de confesar.

—A Chase le dio igual romperte el corazón, pero eso no significa que Reid no vaya a cuidar de él como si fuese el suyo propio. ¿Sabes lo que pienso cuando os veo juntos?

Me froto los labios y noto cómo los nervios se apoderan de mí.

—¿Qué?

—Creo que tenéis algo que es muy poco común, una conexión muy especial, y cualquiera que os vea juntos se dará cuenta de ello. Cuando os miro, veo esa clase de amor que me gustaría encontrar algún día. Lo que tienes con Reid no tiene nada que ver con lo que tenías con Chase, y se lo debes, a él y a ti misma, no permitas que lo que Chase te hizo en el pasado te frene.

Tiene razón. Sé que la tiene. No me había dado cuenta de que eso era justo lo que estaba haciendo hasta ahora. Reid no es Chase, pero el miedo a que me hiciese daño ha sido justo lo que me ha estado frenando hasta este momento. Reid sabe que le quiero, lo sé, pero saberlo y oírlo de mis labios son dos cosas muy distintas.

El corazón me da un vuelco cuando se me ocurre una idea. Me siento un poco más erguida y le sonrío a mi hermana.

—¿Puedes ayudarme con una cosa?

Ella enarca una ceja.

—¿Tiene algo que ver con confesarle a Reid de una vez por todas que estás enamorada de él?

—Con su regalo de Navidad.

Izzy se queda mirándome fijamente.

Suspiro y esbozo una sonrisa.

—Y con decirle de una vez por todas que le quiero.

Sonríe y da una palmada.

—Esa es mi chica.

A la tarde siguiente, Izzy y yo estamos en mi estudio de arte.

—No me puedo creer que vayamos a hacer esto —murmuro.

—Yo tampoco.

Izzy está mirando mi sección de pinturas.

He ido acumulando distintos botes de pintura para estar lista para la apertura dentro de unos meses. Todavía me pongo nerviosa cuando pienso en que ese momento va a llegar, pero no me cabe ninguna duda de que he tomado la decisión correcta.

—Creo que deberías usar estos. —Sostiene en alto tres tubos de pintura azul.

—Me gustan. —Le hago un gesto para que se acerque a donde he dejado el lienzo preparado, uno lo bastante grande para que quepa todo mi cuerpo—. Más le vale que le guste.

Izzy se ríe y se pone a abrir los tubos de pintura.

De repente, siento una presión en el pecho y me empiezan a sudar las manos. Estoy a punto de desnudarme y dejar que mi hermana me pinte el cuerpo entero para tumbarme sobre un lienzo en blanco y conseguir con suerte un resultado decente que poder regalarle a mi novio.

—Es un *tío*. Le va a encantar.

Suspiro con fuerza, tratando de controlar mi nerviosismo. Solía enfrentarme a un jurado sin siquiera pestañear, pero esto me pone muy nerviosa. Regalarle algo así, *entregarme* a él de esta forma —mi cuerpo desnudo, inmortalizado para siempre sobre un lienzo—, es algo extremadamente íntimo y único. Cuando lo haya terminado, no debería ser obvio para nadie que en ese cuadro está representado *mi* cuerpo, pero sé que él lo sabrá.

Bueno, e Izzy también, porque necesito su ayuda.

—¿Por qué no pongo un poco de música? —sugiere Izzy, porque no estoy consiguiendo ocultar cómo me siento—. ¿Crees que eso ayudaría?

—Tal vez.

—Todo va a ir bien. Y si te preocupa que te vea desnuda… bueno, en ese sentido no tengo nada que aconsejarte.

Suelto una carcajada y me relajo un poco.

—Gracias, Iz.

Toma su teléfono y pone una lista de reproducción. Cómo no, elige una con música sensual y lenta.

—Muy bien —repone, al tiempo que toma un rodillo—. Ha llegado el momento de desnudarse.

Respiro hondo, armándome de valor, y desato la bata.

Izzy empapa el rodillo con el azul más claro de todos los que ha seleccionado.

—Te vas a tumbar de costado, ¿verdad? ¿Te pinto las piernas, el culo, las costillas y el pecho?

Coge su teléfono con la mano que tiene libre y observa de nuevo el ejemplo que le he mandado antes. Después se coloca detrás de mí con el rodillo en la mano.

Salto al notar la pintura fría sobre mi piel desnuda. Me embadurna de azul claro por todas partes. Cuando está satisfecha con el resultado, se pone a añadir los demás tonos de azul en otras zonas de mi cuerpo.

—¿Lista? —me pregunta, al tiempo que me tiende ambas manos para ayudarme a tumbarme sobre el lienzo.

—Sí.

Tengo que colocarme encima con cuidado para no embadurnar la pintura. Coloco una pierna de forma estratégica sobre el lienzo y después apoyo el lado de un pecho y un brazo. Quiero que se vea claramente que estoy tumbada de lado.

Una obra seductora y *sexy*, eso es lo que quiero que sea.

Izzy me ayuda a levantarme y me tiende la bata. En cuanto me la pongo, me vuelvo hacia mi obra para decidir si todo este lío —y la posible candidiasis— ha merecido la pena.

—Eso es muy *sexy*. —Izzy observa el cuadro con los ojos bien abiertos y una sonrisa en la cara—. Reid se va a poner como loco cuando lo vea.

Siento mariposas en el estómago al pensarlo.

—¿Lo dices en serio?

Izzy asiente con vigor.

—Tiene veintiún años y es un tío. Pues claro que sí.

—Ha quedado mucho mejor de lo que esperaba.

—Sube a quitarte la pintura —me dice, y señala el abrigo que he dejado tirado sobre una silla—. Yo me encargo de dejar esto a un lado para que seque.

—Gracias por ayudarme… y por no pensar que me he vuelto loca.

Cuando la pintura se seque, le añadiré encima los detalles de aquellas cosas que son importantes para nosotros como pareja: su tatuaje del colibrí, el Candy Land, el letrero del Monday's…

Izzy se ríe.

—Sinceramente, si hubiese sabido antes que la gente hace esta clase de cosas, te habría chantajeado para que me ayudases a hacer uno a mí.

—¿Es que tienes un novio secreto del que no me has hablado? —bromeo mientras me pongo el abrigo por encima de la bata.

—No, pero no me importaría hacer uno para mí.

Toma el lienzo y se dirige hacia la habitación del fondo del estudio, yo salgo por la puerta y subo las escaleras que llevan a mi piso.

Me doy una ducha para quitarme la pintura de encima, frotándome con fuerza hasta que no queda ni rastro de ella en sitios donde no debería haber habido pintura nunca. Cuando salgo, me encuentro a Izzy en la cocina.

—¿Qué estás preparando?

Se ríe y se da la vuelta para que pueda ver la sartén que tiene delante.

—Sándwiches de queso fundido, como los que nos solía hacer mamá.

Suelto un gemido.

—No me acuerdo de cuándo fue la última vez que comí uno de esos.

—Yo los preparo bastante a menudo. —Se encoge de hombros y se vuelve de nuevo hacia la sartén. Le da la vuelta a uno de los

sándwiches y después al otro, después me echa un vistazo por encima del hombro—. Es una de mis comidas favoritas.

Cuando termina de prepararlos, los emplata y me tiende uno.

—Gracias. —Sostengo el plato en alto—. Por esto, y por tu ayuda con el cuadro.

Izzy se ríe y se sienta en el sofá, con las piernas cruzadas.

—No hay de qué. Quizás esa sea tu especialidad.

Frunzo el ceño, confundida.

—¿Mi especialidad?

Le brillan los ojos de diversión.

—El arte erótico.

—¡*Izzy*!

Se echa a reír a carcajadas.

¿Y yo? Yo sonrío.

Las Navidades se acaban demasiado rápido. Año Nuevo está a la vuelta de la esquina, pero Izzy tiene que irse ya a Manhattan por trabajo.

Cuando aparco en la zona de salidas del aeropuerto, se me encoge un poco el corazón. Odio las despedidas.

—No llores —me advierte mientras me apunta con un dedo—. Si te pones a llorar, yo también lo haré, y no puedo permitirme estropear este maquillaje.

Su maquillaje está *impecable*. Yo tampoco querría fastidiárselo.

Detengo el coche, me desabrocho el cinturón y me bajo para echarle una mano con las maletas.

Izzy se echa al hombro la bolsa de tela y toma la maleta de diseño que saco del coche.

—Nada de lágrimas —me vuelve a advertir, mientras me envuelve en un abrazo—. Volveré para la apertura del estudio.

—Pero todavía quedan muchos meses para eso.

Me suelta y retrocede un paso, colocándose bien la pinza que le sujeta el pelo.

—Te prometo que no vas a tener tiempo de echarme de menos. ¿Sabes? Es una pena que Reid no tenga un hermano buenorro.

Porque *eso* sí que me animaría a volver cuanto antes. —Mueve los hombros de forma sugerente.

—Izzy —me río, y no puedo evitar sacudir la cabeza por lo payasa que es.

—No pasa nada. Tiene un padre buenorro. Puede que me guste todo ese rollo de tirarme a un hombre mayor.

Me guiña un ojo, se da la vuelta y se aleja hacia el aeropuerto con su maleta. Y yo me quedo plantada donde estoy, intentando recomponerme después de *ese* último comentario.

Cuando llega a las puertas, se da la vuelta y me lanza un beso.

—¡Te quiero, Via-Mia! ¡Nos vemos pronto!

—Yo también te quiero.

Se despide de mí con un gesto de la mano y desaparece en el interior del aeropuerto.

Me subo al coche y enciendo la música para tratar de ahogar mis pensamientos antes de conducir de vuelta a casa. Ya la echo muchísimo de menos, y no puedo dejar de soñar con que, algún día, se mude aquí para siempre. Pero quiero que sea feliz.

Antes de volver a casa, me paso a comprar una docena de dónuts. Me resulta demasiado tentador comerme esas delicias recién hechas y blanditas en cuanto las tengo en mi poder, pero me resisto. Al menos, de momento.

Aparco en el callejón, evitando los montones de nieve que se acumulan por toda la calle, y rodeo el coche. Bajo el asiento del copiloto y, tras ir a por él, coloco el lienzo sobre los asientos traseros hasta dejarlo tumbado. Me cuesta un buen rato asegurarlo bien para que no se mueva durante el trayecto. Lo último que me apetece es que se me estampe en la cabeza si tengo que frenar de golpe.

Al pensar en eso, me invade una oleada de miedo. Me imagino a los paramédicos teniendo que venir a socorrerme después de tener un accidente y encontrándome con un cuadro en el que sale retratado mi propio trasero y mi pecho.

—Via, le estás dando *demasiadas* vueltas a todo esto —me digo en voz alta.

Las probabilidades de que tenga un accidente son ínfimas y, además, he envuelto el cuadro.

Ese es solo uno de los temas en los que no puedo dejar de pensar, la verdad.

Llevo días dándole vueltas a cómo confesarle a Reid lo que siento por él. Ha llegado el momento de ser sincera, por él y por mí. Tengo que dejar de proteger mi corazón, sobre todo porque sé que él hace tiempo que se lo ganó.

Después de que Chase me engañase, me daba miedo enamorarme de nuevo, darle a alguien la oportunidad de hacerme daño. Pero, al final, era yo misma la que me estaba haciendo daño al comportarme de ese modo.

Reid se merece oírme decirlo, se merece saber lo mucho que le quiero.

En cuanto termino de asegurar el lienzo, me subo al coche y conduzco hasta casa de Reid. Pensándolo bien, quizás debería haberle mandado un mensaje para asegurarme de que estuviese en casa, pero mi cerebro no estaba funcionando de forma lógica porque lo único en lo que podía pensar es en lo loca que estoy por él.

Un hombre al que le saco once años.

Un hombre al que no debería querer.

Un hombre que, a pesar de todo, se ha convertido en *mi* todo.

Conduzco hasta allí aferrándome al volante con todas mis fuerzas, luchando contra las ganas que tengo de dar la vuelta, volver a casa y posponer confesarle lo que siento.

Pero Reid me ha estado demostrando que me quiere de las formas más sencillas desde hace ya unos cuantos meses.

Él se enamoró de mí de golpe, rápido.

Yo, en cambio, lo hice poco a poco.

Y, como lleva mucho tiempo esperando pacientemente a que le confiese que le quiero, ya va siendo hora de que lo haga, por mucho miedo que me dé.

Cuando llego a su edificio, aparco tan cerca como puedo y hago que un pobre hombre que pasaba por allí me ayude a sacar el cuadro del coche. Tenemos que retorcerlo y recolocarlo varias veces, pero cuando por fin lo logramos, le doy las gracias por su ayuda una y otra vez. Él no me da tiempo a terminar de agradecérselo antes de

marcharse corriendo, probablemente porque no quiere que le pida ayuda con nada más.

Con la caja de dónuts bajo el brazo, cierro el coche y tomo el lienzo con la mano libre.

El corazón me late acelerado, en parte por los nervios, pero también por tener que subir las escaleras con tanto peso. Tengo que pararme a descansar unas cuantas veces para darles a mis brazos un descanso y tomar aire. Voy a tener que ponerme a hacer deporte, porque parece que mis músculos han desaparecido en estos meses.

En cuanto llego a su puerta, llamo con los nudillos.

Un momento después, Reid, en toda su gloria, abre. Tiene el pelo despeinado, como si se hubiese pasado los dedos entre los mechones varias veces, y las gafas le resbalan torcidas por el puente de la nariz.

—¿A qué debo el placer de esta visita? —me pregunta, con su voz suave y ronca.

Apoya una mano en el marco de la puerta y se inclina hacia mí para darme un beso rápido antes de que pueda responder.

Se me encogen los dedos de los pies por el gesto.

—Te he traído tu regalo de Navidad.

Se le ilumina la cara cuando se fija en el cuadro envuelto que he dejado apoyado en la pared, junto a la puerta.

—¿Qué me has traído, ángel?

Me encojo de hombros, como si no tuviese importancia.

—Supongo que vas a tener que abrirlo para descubrirlo.

Esboza una sonrisa de oreja a oreja, sale y lo coge para volver a entrar de nuevo en su casa. Lo sigo hasta el interior y cierro la puerta a mi espalda.

—También he traído dónuts. —Sostengo la caja en alto.

Reid se da la vuelta y se lleva una mano al pecho, justo sobre el corazón.

—Tú sí que sabes lo que me gusta. —Le da un par de golpecitos al cuadro y me pregunta—. ¿Puedo abrirlo?

Asiento, con el corazón acelerado, y me quito el abrigo.

—Es tuyo.

Coloca el regalo contra la pared y rasga el papel de envolver como un niño de cinco años la mañana de Navidad.

En cuanto lo termina de desenvolver, retrocede un paso y se queda mirando el cuadro fijamente.

—Joder, Via —gruñe, al tiempo que se lleva el puño a la boca y se lo muerde con fuerza—. Esto es muy *sexy*. Y también muy creativo.

Intento contener una sonrisa complacida, pero, por la forma en la que le brillan los ojos, sé que no lo consigo.

Se agacha frente al lienzo y se pone a recorrer el contorno de mi cuerpo con los dedos, deleitándose en cada uno de los detalles que he añadido.

Lo observa durante un momento con los ojos entrecerrados y después se levanta de un salto.

—Esta. —Recorre las curvas de mi cuerpo por el lienzo—. ¿Eres tú?

—Sí. —Me sonrojo con fuerza—. Literalmente.

Parpadea anonadado detrás de los cristales de sus gafas.

—¿Quieres decir que es *literalmente* tu cuerpo?

—Sí. Izzy tuvo que ayudarme. La obligué a echarme pintura por todas partes y después me…

En un abrir y cerrar de ojos, Reid se planta delante de mí, me acuna las mejillas con las manos y posa sus labios sobre los míos.

—Me encanta —murmura cuando se aparta.

Coloco las manos sobre las suyas.

—¿De verdad?

—Joder, sí. Voy a colgarlo encima de mi cama.

Se me escapa una risa.

—¿Lo dices en serio?

—Pues claro que sí. De hecho, voy a hacerlo ahora mismo.

Se lo lleva en brazos a su dormitorio y yo le sigo.

Me quedo de pie en medio de la habitación mientras él deja el lienzo apoyado en la pared y se marcha a buscar las herramientas que va a necesitar. En cuanto termina de tomar un par de medidas, lo cuelga y retrocede un paso para asegurarse de que está centrado.

—Mira eso. —Se baja de un salto de la cama y se lleva las manos a las caderas mientras lo observa—. Es perfecto. Me encanta.

Entonces se vuelve hacia mí, me acuna el rostro de nuevo entre sus manos y me da un beso largo y sensual que me deja con ganas de más.

Me aferro con todas mis fuerzas a la tela de su camiseta. No quiero soltarlo.

—Tengo algo que decirte. —Me tiembla ligeramente la voz.

La preocupación le surca inmediatamente la mirada.

—¿Va todo bien?

Asiento, con el corazón latiéndome tan acelerado que parece que va a salírseme del pecho en cualquier momento.

—Sí, todo va bien. Te lo prometo. Es que…

Me muerdo el labio inferior.

Me cuesta decir esas dos palabras. En cuanto las diga, no podré retirarlas. Tampoco es que quiera hacerlo, pero admitirlo en voz alta hará que lo que tenemos sea mucho más real. Llevamos mucho tiempo viviendo en nuestra pequeña burbuja, los dos solos. Admitir que le quiero es cruzar una línea para no poder retroceder jamás. Significa tener que decírselo a su padre y enfrentarnos a lo que quiera que venga a continuación.

Se acabó el ocultárselo al mundo.

—Te quiero.

Lo he dicho. Ya no puedo retractarme. Ya no puedo seguir dándole vueltas. Ya no puedo luchar contra mis sentimientos. Ha llegado el momento de que acepte lo que siento.

Reid se queda mirándome fijamente, con los labios entreabiertos y los ojos como platos.

—Dilo otra vez —me suplica, rodeándome la cintura con las manos y tira de mí hacia su cuerpo—. Quiero volver a oírte decirlo.

Deslizo las manos por su pecho y enredo los brazos alrededor de su cuello.

—Te quiero —susurro—. Te quiero —repito, esta vez más alto—. Te quiero, Reid Crawford. Te…

Al momento, estampa sus labios sobre los míos, robándome las palabras, el aliento y mi propia alma con ese beso, al igual que la

noche en que nos conocimos.

Llámalo destino, azar, como quieras, pero está claro que nuestros caminos estaban destinados a cruzarse en aquel bar el día de su cumpleaños. ¿Esperaba acabar enamorándome de él esa noche, cuando me fui a su casa con él? Desde luego que no. Pero el universo supo incluso antes que yo que Reid era justo lo que necesitaba.

Me hace retroceder hasta la cama, hasta que mis piernas se encuentran con el colchón y me veo obligada a dejarme caer encima. Reid me sigue al momento, tumbándome encima y cerniéndose sobre mi cuerpo. Su lengua se desliza con pereza sobre la mía, deleitándose en mi sabor.

Se aleja ligeramente de mí por un momento y me observa fijamente, con expresión maravillada.

—Sí que has tardado.

Me echo a reír. Solo Reid podría responder así.

—Yo también te quiero —añade una vez que se serena.

Y entonces me demuestra lo mucho que me quiere.

Una y otra vez.

38

REID

Via se va a mudar conmigo.

Bueno, no del todo. Solo mientras remodelen su piso. En cuanto me enteré, no tuve ni que pensármelo antes de pedirle que se quedase aquí conmigo y no en el hostal.

—Hola —me saluda Via desde el umbral, con las maletas en la mano.

Le quito la bolsa que lleva colgada al hombro y la pequeña caja que sujeta bajo el otro brazo.

—Te dije que me avisases cuando llegases para poder echarte una mano.

—Lo sé. —Me sigue adentro—. Pero creo que me he pasado un poco trayendo cosas. Hay más en el coche, así que me sentía un poco culpable por tener que pedirte que me ayudases con todo.

Dejo sus cosas sobre la mesita de centro y me pellizco el puente de la nariz.

—Via… —Esta mujer va a acabar conmigo un día de estos—. Nunca te sientas culpable por pedirme ayuda.

—Pero…

—Te quiero, ¿vale? Y quiero cuidar de ti. Ayudarte a subir un par de bolsas es lo mínimo que puedo hacer.

Ha pasado una semana desde que me confesó que me quería, y *todavía* sigo igual de emocionado que aquel día. Llevaba soñando con oírla decir esas dos palabras desde hacía mucho tiempo. No pretendía enamorarme de ella tan rápido y tan de golpe, pero lo hice. Y sabía que ella también me quería, pero nada se compara a oírla decirlo en voz alta.

—Lo siento.

La disculpa me hace sentir como un imbécil. No quiero que se disculpe por nada.

—No quería molestarte más de lo que ya lo he hecho.

—Via —digo lentamente, asegurándome de que me presta atención—, jamás podrías ser una molestia. No para mí.

—Pero es que me sabe mal tener que quedarme aquí tanto tiempo y…

La hago callar con un beso. La tensión abandona de golpe su cuerpo. No alargo demasiado el momento, porque sé que tenemos cosas que hacer, pero, cuando me alejo de ella, Via se tambalea hacia mí, como si sus labios todavía no estuviesen listos para alejarse de los míos.

—¿Voy a poder con todo lo que falta en un viaje?

—Puedo bajar contigo —repone mientras tironea de su abrigo.

Me pongo la chaqueta y la sigo hasta el aparcamiento. Han echado sal por la acera y se me pega a las suelas de las botas.

—Por Dios —se me escapa en cuanto me fijo en lo lleno que está su coche—. ¿Cómo has conseguido meter todo eso ahí?

Se lleva las manos a las caderas y su nariz se torna de un tono rojizo adorable por el frío.

—Con un montón de viajes de ida y vuelta por las escaleras.

—Deberías haberme llamado.

Ladea la cabeza.

—Tu padre estaba allí.

—Ah. —Saco la bolsa de tela llena de materiales de pintura del asiento trasero—. Ya veo.

Aunque nuestra relación se esté convirtiendo en lo que yo consideraría algo bastante serio, todavía no se lo hemos contado a mi padre. No quiero hacerle daño, y Via, a pesar de que no haga más que decirle que eso no va a ocurrir, sigue preocupándose por que nos juzguen por nuestra diferencia de edad.

Que le den a cualquiera que tenga un problema con que ella sea mayor que yo, incluso si ese alguien es mi propio padre, si es que se da el caso.

—¿Qué tal el nuevo trabajo? —me pregunta, al tiempo que abre la otra puerta del coche.

—De momento, me gusta.

Después de sacar un par de bolsas de tela y echármelas a los hombros, tomo una caja y rodeo el coche para esperarla.

Via saca una maleta y otra bolsa del asiento trasero y no puedo evitar esbozar una sonrisa.

Joder, sí que se ha traído cosas.

Se vuelve hacia mí y se fija en mi expresión, lo que la hace soltar un suspiro exasperado.

—Tenía que llevarme todo lo que pudiera.

La observo con una ceja enarcada y me dirijo a mi edificio.

—No he dicho nada.

—No, pero no hacía falta por la forma en la que me estabas mirando.

Empuja la puerta con la cadera y después cierra el coche con la llave.

Entramos en el edificio en completo silencio. El vestíbulo todavía huele a galletas por las casitas de jengibre que montaron para Navidad. Los gerentes organizaron una competición y dejaron expuestas en el vestíbulo las ganadoras durante todas las fiestas. A mí nunca me llegó una invitación para participar. Si lo hubiera hecho, les habría pateado el trasero a todos.

No puedo evitar volverme de vez en cuando hacia Via mientras subimos las escaleras.

—¿Qué? —Se gira hacia mí—. ¿Por qué me estás mirando así?

—Es como si te estuvieses mudando aquí de verdad.

Ella suelta un gruñido.

—Te prometo que no me estoy intentando mudar a tu pisito de soltero. Lo que pasa es que tenía que llevarme todo lo que pudiera de mi casa porque me van a cambiar los suelos y los armarios.

Me resulta entrañable que se excuse sin parar.

—Tampoco me importaría… si quisieses mudarte conmigo de verdad.

Suelta una risa burlona al tiempo que gira hacia mi pasillo.

—No digas tonterías, Reid.

Eso me hace que me tense.

—¿Por qué crees que es una tontería?

Abre la puerta de mi piso y la sostiene para que pueda entrar yo primero, porque tengo las manos más ocupadas. Dejo la caja sobre la encimera y las bolsas a mis pies, y después me vuelvo hacia ella en busca de una respuesta.

Oigo cómo se cierra la puerta.

—¿Via?

Cuelgo mi abrigo y le tiendo la mano para que me entregue el suyo.

—Todavía es demasiado pronto. Te quiero, pero todavía no estoy lista para eso.

—¿Por qué?

Respeto su opinión, pero quiero saber por qué.

Saca una de las banquetas de la isla y se sienta.

—No hace tanto tiempo que me divorcié y, desde luego, no tenía pensado meterme en otra relación con alguien tan pronto, pero entonces llegaste tú. —Me señala y no puedo evitar sonreír—. Quiero hacer las cosas con calma. No diría que fui demasiado rápido con Chase, pero… —Se encoge de hombros—. Era joven. Quizás debería haber probado más cosas antes de asentarme con él. No estoy diciendo que quiera hacer eso ahora —se apresura a añadir—, pero necesito tener mi propio espacio y vivir sola una temporada. ¿Tiene sentido?

Resignado, asiento.

—Sí, entiendo lo que quieres decir.

Se inclina hacia delante y me agarra de la barbilla para obligarme a mirarla a los ojos.

—Algún día nos mudaremos juntos.

Sonrío.

—¿Lo dices en serio?

—Pues claro. —Me besa y después se vuelve a dejar caer sobre la banqueta—. ¿Qué te apetece que hagamos hoy?

Esta mujer me tiene comiendo de la palma de su mano. El que esté preguntando qué deberíamos hacer *juntos* me da ganas de

arrodillarme frente a ella. No entiendo cómo es posible que su ex la dejase marchar, pero él se lo pierde.

—Has traído un montón de materiales de pintura.

Sonríe.

—Sí.

Me cruzo de brazos y me recuesto sobre la encimera.

—No me importaría dibujar un rato.

—Eso sería genial. Llevo queriendo plasmar algunas ideas sobre el papel para sacármelas de la cabeza desde hace ya un tiempo.

—¿Pero primero un café?

Me acerco a la cafetera y abro el cajón donde guardo las cápsulas.

—Uf, sí, por favor. —Se baja de la banqueta—. Necesito un chute de cafeína.

Tomo un par de cápsulas y meto la primera en la cafetera.

Via, que ya se conoce mi piso como la palma de su mano, se pone de puntillas y saca un par de tazas de uno de los armarios.

—Siempre eliges la misma. —Señalo la taza que tiene en la mano derecha con un gesto de la cabeza.

La estrecha contra su pecho.

—Es que es *mona*.

Me acerco un poco más a ella y la aprisiono entre mi cuerpo y la encimera. Bajo un poco la cabeza y rozo su mejilla con la nariz.

—Me alegro de que mi taza de pollo te parezca mona.

Fue un regalo que me hizo mi hermana a modo de broma, pero siempre atesoraré esa chorrada.

—Me gusta de verdad. Es que, mírala. —La sostiene en alto por lo que tengo que retroceder un paso para observarla—. ¿Cómo no me iba a gustar?

Me río y extiendo una mano.

—Anda, dámela.

Via la acaricia como si fuese su mascota, de forma protectora.

—No le hagas daño.

—Via. —Me río—. La necesito para servirte tu café.

—Ah. —Me la entrega—. Cierto.

La coloco debajo de la cafetera y le doy al botón para que empiece a preparar el café. En cuestión de segundos, el piso se llena del aroma a café recién hecho con un toque mentolado.

Via saca la leche de la nevera y le echa un buen chorro. Se lleva la taza a la nariz e inhala su aroma antes de darle un sorbito y suspirar, contenta. Después me tiende la botella de leche.

Justo en este momento me doy cuenta de lo bien que trabajamos juntos. Nos sale solo.

Le devuelvo la botella y ella se encarga de guardarla en la nevera.

Media hora después, estamos sentados en el suelo. Hemos echado la mesita de centro a un lado, pegándola a la pared.

Normalmente no me gusta demasiado pintar, pero hoy, por algún motivo, me apetece. No tengo ninguna idea clara en mente. En cambio, opto por tomar unos cuantos tubos de pinturas coloridas y echarlos sobre el papel sin orden ni concierto.

Via está tumbada boca abajo en el suelo, valiéndose de su cuerpo como escudo para que no pueda ver qué es lo que está haciendo.

—¿Qué estás dibujando?

Sonríe y me observa por encima del hombro.

—Eres un cotilla.

—Tengo curiosidad, ángel. No es lo mismo.

Sacude la cabeza antes de levantar su cuaderno de dibujo y darle la vuelta para que pueda verlo.

Es un dibujo bastante intrincado de las alas de un ángel. Los detalles que le ha añadido son increíbles. Via no se considera una artista con talento, pero lo es. Es una pena que no pudiese dedicarse a esto antes, aunque al menos ahora por fin tiene la posibilidad de hacerlo.

—Cuando lo termines, lo quiero.

—¿Qué piensas hacer con él? —Vuelve a dejar el cuaderno en el suelo y se rasca la nariz con el dedo, manchándose el labio superior

de carboncillo sin darse cuenta—. Si sigues colgando mis obras de las paredes, te vas a acabar quedando sin espacio.

—En realidad, tengo otra cosa en mente —comento.

—Cuéntamelo.

—Mmm, creo que prefiero que sea sorpresa.

Suelta un gruñido.

—Eso no se hace.

Me río.

—Tengo que asegurarme de mantenerte siempre alerta para que no te aburras. —Alargo la mano hacia su rostro para limpiarle la mancha de carboncillo. Cuando lo hago, la oigo contener un gritito y apartarse de mí de un salto—. Mierda —maldigo, al ver la pintura que le he dejado en la cara—. Solo quería limpiarte el carboncillo. No pretendía mancharte de pintura.

Via no responde. Al menos, no con palabras. En cambio, mete un dedo en la pintura amarillo neón que estaba utilizando yo antes y, casi como si lo hiciese a cámara lenta, me acerca el dedo a la cara y lo desliza por mi piel.

Suelto una carcajada.

—Oh, te vas a enterar.

Meto el dedo en la pintura y lo deslizo por su cuello, bajando hacia su clavícula.

—¡Está helada! —grita, y se aparta de un salto. En el proceso, una gota de pintura le cae en el pelo—. ¡Reid!

—¿Qué? —Alzo las manos sobre la cabeza y esbozo una sonrisa divertida.

Se abalanza sobre mí con su dedo cubierto de pintura amarilla, directa a por mi cuello. Traza una línea recta que baja desde mi barbilla hasta mi pecho. Yo le mancho la frente con pintura azul. Entonces ella se lanza a por el naranja y me sube la camiseta con la mano limpia para pintarme el abdomen con la colorida pintura.

Le agarro la cara con una mano, la que tengo llena de pintura, y tiro de ella hacia mí, para estampar mis labios sobre los suyos. Via suelta un gemido contra mi boca y yo me trago el sonido.

Y así, de repente, como si nada, me empalmo.

Me quito la camiseta y dejo que me pinte el pecho con todos los colores que quiera. Azules, rosas, amarillos y naranjas.

Levanta los brazos para que pueda quitarle la camiseta también. Y, en un visto y no visto, dejo la marca de mis dedos y de mis manos sobre sus costados con un tono melocotón, después de haber mezclado pintura rosa con amarilla.

Cuando roza sus caderas sobre las mías, tengo que reprimir un gemido.

—Vamos a acabar con la ropa hecha un desastre —comenta, mientras su pelo largo y oscuro se mece con cada movimiento de su cuerpo sobre el mío.

Podría correrme solo con esto. Joder. Cierro los ojos y me pongo a enumerar mentalmente todos los fabricantes de coches que se me ocurren.

—¿Qué haces?

Via desliza un dedo cubierto de pintura por mi abdomen. Un escalofrío me baja por la columna cuando lo introduce por debajo de la cinturilla de mis vaqueros.

—Intentar no correrme tan pronto —siseo.

Eso la hace reír.

—Pues entonces, desnúdate.

—Eso solo empeorará el problema.

—O no. —Me pasa el dedo índice por el pezón—. Si me dejas ocuparme del problema.

—*Via*.

Me tumbo en el suelo y ella me imita con una risa, con su pelo haciéndome cosquillas en el pecho.

—Déjame pintarte. —Me besa el abdomen—. Como si fueses mi lienzo personal.

Me echo un brazo sobre los ojos.

—Me vas a matar, mujer.

Me besa justo sobre la cinturilla de los vaqueros.

—Al menos morirás feliz, ¿no?

Me desabrocha el cinturón con un ágil movimiento y me lo quita de un tirón. Lo lanza a un lado y este aterriza justo detrás del sofá con un tintineo.

—Si yo tengo que desnudarme, tú también.

—Y lo haré. Pero todavía no.

Sonríe y me desabrocha los vaqueros. El sonido de la cremallera llena la habitación, lo que hace que mi polla palpite con las ganas que tengo de sentirla a mi alrededor.

—Ángel —gimo—. No estás jugando limpio.

Se ríe y su aliento me acaricia el abdomen.

—En ningún momento he dicho que fuese a hacerlo.

Alzo las caderas para que pueda bajarme los pantalones.

Me toma por encima de la tela de la ropa interior y sonríe. Me tiene en la palma de su mano. Literalmente.

Poco a poco, me baja los calzoncillos. Mi polla prácticamente salta a saludarla, ansiosa por que le preste atención.

Via suelta una risita suave y cierra la mano alrededor de la base antes de acariciarme, y entonces la veo abrir la boca y lamerme la punta con suavidad.

Respiro entrecortadamente mientras ella se toma su tiempo conmigo. Cuando por fin cierra los labios alrededor de mi miembro, alzo las caderas por instinto.

Me acaricia y me chupa, deslizando mi miembro hasta el fondo de su garganta, hasta que le dan arcadas.

—Dios, ángel, qué boca tienes.

Me libera con un sonido húmedo, aunque su mano derecha sigue acariciándome la polla.

—¿Qué le pasa a mi boca? —me pregunta inocentemente con los labios hinchados.

—Que es un puto peligro, eso es lo que pasa.

Me suelta y vuelve a mojar un dedo en la pintura. Me lo acerca al bajo vientre y le añade un toque de color a los trazos negros de mi tatuaje del colibrí. Aunque no colorea dentro de las líneas; lo que hace es crear una obra totalmente suya. Mientras trabaja, hace que la pintura acrílica parezca acuarela al deslizarla sobre mi piel.

Está totalmente concentrada, con el culo en pompa y la lengua entre los labios, como siempre que se vuelca por completo en algo. Me quedo mirando fijamente su trasero, todavía encerrado en la tela

de sus vaqueros, y me maldigo en silencio por no haberla desnudado ya.

—Mírate —comenta, sentándose sobre sus talones—. Mi propia obra de arte.

Bajo la mirada por los trazos de pintura que me recorren el cuerpo, que son muchos más de los que la cubren a ella, porque todavía sigue medio vestida.

—Ven aquí.

Le hago un gesto con el dedo para que se acerque.

Desafiante, como siempre, se acerca un poco a mí, pero solo un poco.

—*Más* cerca.

Obedece con una sonrisa traviesa. Cuando su rostro se encuentra a tan solo centímetros del mío, le agarro la barbilla con suavidad y la atraigo hacia mí para besarla. Sus labios siguen sabiendo a café y dónuts.

Con la mano libre, encuentro el cierre de su sujetador y lo desabrocho. Los tirantes se deslizan por sus brazos y ella se encarga de quitárselo del todo y lanzarlo a un lado.

—Me toca.

—¿Qué…?

Cierro las manos alrededor de sus pechos y le recorro un pezón con la lengua. Lo lamo y lo chupo. Ella se retuerce contra mi cuerpo y me hunde los dedos en el pelo. Entonces paso a su otro pezón y le dedico la misma atención que al primero.

Después de haberle dejado un rastro húmedo entre los pechos, meto un dedo en la pintura y recorro de nuevo el mismo camino que ha trazado antes mi lengua. El color rosa chillón destaca sobre su piel morena.

—Está fría —se queja, revolviéndose bajo mis caricias.

—Sigue moviéndote así y esto se acabará antes de que lleguemos a la mejor parte.

La tumbo en el suelo y le bajo los pantalones y la ropa interior de un solo movimiento. Cuando está completamente desnuda ante mis ojos, me alejo ligeramente de ella, sentándome sobre los talones, y la devoro con la mirada. Sus pechos suben y bajan con

cada respiración, y su abdomen se contrae. La veo ruborizarse lentamente, empezando por el pecho y subiendo por el cuello hasta sus mejillas.

Tomo un pincel y lo hundo en la pintura azul antes de untarme la pintura en una mano y después en la otra.

—¿Qué piensas hacer? Yo no tengo tatuajes.

La agarro de las caderas y la subo a mi regazo.

—Si esto sale como tengo pensado, para cuando acabe contigo no tendrás ni un centímetro de piel que no esté lleno de color.

Acuno sus pechos en mis manos, dejando su silueta pintada con pintura azul, y sonrío.

Sé perfectamente que luego me va a costar un mundo limpiar el suelo, y lo más probable es que no me devuelvan la fianza después de esto, pero en este momento eso es lo último que me importa.

—¿Estás lista para mí?

Normalmente lo comprobaría yo mismo, pero sé que no debo introducir los dedos cubiertos de pintura en su cuerpo.

Asiente.

—Sí. Fóllame, Reid.

Sonrío. Joder, me encanta la forma en la que siempre pide lo que quiere, sin tapujos.

Haber sido testigo de cómo le daba rienda suelta a su sexualidad desde el principio es uno de los mayores logros de mi vida. Saber que confía en mí y que me tiene tanta fe me hace sentir fuerte.

La agarro por las caderas, la levanto y la bajo lentamente sobre mi polla. Los dos nos quedamos mirando, anonadados, cómo me hundo poco a poco en su interior. Una vez dentro de ella, Via me pasa los brazos alrededor del cuello y pega su pecho al mío. Yo subo las manos de sus caderas a su cintura.

La pintura de mis dedos ya está empezando a secarse, así que los hundo de nuevo en la pintura, está vez en la amarilla, y me echo un poco más en la palma mientras ella se mece sobre mis caderas.

—Reid —jadea—. Ya estoy, casi.

Sus gemidos llenan por completo la estancia mientras se mueve cada vez más rápido, con más fuerza, sobre mí, cabalgándome hasta

llegar a su primer orgasmo.

Mientras se corre, gritando lo bastante alto como para que mis vecinos puedan oírla, la tumbo de nuevo en el suelo. Bajo las manos hasta sus muslos y la abro un poco más, entonces la penetro con embestidas mucho más lentas, pero constantes. Me está matando tener que contenerme, pero quiero que esto dure un poco más.

Jadea con fuerza y se aferra a la cadena que me cuelga del cuello.

Su coño se aprieta a mi alrededor, dejándome saber que está cerca de llegar al segundo orgasmo.

Está preciosa debajo de mí.

Sé que Via jura que no vino aquí buscando una relación, que ni siquiera se le había pasado por la cabeza la idea de salir con alguien. Lo que nunca le he contado es que yo tampoco estaba buscando esto. Pero, en cuanto la vi esa noche en el Monday's, supe que estaba perdido.

Caí directo en sus redes.

Tenía que acercarme a hablar con ella. No tenía pensado llevármela a casa esa noche, lo único que quería era hablar con ella un rato y pedirle una cita. Pero no me arrepiento de lo que sucedió.

Sé que le preocupa que sea demasiado joven, que me pierda algunas experiencias vitales por su culpa. Y también le da miedo que su infertilidad me suponga un problema.

Aunque nada de eso me importa.

Lo único que me importa es *ella*.

Me he enamorado de *ella*.

¿Nuestra diferencia de edad?

Irrelevante.

¿Sus problemas de fertilidad?

Me dan igual. Existen otras maneras de formar una familia si eso es lo que queremos los dos algún día.

Incluso antes de nuestra primera cita ya supe que ella iba a ser la mujer de mi vida. No me importa ser paciente con ella. ¿Que dice que todavía no está lista para mudarse conmigo? No pasa nada, porque sé que algún día viviremos juntos.

Puedo vislumbrar todos nuestros posibles futuros, todos los sueños y objetivos que cumpliremos, juntos.

—Reid, me…

—Lo sé. —Deslizo las manos por sus costados, dejando un rastro de pintura amarilla a mi paso—. No te contengas.

Se estremece bajo mi cuerpo y respira entrecortadamente mientras se corre. Yo me dejo ir justo detrás, corriéndome en su interior. Ralentizo poco a poco mis embestidas y me muevo cada vez más lentamente sobre su cuerpo mientras el placer me abandona.

Una vez he acabado, salgo de su interior y me dejo caer de lado en el suelo, sin soltarla. Tiene una mancha de pintura rosa en la nariz, y no logro recordar cómo ha llegado eso hasta ahí. Le aparto el pelo de la cara con una caricia.

Los dos necesitamos darnos una buena ducha, pero, de momento, nos quedamos ahí tumbados, perdidos el uno en el otro, como dos obras de arte creadas con nuestras propias manos.

39

VIA

Por mucho que no quiera ir rápido en nuestra relación, Reid me está complicando no querer quedarme a vivir aquí para siempre. Despertarme cada mañana con él a mi lado durante la última semana y media ha sido agradable.

Y también sencillo.

Decir que ha sido sencillo y agradable puede que no sea la mejor crítica, pero resulta que eso era justo lo que necesitaba.

—¿Es tu teléfono el que suena? —me pregunta con voz adormilada.

—¿Mi teléfono?

Mi cerebro asimila su pregunta lentamente. Tiene razón. Mi teléfono está vibrando sobre la mesilla, justo a mi lado. Cuando voy a cogerlo, la llamada se corta, pero pronto vuelve a sonar.

Le echo un vistazo al despertador y me fijo en que son las cinco y media pasadas.

Nadie me llamaría tan temprano a menos que fuese una emergencia.

La neblina del sueño se disipa de golpe y se ve reemplazada por una oleada de pánico.

«¿Y si le ha ocurrido algo malo a Izzy?».

Busco mi teléfono a tientas, pero no es el nombre de mi hermana el que se ilumina en la pantalla. Es el de Derrick.

Reid se vuelve hacia mí, hundiendo el colchón bajo su peso.

—¿Qué hace mi padre llamándote tan pronto?

Ignoro su pregunta y respondo a la llamada.

—¿Diga?

—Hola, Via —dice, y su voz suena agitada y nerviosa—. Siento mucho despertarte tan pronto, pero necesito que vengas aquí de inmediato. Ha habido… un problema. Tú ven en cuanto puedas.

—Me visto y salgo para ahí ahora mismo.

Me levanto de un salto de la cama en cuanto cuelgo.

—¿Qué pasa? —me pregunta Reid.

—Tengo que irme a casa corriendo. —Cojo unas mallas y me las pongo de un tirón—. Tu padre no me ha dado muchos detalles, pero sonaba nervioso.

—Vale, mierda. —Se pasa una mano por el pelo despeinado—. Yo te llevo, dame un momento.

Asiento, nerviosa. No estoy segura de poder conducir en este estado, no tan alterada como estoy después de esa llamada.

Para cuando me pongo una de las sudaderas de Reid y las botas me he imaginado cientos de escenarios distintos. Reid, con la camiseta a medio poner, me tiende mi abrigo y toma el suyo de la percha. En cuestión de minutos estamos los dos montados en su coche y conduciendo a toda velocidad hacia mi edificio.

Le mando a Derrick un mensaje rápido para avisarle de que ya casi hemos llegado.

Reid aparca en la calle y yo me bajo corriendo antes de que pueda apagar el motor.

A juzgar por las camionetas que hay aparcadas frente al edificio, no soy la única a la que Derrick ha llamado esta mañana, porque todo su equipo está aquí.

Casi me choco con él en mi carrera hacia la puerta. Tiene el teléfono pegado a la oreja y me agarra del brazo con su mano libre para evitar que me caiga.

—Ajá —le dice a la persona con la que está hablando—. Muy bien. Gracias.

Cuelga la llamada y hace una mueca al tiempo que se guarda el teléfono en el bolsillo.

—Ha reventado una tubería —me explica, soltándome—. Winston, que vive al otro lado de la calle, me ha llamado esta mañana para avisarme cuando se ha dado cuenta de que salía agua por debajo de la puerta.

No tengo ni idea de quién es Winston, lo que probablemente sea algo horrible teniendo en cuenta que es mi vecino de enfrente, pero en este momento ese es el menor de mis problemas.

—¿Cuánta agua?

Se me nubla la vista de repente y me da miedo estar a punto de desmayarme.

—Como medio metro, más o menos. La buena noticia es que el suelo está hecho de cemento, pero… —Pone otra mueca.

Seguramente toda esa agua habrá arruinado las paredes que acababan de instalar. Eso sin mencionar el mostrador personalizado que acababan de traer.

—Hay bastantes daños —suelta mientras me acompaña al interior.

—Via.

Al oír la voz de Reid, me doy la vuelta y me llevo las manos al pecho.

—¿Qué ha pasado? —Me abraza con fuerza y, al momento, me siento cien veces mejor. Reid Crawford es mi refugio, mi hogar. Se aparta ligeramente de mí y me acuna el rostro entre las manos—. ¿Va todo bien?

Ahora que ya sé lo que ha pasado, y que está aquí conmigo, me puedo derrumbar, y por eso dejo que las lágrimas que había estado conteniendo se escapen.

—Se ha inundado. Casi todo está dañado.

Alguien se aclara la garganta a nuestra espalda y se me hiela la sangre.

«Joder. Somos idiotas».

Con lo aterrada que estaba, ni siquiera me he parado a considerar lo que ocurriría cuando Derrick viese que Reid me había acompañado hasta aquí en su coche. Hemos estado viviendo en nuestra pequeña burbuja de felicidad durante la última semana y media y, en algún momento, me he olvidado de que los demás no saben que estamos juntos. Derrick es el primero al que deberíamos habérselo contado, pero los dos hemos estado posponiendo ese momento por diferentes motivos, y ahora, como un par de idiotas, le hemos dado la noticia de la peor manera.

Reid no me suelta la cara mientras alza la mirada hacia su padre, por encima de mi hombro.

—Hola, papá —dice como si nada, despreocupado, pero me fijo en cómo sus labios se deslizan hasta formar una mueca y se le tensan los hombros.

Me giro para poder mirarlos a los dos a la cara, pero Reid no me suelta.

Derrick niega una y otra vez con la cabeza, con el ceño fruncido, confuso.

—No… no lo entiendo.

—Papá, yo…

—¿Estáis… vosotros dos…? —Nos mira a Reid y a mí alternativamente, boquiabierto—. ¿Estáis juntos?

A mi lado, me fijo en cómo Reid aprieta los labios y asiente una única vez con la cabeza.

—Joder. —Derrick se frota la mandíbula—. *Joder* —repite, esta vez más alto.

Y entonces se echa a reír.

Reid baja la mirada hacia mí, tan confundido como yo.

¿En serio esto le parece gracioso, o es que está al borde de un ataque de nervios?

Derrick abre la puerta de un tirón y se adentra en el interior del edificio dejándonos a los dos de pie en medio de la gélida acera, anonadados.

Unos segundos después, vuelve a abrir la puerta de un empujón.

—Entrad —nos ordena en tono grave, con la voz teñida de dolor y enfado a partes iguales.

Reid me toma de la mano y me da un suave apretón.

De momento, con la situación que tenemos entre manos, hay cosas más importantes de las que ocuparnos, y parece que Derrick está de acuerdo.

Todavía no han conseguido achicar toda el agua, aunque haya movilizado a todo su equipo y estén usando todas las aspiradoras que tienen a su disposición. Los daños que el agua ha dejado en las paredes nuevas es más que considerable, y me da ganas de vomitar.

Es como si todos mis sueños hubiesen estallado de golpe. O, más bien, como si se hubiesen ahogado, supongo.

Sollozo y trato de contener las lágrimas mientras Derrick nos guía a través del caos. Tiene que gritar para hacerse oír por encima del ruido de las aspiradoras para explicarme todo lo que va a haber que tirar abajo y reemplazar. No puedo evitar tener la sensación de que es como si volviese a empezar de cero.

—Tenemos un poco de margen de maniobra para no pasarnos del presupuesto —comenta Derrick mientras nos acompaña de vuelta fuera—. Siempre tengo en cuenta que pueda haber algún imprevisto durante las obras, aunque no algo tan grave como esto.

Asiento, porque el pánico me ha formado un nudo en la garganta.

Tengo dinero más que de sobra para costear todo esto porque Chase y yo nos repartimos lo que teníamos a partes iguales tras el divorcio, pero, aun así, va a costar mucho más tiempo y dinero.

—Me las arreglaré —logro decir al final, con voz temblorosa.

Quiero llamar a mi hermana para contarle lo ocurrido y poder llorar con ella.

Derrick asiente.

—Vale, pues hablaremos de ello en unos días.

Abre la puerta y regresa al interior.

Reid me suelta la mano y, antes de que su padre pueda cerrar la puerta, lo agarra del brazo.

—Papá, deberíamos hablar.

Derrick mantiene la mirada clavada en el suelo, justo frente a sus botas de agua.

—Ahora no, Reid. No tengo tiempo para esto.

Un destello de dolor atraviesa la expresión de Reid al tiempo que suelta a su padre.

Sin decir nada más, Derrick desaparece rápidamente en el interior.

Reid se mete las manos en los bolsillos y, como si no pudiese contenerse para no hacerlo, echa un vistazo al interior del edificio, como si esperase que su padre volviese a salir.

Pero no lo hace. En cambio, desaparece al doblar una esquina.

—No sé si está enfadado, dolido o confundido —comenta Reid, mientras deja caer una mano sobre mi espalda y me guía con dulzura hacia su coche.

—Lo más probable es que sea una combinación de los tres.

—Ya. —Se frota la mandíbula y su aliento cálido forma una nube de vaho frente a su rostro. Me abre la puerta del coche y yo me deslizo en su interior. En cuanto arranca y pone rumbo de vuelta a su casa, habla de nuevo—: Mi padre nunca se ha enfadado así conmigo. Sí, he hecho muchas tonterías a lo largo de mi vida, pero nunca nada serio. Después de la muerte de mi madre, solo quería hacerle la vida un poco más fácil, por lo que me aseguré de no necesitarle nunca para nada. Ya tenía bastante con tener que trabajar y ser padre soltero. Quiero a mi padre. Haberle hecho daño así… es una puta mierda.

Un ramalazo de dolor me atraviesa el pecho.

—Reid…

Alza una mano frente a su rostro para acallarme.

—No pienso renunciar a ti, así que ni lo pienses. Mi padre y yo solucionaremos esto. Solo necesitaba decir lo que siento en voz alta.

Dejo caer una mano con delicadeza sobre su pierna.

—Lo siento mucho.

Lo último que quiero es entrometerme entre los dos. Esta situación ha sido una auténtica locura desde el principio, pero era inevitable que Derrick se acabase enterando. Lo que no creíamos era que fuese a enterarse así.

Deberíamos habérselo contado antes, pero, para tratar de protegerlo, nos callamos, y lo único que hemos conseguido es hacerle más daño.

Reid suspira.

—Como ya se ha descubierto el pastel, ¿te apetece que vayamos a por unos dónuts?

Me río y observo el paisaje a través de la ventana. De vez en cuando, veo el mar a través de los huecos de los edificios que bordean la calle. Como me mudé cuando llegaba el otoño, no he podido disfrutar del todo de los beneficios de vivir en un pueblo costero.

—No me puedo creer que estés pensando en dónuts ahora mismo.

Se encoge de hombros y cambia de marcha.

—Tengo hambre.

Noto cómo la presión que sentía en el pecho se disipa ligeramente.

—No voy a ser yo quien te diga que no a parar a por unos dónuts de Kathy.

La fila con la que nos encontramos cuando Reid aparca frente a la tienda de dónuts casi llega a la puerta. Vaya. Parece que todos los habitantes de Parkerville han tenido la misma idea de venir a por su chute de azúcar antes de entrar a trabajar.

—Quédate aquí. Yo voy a por los dónuts.

Reid se baja del coche antes de que pueda decir nada.

La fila avanza bastante rápido y, cuando le llega el turno a Reid, veo cómo se balancea de adelante hacia atrás con nerviosismo. En cuanto paga por los dónuts y la propia señora Kathy le entrega la caja, se apresura a volver conmigo.

La nieve ha comenzado a caer del cielo, formando remolinos por el aire y, para cuando sale del local, un manto denso y blanco empieza a cubrir la acera.

Reid se sube al asiento del conductor y me tiende la caja; una vez se abrocha el cinturón, arranca y se pone en marcha.

—¿Te apetece uno ahora? —le pregunto, y abro la caja para ver qué ha comprado.

La mitad son dónuts de tarta de queso con arándanos y la otra mitad, dónuts clásicos glaseados y dónuts cubiertos de chocolate, junto con un único dónut de lo que parecen Fruity Pebbles.

—Se me ha ocurrido que quizás podríamos parar primero a comprar un café y después buscar un sitio tranquilo donde aparcar y desayunar.

—Me parece una buena idea. ¿Este es de Fruity Pebbles? —le pregunto, señalando el dónut antes de volver a cerrar la caja.

Esboza una pequeña sonrisa.

—Era el especial de hoy. Se me ha ocurrido que podríamos probarlo.

Cuando aparca frente a la cafetería, me desabrocho el cinturón.

—Puedo ir yo a comprar los…

—No, yo me encargo —repone, mientras abre la puerta y se baja del coche.

—Al menos déjame pagar.

Se asoma al interior del coche.

—No, pero buen intento.

Unos minutos más tarde, regresa con un par de cafés humeantes.

—Me mimas demasiado —le digo, y me llevo mi vaso a los labios—. Qué rico.

Reid se ríe.

—Creo que te mereces que te mime un poco después de la noticia que te han dado esta mañana.

Se me revuelve el estómago y recuesto la cabeza contra el reposacabezas.

—No me lo recuerdes.

—Todo va a salir bien —dice, al tiempo que pone rumbo hacia la playa—. En este pueblo… cuidamos de los nuestros.

—Pero yo soy nueva aquí —le recuerdo—. No soy una de los vuestros.

Me dedica una sonrisa y me observa con una ceja enarcada.

—Créeme, Via. Eres de los nuestros.

Sigo sin creerle, pero le dedico una pequeña sonrisa antes de volverme de nuevo hacia la ventana.

Reid nos ha traído a un aparcamiento que hay junto al puerto. El faro, que fue lo primero que vi cuando me mudé aquí, se alza a nuestra izquierda.

—No he venido mucho por aquí desde que llegué —le confieso.

—Tampoco hay mucho que hacer en la playa cuando el agua está helada —comenta Reid, alargando la mano hacia su café—. Ya verás que, cuando llegue abril, los barcos de avistamiento de ballenas volverán a salir a la mar.

Prácticamente me pongo a bailotear sobre el asiento de emoción.

—¿Avistamiento de ballenas?

Con una risa, abre la caja de dónuts que tengo sobre el regazo, toma uno de tarta de queso con arándanos y le da un buen mordisco.

Gime de placer y le da otro mordisco más, antes de darle un buen sorbo a su café.

—Te llevaré un día.

Yo también saco un dónut de la caja. Todavía está caliente.

—Eso me encantaría.

Me resulta extrañamente emocionante estar haciendo planes de futuro con Reid, incluso aunque ese futuro esté a tan solo unos meses de distancia.

Elegí Parkerville, en Maine, al azar —podría haber acabado perfectamente en New Hampshire, por ejemplo—. Y tal vez sea porque soy una romántica, pero siento que el destino me trajo hasta aquí porque sabía que la pieza que le faltaba a mi corazón se encontraba en este lugar. No solo Reid, sino el estudio de arte, el pueblo, su gente…

Jamás me había sentido tan feliz como ahora.

40

REID

Han pasado tres días desde que mi padre descubrió lo mío con Via.

Tres días en los que no ha respondido a ninguna de mis llamadas ni mensajes. Me he pasado un par de veces por su casa. Y él no estaba en ninguna de las dos ocasiones. Nunca me había evitado tan descaradamente, pero supongo que siempre hay una primera vez para todo. Está dolido. Probablemente también cabreado. Me ha dejado bien claro que me va a tocar esperar que sea él quien venga a buscarme para hablar.

Entro en el aparcamiento de mi barrio y doy un par de vueltas hasta encontrar un sitio disponible. Cuando por fin apago el motor, no puedo evitar esbozar una sonrisa.

Me gusta un poco demasiado volver a casa sabiendo que Via está esperándome. Ha ido llenando mi piso con sus cosas poco a poco: su jersey tirado sobre el respaldo de una silla, el bote de su perfume sobre la encimera del lavabo, sus velas… Dios, tiene tantas velas.

Hasta ahora no lo sabía, pero a mi pequeño espacio le faltaban todos esos detalles que lo hacen sentir como un hogar.

Me quito la nieve y la sal que se me ha quedado pegada a las botas en la alfombrilla de la entrada que puso Via y meto la llave en la cerradura. Cuando abro la puerta, me golpea de lleno el aroma a salsa de tomate.

—Mmm, espaguetis —murmuro.

Via todavía no me ha oído llegar por la música que surge a todo volumen del tocadiscos. Me quito las botas y el abrigo y cuelgo este en el perchero junto a la entrada.

Me encuentro a Via en la cocina, moviendo las caderas de un lado a otro mientras le da vueltas a la salsa.

Todavía no me ha oído cuando me coloco justo detrás de ella y la tomo de las caderas. Pega un saltito, sobresaltada, y la cuchara se le cae de las manos.

—Ni se te ocurra volver a asustarme de ese modo.

Se da la vuelta entre mis brazos y me da un manotazo suave en el pecho.

Con un murmullo complacido, deslizo las manos hacia su trasero.

—No es culpa mía que estuvieses tan inmersa en la canción. —Después de besarla hasta dejarla sin aliento, me alejo de ella para darle espacio y que pueda seguir cocinando—. ¿Se sabe algo sobre tu estudio?

Suelta un gruñido, se vuelve hacia los fogones y toma la cuchara de nuevo.

—Van a tener que quitar el pladur. Y eso que lo acababan de poner. —Suelta un suspiro derrotado—. Las chicas han convocado una reunión de emergencia del club de lectura, así que en cuanto terminemos de comer, me marcho.

—¿Una reunión de emergencia del club de lectura? —repito, mientras me recuesto contra la encimera—. Parece bastante serio.

Via abre la puerta del horno ligeramente para comprobar cómo va el pan de ajo.

—Tú ríete, pero podría ser por cualquier cosa: desde que un marido haya sido infiel hasta que el cartero de Glenda le haya entregado su correo a la vecina de enfrente.

—Entonces —comento, con tono burlón—, ¿no vais a hablar de un libro?

Se ríe.

—No, nunca lo hacemos. Sí que los leemos. Al menos, yo los leo, pero normalmente solo quedamos para… —Se le sonrojan las mejillas y baja la voz como si estuviese a punto de confesarme un secreto— cotillear.

Me río y saco un par de cuencos del armario, porque los espaguetis ya están casi listos.

—Eso no tiene nada de malo. Los tíos siempre hacen como si ellos no se juntasen nunca para cotillear, pero somos incluso peores que las tías.

—Les dije que estaba demasiado ocupada con todo lo del estudio, pero insistieron.

Vuelve a abrir el horno para comprobar qué tal va el pan de ajo, después se pone las manoplas y lo saca.

Mientras comemos, hablamos de cómo nos ha ido el día. No es nada del otro mundo, pero disfruto mucho de estos momentos.

—Te toca a ti fregar los platos —comenta, antes de ponerse de pie y encaminarse hacia el perchero para coger su abrigo—. Ya llego tarde y me da miedo lo que Glenda pueda hacerme si tardo aún más. —Se agacha y me da un beso rápido en los labios—. Volveré tarde.

Sin embargo, antes de que pueda llegar a la entrada, llaman a la puerta.

—¿Estabas esperando a alguien?

Niego con la cabeza y me pongo de pie.

Via echa un vistazo a través de la mirilla y después se vuelve hacia mí.

—Es tu padre —murmura.

«¿Mi padre está aquí?».

Por cómo me ha estado evitando, suponía que tendría suerte si volvía a saber algo de él en una semana.

Via abre la puerta.

—Ah. —Al otro lado, veo a mi padre con la mano alzada, como si estuviese a punto de volver a llamar. Deja caer la cabeza y baja la mano antes de aclararse la garganta—. ¿Ibais a salir?

—Yo sí. —Le dedica una sonrisa—. Pero Reid no se va a ninguna parte.

Mi padre asiente y se hace a un lado para dejarla pasar. Se queda ahí plantado incluso después de que Via se haya marchado, como si necesitase que le diesen permiso para entrar en mi casa, aunque nunca lo ha necesitado.

—Entra, papá. —Recojo mi plato y el de Via de la mesa y voy hacia el fregadero—. ¿Tienes hambre? Han sobrado espaguetis.

Niega con la cabeza.

—No, no tengo hambre.

Cierra la puerta a su espalda, se quita las botas y se acerca a la cocina sin hacer ni un ruido.

—Tú friegas y yo seco —me dice, al tiempo que toma un trapo.

Tengo lavavajillas, pero opto por seguirle el juego.

Trabajamos mano a mano con solo el ruido del agua y el tintineo de los platos rompiendo el silencio. Fue mi padre el que me regaló estos mismos platos, entre otras tantas cosas, cuando me mudé aquí. Comentó algo sobre desheredarme si se me ocurría usar platos de papel como si viviese en una fraternidad.

La cocina es bastante pequeña, por lo que tengo que hacerme a un lado cuando va a guardar los platos en su sitio. Mientras espero a que termine, me pongo cómodo en el sofá. No puedo dejar de darle vueltas a todo lo que debería decirle, pero, cuando abro la boca, no sale nada.

Contengo el aliento mientras lo veo tomar una de las banquetas de la isla y darle la vuelta.

Se queda callado mientras se sienta, como si estuviese esperando a que hablase yo primero. Si ese es el caso, está claro que se va a pasar un buen rato esperando, porque es como si me hubiese comido la lengua el gato.

—Así que Via, ¿eh? —Por fin rompe el silencio.

Asiento, todavía sin saber qué decir.

Me imita con los labios apretados.

—Es un poco mayor para ti, ¿no te parece?

Ese comentario hace que recobre de golpe la capacidad de hablar.

—También era un poco joven para ti, ¿no te parece?

Hace una mueca.

—*Touché.*

Noto cómo me tiembla la mandíbula, por una mezcla de enfado y nervios.

—La conocí antes que tú. No es que eso mejore las cosas, pero…

Me paso los dedos por el pelo en un intento de librarme de los nervios.

—Via nunca quiso salir conmigo de todos modos. —Se frota la mandíbula y suelta una carcajada amarga—. Creo que su hermana la empujó a tener esa cita conmigo. Nos lo pasamos bien, pero… —Se encoge de hombros—. Me di cuenta de que en realidad ella no lo estaba disfrutando. Aun así, le pedí una segunda cita. Es preciosa y amable y… joder, me siento muy solo. —Eso último es como un puñetazo en el estómago—. Sobre todo ahora que Layla y Lili también se han ido de casa. Hay demasiado silencio. Pensaba que estaría bien, pero no lo estoy. Quizás estoy destinado a quedarme solo para siempre. Tu madre fue mi único gran amor. Y quizás no vaya a poder encontrar a nadie más.

Niego con la cabeza.

—Yo no creo que vaya a ser así. Estoy seguro de que tiene que haber alguien ahí fuera que sea perfecta para ti.

Suspira y se cruza de brazos.

—Me estoy haciendo viejo y las relaciones dan mucho trabajo. —Se encoge de hombros y deja caer los brazos a los costados—. Estaré bien. No te preocupes por mí.

Eso es mucho más fácil decirlo que hacerlo. Incluso aunque normalmente sea trabajo del padre preocuparse por sus hijos, no puedo evitar preocuparme por él. Es buena persona. Se merece ser feliz. Odio que, cuando por fin parecía dispuesto a salir un poco de su burbuja, fuese yo quien le robase su oportunidad. Pero Via es mía. *Siempre* fue mía.

—Solo quiero que seas feliz —acabo diciendo.

Se queda callado por un momento y, cuando por fin se aclara las ideas, se sienta un poco más erguido sobre la banqueta.

—¿Qué es exactamente esto que tienes con ella? ¿Un rollo pasajero? ¿Algo que necesitabas hacer para probar y ya?

—No —respondo, negando efusivamente con la cabeza—. Via es justo lo que no sabía que estaba buscando hasta que lo encontré. Ella lo es *todo* para mí. Me importa una mierda lo que tú o cualquiera pueda pensar. Cuando lo sabes, lo sabes, y ella es la

mujer de mi vida. No voy a dejar que se me escape. Ni ahora, ni nunca. Así que, si lo nuestro no te parece bien, dilo de una vez.

—Lo… lo acabaré aceptando. Con el tiempo. Todavía sigo tratando de asimilarlo.

—Te puedo dar todo el tiempo que necesites.

Joder. Me duele darme cuenta de que no vamos a poder recuperar nuestra relación anterior, donde todo era mucho más sencillo, pero puedo respetar que necesite algo de tiempo para aceptar esta nueva situación.

Carraspea con fuerza y se frota los muslos con las manos.

—A su edad, lo más probable es que quiera ser madre dentro de poco. ¿Estás listo para ser padre?

Está claro que Via no le hablado de sus problemas de fertilidad. Aun así, no tiene ningún derecho a sacar ese tema.

—Lo que Via y yo hablemos con respecto a nuestro futuro y la posibilidad de tener hijos *no* te incumbe. Eso es algo que solo nos compete a ella y a mí. A nadie más.

Mi padre retrocede de golpe, con los ojos bien abiertos, y suspira con pesar.

—Ha sido un comentario de mierda. Lo siento mucho.

—Escucha. —Me froto las manos y me echo hacia delante—. Sé que esto no es fácil para ti, pero la quiero. Estoy *enamorado* de ella. Y ella no va a marcharse. Pienso casarme con esa mujer. Le pediría que se casase conmigo mañana mismo si supiese que estaría dispuesta a hacerlo. Tú siempre me has dicho que, cuando conociese a la mujer correcta, lo sabría. Y tenías razón. Lo supe en cuanto la conocí.

Con la mirada clavada en el suelo, asiente.

Al final, acaba levantándose de la banqueta.

—Será mejor que me marche ya.

—Papá. —Me levanto yo también—. ¿Vas a estar bien?

Sé que antes me ha dicho que sí, que lo acabaría aceptando, pero tengo mis dudas. No voy a romper con Via, pero necesito saberlo para prepararme mentalmente para lo que está por venir.

Suspira y cierra la mano alrededor del pomo de la puerta.

—Tal y como he dicho antes, lo estaré.

Y, dicho eso, se marcha.

Es bastante tarde cuando Via regresa de su reunión del club de lectura. Yo ya estoy metido en la cama para entonces, leyendo y viendo un *reality* malo en la televisión. Es uno de mis placeres culpables; uno que tuve que confesarle a Via porque se ha estado quedando aquí conmigo.

Me incorporo sobre el colchón y las sábanas se amontonan alrededor de mi cintura al tiempo ella que se adentra en la habitación entre tambaleos.

«¿Está borracha?».

Si lo está, más le vale no haber vuelto conduciendo.

Sin embargo, rápidamente me doy cuenta de que está llorando.

—Ey, ¿qué ocurre? —Me bajo de la cama de un salto, desesperado por tomarla entre mis brazos—. ¿Ha pasado algo malo?

Tiene la cabeza gacha, por lo que el pelo le cae en la cara mientras se intenta quitar los zapatos.

Me dejo caer de rodillas frente a ella y la ayudo a quitárselos.

—Via. —Alzo la mirada hacia ella mientras dejo una bota a un lado—. Me estás asustando.

—Me… —Suelta un hipido—. Me quieren ayudar.

Confuso, le froto la espalda y espero a que me explique qué es lo que quiere decir.

—Las chicas, Glenda, Lucy, Cassandra… Ella… todas quieren ayudarme con las reformas del estudio para que no tenga que posponer la apertura. —Estaba empezando a pensar fechas para la inauguración cuando el sitio se inundó—. Nunca… nunca había tenido a nadie en mi vida que se preocupase tanto por mí. —Le tiembla el labio inferior.

Le acuno el rostro entre mis manos y la observo atentamente, limpiándole las lágrimas con los pulgares. Su ex no fue el único que minó su confianza; sus antiguos amigos también, si es que se les puede llamar así.

—Ya te dije que este pueblo cuida de los suyos.

La abrazo con fuerza, pegándola a mi pecho.

—Lo sé. —Se sorbe los mocos contra mi camiseta—. Pero no esperaba que quisiesen ayudarme y colaborar así. Glenda incluso ha decorado un martillo. Estaba muy orgullosa de su obra.

Me río.

—Eso encaja perfectamente con la Glenda que conozco.

Se aparta de mí y se quita el jersey.

—He estado tan agobiada con todo el tema de la inundación que no podía pensar en nada más, y entonces van estas mujeres y me ofrecen su ayuda así, sin más. Es… *vaya*.

—A la gente del pueblo le importas.

—Aún no. —Se muerde el labio inferior y se aleja un paso de mí —. Necesito darme una ducha. Las chicas también han conseguido contactar con Derrick. Le han avisado de que mañana estarán a primera hora allí para ayudar, y el domingo también, así que yo también quiero ir.

—Te acompañaré.

Sonríe.

—Suponía que dirías eso.

Se pone de puntillas, y me acaricia el abdomen con el gesto, antes de darme un suave beso en los labios.

La agarro de la nuca y lo profundizo un poco más.

—¿Qué tal te ha ido con tu padre?

Suelto un gemido grave y la libero.

—Bien, supongo. Sigue sin poder creérselo, pero creo que lo acabará aceptando.

—Lo siento. —Se muerde el labio y rehúye mi mirada—. No pretendía interponerme entre vosotros.

—No tienes nada de lo que disculparte.

Y lo digo en serio. Ojalá no lo hubiese descubierto de la forma en que lo hizo, pero ya no puedo volver atrás en el tiempo y cambiar las cosas.

—Pero es tu padre.

—Y estaremos bien.

Puede que tardemos un tiempo, pero lo estaremos.

41

VIA

Me detengo en la entrada, boquiabierta por la sorpresa.

—¿Izzy?

Me quedo mirando a mi hermana, que lleva un casco rosa y está hablando con Derrick, con los ojos abiertos de par en par. Él parece molesto, ya sea por su culpa o porque Reid y yo hayamos llegado juntos.

—¡Via!

Mi hermana sale corriendo hacia mí y me pasa sus delgados brazos por los hombros. Tardo un momento en devolverle el abrazo, porque la sorpresa me ha dejado de piedra.

—¿Cómo…? —Me aparto de ella—. ¿Qué haces tú aquí?

—Layla me contó que todo el pueblo se iba a reunir este fin de semana para ayudarte con las reformas, así que tomé el primer vuelo hacia aquí.

La vuelvo a abrazar con fuerza y se me escapa una lágrima rebelde, seguida de otra poco después.

Cuando la libero, me fijo en lo que me rodea. Tiene razón. Las chicas del club de lectura no son las únicas que han venido a ayudar. Están *todos*. La camarera de la cafetería del pueblo; Kathy, de la tienda de dónuts; ese hombre de pelo cano que estoy segurísima de que está colado por la mujer que regenta la floristería… Recorro la sala con la mirada y reconozco unos cuantos rostros más, aunque todavía no sepa sus nombres. Mierda. A estas alturas ya debería sabérmelos todos. He estado viviendo encerrada en mi burbuja, donde solo estábamos Reid y yo, sin molestarme en conocer a nadie más salvo a las mujeres de mi club de lectura.

—Esto es… vaya. —Me llevo las manos a la cara y me vuelvo hacia Reid—. No esperaba que viniese tanta gente.

Me pasa un brazo por los hombros para pegarme a su costado y darme un suave beso en la coronilla. Unas cuantas personas se vuelven a mirarnos con curiosidad, aunque regresan rápidamente al trabajo.

—¿No habías venido a ayudar? —le pregunta Derrick a mi hermana—. Creía que habías dicho que estabas aquí por eso.

—Hoy está más gruñón que de costumbre —me comenta mi hermana en un murmullo. Y después sale corriendo, se planta junto a Derrick y le hace una especie de saludo militar—. Izzy James se presenta para el servicio. ¿En qué puedo ayudarle?

Derrick alza los dedos para enumerar una serie de normas.

—En primer lugar, nada de fotos o vídeos para tu blog. ¿Entendido? Nada de ponerse a posar. Nada de fotitos. Solo ponte manos a la obra.

Izzy, tan desafiante como siempre, se lleva una mano a la cadera y hace una mueca.

—¿Esto cuenta como posar? ¿Vas a tumbarme sobre tus rodillas y darme unos buenos azotes por haber sido una niña mala?

Derrick abre los ojos como platos y la observa boquiabierto. Después levanta las manos sobre la cabeza, exasperado, y se aleja de ella, pero Izzy sale corriendo tras él.

—¡Oh, venga ya! ¡Era una broma!

Reid se inclina hacia mí.

—¿Soy yo o tu hermana está coqueteando con mi padre?

Aprieto los labios con fuerza para intentar no reírme.

—Eso creo.

Reid se vuelve a erguir y niega con la cabeza.

—No sé qué decir al respecto.

Me río y tiro de él hacia la mesa donde han dejado todo el equipo. Le tiendo un casco y tomo otro para mí.

—Creo que no hay nada que puedas decir.

Suelta un gemido.

—Pero…

—No. —Alzo una mano—. No vamos a meternos en eso. Tenemos que ponernos a trabajar. ¿Me enseñas cómo se hace?

Sonríe ante el reto que le acabo de proponer y sus hoyuelos me saludan con el gesto.

—Por supuesto.

Para cuando acaba el fin de semana, no siento ni las piernas ni los brazos, y lo único de lo que tengo ganas es de dormir durante una semana entera. No estoy en mala forma. O, al menos, eso pensaba. El trabajo manual me ha enseñado que no tengo fuerza ni resistencia. Voy a tener que empezar a levantar pesas, porque esto es de risa.

—Estoy *muerta* —se queja Izzy, dándole voz a mis pensamientos.

En este momento me muero por darme un baño con sales, pero Reid solo tiene una ducha en su casa y mi piso sigue de reformas, porque hubo que posponer temporalmente las obras para arreglar el estropicio del estudio. Con toda la ayuda extra que hemos tenido este fin de semana, estamos muy cerca de recuperar el tiempo que la inundación nos hizo perder. Jamás podré devolverle el favor a toda esta gente, pero siempre les estaré agradecida.

—Me muero de hambre —comenta Reid, frotándose el estómago.

—¡Esperad! —nos grita Ella. Los tres nos detenemos de inmediato y nos volvemos hacia ella. Viene corriendo por la acera, con las mejillas sonrojadas por el frío. Suspira con fuerza cuando nos alcanza—. Unos cuantos hemos pensado en ir a comer al Lobster Shack, por si os apetece uniros.

—*Comida*.

Me río ante la respuesta desesperada de Reid y me vuelvo hacia Izzy.

—Tenemos que comer algo, ¿no?

Ella se encoge de hombros.

—No le diría que no a un bocadillo de langosta.

—Nos apuntamos.

—Genial —repone Ella mientras camina hacia atrás—. Os veo allí.

Doblamos la esquina y nos subimos los tres al coche de Reid para después dirigirnos al Lobster Shack. Al llegar, nos encontramos el aparcamiento lleno.

Dentro del restaurante, localizamos unas cuantas mesas que han juntado hasta formar una más grande y alargada, y la mayoría de las personas que han venido a ayudarnos con las obras este fin de semana ya están aquí.

Me sobrecoge una emoción que no me resulta familiar. Creo que es la sensación de saber que *perteneces* a un sitio.

Al mudarme a Parkerville di un salto de fe y salí por completo de mi zona de confort. Fue una apuesta arriesgada, pero la suerte estaba de mi parte y encontré a mi gente.

Reid me saca una silla y después hace lo mismo para Izzy antes de dejarse caer en la que hay a mi otro lado. Toma una carta y me la tiende.

—¿No le quieres echar antes un vistazo?

Se ríe y me pasa un brazo por la espalda, apoyándolo en el respaldo del asiento.

—Ángel, he estado aquí un millón de veces.

—Cierto.

Me río y coloco la carta de tal manera que Izzy también pueda verla.

No tardamos mucho en decidir qué vamos a pedir; aquí no sirven más que cinco opciones de comida, y todos llevan langosta.

La risa reina por todo el local, con todas estas personas que se conocen desde siempre, que se preocupan los unos por los otros de una forma que nunca había experimentado. Echo un vistazo a mi alrededor, y trato de recordar cómo se llama cada uno.

Ahí está Toby, el dueño de la pequeña gasolinera que hay al final de la calle principal del pueblo. Mindy es ama de casa y nuestra nueva integrante del club de lectura, después de que Glenda le preguntase qué opina del término «porno». Junto a Mindy está su marido, Jake, que todavía sigue sonrojado por la pregunta que Glenda le ha hecho a su mujer.

Sigo recorriendo la mesa con la mirada y me enorgullezco no solo de saber cómo se llama cada uno, sino también de conocerlos, aunque solo sea un poco.

Es la primera vez que me siento como una verdadera miembro de Parkerville. No solo he encontrado mi hogar aquí, sino también una familia.

42

REID

Dos meses más tarde

Alzo el puño para llamar a la puerta.

La gran apertura del estudio es mañana, y Via está de los nervios, así que, después de salir de trabajar, fui a comprar la cena y un ramo de flores.

No nos hemos visto mucho esta semana. Yo he estado demasiado liado con el trabajo y ella ha estado ocupada ultimando los detalles para el gran día.

Todavía no sé cómo va a llamar al estudio. Aparte de Via, mi padre, por irónico que parezca, es el único que lo sabe, porque se ha encargado de colgar el cartel con el nombre encima de la puerta. El mismo cartel que en este momento está cubierto con una lona. Via dijo que quería desvelar el nombre en la inauguración.

Por fin, llamo a la puerta de su casa.

Oigo movimiento al otro lado y, entonces, ahí está ella: nerviosa, sí, pero también preciosa. Tiene la sudadera extragrande salpicada de toda una explosión de pintura de todos los colores, y su pelo, normalmente perfecto, está hecho un desastre, como si sus mechones intentaran escaparse del coletero que los mantiene presos. Sus vaqueros, aunque están también salpicados de pintura, le sientan como un guante.

Suelto un gemido grave.

Joder, me muero de ganas por tocarla. Nunca voy a dejar de desearla.

Abre los ojos como platos al fijarse en las bolsas que llevo en las manos.

—¡Comida!

Me quita las bolsas con la cena y las lleva hasta su nueva isleta.

El piso no se parece nada al de hace un par de meses. Han lijado y barnizado los suelos. Los armarios originales —unas reliquias de los setenta— han desaparecido y los han reemplazado por unos más modernos. El tono gris pardo de los nuevos muebles, junto con la encimera de cuarzo blanco, le da un aspecto mucho más grande a la cocina.

Echo de menos que viva conmigo, pero respeto que quiera tener su propio espacio.

De momento.

Porque, si tengo algo que decir al respecto, le pondré un anillo en ese dedo más pronto que tarde.

Via saca la comida de las bolsas.

—Se me ha olvidado parar a comer —comenta, al tiempo que se aparta un mechón rebelde de la cara—. No lo he hecho aposta, pero estaba demasiado ocupada asegurándome de que todo estuviese perfecto.

—Ángel. —Me río y me quito las botas—. Hace días que dejaste todo perfectamente atado. Creo que le estás dando demasiadas vueltas por los nervios.

Se pone de puntillas y me rodea el cuello con los brazos.

—Gracias por traer la cena.

—De nada. Estas también son para ti.

Le tiendo el ramo de flores que ha ignorado por completo al ver las bolsas de comida.

Lo acepta con una sonrisa alegre.

—Me mimas demasiado.

Me encojo de hombros.

—Mañana es tu gran día. Solo quiero apoyarte.

Me da un rápido beso en los labios y se aleja corriendo a buscar un jarrón para poner las flores.

Después de cenar, la atrapo contra la encimera y deslizo la nariz con suavidad por la suave piel de su cuello, respirando su aroma.

—¿Me dejas ver el estudio antes que a los demás o voy a tener que esperar yo también?

—Siento que debería hacerte esperar para que sufras un poco más. —Se estremece—. Pero me muero de ganas por enseñártelo.

Le muerdo con suavidad el lóbulo de la oreja y después me alejo de ella.

—Genial, porque tengo una sorpresa para ti.

Ladea la cabeza.

—¿Otra, aparte de la cena y las flores?

—Sí. —Asiento, e intento contener una sonrisa, aunque es en vano.

Una vez abajo, abre la puerta principal del estudio y enciende la luz.

El edificio, antes lúgubre y en ruinas, se ha transformado por completo. Ahora huele a pintura fresca y los suelos de hormigón refulgen —al menos de momento— bajo mis pies por el barniz que les han echado, aunque estoy seguro de que no tardarán mucho en llenarse de manchas de pintura.

El mostrador está justo frente a la entrada y, detrás de él, hay otro letrero cubierto por una lona. La pared de la que cuelga está pintada con rectángulos de varios colores. Tres columnas y cinco filas, imitando lo que parecen muestras de pintura. Cada color está separado por una franja blanca con una etiqueta, un código de color, a juzgar por lo que parece, escrito con la caligrafía de Izzy.

—¿Cuándo has hecho todo esto?

—Ayer. Aunque hoy hemos tenido que ocuparnos de ultimar algunos detalles. ¿Qué te parece?

La sonrisa que se dibuja en su rostro es increíblemente radiante.

Lleva meses preocupada por cómo iba a quedar el estudio. Tuvo que enfrentarse a algunos baches por el camino, pero lo ha conseguido. Ha hecho realidad un sueño que tenía desde hacía mucho tiempo, y estoy muy orgulloso de ella.

—Es perfecto.

Junta las manos con una palmada.

—¿De verdad lo piensas? No sé qué tal funcionará un estudio de arte en este pueblo, pero tengo un montón de ideas, y las chicas del club de lectura ya me han pedido que hagamos nuestra próxima reunión aquí. Y eso que *nunca* nos reunimos en ningún otro sitio que no sea la casa de Lucy, me siento…

La callo con un beso.

La Via que conocí hace ya tantos meses era tímida, siempre tan comedida con sus palabras. Se seguía aferrando a la antigua Via, a la abogada. La forma en la que ahora habla, sin preocuparse por lo que dice ni por divagar, aunque sea una tontería, me encanta. Ultimamente, siempre comparte lo que piensa en vez de guardárselo dentro. Ya no mide sus palabras. En cambio, se limita a existir.

—¿A qué ha venido eso? —Se ríe cuando la suelto.

—Estás preciosa cuando te pones a divagar.

Se sonroja.

—Es que estoy nerviosa, es por eso.

Me da la mano y me guía a través del estudio, señalando cada una de las distintas zonas y explicándome a qué está destinada cada una. Después me lleva hasta las estanterías que hay repartidas por toda la pared del fondo, con un montón de objetos de cerámica esperando a ser pintados.

—Todavía no me han traído el horno de cerámica, así que aún no podré ofrecer ese servicio.

—No pasa nada. Todo lo demás ha quedado genial.

Se da la vuelta y lo observa todo de nuevo.

—No me puedo creer que todo esto sea mío.

—Yo sí.

—Ven, te voy a enseñar mi despacho.

Me arrastra hasta el fondo del estudio y abre la puerta que da al despacho. Han pintado las paredes de un rosa claro, y hay otro letrero colgado justo encima de su escritorio, también cubierto.

—No quieres que nadie sepa el nombre del estudio hasta que abra, ¿eh?

Se muerde el labio inferior y baja la mirada, como si estuviese avergonzado.

—Quería que tú fueses el primero en saberlo.

Parpadeo.

—¿Quieres decir que me lo vas a decir ya, ángel?

Asiente con la cabeza como respuesta. Entonces se desliza hasta detrás de su escritorio y enciende un interruptor que está conectado con el letrero. Este se ilumina con un brillo azulado, pero no puedo entrever lo que pone a través de la lona que lo cubre.

Via cierra las manos alrededor de la tela, pero se detiene antes de quitarla.

—Siento que estoy creando expectación para nada, pero allá vamos.

Tira de la tela con todas sus fuerzas y la deja caer a sus pies.

El letrero LED reza: Color Me Happy.

Sonrío antes de meter un dedo a través de una de las trabillas de sus vaqueros y tirar de ella hacia mí.

—¿Así que Color Me Happy, eh? Me encanta.

—¿No es demasiado cursi, no? Está inspirado… bueno, en ti.

Me echo hacia atrás, con el corazón latiéndome acelerado en el pecho.

—¿En mí?

—Sí, eh… —Baja la cabeza—. Tú le has devuelto el color a mi vida. Todo estaba apagado antes de que llegases. Tú me has hecho increíblemente feliz, Reid. Cuando se me ocurrió el nombre de Color Me Happy tuve claro que era perfecto.

—Me encanta. —Estoy demasiado atónito como para decir nada más. Acuno su rostro entre mis manos y la miro fijamente. Sus ojos marrones refulgen de felicidad, tal y como me acaba de explicar. Ya no hay tristeza en su mirada. La he alejado de allí, y me aseguraré de que siga siendo así hasta el día en que muera—. Es perfecto.

—¿En serio?

Asiento.

—No lo dudes. Me encanta, y estoy seguro de que a los demás también les va a encantar.

Se aleja de mí y se sienta en la silla de su despacho.

—¿Te puedes creer que por fin esté terminado? Te juro que pensaba que nunca llegaría este día.

—Yo sabía que acabaría llegando. —Me meto las manos en los bolsillos—. Y ahora, aquí estamos.

Endereza un bolígrafo sobre su escritorio, el que tiene un pequeño diamante.

—¿Has dicho que tenías una sorpresa para mí?

Está intentando no parecer demasiado impaciente, pero lo noto por la forma en la que se muerde el labio inferior para contener una sonrisa.

Trago con fuerza para deshacer el nudo nervioso que me sube por la garganta y bajo las manos hacia mi cinturón para desabrocharlo.

Via coloca las manos sobre las mías, deteniéndome.

—Reid —se ríe—. Te quiero, pero tu polla ya no me sorprende.

Se me escapa una carcajada, lo que sirve para disipar parte de mis nervios.

—Ya lo sé, pero para mostrarte la sorpresa tengo que bajarme los pantalones.

Aparta las manos y me observa con el ceño fruncido mientras me bajo los vaqueros hasta las rodillas.

—¿Qué narices…?

Contiene un grito ahogado cuando se fija en la tinta fresca que me recorre la piel del muslo. Llevaba tiempo queriendo hacerme otro tatuaje y el día en que Via dibujó esas alas de ángel mientras estábamos sentados uno al lado del otro en mi piso supe que iba a tatuarme ese diseño. Unas alas por mi ángel.

La veo tragar con fuerza y se le anegan los ojos de lágrimas.

—Es precioso. Es mío, ¿verdad? ¿Es mi dibujo?

Asiento como respuesta, porque en este momento no puedo hablar.

—¿Puedo tocarlo?

—Todavía no. Aún se está curando. Me lo hice el fin de semana pasado.

Se deja caer de rodillas frente a mí para observarlo más de cerca.

—Es precioso. Han conseguido plasmar hasta las sombras a la perfección.

Carraspeo con fuerza y, cuando Via alza la mirada hacia mí, le acaricio la mejilla con dulzura.

—Solo quería que supieses que, aunque no me he bajado los pantalones para enseñarte mi polla, no puedo controlar lo que hace cuando me miras de esa forma.

Se le escapa una sonora carcajada y su aliento me acaricia la pierna y el abdomen, lo que no ayuda en absoluto a bajar mi erección.

Esta mujer me tiene comiendo de la palma de su mano.

—Oh, ¿es que te sientes ignorado? —le pregunta a mi polla, recorriéndola con un dedo.

—*Via* —gruño su nombre—. No te burles de mí.

Me sonríe.

—No me estoy burlando de ti. Me estoy burlando de él.

Me vuelve a acariciar.

—Via, si no te portas bien, voy…

—¿Qué vas a hacer? —me reta, con un brillo travieso en la mirada.

—Voy a meterte la polla hasta el fondo de la garganta y a obligarte a portarte bien.

—Pues entonces, hazlo.

La observo anonadado, mudo. No sé cómo, pero Via nunca deja de sorprenderme.

—¿Es eso lo que quieres?

No responde. Al menos, no con palabras. Me baja la ropa interior de un tirón y mi polla sale directa a saludarla.

Via alza la mirada hacia mí con un reto escrito en su mirada y ladea la cabeza, a la espera de que haga algo.

Entonces abre la boca, pero no me toca.

Así que hago justo lo que le he prometido que haría y le meto la polla hasta la garganta.

Cuando la oigo emitir un pequeño gemido, casi pierdo por completo el control.

Le sujeto la cabeza con una mano y me follo su boca. Via apoya se apoya en mis muslos para no perder el equilibrio, con cuidado de no rozarme el tatuaje.

Cuando la noto tener una arcada, reduzco el ritmo, pero ella niega ligeramente con la cabeza cuando intento apartarme.

—Dámelo todo —me pide, con los labios enrojecidos e hinchados.

«Por el amor de Dios, esta mujer me va a volver loco».

Pero ¿quién soy yo para negarle nada?

Vuelve a meterse mi polla en la boca como si allí fuese justo donde debiese estar y gime con fuerza, con los ojos anegándosele de lágrimas.

—¿Estás mojada? —le pregunto, con la voz más grave de lo normal. Me está costando un esfuerzo titánico contenerme—. ¿Esto te excita, ángel?

Asiente con la cabeza.

—¿Puedo follarte en tu despacho?

Vuelve a asentir.

Cuando me alejo de ella, mi polla sale de su boca con un sonido húmedo. La levanto y le quito rápidamente los vaqueros antes de tumbarla sobre su escritorio.

La penetro de una sola embestida, sin encontrar ninguna resistencia. Está *chorreando*, completamente empapada para mí.

—Más fuerte —me suplica.

Me agarro a su cintura con una mano y entrelazo nuestros dedos con la otra antes de darle a mi chica lo que quiere.

Grita con fuerza, cerca del orgasmo, y yo estoy desesperado por verla correrse de una vez. Así que sigo embistiéndola, observando maravillado cómo pone los ojos en blanco y entreabre los labios.

—*Sí* —lo dice en apenas un susurro, como si le diese miedo que, de decirlo más alto, fuese a detenerme.

—Estás preciosa cuando te corres. —Le doy un beso en el cuello —. Increíblemente preciosa. —Otro en su mejilla—. Y eres solo mía. —Me apodero de su boca.

Via gime bajo mi cuerpo.

Le hago llegar hasta otro orgasmo antes de perder por completo el control. Con su coño contrayéndose alrededor de mi polla, me corro en su interior.

Nos cuesta un buen rato recobrar el aliento, y nos quedamos ahí, abrazándonos como si nos diese miedo que, de soltarnos, fuésemos a desmoronarnos.

Cuando por fin recobro el sentido, la ayudo a levantarse. Nuestra ropa está hecha un desastre, como nosotros, pero a ninguno nos importa.

La abrazo y le doy un beso en la coronilla.

Joder. Para nosotros, esto es solo el principio.

¿Y lo que nos queda? Eso va a ser una puta pasada.

43

VIA

Por fin ha llegado el día.

La apertura de Color Me Happy. Mi estudio. Tengo un estudio. Y es solo mío.

Reid se quedó a pasar la noche conmigo y en este momento está de pie junto a la puerta de mi piso. Todavía tiene el pelo húmedo de la ducha a la que me he negado a unirme por mucho que haya intentado tentarme.

—¿Estoy bien?

Doy una vuelta sobre mí misma para dejarle ver mi sencillo vestido de lana color crema.

—Estás preciosa. Como siempre.

Mientras se recoloca la camisa, las gafas se le deslizan ligeramente por el puente de la nariz, y echa la cabeza atrás en un intento por volver a ponerlas en su sitio.

Cierro la distancia que nos separa y se las subo.

Me sonríe.

—Gracias.

Me encanta que lleve gafas. Los hombres atractivos con gafas tienen algo que me excita. Izzy dice que es porque tengo un fetiche.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta, como si no supiese ya perfectamente que sí lo estoy.

Se me revuelve el estómago como si lo hubiese invocado.

—Pues claro.

—No lo estés. Todo va a salir genial. *Tú* lo vas a hacer genial. —Cuando me mira de ese modo, con un brillo de orgullo en los ojos, me cuesta no creerle—. Respira hondo.

Obedezco y tomo aire hasta llenar mis pulmones, y aguanto un momento la respiración.

—Bien. Ahora, suéltalo. Puedes hacerlo.

De nuevo, sigo sus órdenes.

—Puedo hacerlo —repito.

Se queda mirándome por un momento, devorándome con un brillo de deseo en los ojos, como si se muriese de ganas por besarme, pero no quisiese estropearme el maquillaje.

Bajamos por las escaleras y entramos en el estudio por la nueva puerta trasera que hemos instalado y que lleva directamente a mi despacho. Esta ampliación facilitará mucho el entrar y salir.

Izzy ya está aquí esperándonos y, en cuanto nos ve, se levanta de un salto y me envuelve entre sus brazos.

—Estoy muy orgullosa de ti.

Lleva repitiéndome eso mismo varias veces al día desde que regresó a Parkerville a principios de semana.

—Gracias.

Le echa un vistazo al reloj.

—Nos quedan dos minutos.

El corazón me late acelerado.

Ya no hay vuelta atrás.

Sorprendentemente, fuera hay una cola enorme. Ella, Lucy, Jessica y las demás mujeres del club de lectura me saludan alegremente desde el otro lado del cristal. Les devuelvo el saludo y respiro hondo para tratar de mantener el control de mis emociones. Jamás seré capaz de agradecerles lo suficiente que me ayudasen, y no solo con el estudio, sino también por haber convencido a la gente del pueblo de que viniese a echar una mano.

Reid me da un leve apretón.

—Ha llegado la hora.

Con el corazón acelerado, me acerco a la entrada y abro las puertas.

—Muy bien, chicos. Bienvenidos a Color Me Happy.

Pongo el tope en la puerta, abrumada por la cantidad de gente que pasa a mi lado al entrar.

—He traído dónuts —comenta Kathy, al tiempo que me pone una montaña de cajas llenas de dónuts en las manos.

—Oh, vaya. ¿Cuánto te debo?

—Serás tonta —resopla—. Es un regalo. Se me ocurrió que podrías ofrecérselos a los clientes por la apertura.

«No voy a llorar».

—Gracias. —Por mucho que esté conteniendo las lágrimas, no puedo hacer nada para que no me tiemble la voz.

Kathy me da un suave golpecito en la mano.

—No hay de qué.

Reid me quita las cajas de las manos y las coloca sobre una mesa libre. Antes de alejarse, se asegura de coger un par de dónuts. Uno para él. Otro para mí. Regresa junto a mí y me lo tiende. No estoy segura de si voy a poder comer algo ahora mismo, pero lo acepto igualmente con una sonrisa.

—Hola —nos saluda Derrick cuando se adentra en el estudio, con un asentimiento de cabeza—. No quería perderme tu gran día.

Sin esperar a que le responda, se aleja para echarles un vistazo más de cerca a los detalles finales que todavía no ha podido ver.

Reid suspira y le da un buen mordisco a su dónut. Sigue molesto porque la relación con su padre todavía no ha vuelto a la normalidad, pero estoy segura de que lo superaremos. Al menos, *ellos* lo superarán. No puedo imaginarme un mundo en el que Derrick no sea uña y carne con su hijo. Sí que hablan de vez en cuando, pero no tan a menudo como antes.

Casi se me cae el dónut de las manos cuando veo a la pareja que entra por la puerta. Reid me observa desconcertado y se apresura a quitármelo.

—¿Mamá? ¿Papá? ¿Qué estáis haciendo vosotros aquí?

Los invité yo, por teléfono, y después les mandé una invitación oficial, pero no esperaba que viniesen. La última vez que hablamos no parecían interesados por los progresos que estaba haciendo en el estudio. Por eso, siento como si estuviese viendo un fantasma al tenerlos ahora aquí, delante de mí.

Mi madre suelta una risa burlona.

—¿En serio pensabas que íbamos a perdernos esto?

Mira alrededor con una mirada crítica y hace una mueca al ver los pinceles que cuelgan con hilo de pescar transparente sobre nuestras cabezas como si estuviesen flotando. Está claro que no le gustan, pero no dice nada.

No respondo a su pregunta, porque la respuesta sería que sí. Estaba segura de que no se molestarían en venir.

—Gracias por venir —le digo en cambio, y les doy un fuerte abrazo a cada uno—. Este es Reid.

Les he hablado de él, porque lo último que quería era que siguiese siendo un secreto. Me quedó bastante claro, incluso a través de la llamada, que no aprobaban lo nuestro cuando respondí a todas las preguntas que me hicieron sobre su trabajo y su edad. Pero, por primera vez en mi vida, me importa una mierda.

Permití durante mucho tiempo que me mantuviesen encerrada en una jaula, que me moldeasen hasta convertirme en su hija perfecta y me obligasen a seguir su versión de lo que era la carrera ideal. Pero por fin vivo solo por y para mí, y no pienso volver a ser la Via de antes.

—Reid —dice mi madre, al tiempo que lo mira de arriba abajo—. Es un placer.

Reid aprieta los labios con fuerza, no porque esté molesto, sino porque está intentando no reírse. Le doy un suave codazo.

—El placer es mío.

Le guiña un ojo, le agarra la mano y le da un suave beso en los nudillos.

—Ah… bueno. —Sonrojada, mi madre da un paso atrás—. Voy a ir a ver a tu hermana.

Mi padre asiente ligeramente con la cabeza y la sigue. Típico. Es un hombre de pocas palabras.

Nunca tendré una relación perfecta con ellos, pero, durante estos últimos meses, he aprendido a aceptar que no pasa nada. Es imposible contentar a todo el mundo, incluso aunque compartas ADN con ellos. A la única a la que puedo controlar es a mí misma, así que por eso me he centrado en hacer solo aquello que me haga feliz.

Reid deja nuestros dónuts sobre el mostrador y me toma la mano.

—Vamos, Via. —Tira de mí hacia el centro de la sala—. Disfrútalo.

Así que eso es justo lo que hago.

Las chicas del club de lectura se han apoderado de una mesa y están pintando los pequeños lienzos que he dejado antes repartidos encima. En otra, algunos de los amigos de Reid están echándole un vistazo al panfleto con todos los servicios que ofrece el estudio.

Reid acerca los labios hacia mi oído.

—Lo has conseguido.

—Lo he conseguido.

Se me anegan los ojos de lágrimas por todas las emociones que he estado acumulando en estos meses de trabajo y por todos los cambios vitales por los que he tenido que pasar, el mayor de todos: haber encontrado al hombre de mi vida.

Música suave suena de fondo, una canción de la lista de reproducción que Izzy ha elegido.

No me puedo creer que mi estudio esté lleno de gente. He estado tan centrada en la reforma durante tanto tiempo que me había olvidado de por qué lo hacía. Pero esto era justo lo que tanto deseaba: crear un espacio para la comunidad, donde la gente pudiese explorar su vena más creativa.

—Oye —dice Reid, al tiempo que me pasa un brazo alrededor de la cintura—. Son las once y once. —Señala el reloj que hay colgado sobre la puerta que da a mi despacho con un gesto de la cabeza—. Pide un deseo.

No puedo contener una sonrisa.

—No me hace falta.

—¿Por qué?

—Porque… —Echo un vistazo a mi alrededor, fijándome en mis nuevos amigos y vecinos, en mi hermana y, lo que es más importante, en él—. Ya tengo todo lo que siempre había deseado y mucho más.

Epílogo

Tres años más tarde

El anillo que llevo en la mano izquierda refulge con la luz del sol.

Me encanta tanto como el día en el que Reid y yo dijimos «Sí, quiero» hace dos años. Reid se habría casado conmigo durante mis primeros meses en Parkerville, pero, como siempre, respetó mis deseos y esperó.

No puedo evitar sonreír cuando lo veo correr detrás de nuestro hijo.

Por fin conseguimos terminar de tramitar la adopción.

Podría haberme sometido a más pruebas y tratamientos de fertilidad, y solo Dios sabe si habría podido tener algún día un hijo biológico, pero no quise pasar por eso, ni mental ni físicamente, y por suerte, como él siempre me decía, a Reid no le importó.

Trevor tiene seis años. Es un niño valiente con un corazón de oro. Su hermana pequeña, Ainsley, está sentada en mi regazo, riéndose mientras la balanceo de arriba abajo. Tiene dos años, y ya tiene a Reid comiendo de la palma de su mano.

Izzy está sentada a mi lado, acunando a su bebé de tres meses.

Hemos cambiado mucho en pocos años. Nuestras vidas son ahora completamente distintas.

Reid atrapa a Trevor y lo levanta en brazos. Cuando se pone a dar vueltas, me ve mirándolo y sonríe.

—Uf, menos mal que yo también tengo un marido cañón, porque si no, estaría muerta de celos ahora mismo. —Izzy le sonríe a su bebé y le acaricia con dulzura su mejilla regordeta—. Tu papi es el hombre más guapo que he visto nunca. Si no me ando con cuidado, acabaré teniendo a diez más como tú correteando por ahí en un futuro.

Me sonríe y yo me río.

Su marido se sienta en el banco a su lado y nos entrega a cada una ración de *hash browns* que ha comprado en uno de los camiones de comida que han puesto para el festival de este fin de semana.

Las olas del mar acarician la costa rocosa, y Reid y Trevor juegan a lanzarse una pelota cerca del agua.

El día que abrí el estudio pensaba que ya tenía todo lo que podría desear, pero, desde entonces, cada día de mi vida no ha hecho más que ir a mejor. Tengo un marido increíble, el estudio va viento en popa, mi hermana vive cerca de mí y soy madre.

Una parte de mí pensaba que, después de divorciarme, jamás podría tener esta vida.

Lo que no sabía era que estaba a punto de comenzar a vivirla.

Reid se acerca a donde estoy sentada a la carrera y le da un beso a Ainsley en su cabecita rubia. Y después, con la sonrisa más dulce del mundo, me da un suave beso en los labios.

Todos esos deseos que pedí a las once y once me hicieron la mujer más afortunada del mundo.